

Despegando por Amor



NONI GARCÍA

LOS ALEMANES #2



Despegando al amor

Los alemanes 2

Noni García

LEGAL

Despegando por amor

© Noni García

Todos los derechos reservados

Khabox Editorial
CODIGO: KE-013-0002

Diseño y composición: Fabián Vázquez
Corrección: Khabox Editorial

Primera Edición, septiembre 2018

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Agradecimientos

Una vez más, llega el momento que más temo de todas las historias que escribo. No porque no me guste agradecer, sino por miedo a dejarme gente en el tintero.

Empiezo dando las gracias a Khabox Editorial, con mi editor, portadista y maquetador, Fabián Vázquez. Jamás tendré suficiente vida para agradecerte todo lo que haces por mí. Eres muy grande, jefe.

Seguimos con mis lectoras 0, que cada día aumentan más. Gracias por estar siempre ahí, por vuestras palabras de ánimo, por vuestros consejos y por no soltarme la mano. Sois únicas y hacéis que mi trabajo sea mucho más divertido... Sobre todo, cuando sacáis el látigo y me acosáis para que no ore de escribir.

Continuamos con mis adoradas Purpurinas, porque vosotras siempre dais color a mi vida y me sostenéis cuando me siento caer. Gracias por brillar.

Gracias a mi familia, que siempre está apoyándome para siga cumpliendo mi sueño. En especial a mis dos hombrecitos de la casa, que aguantan estoicamente mis ausencias y desvelos.

Y, finalmente, gracias a todos los que me acompañáis en cada aventura. Los que leéis cada historia loca que se me ocurre, los que os alegráis por mis logros. Por vosotros continúo caminado este sendero de letras.

Y nada más que decir.

¡Nos vemos en la próxima!

Estoy en mi despacho organizando los horarios de las camareras de piso para la semana que viene. No me gusta dejarlo todo para última hora, mañana va a ser un día de locos y el viernes toca descansar. Menos mal que he podido cuadrar los turnos para no trabajar el fin de semana y poder disfrutar el sábado de la boda de Manuela y Norbert. Lo que me recuerda que no se me puede olvidar pasar esta tarde a recoger el traje de la tienda, que le tenían que arreglar el largo.

Mi teléfono suena y es Rocío, una de las camareras de piso del turno de tarde, para, como siempre, desmontarme los planes y hacer que mi día se convierta en auténtico caos. La pobre chica está enferma, y no tengo tiempo de buscar sustituta, así que no me queda más que repartir sus habitaciones entre las que vienen.

«¡Mierda! Me va a tocar hacer horas extra. El hotel tiene que estar impecable porque mañana llega toda la familia de Norbert».

Llamo a la tienda para avisar de que finalmente recogeré el traje mañana, y deseo con locura que llegue el sábado, aunque todavía es miércoles, pero tengo muchas ganas de ir a la boda. Seguro que Manuela va a estar preciosa con su traje de novia. La felicidad le ilumina el rostro y está más guapa que nunca.

Almuerzo algo rápido en la cocina del hotel y me dirijo a recepción. Con un poco de suerte, las habitaciones que voy a preparar yo para no cargar demasiado a las demás camareras, espero que estén vacías. Tengo que darme prisa si quiero terminar temprano. No quiero que se haga muy tarde, que ya bastante abuso de Loreta. Esa mujer es un ángel caído del cielo.

Empiezo por las más pequeñas y dejo la suite presidencial para el final.

En esta habitación se alojan el padre de Norbert y su misterioso hermano. Nadie lo ha visto, nadie sabe como es, solo sabemos que tiene cuarenta y cinco años, muy mal genio y que va a sustituir a nuestro divertido director durante el mes que se va a coger de vacaciones por la boda.

«¡Madre mía, la que nos espera!».

—Hola, Rubén.

—¿Qué haces aquí, Carmela?

—Rocío se ha puesto mala y me toca doblar turno. Mírame si están libres de la 207 a la 212 y la Suite Presidencial. Si están ocupadas, que te digan cuándo podemos pasar a hacer las habitaciones. Mientras estoy en mi despacho enviando unos correos.

—Perfecto, corazón. Aunque si esperas un momento, llamo a la primera y si está vacía, ya puedes subir y te voy avisando de las demás por el *walkie*.

—¡Mira que eres eficiente!

Espero a que haga la llamada y me confirma que ya puedo subir a la primera. Así que voy directa al cuarto de los carros, cojo uno, verifico que hay de todo y me dirijo a la 207.

Trabajo sin descanso habitación por habitación. He tenido suerte y las que estaban ocupadas han sido desalojadas para que pueda limpiarlas. Ya solo me queda la Suite Presidencial que, al parecer, está vacía porque Rubén ha llamado en varias ocasiones y nadie a contestado. Si todo va bien, en media hora estaré en mi despacho enviando los correos y no más tarde de las nueve estaré saliendo del hotel.

Empiezo por la habitación de la izquierda. Cambio sábanas, toallas, recojo el baño, limpio el polvo, vacío las papeleras y paso la mopa al suelo. Salgo al salón, lo recojo y me dirijo a la habitación de la derecha. Abro la puerta y... ¡Sorpresa!

«¡Madre mía, qué espalda!», me sorprendo al toparme con un auténtico

dios griego, a un David como el de Miguel Ángel. «¿Quién es este hombre? ¡Mierda! Seguro que es el hermano de Norbert, se me va a caer el pelo», me quejo para mí.

Intento salir sin hacer ruido, pero se gira y me pilla en plena huida.

—Para.

No es una sugerencia, es una orden en toda regla, y no dudo en obedecer. Su voz es ronca y unida a ese torso bien definido con una suave capa de vello, mis bragas acaban de salir volando.

Levanto la cara y lo miro a los ojos. Al contrario que Norbert, es moreno, con el pelo corto y rizado, sus ojos son de color marrón... No, negros... No, marrones... No... Bueno, no está claro el color de los ojos, lo único cierto es que hipnotizan. Su nariz guarda una perfecta sintonía con su alargada cara y sus labios... «¡Madre mía, qué labios! ¡Es guapo a reventar!».

Desvío la mirada porque me da bastante vergüenza la situación. Lo único que cubre ese cuerpo hecho para pecar, es una toalla que le queda en la cadera.

—Disculpe, llamaron de recepción en varias ocasiones y no contestó nadie.

—No escuché que hubiera llamado nadie. Salga de aquí ahora mismo.

—Ahora mismo, señor.

—Dígale a...

—¿Sí, señor?

—Nada, vete ya. —Se gira y me da la espalda.

Salgo de la suite como alma que lleva el diablo y tengo la impresión de que se me va a caer el pelo. Sí que tiene malas pulgas, y me he tenido que contener para no soltarle una fresca. Le he pedido disculpas, y no creo que haya tenido las mejores formas al dirigirse a mí.

Doy gracias a que, a mi edad, ya sé controlar mi impulsividad. Si esto llega a pasar hace unos años, lo hubiera mandado al tomar viento fresco sin importarme las consecuencias.

Bajo a mi despacho corriendo y me encierro. Envío los correos que tenía pendientes y reorganizo de nuevo los turnos, ya que ni mañana ni el viernes vendrá Rocío a trabajar.

Cuando termino, ya ha pasado una hora desde el incidente y lo tengo todo organizado. He hablado con las camareras a las que he cambiado los turnos y todo está en orden. Son las nueve menos cuarto y ya es hora de irse a casa, que llevo aquí todo el día.

No he tenido noticias de recepción ni de dirección, y eso significa que el señor Hermano Capullo no habrá puesto ninguna queja. Recuesto la cabeza en el respaldo de mi sillón y alguien llama a la puerta. Me imagino que será Carlos para saber si voy a salir esta noche, pero estoy demasiado cansada. Doy permiso para entrar.

—¿Qué quieres, pesado? Ya te dije antes que hoy no voy a salir con vosotros. Anda, ven aquí y dame un masaje, que me duele la espalda horrores.

—Perdone... ¿Usted otra vez? ¿Qué hace en el despacho de la gobernanta? Fuera de aquí ahora mismo. —Doy un salto en el sillón, me pongo en pie y aliso la falda del uniforme.

—¿Cómo?

—Que salga ahora mismo de aquí. —Me está cabreando mucho este hombre y soy incapaz de controlarme.

—Mira, capullo, no voy a irme a ninguna parte. Usted será el director en funciones, pero yo soy la gobernanta de este hotel, y no voy a salir de mi despacho, diga usted lo que diga.

—Usted...

—Y otra cosita, no estaría de más que le hable con un poco más de respeto

al personal. Dicho esto, ¿qué desea?

—Nada...

Se gira y sale dando un portazo. Me tiemblan hasta los pelos, esos que se me van a caer de la patada que me va a dar en culo cuando me despida.

—¡Joder, Carmela! Tú sabías controlarte, ¿a qué coño ha venido esto? — me recrimino en voz alta.

Cojo mi bolso y salgo corriendo. Así evitaré que me encuentre si se arrepiente y vuelve para decirme algo.

Cuando estoy fuera del hotel vuelvo a respirar con normalidad. Necesito descansar; mañana el día va a ser largo. Por la mañana debo recoger el traje para la boda y por la tarde tengo que trabajar.

Pongo la radio del coche a todo volumen y canto a voz en grito mientras suena *El Mundo* de Pablo López en Cadena Dial.

Por suerte, estamos en diciembre y no es complicado encontrar aparcamiento. Bajo del coche y llamo a la puerta del dúplex que está junto al mío y que pertenece a Loreta. Un día de estos voy a tener que hacerle un monumento a esa mujer. Entre ella y mi madre cuidan de mi hijo y jamás podré agradecerles lo suficiente todo lo que hacen por mí.

La puerta se abre y mi pequeño Jesús corre hasta mí y me abraza. A sus nueve años, es un niño muy despierto, cariñoso, bueno y es la luz de mi vida.

—¿Necesitas que me quede mañana con Jesús? — me pregunta mientras se acerca a la puerta.

—Muchas gracias, Loreta, pero no es necesario. Mañana lo recoge mi madre y se va a su casa hasta el lunes. Aunque el viernes descanso, tengo muchas cosas que preparar para la boda del sábado y así podré disfrutar en sábado sin tener que pensar en tener que recogerlo ni nada.

—Está bien, mi niña. De todas formas, hablaré con tu madre por si necesita cualquier cosa.

—Si es que te tengo que querer.

Después de varios achuchones y besos, Jesús y yo nos vamos a casa.

Nada más entrar, pongo un par de pizzas en el horno y nos damos una ducha. Yo mucho más rápida que él porque no quiero que se me queme la comida y porque mi pequeño no tan pequeño ya es un preadolescente y se toma su tiempo para sus cosas.

Cenamos mientras me cuenta cómo le ha ido en el cole. Hoy le han dado las notas de dos asignaturas y en ambas ha sacado un ocho. Es un niño muy inteligente y sé que algún día será un hombre de provecho.

Terminamos de comer y nos sentamos en el sofá, aunque Jesús no tarda mucho en empezar a bostezar. Miro el reloj y veo que son casi las once y media.

—¡Hora de irse a la cama!

—¿Ya? ¡Jooo!

—Pero si estás que te caes de sueño.

—¿Vas a dormir conmigo esta noche?

Me pone carita de pena y no me puedo resistir. Va a estar varios días sin verme, así que creo que voy a ceder.

—Venga, tira para mi cama, pero antes te lavas los dientes y haces pipí.

—¡Sí, señora! —Me hace el saludo militar y no puedo evitar reír.

Recojo la cocina y sigo los mismos pasos que le he indicado a él. Cuando llego a mi cama, ya está dormido. Lo observo y, como cada noche, recuerdo a Jorge. Con él se fue toda mi alegría, me volví una mujer triste, sin ganas de vivir, hasta que un día mi niño se metió en mi cama y me abrazó. Entonces supe que tenía que salir adelante por él.

Busqué trabajo, porque nos dejó con una mano delante y otra detrás. Por suerte, solo se parece a su padre en el físico, ya me estoy encargando yo de que no se parezca en la forma de ser y actuar.

Lo único bueno que hizo en su vida ese malnacido fue reconocerlo como su hijo. Por lo que el día que murió a manos de su amante, a Jesús le quedó una pensión de orfandad que, si bien nos daba para vivir, yo quería algo mejor para mi hijo, y el día de mañana, cuando decidiera estudiar una carrera, aunque la enseñanza sea pública, no sería barato. Por eso trabajo sin descanso, para que no tenga ninguna carencia.

Me meto en la cama y nos arropo a los dos. Apoyo la cabeza en la almohada y los labios y los ojos de color indescifrable del Hermano Capullo acaparan mis pensamientos.

«¡Joder, no sé ni su nombre!».

2

Me tumbo en la cama y miro al techo. Nunca he sido de rezar, pero esta noche estoy por hacerlo. Solo espero que el mes que me queda por vivir aquí no sea una locura como el día de hoy.

Lo único bueno ha sido el baño que nos dimos esta tarde en la playa. Siempre he pensado que mi hermano estaba loco por hacerlo siendo invierno o verano, pero lo cierto es que me ha sentado de maravilla. Ahora entiendo por qué le gusta tanto.

Aunque tengo que reconocer que lo mejor vino después, con ese baño de agua caliente, la espuma, la copa de vino, la música en los auriculares, sin más ruido que la música que salía de mi teléfono.

Salí tan relajado, deseando tumbarme en la cama, relajado, leer un buen libro... Sin embargo, todo se fue al traste cuando la puerta se abrió y apreció esa pelirroja del diablo, con esos ojos de color indescifrable y, por más que lo intentara ocultar tras una máscara de docilidad, su altanería no se podía esconder.

Me cabreó enormemente que me molestara, aunque creo que a otra parte de mi cuerpo le dio una alegría. Y eso me cabreó aún más. No sé si se daría cuenta, espero que no. Me enerva esa mujer. Tuve que volver a la ducha y masturbarme porque la erección no bajaba.

Y lo que menos entiendo de todo lo que pasó fue la necesidad de averiguar quién era esa diablilla disfrazada de camarera de pisos. No pude controlar el impulso de ir a buscar a la gobernanta, de saber más de ella... Y tremenda sorpresa me llevé...

Camarera de pisos... La diablilla era la gobernanta, y menudo carácter

tiene...

—¡Me ha dicho capullo! —digo en voz alta al ser consciente de lo que significa eso en España.

—¿Quién te ha llamado capullo?

—¡Me vas a matar de un susto, papá!

—Pues he hecho ruido al entrar y tu madre anda cantando como una loca.

—Pero yo tenía la cabeza en otra parte.

—Más bien en otra persona. Tápatate antes de que entre tu madre —me pide mientras dirige su mirada hacia esa parte de mi cuerpo que no me había dado cuenta de que había cobrado vida propia nuevamente.

—¡Papááá!

Me levanto rápidamente y me meto al baño. Me miro al espejo y me echo agua en el cuello y la cara. Tengo que sacarme a esa mujer del pensamiento o esto no bajará nunca... Si estuviera en Alemania, ya habría llamado a cualquiera de mis amigas, pero aquí solo conozco a mi cuñada. Espero conocer a alguna en la boda con la que tener buenos ratos durante este mes.

—¡Qué ganas tengo de volver a casa!

Pero es que... Ni tan siquiera sé su nombre. Mañana lo miraré en la base de datos de los empleados, por ahora la llamaré Diablilla Pelirroja, porque está endemoniadamente buena la pelirroja esa. Su carácter... Odio las mujeres que se me sublevan, que me plantan cara, que tienen los ovarios bien puestos, así que no entiendo por qué mi polla reacciona de esta manera cuando pienso en ella.

—¿Tendrá el mismo carácter en la cama? ¿Cómo se me ocurre pensar eso? Como hemos empezado con tan buen pie...

—Pues se te ocurre pensar eso porque te la levanta, ¿por qué va a ser sino?

—¡Mamááá! Entre papá y tú me vais a matar de un susto. ¿Ni en el baño puedo tener intimidad?

—¡Ay, hijo! Que te he criado, no voy a ver nada que me asuste... —Me mira de arriba abajo sin ningún pudor y se frena en el mayor de mis problemas —. Ya sé que soy tu madre, y espero que no siente mal lo que te voy a decir: las mujeres deben de estar muy contentas con tu cosita, ¿no?

—Mamá, lo tuyo no tiene solución.

Debería estar avergonzado y cabreado por lo que me acaba de decir, pero no puedo evitar reírme. He pasado muchos años sin vivir este tipo de situaciones absurdas por los años que mis padres han estado separados, y debo reconocer que las echaba de menos. La alegría y vitalidad es única, y alegra el peor de los momentos a cualquiera.

Abrazo a mi madre y salimos juntos del baño. Mi padre nos espera en el salón de la suite con la mesa puesta. Ellos ya se habían encargado de pedir la cena al servicio de habitaciones y habían contado con que yo no saldría a ninguna parte y cenaría con ellos.

Como era de esperar, toda la comida es típica de Andalucía, aunque ese atún me da que tiene que estar delicioso, seguro que es de Barbate, un pueblo pesquero cercano.

—¿Y no nos vas a contar quien es la chica que te alegra tus partes nobles de esa manera?

—María, que sabes que Sebastián no es como Norbert. Él se parece más mí, es más reservado.

—¡Ay, de verdad! ¡Qué alemán eres, Harmut! A ti no te contará nada, pero nosotros siempre hablamos de todo. ¿Te acuerdas de la loca esa que te acosaba? Menos mal que conseguimos librarnos de ella...

Mi madre sigue hablando y miro a mis dos progenitores. Nunca he conseguido entender cómo pudieron unirse, cómo tuvieron tres hijos ni cómo, aún pasando muchos años separados, nunca dejaron de amarse. Son tan

diferentes, tan opuestos, y se quieren tanto...

Odio a mi subconsciente, no me puedo creer que esté pensando en que la Diablilla Pelirroja y yo... «Mierda, esto vuelve a crecer», me digo a mí mismo mientras me miro la entrepierna. Además, nosotros no somos polos opuestos como ellos, tenemos el mismo carácter fuerte y eso puede ser una bomba de relojería.

No me puedo creer que mis padres estén jugueteando por debajo de la mesa. ¡Qué descarada es mi madre! Y qué me gusta que sea así, tan llena de vida.

—Yo me voy a acostar ya. No hagáis mucho ruido, que ya sabéis que aquí las paredes son de papel de fumar.

—¡Sebastián!

—¡Ay, papá! Soy digno hijo de mi madre, no lo olvides.

Dejo a mi padre con la palabra en la boca y a mi madre riendo a carcajadas.

Entro en mi habitación y vuelvo a tumbarme en la cama. Es bastante cómoda y yo estoy agotado, por lo que no tardaré mucho en quedarme dormido. Aunque no sé por qué tengo la impresión de que la maldita Diablilla Pelirroja me lo va a poner difícil. Esos ojos..., esos labios..., esas caderas...

—¡Oh, Dios mío! ¡Y la voy a tener que ver todos los días durante un mes!



«Jamás he odiado tanto el sonido del despertador como en este momento. Apenas he dormido, siempre me pasa lo mismo cuando duermo en una cama que no es la mía, y el poco sueño que he podido conciliar ha estado perseguido por esa diablilla pelirroja».

Me levanto de la cama, voy al baño y me doy una ducha para despejarme un poco. Me miro al espejo y descubro unas enormes ojeras que me van a

acompañar durante todo el día de hoy. Creo que usaré las gafas para disimularlas un poco, no me gusta que los empleados me vean con esta cara y piensen lo que no es.

Bajo al bar del hotel y desayuno tranquilo. Conozco a Elías, el jefe de Recursos Humanos, un metrosexual en toda regla que tengo entendido que siempre quiso tener algo con mi cuñada, y solo por eso me cae mal. Sé que es una tontería, pero son cosas que no puedo evitar: soy muy territorial con mi familia.

—Hola. —Un chico bastante amanerado se acerca a mí y me saluda con bastante confianza, por lo que imagino que me conocerá, pero no sé de qué—. ¿No sabes quién soy?

—¿Debería saberlo?

—Vale que no nos hemos visto en persona, pero en fotos imagino que sí. Soy Carlos, el futuro padrino de Carlota.

—¡Claro! Carlos, que no te había reconocido. Encantado de conocerte al fin en persona. ¿Qué tal estás?

—Atacada de los nervios. —Se sienta en mi mesa sin haber sido invitado ni pedir permiso, aunque no me importa—. La boda me tiene loca. ¿Ya conoces a todos los jefes de departamento?

—No. Solo he conocido a Elías, al segundo de Manuela que se llama... ¿Rubén? —Carlos asiente con la cabeza—, y a... No sé su nombre, pero es la gobernanta.

—¡Ay, mi Carmela preciosa! Es un alma cándida esa mujer.

—Sí, sobre todo cándida. ¡Menudo carácter tiene!

—¿Carmela? Si es una linda florecilla del campo. Algo muy malo le debes haber hecho para que saque su carácter a flote, porque es un encanto y una gran compañera.

—Bueno, voy a tener que dejarte. Me tengo que poner al día de todo.

—Muy bien, guapetón. Esta noche vamos a salir a tomarnos unas copas, por si te quieres venir y así interactúas un poco más con los empleados.

—No he dormido muy bien esta noche, así que no creo que vaya.

—Invitado quedas. Y el que llegue último a cenar, paga la primera ronda de copas.

—Gracias por la invitación.

Sonrío mientras veo cómo se levanta y se va. No puede ocultar su homosexualidad, aunque creo que no es de las personas que pretenden hacerlo.

Apuro el té y subo al despacho de Norbert, que será el mío durante este mes. Le pido a Daniel que entre y le encargo que hable con Elías para que me traiga los expedientes de los jefes de Departamento. Me interesa conocerlos a todos, pero tengo que reconocer que el primero que voy a revisar es el de la Diablilla Pelirroja. Me tiene intrigado esa mujer.

Contesto un par de correos, un par de mensajes de Elke, una azafata de vuelo que al parecer tiene un día de escala en Jerez y que pienso aprovechar, y un par de llamadas de recepción.

El teléfono del despacho vuelve a sonar. Antonio me anuncia que Elías acaba de llegar con los expedientes, así que le digo que pase. Estoy a un solo paso de conocer un poco mejor a mi Diablilla Pelirroja...

«¿Mi Diablilla Pelirroja? Como si fuera algo mío...».

3

Suena el despertador a las siete y media y me quiero morir. Esos ojos me han perseguido toda la noche. Con el teléfono en la mano, siento la tentación de escribirle a Manuela para que me diga cómo se llama «amabilísimo», pero al ver la hora, descarto la idea.

Me levanto y preparo el desayuno antes de despertar a Jesús. Así lo dejo dormir un ratito más, que anoche se nos hizo un poco tarde por la hora a la que llegué de trabajar.

Lo veo aparecer por el pasillo cuando estoy dejando el Cola Cao en la mesa del salón. Me mira con cara de pocos amigos y va directo en busca de su desayuno. Yo vuelvo a la cocina y me preparo mi batido de proteínas mientras termino mi bebida de concentrado de hierbas y aloe vera.

Tras dejar vasos y plato en el fregadero, ayudo a Jesús a vestirse porque se nos ha echado la hora encima y doy gracias por haber podido aparcar el coche en la puerta de casa.

Salimos cuando faltan diez minutos para que abran las puertas del colegio y conseguimos llegar a tiempo.

Son las nueve cuando lo veo entrar en el colegio y me voy a tomar un té con las madres de algunos compañeros de Jesús. Normalmente lo hacemos los viernes, pero mañana el día va a ser un poco loco.

Hablamos de qué tal nos ha ido la semana, de las notas de nuestros niños, de los trabajos, de sus maridos y hasta del Hermano Capullo.

—¡Argh! ¡Qué ganas me dieron de cruzarle la cara a ese capullo! ¿Os podéis creer que me tratara de esa manera? Como trate así a todos en el hotel,

difícil se lo van a poner los empleados. Ya sabéis que somos como una familia y, si tocan a uno, los tocan a todos.

—Sí que es imbécil el tío... —Carla aguanta la risa y sé lo que está pensando.

—¡Ah, no! —Asiente con la cabeza.

—¡Y lo que te pone que te plante cara! —Una carcajada general me dice que todas opinan lo mismo.

—Vale que está de toma pan y moja, pero ese carácter me mata. No puedo con él.

—Sí, sí... Amores reñidos, amores queridos.

—¿Cambiamos de tema?

—Está bien. ¿Recogiste ayer el traje para la boda?

Les cuento que me fue imposible recogerlo porque salí demasiado tarde del hotel y que iré cuando vaya de vuelta a casa para preparar la maleta de Jesús.

Terminan sus cafés, sus tostadas y nos despedimos hasta la semana siguiente. Espero que nos podamos ver, aunque tengamos que irnos al parque con los niños porque ya estén de vacaciones. Estos ratitos me dan vida.

Salgo del bar y me dirijo a la tienda. Tras probarme de nuevo el traje y ver que todo está perfecto, vuelvo a casa cuando son casi las doce. Friego las cosas que dejé en el fregadero y me dirijo a la habitación de Jesús.

La cama está sin hacer y me dan ganas de pegar un grito, sin embargo, me contengo porque creo que cuando entró por la puerta del colegio, todavía iba con los ojos pegados por el sueño. La hago y meto la ropa que va a necesitar para estos cuatro días con mi madre.

Salgo de casa con el tiempo justo para llegar a las dos al colegio. En la puerta vuelvo a encontrarme con las demás madres y vuelven a pincharme con

la misma tontería de esta mañana. No me gusta ese hombre, es un ogro, pero no lo entienden.

Jesús sale de los primeros, sabe que a las cuatro tengo que entrar a trabajar y tenemos que comer antes de llegar al hotel. Lo que no espera es que hoy lo vaya a invitar a comer en McDonalds. Le encanta la comida basura que yo tanto odio, aunque de vez en cuando le doy el capricho, más aún si vamos a estar unos días sin vernos.

Tras devorar Jesús dos hamburguesas con sus respectivas patatas y yo una ensalada, llegamos a la puerta de entrada de empleados del hotel a las cuatro menos cuarto y estamos esperando a mi madre.

Estoy casi temblando. Solo de pensar en los incidentes de ayer con el Hermano Capullo... Me da la impresión de que no va a quedar en el olvido. Solo espero que se quede en una bronca y no me cueste el puesto de trabajo, aunque no creo que Manuela lo permitiera.

—Mamá, ¿puedo entrar a saludar a Norbert?

—Hoy no está Norbert, cariño. Va a estar un mes de vacaciones.

—¡Qué guay! ¿Por qué tú nunca tienes vacaciones?

—Porque mamá tiene que trabajar mucho.

—Cuando yo sea grande, tú no volverás a trabajar, mamá. —Abrazo a mi niño y no puedo evitar emocionarme. Solo espero que no se tuerza en el camino de la vida y acabe haciendo acto de presencia la forma de ser de su padre.

—Buenas tardes. —Doy un salto, seco mis lágrimas, tomo la mano de Jesús y me vuelvo.

—Buenas tardes, señor.

—Hola, mi nombre es Jesús, ¿tú cómo te llamas? Hablas raro, como Norbert.

—Hola, Jesús. Me llamo Sebastián, Norbert es mi hermano pequeño.

—Yo también quiero un hermano pequeño, pero no puedo tenerlo.

—¡Ah, no! ¿Y eso? —El Hermano Capullo me mira.

—Porque mi papá está muerto.

Tras las palabras de mi hijo, Sebastián vuelve a dirigirme la mirada y yo aparto la mía. Es demasiada la información que mi hijo le acaba de dar sobre nuestras vidas.

—Jesús, no molestes al Herr Eisenhower. Discúlpelo, señor, solo es un niño.

—No me está molestando, no se preocupe.

—Mira, Jesús, ahí está la abuela, corre. Si me disculpa, señor, voy a despedir a mi hijo.

—Cuando tenga un momento suba a mi despacho.

«¡Madre mía, menuda bronca me espera!».

Me dirijo hasta donde está mi madre y escucho que se cierra la puerta de entrada. Me despido y quedo en ir a recoger al niño el domingo por la tarde, así podré descansar por la mañana, ya que no sé hasta qué hora durará la boda.

Entro en el hotel, en mi despacho, dejo el bolso, me coloco el mandil que tenemos que vestir el personal de pisos, guardo mi móvil en el bolsillo, me dirijo al cuarto donde están los carros de limpieza, asigno el trabajo a cada camarera, respiro hondo y me encamino al que creo que va a ser la mayor de mis torturas.

Cuando llego me encuentro con Daniel, el guapo secretario de dirección, que me sonrío, me abraza y me da dos besos. Somos amigos desde la guardería

—¿Cómo está el humor del jefe?

—Que echa humo por las orejas.

—Reza por mí.

Lo dejo con la palabra en la boca, y la que tiene ganas de rezar y pedirle clemencia a todos los dioses habidos y por haber. Si al menos estuviera de buen humor, podría ser todo más suave.

Llamo a la puerta y espero paciente respuesta. Escucho que me da permiso para entrar y lo hago, cerrando la puerta tras de mí.

—Siéntese.

Acato las órdenes y guardo silencio con la cabeza gacha. Ya podría ser conmigo tan amable como ha sido con Jesús... Pero Jesús no lo pilló ayer vestido con una simple toalla recién salido de la ducha ni le cantó las cuarenta un rato después.

«¡Se me va a caer el pelo!», pienso mientras lo veo ojear unos papeles que tiene delante... «¡Joder! Es mi expediente».

Se quita las gafas y me mira, pero no habla y eso me pone más de los nervios de lo que ya lo estoy. Espero que no esté así mucho rato o terminaré por cabrearme de nuevo y no creo que eso sea muy conveniente en este momento.

—¿Sabe por qué está aquí?

—Sí, señor.

Respiro pausadamente y me trago mi orgullo. No puedo perder mi trabajo ni quiero que ello suponga poner en un compromiso a Manuela o Norbert.

—Quiero dejarle dos cosas bien claras. Una, no consiento que nadie me hable como lo hizo usted ayer por la tarde...

—Le pido disculpas, señor. No debí hablarle así.

—Déjeme hablar, por favor. Y, dos, le pido disculpas porque no debí

hablarle de esa forma. Usted no tenía culpa de que yo estuviera dándome un baño con los cascos puestos y no escuchara el teléfono ni a usted entrar.

—Disculpas aceptadas... —digo sin creer lo que están escuchando mis oídos.

—Hay algo más. —Tiemblo porque este hombre me intimida de verdad—. He estado mirando su expediente laboral y es intachable, pero lleva más de cinco años sin coger vacaciones, ¿por qué?

—Bueno, pues... Esto... Que no... Que no me lo puedo permitir.

—¿Cómo?

—Es que... Si no cojo las vacaciones, me las pagan, y con ese dinero pago los libros, el material escolar, las clases extraescolares y los uniformes del colegio de Jesús. Es un centro privado y las mensualidades las puedo pagar de mi sueldo, pero no da para esos extras.

—La semana que viene es Navidad. Tu hijo estará de vacaciones y tú también.

—Señor, yo no puedo...

—Toma este papel, rellénalo y me lo entregas. ¿Norbert nunca te ha hablado de la beca de estudios de nuestra empresa? —Niego con la cabeza—. Rellénalo y tráemelo mañana.

—Gracias, señor. —Sonrío.

—¿Qué le hace tanta gracia?

—Nada, señor. Es solo que... Que me ha alegrado el día. Si no tiene nada más que decirme, debo volver a mi despacho, tengo que dejar muchas cosas solucionadas antes del lunes. —Le vuelvo a sonreír y parece que le incomoda.

—Puede volver a su trabajo.

—Hasta luego.

Salgo de la oficina sin mirar atrás, cierro, sonrío a Daniel que se acaba de levantar y me tiro a sus brazos. Me gustaría gritar de alegría como una posea, pero no creo que dé muy buena imagen de mí.

—¿Qué ha pasado?

—Pues que hoy es un día maravilloso. Que creí que venía a que me despidieran y salgo con una beca para Jesús. Y que el Hermano Capullo va a resultar que no es tan ogro. —Daniel me mira con los ojos muy abiertos—. Y está detrás de mí, ¿verdad?

Me giro temerosa, esperando una gran bronca, que me dé la patada para la que venía preparada, que me diga que le devuelva los papeles que tengo que rellenar... Mil atrocidades pasan por mi mente en unas milésimas de segundo, pero no hay nadie.

—¡Serás malo! Eso no se le hace a una amiga.

—Estabas en tal estado de euforia que bien podría haber salido y tú no darte ni cuenta.

Le doy un suave golpe en el brazo, después vuelvo a abrazarlo y salgo de allí antes de que la lée de verdad. De camino a mi despacho me encuentro con Carlos, que anda loca con la boda de Manuela. Me comenta que esta noche van a salir todos a tomar algo y decido que hoy sí me voy a permitir disfrutar un buen rato. No tengo a Jesús y lo que llevo en las manos me ha alegrado el día.

«Hoy me voy a tomar más de un *gin tonic*».

4

Me dejo caer sobre el respaldo de mi silla y presiono con dos dedos la parte alta de la nariz. Voy a tomar un ibuprofeno antes de que se convierta en una migraña o no podré seguir trabajando.

Abro la pequeña nevera que Norbert tiene en el despacho, cojo una botella pequeña de agua y una pastilla del primer cajón de mi mesa. Tras tragarla, cierro los ojos durante unos segundos y escucho una voz lejana.

—¡Sebastián! ¿Te has quedado dormido?

—Norbert... No... Solo he cerrado un momento los ojos.

—¡Si estabas roncando!

Miro el reloj y sí, efectivamente, me he quedado dormido durante media hora. Eso sí, cualquier resquicio de dolor ha desaparecido.

—Vale, sí, me he quedado dormido. Me dolía la cabeza.

—Veo que te estás poniendo al día con los empleados.

—Sí, he empezado a echarle un ojo a los expedientes. ¿Cómo permites que Carmela no coja vacaciones?

—Esa mujer es un caso perdido. Por más que le insisto, necesita el dinero. Es madre soltera y su hijo estudia en un centro privado. Así que no hay forma de que ceda.

—Pues he conseguido que se coja la semana que viene.

—¿Cómo? Ya se le han pagado sus vacaciones.

—Tranquilo. Ya recuperará los días.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Desde cuándo eres tan flexible con el personal?

—No estoy siendo flexible... Es solo que ayer no la traté de una forma muy correcta y...

—¡Yo conozco esa expresión! ¡A ti te gusta Carmela!

—No digas tonterías. ¡Si es un engendro del demonio la pelirroja esa! ¡Vaya carácter tiene!

—¿Carácter? Pero si es un ángel caído del cielo.

—Me llamó capullo en mis narices.

—Eso no puede ser.

—Aunque tengo que reconocer que me lo merecía.

—Hermanito, tú di lo que quieras, pero esa mujer te gusta y lo sabes.

—Cambiemos de tema. ¿Qué me cuentas de Elías? Ya lo he conocido y...

—Es buena gente.

—Pero ¿ese no era el que estaba loco por Manuela?

—Sí, hasta que conoció a Cayetana.

—¿Cayetana no es la mujer de Roberto?

—Era. Se han separado y ahora Cayetana y Elías están juntos y enamorados.

—Esto es peor que una telenovela. Cuéntame más cosas que deba saber.

—Daniel, tu secretario, está liado con Carlos, el padrino de mi hija.

—¿En serio?

—Sí, pero Daniel todavía no ha salido del armario y lo llevan en secreto.

—Estoy por llamar a Televisa porque esto es un culebrón de los que ve mamá.

—¿Sabes que Roberto dejó a Cayetana por otra y la otra le ha dado la patada después de separarse?

—No sigas, que esto es de locos.

—Tú me has preguntado y yo te cuento. Por cierto, te vienes esta noche a tomar algo. Así conocerás un poco mejor a los empleados.

—Me lo ha dicho Carlos hace un rato, pero estoy cansado. Esta noche no he dormido bien.

—Pues adopta las costumbres españolas, duermes una siesta y te vienes esta noche.

—No creo que lo haga. Si me decido, te aviso, que estoy sin coche.

Norbert sale de la oficina y tengo que reconocer que seguiría durmiendo otra media hora. Descuelgo el teléfono para pedirle a Daniel que me suba un café, pero me lo pienso y decido ir yo a buscarlo. Así me despejaré un poco más y venceré a este cansancio que me acompaña.

Salgo del despacho, le pregunto a mi secretario si quiere que le suba algo y, tras su negativa, me despido y me adentro en el entresijo de pasillos de servicio.

Escucho algunas voces detrás de una de las puertas que está entreabierta y paro para oír si están hablando de trabajo o están perdiendo el tiempo. Y reconozco la voz de la Diablilla Pelirroja.

—Hoy estoy muy feliz, Elías.

Me hierve la sangre al saber que están hablando los dos, al escuchar la

alegría de su voz, al no ser yo quien reciba esas palabras.

—¿Y eso?

—Porque la semana que viene voy a disfrutarla con mi niño. ¡Tengo vacaciones!

—¿Vacaciones? ¿Tú? ¡Eso hay que celebrarlo!

—Sííí. Ya le he dicho a Carlos que esta noche salgo con vosotros. ¿Cayetana va a venir?

—Sí. Va a dejar a los niños con una amiga y se va a venir con nosotros.

—¡Genial!

Ya me he cansado de escuchar. No están hablando de trabajo y esto no es un patio de colegio. Así que voy a entrar y los voy a mandar cada uno a su sitio.

Abro la puerta y me quedo sorprendido al ver lo que encuentro. La estancia es un pequeño *office* dotado con cafetera, nevera, dulces, pan... Los veo a los dos con las tazas en la mano y deduzco que están en su tiempo de descanso, por lo que no digo nada, intento salir, pero soy descubierto por Elías.

—Hola, Herr Eisenhower. ¿Quiere un café?

—Iba a la cafetería a pedir uno.

—¿Solo? ¿Con leche? —me pregunta una sonriente Carmela y esa sonrisa hace que me quede un poco embobado.

—Solo. Gracias.

—¿Azúcar o sacarina?

—Nada.

—¡Grrr! No sé cómo puede tomarse eso así.

Mete la cápsula en la cafetera, la pone en marcha y en unos segundos tengo mi café listo. Me lo pasa y coge su vaso para seguir bebiendo con una cañita; imagino que es un té lo que está tomando. Al ver que me fijo en su bebida me dice:

—Concentrado de hierbas con sabor a frambuesa y aloe vera con sabor a mango.

—¿Qué es eso?

—Carmela es nuestra chica Herbalife. —Elías me muestra su vaso y veo que están tomando lo mismo.

Hablan durante unos minutos más sobre antes de que la Diablilla se vaya y nos quedamos los dos solos. Le pido que no haga constar las vacaciones que se va a tomar Carmela porque la obligarían a devolver la parte proporcional de lo que ya había cobrado por renunciar a ellas.

Este chico es bueno en su trabajo y va a poner que son días de asuntos propios, los cinco que le corresponde por convenio y los otros dos serán los que le pertenecen semanalmente por su contrato.

Elías se marcha y me quedo solo observando el lugar mientras apuro el café. Veo unos botes blancos que llevan la denominación del calificativo que le ha puesto a Carmela y los cojo para mirarlos: proteínas, batido, fibra, concentrados... No sé de qué va todo esto, así que los dejo en su sitio, friego el vaso que he utilizado para el café y salgo de la estancia para volver a mi oficina.

En el camino me cruzo con algunos empleados. Unos saben quién soy, otros me miran raro, pero no es algo que me preocupe, ya que solo voy a estar aquí un mes.

Daniel no está en su puesto, imagino que habrá ido a hacer alguna gestión y entro en mi despacho.

La sonrisa de Carmela y su buen estado de ánimo me acompaña, como también la conversación que estaba teniendo con Elías.

Mi teléfono suena y veo que tengo un mensaje nuevo de Elke, quiere quedar esta noche, aunque de pronto me apetece aceptar la propuesta de salir esta noche con mi hermano y todos los que vayan.

—¿Qué demonios te está pasando, Sebastián? ¿Estás pensando en cambiar una maravillosa noche de sexo por una salida con gente que no conoces absolutamente de nada? Definitivamente, los aires españoles no me pueden estar sentando bien.

Declino la invitación de Elke, alegando la mala noche que he pasado, e inmediatamente marco el número de Norbert.

—Dime, Sebastián.

—¿Te pillo en mal momento?

—No, has llamado a lo justo.

—¿Estabas corriendo? Te escucho jadeante.

—Sí, pero no de la forma que piensas.

—¡Joder, hermano! No era necesario que me dieras esa explicación.

—Cuéntame rápido, que tengo que aprovechar que la niña duerme.

—He decidido salir esta noche con vosotros.

—¿Y eso?

—Tienes razón. Así conoceré un poco más a los empleados, algunos todavía no saben ni quién soy.

—¿Te recojo?

—Sí, por favor. ¿A qué hora?

—A las diez en la puerta de servicio.

—Perfecto, hermanito. Ahora sigue disfrutando de tu futura esposa.

—Puedes tener claro que lo haré.

Norbert cuelga el teléfono riendo a carcajadas. Es digno hijo de nuestra madre y, a pesar de su aspecto de típico alemán, creo que es el más andaluz de la familia. Más incluso que mi madre, que ya es complicado.

Dejo el teléfono sobre la mesa y apago el ordenador. Si esta noche quiero aguantar más allá de las diez de la noche, voy a tener que dormir una siesta. Miro el reloj y veo que son algo más de las siete de la tarde.

«Tengo hora y media para recuperar sueño».

5

Salgo del hotel a las nueve y media, me subo al coche y corro todo lo que el tráfico y las normas me permite para llegar cuanto antes a casa. Con un poco de suerte, conseguiré llegar al pub donde solemos parar a eso de las once.

Entro en mi dúplex como alma que lleva el diablo y voy directa al baño, donde me ducho a la velocidad de la luz y me seco el pelo a lo loco, sin peinarlo, cuidadosamente mientras lo hago. Sé que eso va a significar que mañana tendré que pelearme con los enredos, pero no tengo tiempo de hacer mucho más. Me maquillo un poco y voy rápidamente hasta mi habitación. Por suerte, ya tengo los pies secos y no corro el riesgo de resbalar.

Cojo del armario lo primero que pillo y que considero que hace juego entre sí y me lo pongo en menos de lo que se tarda en rezar un Padre Nuestro.

Bajo las escaleras intentando no caerme con los tacones y voy directa a la cocina. Me tomo un batido de vainilla con el que casi me atraganto y me dirijo a la entrada de la casa. Me miro en el espejo del mueble de la entrada por última vez y observo que todo esté más o menos en orden, así que cojo las llaves y salgo corriendo.

Me subo al coche y conecto el manos libres para llamar a Carlos. Lo cierto es que no sé ni qué hora es, por lo que no sé si ya estarán en el pub o todavía estarán cenando.

—Hola, reina. ¿Ya estás lista?

—Me acabo de subir al coche.

—Estamos entrando en el pub de siempre. ¿Quieres que te espere fuera?

—No, entrad vosotros. Yo os busco cuando llegue.

Aparco cerca del local, más de lo que esperaba, y entro rápidamente. Todos andan dispersos, así que me dirijo al grupo de Carlos, Manuela, Norbert, Daniel y...

—¡Joder, no me lo puedo creer! También está Sebastián y está que cruje. Será un ogro, pero es guapo a rabiar.

Me armo de valor y me acerco a ellos. De pronto, tengo mucho calor y no es precisamente porque haya mucha gente. Todos me abrazan menos él, que solo me dedica un «Hola».

Daniel me coge de la mano, tira de mí y me lleva hasta la barra. Pedimos dos *gin-tonics* y dos chupitos de tequila, como siempre que salimos de marcha, como hacemos desde que cumplimos la mayoría de edad y nos permitían tomar alcohol en los bares.

Brindamos, chupamos la sal, bebemos el tequila y chupamos el limón, tras lo que soltamos el aliento porque nos quema la garganta. Me abraza y yo me dejo. Siempre ha sido uno de mis mejores amigos, siempre nos hemos cubierto las espaldas, siempre lo defendí de todos los que hablaban de su orientación sexual, cuando especulaban sobre si era gay o no. De hecho, nadie lo ha visto con una mujer, pero tampoco con un hombre. Los niños fueron demasiado crueles con él y aprendió a esconder su homosexualidad, pero yo sé qué se esconde debajo de esa coraza.

Cogemos nuestras copas de la barra y volvemos al grupo. Bailamos como dos locos ante la atenta mirada de Carlos y Sebastián. Norbert y Manuela ya están a su bola y dudo que tarden mucho en volver a casa. Esta noche, según he podido escuchar a Carlos, la niña se queda en el hotel con los abuelos. «Si llora, le dará la lata al Hermano Capullo», pienso en esa posibilidad y me da un ataque de risa que consigo controlar rápido.

Me pone muy nerviosa que Sebastián no aparte la mira de mí. Mi copa se termina y esta vez vamos los cuatro que quedamos juntos a la barra. Repetimos la misma operación que Daniel y yo tenemos por costumbre, pero esta vez los cuatro: cuatro cubatas, cuatro chupitos.

«¡Menudo pedo voy a pillar esta noche!», pienso mientras el ácido del limón irrita mis papilas gustativas.

Volvemos a la pista y bailo con Carlos mientras Daniel habla de trabajo con Norbert y Sebastián, y Manuela aprovecha para ir al baño. Pienso en acompañarla, porque ya voy teniendo ganas de orinar... Bastantes ganas, porque con tanto alcohol en el cuerpo, mi vejiga amenaza con reventar, pero me dan tanto asco los baños públicos que me aguanto un poco más.

Me acerco a la barra para pedir un refresco. Hace mucho que no bebo alcohol, ya estoy mareada y luego tengo que conducir, por lo que dejar de beber *gin-tonics* es lo más sensato, aunque creo que Sebastián no opina lo mismo, ya que se me adelanta y pide otro cubata y otro chupito.

«Me van a tener que llevar a casa», me digo a mí misma mientras nos sirven las bebidas. Pero merece la pena tan solo por la sonrisa que me está dedicando mientras me pasa la sal. Creo que me voy a derretir como un helado en pleno mes de julio si no la borra de su rostro.

Intento pagar, pero me toma la mano y no me lo permite. Nos quedamos con los dedos entrelazados y su mirada se clava en la mía de una forma demasiado intensa, tanto que la aparto.

—Gracias, señor —le digo mientras me suelto de su agarre.

—No me llames señor, llámame Sebastián.

—No, yo no...

—Carmela, no estamos en el trabajo.

—Está bien, Sebastián.

Le sonrío, le doy un buche al cubata y me vuelvo, sin tambalearme, donde están los demás. Necesito poner un poco de distancia entre nosotros.

Empiezo a bailar con Norbert y no soy muy consciente de cuándo ha pasado lo que está pasando, pero lo cierto es que estoy bailando con Sebastián y ni cuenta me había dado. Me tiene cogida por la cintura y mis brazos rodean

su cuello. Estamos tan pegados que en determinados momentos, mi frente topa con su barbilla, porque me siento incapaz de subir la cara y encontrarme con sus ojos. Estoy muerta de la vergüenza, no lo puedo evitar, y me centro en escuchar la canción que está sonando, aunque casi mejor no escucharla, ya que la cancioncita se las trae. Solo Pablo Alborán es capaz de escribir una canción como *Éxtasis* y quedarse tan tranquilo.

Ya me siento demasiado incómoda, hace mucho tiempo que no bailo de una forma tan íntima con un hombre que me calienta tanto, prácticamente desde que conocí a Jorge, y la experiencia con él acabó tan mal, que desde que me abandonó, no he vuelto a tener ningún tipo de relación estable. No fue el amor de mi vida, pero sí el que me marcó.

Me separo de él y voy corriendo al baño. No quiero que ni él ni nadie vea que me siento incómoda, a nadie le importa mis mierdas y, mucho menos, una persona a la que conocía ayer... Aunque tengo que reconocer que Sebastián me enciende más que ninguno de los hombres con los que he estado en todos estos años.

Entro en el baño y la incomodidad, las cosas que Sebastián despierta en mí y el alcohol, hacen que lllore como una tonta. Sé que no tiene explicación ninguna, pero las lágrimas brotan sin control.

Me meto en uno de los inodoros, cierro la puerta y aprovecho para orinar. Salgo con cuidado porque no quiero que aparezcan ni Manuela ni ninguna otra compañera y me pille con el maquillaje corrido. Al ver que no hay nadie, aprovecho para retocarme y salgo antes de que me echen en falta.

Sebastián está en el pasillo e imagino que estará esperando para entrar al baño de hombres. Bajo la mirada cuando voy pasando por su lado, pero su mano agarra mi brazo y me para. Levanto la cabeza y enfrento su mirada. No habla, no dice nada, solo me mira y me acerca a él.

Toma mi cara entre sus manos y me besa. Me besa y, aunque mi cabeza me dice que me aparte, me dejo besar. No sé si durante unos segundos, quizá minutos, hasta que reacciono ante el cosquilleo que despierta en mi estómago.

Me separo de él y, aún con la respiración agitada, le doy una sonora

bofetada que hace que todos los que están en el pasillo nos miren y cuchicheen.

Me suelto de sus brazos, salgo del local sin despedirme y corro hasta llegar al coche. Con manos temblorosas, saco las llaves, lo abro y es tal el subidón que tengo por lo que acaba de suceder, que los efectos del alcohol se han esfumado y estoy fresca como una rosa.

Conduzco con cuidado y aparco a pocos metros de la puerta de casa. Entro y sé que voy a ser incapaz de dormir en un rato, por lo que me decido por darme una buena ducha antes de acostarme.

El agua caliente me relaja hasta tal punto que siento que las piernas me tiemblan y flaquean. Salgo del baño antes de que me fallen y me caiga.

Siento la tentación de tumbarme en la cama en cuanto llego a la habitación, pero si lo hago, sé que me dormiré con la toalla mojada, sin taparme y mañana tendré un resfriado tremendo. Cosa que no me apetece nada porque el sábado tengo la boda de Manuela y Norbert.

Cojo un pijama limpio del último cajón de la cómoda, me deshago de la toalla y me lo pongo con rapidez. Necesito tumbarme de una vez.

Apoyo la cabeza sobre la almohada y miro al techo. Por más cansada que estoy, sé que va a ser complicado que concilie el sueño. Mi cabeza no deja de dar vueltas a ese beso que, a pesar de haberme gustado de una forma bastante especial, me asusta más de lo que quisiera.

Me giro hacia un lado, hacia otro, me pongo bocarriba, bocabajo, me tapo la cabeza con la almohada..., pero no hay forma de dormir. Miro el teléfono móvil, veo que son las cinco de la mañana y cambio la hora del despertador. A fin de cuentas, no tengo que ir a trabajar hasta por la tarde, y solo durante un rato, por lo que no es necesario que me levante tan temprano.

Me levanto de la cama y bajo a la cocina. Me preparo una tila y saco del mueble de las medicinas un par de valerianas. De una forma o de otra tengo que conseguir que este estado de nervios desaparezca.

En el camino de vuelta a la habitación, cojo un libro de las estanterías del salón, el más aburrido y soporífero que encuentro.

«Voy a dormir, sí o sí».

6

No sé si me duele más la bofetada que me acaba de dar o mi orgullo herido, aunque la tengo bien merecida. Solo a mí se me ocurre hacer algo así. Si, al menos, hubiera recibido alguna señal por parte de ella, habría estado justificado el beso que le acabo de dar, pero no ha hecho más que mantener las distancias conmigo.

Sabía que era un error, que no debía hacerlo... No me he podido controlar y eso es algo que no me gusta, soy un hombre que respeta a las mujeres por encima de todo. Al principio creí que había hecho lo correcto porque me correspondía, sin embargo, cuando se separó de mí y me miró con los ojos dubitativos y llorosos, supe que había pasado los límites.

No me apetece seguir aquí, no quiero dar explicaciones a nadie, pero la he visto salir corriendo y, si yo hago lo mismo, van a sospechar que nos traemos algo, cuando es justo lo contrario.

Entro al baño para darme un poco de tiempo y recobrar la compostura. Cuando salgo, me dirijo al grupo donde está Norbert e intento mantener una conversación, pero no me sale, no me apetece.

—¿Estás bien, Sebastián? —me pregunta Manuela, que siempre ha sido muy perspicaz.

—No, estoy cansado.

—Cuando quieras, nos vamos.

—No, no quiero fastidiaros la noche. Creo que mejor cojo un taxi y me voy al hotel.

—Pero si a nosotros no nos importa...

—Perdonad que interrumpa —dice Carlos, cortando la conversación—. Voy a aprovechar que Daniel se va y así me deja en casa, que le coge de camino.

—Carlos, ¿tú crees que Daniel me haría el favor de llevar a Sebastián al hotel?

—Claro que sí, corazón... Vamos, digo yo que no le importará... —Me hace gracia ver cómo Carlos se ha dado cuenta de que estaba hablando de más ante un desconocido.

—Puedes hablar tranquilo, estoy al tanto de todo —le suelto sin pensarlo, guiñándole un ojo.

—¡Ay, Dios! No se te ocurra decir nada delante de Dani, que le puede dar algo.

—Tranquilo, que soy discreto.

—¿Entonces te vas con ellos? Así me quedo yo más tranquila, a estas horas, en pleno mes de diciembre, es complicado encontrar un taxi en este pueblo.

—Tranquila, Pescaíto, que nosotros te cuidamos al cuñado.

Sonríó al escuchar la forma en que Carlos llama a Manuela. Me dio mucha ternura cuando Norbert me contó el por qué de ese apodo y le viene como anillo al dedo a mi cuñada, ya que es la que aficionó a mi hermano a los baños diarios en el mar, sin importar la época del año.

Salimos del local tras despedirnos de los demás y llegamos al hotel en poco más de cinco minutos. Me despido de Carlos y Daniel, a quien le agradezco que me haya traído y me rápidamente a mi habitación tras saludar al recepcionista del turno de noche.

Entro en la suite y encuentro a mi madre con Carlota en brazos, cosa que me extraña porque es una niña muy tranquila.

—¿Qué le pasa?

—Tenía gases y ahora no hay quien la duerma. Tu padre ya ha desistido de intentarlo y yo estoy ya que me caigo de sueño.

—Dámela, yo me hago cargo de ella y vete tú a descansar.

—No, hijo...

—Dame a mi sobrina preciosa.

Mi madre da su brazo a torcer y me lleva a la niña a mi habitación. La dejo jugando en la cama con un mordedor mientras me quito la ropa y me pongo el pantalón del pijama. Adoro a esta pequeñaja y esta noche pienso dejarla dormir conmigo en la cama, por mucho que Manuela proteste diciendo que se va a malacostumbrar. Soy su tío, para eso estamos, para malcriarlos, y no la veo muy a menudo.

Voy al salón, cojo todos los cojines que encuentro en los sofás y regreso rápidamente. Pongo algunos en el suelo y otros en el lateral de la cama en el que va a dormir Carlota. Veo que todo está bien asegurado para caídas y entro en el baño para lavarme los dientes.

Cuando vuelvo, me recibe con una sonrisa y algunos gorgoritos. El día que empiece a hablar bien, nos va a tener a todos comiendo de su mano.

Me tumbo a su lado y no duda en acurrucarse junto a mi torso desnudo. Es tan dulce, tan bonita, que no puedo evitar mirarla embelesado.

Le doy un beso en la frente y el contacto de mis labios con su piel me hace recordar el momento vivido una hora antes, en el pasillo de los servicios del pub.

—¡Ay, pequeña! Tú tío es tonto, por no decir otra cosa peor. No sé qué tiene esa diablilla pelirroja, pero me atrae y no podido aguantar las ganas de darle ese beso.

Carlota me mira con carita de pena, como si entendiera lo que le estoy contando, como si se estuviera compadeciendo de mí.

—No sé qué hacer con esta situación, las cosas se van a poner tensas después de lo que ha pasado, y es lo que menos me apetece para el mes que me queda aquí. ¿Tú que opinas? ¿Crees que mañana debería buscarla antes de que empiece su turno y disculparme?

Le dirijo una mirada buscando sus gestos ante lo que le estoy contando, veo que me sonrío y siento que está entendiendo todo lo que le digo.

—Pues eso voy a hacer. Mañana por la mañana, haré por verla e intentaré solucionar este malentendido.

Vuelvo a mirarla y veo que le empiezan a cerrar los ojos. El sueño ya está ganando la partida y ella se está dejando vencer.

—Gracias por escucharme, Carlota.

La acomodo bien en su almohada y me tumbo mirando al techo. Pensaba pasar por este hotel sin dejar huella alguna y he complicado las cosas desde el primer día. Voy a intentar dormir, que mañana me espera un día muy largo.



Siento una pequeña manita agarrándome la nariz. No tengo ni idea de qué hora es, pero imagino que Carlota ya tiene ganas de tomarse su biberón.

Miro el móvil y me sorprendo al ver que son casi las ocho. Anoche olvidé poner el despertador y ahora voy muy tarde.

Cojo a la niña en brazos, voy a la otra habitación de la suite, donde duermen mis padres, y estoy tentado de entrar sin llamar, pero los recuerdos de la última vez que los encontré en acción hacen que toque la puerta con los nudillos.

Escucho a madre dar permiso para entrar y se le dibuja una sonrisa al ver a Carlota despierta.

—Te la dejo que se me han pegado las sábanas. Ha dormido bien toda la

noche.

Salgo de la habitación tras darle un beso de buenos días a mi madre y corro a mi baño.

Me ducho en cinco minutos, me visto lo más rápido que puedo y salgo de la suite cuando en el reloj del teléfono dan las ocho y cuarto.

Llego a la antesala de mi despacho y me encuentro a Daniel con un humeante café en las manos que me tiende. Tiene cara de haber dormido bastante poco e imagino que pasó una muy buena noche con Carlos.

Revisamos algunos pendientes, atiendo varias llamadas telefónicas, cuadro vacaciones con Elías, tengo una conferencia por Skype con la subdirectora del hotel en el que yo soy el director y llega un momento en que mi cabeza amenaza con estallar.

Me dejo caer sobre el respaldar de la silla y veo la pila de expedientes que ayer no terminé de revisar. Sé que debería ponerme con ellos, pero no me apetece, aunque sí hay algo que voy a hacer.

Cojo el de Carmela, lo abro y anoto en un papel la dirección de su casa. Es una violación de la ley de protección de datos, espero que no se lo tome a mal, pero no creo que el hotel sea el mejor sitio para hablar de lo que pasó.

—Daniel, ¿puedes venir a mi oficina? —le pregunto lo suficientemente algo para que se escucho mi voz a través de la puerta que está encajada.

—Dígame, Herr Eisenhower.

—No me llames así que no soy mi padre.

—Disculpa, Sebastián.

—Voy a salir a solucionar un pendiente que tengo...

—Vaya, que me encargo de todo... —Veó en su cara que hay algo más que quiere decirme y no se atreve.

—¿Sucede algo?

—Ya está despierta, y ahora no te va a hablar tu secretario, pero tengo que dejarte claro dos cosas. Uno, soy la discreción personificada y, dos, cuidado con hacerle daño a mi mejor amiga.

Tras esas palabras que me dejan fuera de juego, Daniel sale de mi despacho seguido por mí y sigue haciendo su trabajo.

Camino hacia recepción dándole vueltas a lo que acaba de pasar, y mucho me temo que la cara de haber dormido poco de mi secretario no tiene nada que ver con una loca noche de pasión con su novio.

Rubén me dice que el taxi ya me está esperando, cosa que me extraña porque yo no le he dicho nada, y caigo en la cuenta de que Daniel lo debe haber pedido para mí.

No pierdo más tiempo y salgo del hotel. Le entrego la dirección al taxista y no tardamos más de diez minutos en llegar al sitio.

Tras pagar la carrera, me bajo del taxi y observo la vivienda que tengo delante de mí. Es una casa adosada con un jardín delantero que se entrevé entre las finas rendijas de la verja que lo rodea.

Me asaltan las dudas de si estoy haciendo lo correcto cuando estoy a punto de llamar al telefonillo, pero mi indecisión desaparece al escuchar a mi espalda, haciendo que mi corazón de un vuelco al reconocerla.

—¿Qué haces aquí?

Me giro, la miro y me invade una angustia que nunca había sentido al ver las ojeras que se marcan bajo sus ojos. Ojeras que han provocado mi impulso de la noche anterior.

—Creo que tenemos que hablar.

Con un gesto de su mano me indica que me haga a un lado, orden que acato sin rechistar. Abre la puerta, la sostiene con la mano y me mira.

—Pasa. Algunos vecinos de esta calle son bastante cotillas.

Lo que menos podía esperar después de soltar la compra y aparcar el coche era encontrarme con Sebastián en la puerta de mi casa. No podía dejarlo ahí. En realidad, quería echarlo a patadas, pero vi a Paty, la pija cotilla del número quince, y no podía arriesgarme a ser la comidilla de todos, por eso lo he invitado a entrar.

Y tengo la casa hecha un desastre, me ha ayudado a llevar las bolsas a la cocina y aquí estoy guardando los mandados mientras él espera en el salón a que yo termine.

Entiendo que quiera hablar las cosas antes de que nos viéramos en el hotel, yo también tenía pensado llamar a Daniel para que me pusiera al teléfono con él y quedar para vernos antes de empezar mi turno, pero lo que menos podía esperar era encontrármelo aquí, en mi casa. No sé, me podría haber llamado por teléfono, habernos visto en algún bar o en la playa... Estoy nerviosa, muy nerviosa, no sé cómo actuar ante una situación así.

Vuelvo al salón y lo observo sentado en el sofá. Se ha quitado la chaqueta y está en mangas de camisa, aunque la corbata no se la ha aflojado ni un milímetro...

«Esa corbata... ¡Deja de pensar cochinas, Carmela! No es buena idea lo que estás pensando», me recrimino a mí misma y avanzo hacia él para no pensar más cosas.

—¿Cómo has sabido dónde vivo? Como me digas que te lo ha dicho Daniel, te juro que...

—No, no ha sido Daniel. Todavía tenía los expedientes sobre mi mesa y...

—Ahí también está mi número de teléfono. Me has cogido en casa por poco.

—Tienes razón, debí llamarte antes de presentarme aquí, pero temía que no quisieras hablar conmigo.

—Yo pensaba llamarte también.

—Lo siento. Lo hice sin pensar, no pude controlar el impulso.

Me quedo mirándolo y veo sinceridad en sus palabras. Cualquier otro hombre no hubiera hecho lo que está haciendo él en este momento y tengo que reconocer que los hombres que admiten sus errores me encantan. Creo que yo también le debo una disculpa.

—Yo también lo siento. No debí darte esa bofetada que todavía debe estar doliéndote. —Me llevo las manos a la boca al ser consciente de lo que significan mis palabras—. ¡Ay, Dios! ¡Le he dado una bofetada a mi jefe!

Mis palabras le provocan una carcajada que ha hecho que me derrita. Jamás pensé que el Hermano Capullo tuviera una risa tan vibrante y hasta contagiosa porque yo también estoy riendo con él. Este momento está consiguiendo que los dos nos relajemos ante la situación.

—Entonces, ¿me perdonas? —Me mira esperando una respuesta.

—Solo si tú me perdonas.

—Creo que estamos en paz.

Me tiende la mano para que la estrechemos y no dudo en tomarla. Es suave, fuerte, cálida... El pensamiento de tenerlas acariciando mi cuerpo consigue que vuelva a ponerme nerviosa y tengo la impresión de que él también lo está.

—Esto... —Mira el reloj antes de seguir hablando—. Ya va siendo hora de que me vaya.

Sí, es cierto que ya va siendo hora de que se vaya, que debería poner las

lentejas si quiero comerlas antes de ir a trabajar, pero realmente me gustaría disfrutar de un ratito más con él... «¡Para, Carmela!».

—¿Quieres quedarte a comer? Iba a preparar...

—Eeeh... No creo que sea buena idea. Tú me gustas, Carmela, no lo puedo negar. Tienes un carácter endiablado..., pero creo que eso es lo que más me atrae de ti.

Sus palabras me dejan boquiabierta porque no las esperaba. Jamás pensé que le pudiera gustar, creí que ese beso fue producto del alcohol, la canción, el baile..., pero no, no ha dejado lugar a dudas con sus palabras, le gusto de verdad y me temo que no quiero controlarme más...

«¡Cómo me pone este hombre! Y no va a ser nada serio, se va en un mes, aunque es mi jefe ahora mismo, es el hermano de Norbert, sé que no es una buena idea, que... Me da igual. Que sea lo que tenga que ser».

—Pues con más razón deberías quedarte.

Me mira con cara de sorpresa, sin entender nada, sin comprender lo que significan mis palabras y no me lo pienso dos veces. Me acerco hasta él, tiro de su corbata porque es más alto que yo y le planto un beso en los morros que ni Richard Gere y Julia Roberts.

Me separo de él, busco sus ojos y estos me dicen, me gritan, que me desea tanto como yo a él. Es puro fuego que espero que tenga la misma traducción en la cama. Hace mucho tiempo que no estoy con ningún hombre y el cuerpo me pide a gritos sexo del bueno.

—¿Estás segura, Carmela?

—¡Cállate!

Lo tomo de la mano y tiro de él hasta mi dormitorio. Si sigue hablando, estoy segura de que me arrepentiré; nunca he sido de las que se tira a los brazos de un hombre de buenas a primeras. Pero Sebastián...

Le aflojo la corbata, se la deshago y la enrolló un poco en mis dos manos

antes de hablar.

—Me encanta esta corbata y se me ocurren cosas muy perversas con ella.

—¡Carmela, por Dios!

Nos quitamos la ropa con urgencia y me suelta el pelo tirando la pinza a saber dónde. Lo empujo contra la cama haciendo que caiga sobre ella. Me deshago de su ropa interior y me muerdo el labio al pensar en el placer que me va a dar esa enorme verga. Es gorda, me va a llenar por completo, justo como me gusta.

Tira de mi mano haciendo que aterrice sobre él y nos da la vuelta en la cama para quedar sobre mí.

Me devora la boca, que abandona para bajar por mi cuello, dando pequeños mordisquitos que me arrancan innumerables gemidos de placer. Juega con mis pezones y ya me rindo a todo el placer que me quiera dar. Siento sus dedos jugar con mi clítoris, entrar en mi vagina buscando mi humedad, y sé que me va a llevar al clímax muy rápido.

Arqueo la espalda, levanto las caderas, necesito más y quiero hacérselo saber sin palabras. Sé que ha entendido el mensaje, pero no para y estallo en un orgasmo brutal que me deja casi sin respiración. Tan solo acierto a decir:

—Te necesito dentro.

Y no se hace de rogar. Lo siento entrar en mí sin encontrar resistencia, estoy perfectamente lubricada y dispuesta para él. Me embiste una y otra vez sin dejar de jugar con mi clítoris, dispuesto a llevarme al orgasmo una vez más y yo no me resisto, aunque la lujuria de este momento me pide a gritos que tome las riendas, que cabalgue sobre él, que sea yo quien lo conduzca en el camino a tocar las estrellas.

—Túmbate.

No rechista, no se niega, simplemente hace lo que le pido. Me subo sobre él y me dejo caer, haciendo que entre en mí por entero, tanto que hasta duele.

Subo y bajo, provocando que salga y entre en mí una y otra vez. Él, por su parte, no deja de tocarme y lo vuelve a conseguir, me hace estallar de nuevo, pero esta vez lo arrastro conmigo y siento uno a uno los espasmos de su falo corriéndose dentro de mí.

«Dentro de mí... ¿Dentro de mí? ¡Dentro de mí!».

—Esto ha sido un error, esto ha sido un error, esto ha sido un error...

La mirada de Sebastián muestra incertidumbre, dolor y decepción. Y me doy cuenta de que lo que acabo de decir ha sonado muy mal. No me refiero al hecho de que nos hayamos acostado, sino a que...

—Sebastián, no es lo que piensas.

—Siento que pienses que esto ha sido un error, yo...

—Sebastián, ha sido maravilloso, tanto que nos hemos dejado llevar y...

—¿Y?

—No me seas corto, mírate la polla y dime qué cojones te falta. — Sebastián hace lo que le digo y se lleva las manos a la cabeza.

—¡Mierda! ¡No hemos usado condón!

—A ver, analicemos la situación. Yo no puedo quedarme embarazada, tengo implantadas unas barritas anticonceptivas en el brazo para controlarme la regla, pero...

—Estoy sano, te lo puedo jurar, me puedo hacer pruebas... —Me acaba de quitar un gran peso de encima, pero tengo la impresión de que algo no va bien.

—Entonces podemos estar tranquilos, ¿verdad?

—Sí, es solo que...

—¿Qué pasa?

—Yo nunca me he dejado arrastrar así por ninguna mujer, ni tan siquiera con mi exmujer... ¡Joder! —Se frota la frente con una de sus manos y el arco de la nariz—. Yo nunca he follado sin condón.

—Vaya... Yo... Lo siento.

—¿Por qué lo sientes?

—No sé...

—Ven aquí. —Me acerco a él y echa uno de sus brazos por encima de mis hombros—. No tienes por qué disculparte ni sentirlo. —Con la mano libre me toma la barbilla y hace que gire mi cara para verlo de frente—. Ha sido el mejor orgasmo de mi vida, mi Diablilla Pelirroja.

Me besa y me acaricia. Me hace sentir especial y me calienta a partes iguales, pero la cordura acude a mí y me obliga a separarme de él.

—Entro a trabajar en dos horas, tengo que ducharme y preparar la comida.

—Si me invitas a comer, te puedes duchar mientras yo preparo la comida. He visto que acabas de hacer la compra y estoy seguro de que puedo preparar algo muy delicioso.

—Aunque no la prepararas, pensaba invitarte igualmente.

—Date prisa, que vas a llegar tarde al trabajo.

—¡Uy, sí! Que el Hermano Capullo de mi jefe tiene muy malas pulgas.

Mis palabras le arrancan una carcajada que escucho camino del baño. Sin duda alguna, el hermanito de Norbert ha resultado ser un gran descubrimiento. ¡Y sabe cocinar!

Me tumbo en la cama y las imágenes de lo que ha pasado hace unas horas vienen a mi cabeza una y otra vez por varias razones.

La primera es que no esperaba que sucediera nada, más bien creí que me echaría a patadas de allí, que no querría hablar conmigo, que ni tan siquiera me daría la opción de disculparme.

La segunda, que me permitiera entrar en su casa. Es acogedora, huele a hogar y está un poco desordenada, aunque solo porque había algunas cosas de Jesús por el salón.

La tercera, que hayamos terminado follando de la forma en que lo hemos hecho. Imaginaba que saldría de allí con una nueva bofetada y he salido con un orgasmo de campeonato.

Y la última, y más importante, no entiendo cómo me he dejado llevar de esa manera tan loca, cómo he tenido sexo sin protección. Siempre ha sido la máxima en mi vida y gracias a eso no estoy contagiado de VIH, pero lo hecho, hecho está... Y tengo que reconocer que ha sido increíble.

«¡Mierda!». Solo de recordar el momento, se me ha vuelto a poner dura.

La puerta de mi habitación se abre sin que nadie haya llamado y veo entrar a mi madre con Carlota de una mano, que ya anda, aunque sin tener mucha estabilidad, le está costando arrancar, pero estoy seguro de que cuando lo haga, nos volverá locos a todos.

—Sebastián, hijo, deberías hacértelo mirar. —La miro extrañado porque no entiendo de qué está hablando—. No sé, ve a visitar a un médico o búscate una amiga con quien descargar... No puedes estar todos los días con la tienda

de campaña en pie.

—¡Mamá! ¿Cuándo vas a aprender a llamar a la puerta?

Me levanto de la cama y me recoloco la erección para que no sea tan evidente. Esta mujer no tiene pelos en la lengua, aunque no sé de qué me extraño, toda la vida ha sido igual.

—Te fuimos a buscar para comer juntos, pero Daniel nos dijo que estabas en una reunión muy importante...

—¿Qué te estás guardando?

—Que tu hermano no tenía constancia de ninguna reunión.

—Esto... No... Era algo personal.

—¿Algo personal? ¿Qué me ocultas, hijo mío?

—¡Ay, mamá! No seas tan cotilla, mujer.

—¡Suéltalo!

—Fui a mirar un regalo para Norbert y Manuela.

Nunca me ha gustado mentirle a mi madre, pero no quiero que se haga ilusiones ni tenga falsas esperanzas. Desde el divorcio, siempre ha querido que me busque otra pareja, que encuentre el amor verdadero... A mi edad, y después de haber pasado por todo lo que he pasado, solo creo que existe ese tipo de amor cuando la veo a ella con mi padre. A pesar de la cantidad de años que han pasado separados, han retomado su relación como si nunca hubiera existido ese tiempo de distancia.

—Pensé que habías encontrado una española guapa y por eso te habías quitado de en medio. Bueno, te dejo que voy a dormir a la niña.

—Yo voy a bajar a tomarme un café que estoy un poco cansado.

—Pues para eso, lo mejor es una siesta.

—Lo sé, mamá, pero no tengo tiempo. Eso sí, el domingo me lo pienso pasar tirado en la cama.

Salimos los tres de la habitación y cojo en brazos a Carlota. Me abraza y me da un tierno beso en la mejilla. Mi madre intenta cogerla, sin embargo, ella no está dispuesta a dejarme ir, pero la puerta de la suite se abre y aparece mi padre, y entonces no existe nadie más para ella en el mundo. Es increíble cómo esta pequeñaja ha cambiado al gruñón de Herr Eisenhauer.

Me dirijo al ascensor y bajo hasta recepción. En un primer momento, pienso en ir a la cafetería, pero recuerdo que Carmela ya ha entrado a trabajar, así que decido hacerme el encontradizo en los pasillos de personal, a ver si me la cruzo.

Llego al office, entro y veo que no hay nadie. Me preparo el café y me siento en uno de los taburetes que rodean una de las mesas altas. La puerta se abre y me sobresalto. Una sensación de decepción me invade al ver que no es ella, es Manuela.

—¡Uy! ¿Qué haces tú aquí?

—Tomándome un café.

—Eso ya lo veo, lo que me extraña es que estés aquí y no en el bar.

—Descubrí hace un par de días este sitio y es muy tranquilo. En el bar me siento observado por todos los empleados que pasan por allí.

—Eso sí. ¿Has visto a Carlos por aquí?

—No, acabo de llegar y no había nadie.

—Bueno, pues lo seguiré buscando.

Manuela se va y deja la puerta entreabierta. La escucho saludar con efusividad a alguien y llega a mis oídos la voz de la persona a la que ha saludado. Mi corazón se salta un latido, es Carmela.

Entra en la habitación, me mira, sonrío, avanza hasta la encimera donde

está la cafetera y dice:

—Buenas tardes, Herr Eisenhauer.

—Buenas tardes, Carmela. Si no te importa, aquí todos me llaman Sebastián. Ese formalismo me recuerda a mi padre.

—De acuerdo, le llamaré Sebastián.

—Y todos me tutean.

—No creo que sea correcto.

Me levanto del taburete, me sitúo detrás de ella, la acorralo contra la encimera y rozo mi erecta verga con su culo.

—Hemos follado hace unas horas, me he corrido dentro de ti y te he arrancado dos orgasmos. Creo que los formalismos entre nosotros sobran. —
Le beso el cuello y le arranco un suspiro.

—Sebastián, aparta, puede entrar alguien.

—¿Y?

—No es correcto. Y tenemos que hablar de lo que ocurrió esta mañana. —
Me separo de ella y espero que lo que estoy pensando no sea cierto.

—¿Estás arrepentida?

—¡No! Follar contigo ha sido... Solo de pensarlo, me caliento, pero hay cosas que tenemos que hablar.

—¡Ah, vale! Me habías asustado. Está bien, dime.

—Aquí no, que estas paredes tienen oídos y pueden interrumpirnos.

—¿En tu oficina o en la mía?

—En la tuya, que Daniel no está y ahí es más complicado que nos

molesten. Mi despacho parece una feria a todas horas.

—De acuerdo. —Dejo la taza en el fregadero, le rozo la mano y le susurro —: No tardes.

Salgo del office y me dirijo a mi despacho. No sé de qué querrá que hablemos, pero estoy tranquilo. Reconozco que me decepcionó el hecho de que pudiera estar pensando que es un error lo que ha pasado entre nosotros, aunque escuchar que no es así, me sentó como un soplo de aire fresco cuando hace mucho calor.

Me dejo caer en el pequeño sofá del despacho y miro el reloj. Son las cinco de la tarde y creo que no he hecho bien en sentarme aquí, porque ahora tengo aún más sueño que antes.

No puedo seguir luchando contra lo que mi cuerpo quiere y se me cierran los ojos.



«No me puedo creer que hasta sueñe con ella», pienso cuando estoy despertando.

Lo cierto es que hasta siento que es real la mamada que me está haciendo Carmela en este placentero sueño, y no quiero abrir los ojos porque su boca es maravillosa. Me obligo a hacerlo y ahora soy consciente de que no es un sueño, que es real.

Su cabeza se mueve arriba y abajo haciendo que mi polla entre y salga de su boca sin descanso. No puedo hablar, solo algunos jadeos salen de mi garganta. Me mira sin soltar su presa y aumenta al ritmo al ver que estoy despierto. Esta mujer es un volcán y su lengua...

—Carmela, retírate, estoy a punto de correrme.

No me hace caso. Lleva mi polla hasta rozar su campanilla una y otra vez, me acaricia los testículos y, sin poder evitarlo, me corro, exploto en su boca y siento cómo traga hasta la última gota de mi placer.

Se retira, se sube a horcajadas sobre mí, me besa invadiendo mi boca con su lengua y yo me dejo, no objeto nada al respecto.

—Esta mañana me diste dos, te debía uno.

—Así da gusto hablar contigo.

—Entré, te vi dormido y me sentí traviesa.

—Puedes ser traviesa siempre que quieras.

—No te confundas. Lo he hecho porque sabía que no estaba Daniel para interrumpirnos.

Se levanta, se va hacia la puerta, se recompone el uniforme a la vez que yo lo hago con mi ropa y quita el pestillo.

Vuelve hasta la mesa, se sienta en la silla que hay justo delante de ella y me insta con un gesto de su mano a que yo haga lo mismo en la mía.

—Ahora sí tenemos que hablar.

—Te escucho.

—Le he estado dando vueltas a lo que ha surgido entre nosotros y tengo que reconocer que apetece muchísimo que sigamos viéndonos, si es lo que tú quieres.

—Claro que quiero.

—Pero hay una condición. No quiero que nadie sepa que estamos juntos por dos motivos. Uno, en un mes te vas y esto se habrá terminado. Lo nuestro no va a ser como lo de Manuela y Norbert, no vamos a ir más allá.

—En eso estamos de acuerdo.

—Por lo que no quiero ser en el hotel la que se folló al hermano del jefe. Y, dos, no quiero que mi hijo tenga falsas esperanzas sobre algo que no va a ser. Ya sufrimos un abandono cuando él apenas tenía uso de razón, y no quiero

que lo vuelva a hacer ahora que ya entiende las cosas, que es mayor.

—Entonces, ¿qué propones?

—Vernos cuando yo no tenga al niño y nada de tonteos en el hotel.

—Me parece estupendo.

—Pues me voy a trabajar, que no quiero que mi jefe me despida. —Sus palabras me arrancan una sonrisa—. Por cierto, ya sabes dónde vivo y esta noche estoy sola.

Me guiña un ojo, me saca la lengua y sale por la puerta de mi despacho, dejándome con una muy buena sensación en el cuerpo. Me alegra saber que, gracias a ella, mi estancia aquí va a ser mucho más llevadera y divertida de lo que esperaba.

9

Llego a mi despacho, cierro la puerta, me siento en mi mesa y no me puedo creer lo que acabo de hacer. Nunca me he dejado llevar de esta manera, mucho menos en el trabajo, pero Sebastián saca de mí un lado perverso y caliente que no sabía que tenía.

La puerta se abre sin previo aviso y Carlos entra. Me mira, sonrío con picardía, se sienta en la silla que hay delante del escritorio y se acomoda.

—Tú has follado.

Sus palabras me dejan fuera de juego. No por lo que ha dicho, sino porque se ha dado cuenta sin yo haberle contado nada.

—¿Cómo...?

—Estás resplandeciente. Deberías hacerlo más a menudo. ¿Quién es?

—Eehh... —No consigo decir mucho más, me tiene totalmente descolocada.

—¡No me lo digas! —Mira hacia la puerta, comprobando así que está cerrada, y se acerca un poco más al escritorio para susurrar—: ¿Te has tirado al hermano de Norbert?

—Pero... —Por momentos estoy más sorprendida, a este chico no se le pasa una.

—Solo he tenido que unir puntos. Te recuerdo que esta mañana sacaste de mi cama demasiado temprano a Daniel porque ayer te pasó algo con él, y hoy me ha dicho que ha ido a buscarte. Si no es él, no sé quién puede haber sido, no has tenido mucho más tiempo. Y la expresión de tu cara me dice que he

dado en el clavo.

—¡Cállate! No quiero que nadie se entere. Sí, es él. A ti y a Daniel no os lo puedo ocultar, y no te pongas diva y empieces a elucubrar ni montar novelas. Solo nos estamos acostando... Bueno, solo nos hemos acostado una vez, pero lo vamos a seguir haciendo.

—Eso decís todos...

—Yo necesitaba que alguien me quitara las telarañas y él pasarlo bien durante el tiempo que va a estar por aquí. No hay más.

—Pero...

—Carlos, nada más. Ni él es Norbert ni yo soy Manuela. Mi vida está con mi hijo y los hombres están para la cama. Punto.

—Está bien. —Me mira con una expresión maliciosa en los ojos—. ¿Y qué tal te fue?

—¡Carlos! —Su pregunta me arranca una carcajada—. Es tan bueno en la cama como bueno está él. Así que te puedes hacer una idea...

—¡No sigas! Con eso tengo suficiente, ya me lo he imaginado embistiéndote como una bestia parda mientras gimes y maldices y le pides más...

—Carlos, por favor, cállate ya —le digo, riendo a carcajadas.

—Me alegra verte tan divina. Mañana vas a estar radiante con el pedazo de vestido que te has comprado.

—Muchas gracias, corazón. Sin embargo, a ti te veo un poco triste.

—No, estoy bien.

—Suéltalo.

—Mañana es un gran día, se bautiza mi ahijada, se casa mi amiga, pero no

voy a poder disfrutarlo con mi pareja como me gustaría, pero... esas eran las condiciones y yo las acepté.

—Dale tiempo. Sabes que no lo ha pasado bien y su familia es un tanto especial.

—Lo sé, pero, a pesar de que lo quiero con locura, de que es el hombre de mi vida y no la concibo con otro, empiezo a estar cansado. Llevamos juntos más de dos años, Carmela. ¿Cuánto más tengo que esperar?

Se levanta y deambula por el despacho. Me acerco a él y le doy un abrazo. Sus lágrimas me rompen el alma, porque es una gran persona, que está aguantando demasiado por el amor que le tiene a mi amigo, y no se merece sufrir como lo está haciendo por ello.

—Bueno, creo que debo irme a trabajar, tengo un masaje en diez minutos.

—Y yo tengo que hacer un par de habitaciones, que Rocío sigue mala y no viene hasta el lunes.

Lo veo salir del despacho y, antes de hacerlo yo también, cojo mi móvil y tecleo un mensaje.

Tú y yo tenemos que hablar muy seriamente cuando pase la boda.

Le doy a enviar, guardo el teléfono en mi bolsillo y me dirijo al almacén de los carritos de la limpieza. Cuanto antes termine, antes podré irme. Todavía tengo que comprar la ropa interior para el traje que me voy a poner mañana. Sí, es precioso, pero enseña demasiado.

Subo a la planta donde está la suite de Sebastián y agradezco que esté en su despacho. No sé si sería capaz de controlarme o si me volvería loca una vez más y me tiraría sobre él.

Veo salir a una señora, no demasiado mayor, con una niña en brazos. Me fijo en ella y veo que es Carlota, lo que quiere decir que la mujer es la madre de Sebastián y Norbert.

La pequeña me ve y se tira a mis brazos, haciendo que su abuela se asuste.

—¡Hola, mi niña preciosa!

—Hola... —Se fija en mi chapa identificativa—. Hola, Carmela, soy María, la abuela de la criatura.

—Encantada de conocerla, señora.

—¿Señora? No me digas eso que me haces más vieja, reina. María, María a secas. —No puedo evitar reírme.

—Ya sé de quién han sacado sus hijos el hecho de que quieran que los llamen por su nombre.

—¡Uy, sí! Los eduqué para que no fueran tan estirados como mi marido. Que con ese apellido endiablado que tienen... Después de tantos años, sigo sin saber pronunciarlo bien.

—Tienes razón, María, pero aquí debemos tratarlos con respeto, que son los jefes, y ellos no nos lo permiten. Cosa que hace que los empleados los valoremos muchísimo más.

—Si mi boca hablara... Bueno, reina, te dejo que me está esperando mi nuera.

—Y yo tengo que trabajar, que mañana tenemos boda y tengo muchas cosas por hacer. Un placer conocerte.

—Igualmente. Pues nada, mañana nos vemos.

—Una pregunta: ¿queda alguien en la suite?

—No, puedes pasar.

—Muchas gracias.

María se va y entro en la habitación. Ahora entiendo de quién ha sacado Norbert su forma de ser. Por fuera se parece a su padre, no lo puede negar, pero su carácter es cordobés lo mire por donde lo mire.



Son las siete de la tarde y ya me estoy subiendo al coche. Con un poco de suerte, y si consigo encontrar aparcamiento rápido en Cádiz, estaré de vuelta a eso de las nueve, aunque siempre puedo meter el coche en un parking.

Conduzco todo lo rápido que las normas me lo permiten y voy cantando a la vez que escucho la radio mientras pienso en todo lo que ha pasado en los últimos días.

Sebastián me gusta mucho, no lo puedo negar, pero solo es eso, no enciende en mí esa chispa que siempre ha habido entre Norbert y Manuela o entre Carlos y Daniel, que tampoco es que quiera encontrar algo así en este momento de mi vida.

El camino se me hace corto con darle tantas vueltas a la cabeza, y ya estoy entrando en el parking. Voy con el tiempo justo y me niego a perderlo buscando dónde dejar el coche.

Salgo rápidamente y me dirijo a la tienda de lencería. Bien podría haberla comprado en San Fernando, que era donde pensaba ir en un primer momento, porque solo pensaba comprar las pezoneras y un tanga invisible, pero me apetece comprar algunas cosillas más. Quiero estar sexi, la ropa interior me hace sentir poderosa, y en el camino me he propuesto que Sebastián no se olvide nunca de lo que es una española en la cama.

Me paro delante del escaparate y veo un conjunto de sujetador, tanga, ligero y medias en color rojo que me alucina. Lo quiero, lo necesito, aunque todavía no sé el precio y me da que no será barato, así que tendré que buscar algo más económico.

Entro y se me acerca una chica sonriente.

—Hola, mi nombre es Mónica. ¿Qué necesita?

—Hola, soy Carmela. Venía buscando unas pezoneras y un tanga invisible. Mañana tengo una boda y el traje es un poco descarado.

—Ahora mismo se lo busco.

La chica se va y yo sigo mirando los conjuntos de lencería, pero no puedo evitar que los ojos se me vayan para el escaparate.

—Está rebajado porque es el único que nos queda.

—Me has asustado. —Me río ante la absurda situación.

—Disculpe, no era mi intención. Mi nombre es Laura, ¿ya la están atendiendo?

—Sí, tu compañera Mónica ha ido a buscar un par de cosas.

—Ya estoy aquí. —Mónica aparece con lo que le he pedido en las manos.

—Mónica, ¿a cuánto se había quedado el conjunto rojo? —le pregunta Laura.

—A cuarenta y nueve con setenta.

—¿Me lo puedo probar? —pregunto sin poder evitarlo.

—Claro que sí —me contesta Mónica sin apartar la sonrisa de su rostro.

Laura me acompaña al probador mientras Mónica coge el conjunto del escaparate. Las dos son muy simpáticas y serviciales y ahora entiendo por qué esta tienda tiene tanta fama y vende tanto.

Aparece con el conjunto en las manos y me dejan sola. Me lo pongo y el reflejo del espejo me deja impactada. Me queda como si hubiera sido hecho para mí... Sé de alguien que esta noche va a alucinar y me va a hacer disfrutar de lo lindo.

Me lo quito, me visto rápidamente y salgo de nuevo a la tienda. Me dirijo al mostrador y las dos chicas me esperan sonrientes y expectantes.

—Me lo llevo.

—Vas a triunfar —me suelta Mónica con una expresión pícaro en el rostro.

—Córtate un poquito, nena —le riñe Laura, aunque después me mira con la misma expresión que Mónica—. Y, como mi compañera tiene razón, te vamos a regalar este tanga, que es de la misma talla y llegó de más, porque seguro que quien te espera así vestida, te lo va a arrancar.

Entre carcajadas, me cobran, me despido de ellas y prometo volver pronto. Así da gusto comprar y estoy segura de que a Sebastián le encantará que pase por aquí más veces antes de irse.

Voy hasta el aparcamiento, pago, me subo al coche y conduzco hasta casa imaginando la noche que me espera.

Aparco en la puerta, miro el móvil y tengo un mensaje de Daniel y otro de un número que no conozco. Lo abro y me llevo las manos a la cabeza. En menos de media hora, Sebastián estará aquí.

Entro rápidamente, me ducho, me visto solo la ropa interior que acabo de comprar y estoy poniéndome unos zapatos de tacón de doce centímetros cuando suena el telefonillo de la puerta de la calle.

Descuelgo y pregunto quién es, aunque lo sepa de antemano. Abro la puerta de la casa y lo espero de pie en el salón.

—¿Se puede?

—Sí.

Sebastián entra, me mira de arriba abajo, se acerca a mí y antes de besarme dice:

—Me ha faltado poco para correrme solo con verte.

«¡Tremenda noche me espera!», pienso mientras me coge en brazos y hace que enrosque mis piernas en sus caderas.

Me dirijo a su dormitorio con ella en brazos. Nos besamos con pasión, con urgencia, como si no tuviéramos tiempo y tenemos toda la noche.

La bajo tras cruzar el dintel y dejo que se deshaga de mi ropa. Me besa los pectorales, lame y mordisquea mis pezones y mi erección no para de crecer.

No me equivoqué al apodarla Diablilla; es caliente como el infierno, su pelo anaranjado como el fuego y tiene una boca que haría suplicar por más al mismísimo Lucifer.

Le desabrocho el sujetador, le bajo las tirantas y besos sus hombros mientras abarca mi polla con sus manos. Con una masajea mis testículos y con la otra me masturba.

—No sigas. No entra en mis planes correrme antes de llegar a la cama.

—¿Qué te gustaría hacerme esta noche, Sebastián?

—Me gustaría hacer tantas cosas contigo...

—Hazlas.

—¿Y tú?, ¿qué quieres hacer conmigo?

—Yo voy a ser directa, nunca me han gustado los rodeos. Quiero ver cómo te follas a otra mujer, que veas cómo me da placer a mí. Quiero que otro hombre y tú me penetréis a la vez. Y, esta noche, quiero que me azotes las nalgas hasta que estén coloradas mientras follas mi culo.

Abro los ojos y la boca ante la sorpresa que me han provocado sus palabras. Ni en el mejor de mis sueños, habría imaginado que mi estancia en

Zahara de los Atunes fuera a ser tan divertida.

—¿Qué me dices? —me pregunta mientras lame y mordisquea mi cuello.

—Quítate el tanga, pero no lo demás.

Se separa de mí, me mira, me dirige una sonrisa traviesa y niega con la cabeza mientras camina hasta una de las mesitas de noche, de donde saca un preservativo y un bote de lubricante.

—Arráncamelo.

Se tumba y me mira con un brillo de lujuria en sus ojos mientras termino de desnudarme. Dejo la ropa sobre una silla y saco del bolsillo del pantalón una pequeña navaja que siempre llevo conmigo, herencia de mi abuelo paterno.

Me dirijo a la cama y veo su cara de sorpresa al ver lo que llevo en la mano. Me cuelo entre sus piernas, abro la navaja y con la punta recorro el camino que va desde su cuello hasta la prenda de la que me pretendo deshacer.

Corto uno de los laterales arrancándole un suspiro, luego el otro, la cierro y la dejo caer al suelo.

—No soy un sicópata, simplemente no quería hacerte daño al romper la tela.

—Muy considerado por tu parte, pero has conseguido ponerme los ovarios en la garganta.

Suelto una carcajada ante sus palabras, inclino mi cuerpo y la beso con pasión. Retiro la ajada tela y bajo besando el mismo camino que recorrió la punta de la navaja.

Absorbo el aroma de su depilado sexo y mi lengua se cuela entre sus pliegues buscando su clítoris, lamiéndolo. Meto un dedo en su vagina para lubricarlo antes de introducirlo en su ano y me enloquece sentir lo húmeda que está. Lo saco y busco su verdadero destino, pero me sorprende al ver que topo con algo inesperado.

Levanto la mirada buscando una explicación y me encuentro con una sonrisa perversa. Tenía esto premeditado desde antes de que yo llegara.

—Pienso hacer realidad todas tus fantasías, pero también quiero que tú hagas realidad las mías.

Vuelvo a lamer su clítoris con delirio, sus palabras me han vuelto loco y pienso darle todo lo que me pida, porque sé que ella hará lo mismo conmigo.

La penetro con dos dedos mientras mi boca le da placer y golpeo con ellos su punto G. No hay nada que me guste más en la cama que darle placer a una mujer ardiente, porque sé que voy a recibir lo mismo a cambio.

Siento los músculos de su vagina contraerse, levanta las caderas y un último gemido me indica que lo he conseguido, que se ha corrido, que el placer la domina. Ahora es el momento perfecto para darle lo que me ha pedido.

—Date la vuelta.

Me hace caso sin decir nada. Abro sus nalgas con dos dedos y le saco el plug anal que lleva puesto. Me sorprende al ver que el grosor que tiene, aunque lo agradezco, así no encontraré resistencia alguna al entrar.

Me pongo el condón, vierto un poco de lubricante entre sus nalgas y chorro hasta el boquete, que está abierto y deseoso de recibirme.

La penetro por completo de una sola embestida y le arranco un gemido de placer que brota de su garganta. Hago lo que me pidió unos minutos antes. Le doy un suave azote y su respuesta no se hace esperar.

—Más fuerte.

—No quiero hacerte daño.

—He dicho más fuerte.

Su orden me enloquece y no dudo en acatarla. La azoto con una mano,

luego con la otra, la embisto sin cesar y me regala incontables gemidos de placer.

—Tócate, Carmela, quiero que te corras a la vez que yo.

Una de sus manos vuela a su sexo y se masturba sin descanso mientras sigo embistiéndola.

—Me corro, Sebastián.

—Dámelo.

Lo hace y, tras un par de envites más, yo también lo hago.

Salgo de ella, que cae desmadejada sobre la cama y me tumbo a su lado. Puedo jurar en este momento que ninguna mujer me ha hecho disfrutar en la cama tanto como lo acaba de hacer ella.

—¿Satisfecha?

—Mañana por la mañana te lo diré. ¿Tienes hambre?

—Mucha.

—Voy a pedir pizza. ¿Hay algo que no te guste?

—Las anchoas.

—A mí tampoco.

La veo bajar de la cama. Tiene el culo muy colorado y me siento culpable, creo que me he pasado con los azotes. No debí ceder a su exigencia de que le diera más fuerte, pero lo cierto es que nunca me he visto en una situación igual.

—Ven aquí un momento.

Me siento en el filo de la cama, la giro para que me dé la espalda y beso su trasero con suavidad.

—Lo siento.

—¿Qué sientes?

—No debí azotarte tan fuerte, lo tienes...

—¿Colorado como un tomate?

—Sí.

—No me has hecho daño. —Se gira y se abraza a mi cuello—. Soy una pelirroja de piel blanca. Si una mosca se posa en mi brazo, puedes ver marcadas sus patitas, y no quieras verme un día de playa en pleno mes de agosto... —Sonríe con sus palabras—. No me ha dolido precisamente... Espero que no se te suba a la cabeza lo que te voy a decir: eres un «capullo», pero ¡qué bien follas!

Me levanto, la abrazo por la cintura, la pego a mí y devoro esa boca deslenguada que tanto me excita. Beso su cuello, le arranco un jadeo y le susurro al oído:

—Follar contigo es una delicia.

—¡Oh, Dios mío! Creo que no vamos a cenar...

—Pide la pizza y vuelve a la cama, que antes de que llegue me da tiempo a hacer que te corras un par de veces más.



Escucho el sonido de un timbre y me cuesta mucho trabajo abrir los ojos. Miro hacia el lado y no veo a Carmela. Las sábanas huelen a ella, a sexo, a placer.

Me levanto sin hacer ruido y voy al baño. Desde la planta baja escucho una voz familiar. Daniel está abajo, alterado y juraría que sollozando.

Estoy orinando cuando escucho mi teléfono sonar en la habitación. Corro

todo lo que puedo, pero a estas alturas ya lo deben haber escuchado abajo. Lo cojo del bolsillo de la chaqueta, miro la pantalla y veo que es mi padre. Si no contesto, insistirá. No le avisé de que pasaría la noche fuera.

—¿Sí? —digo casi en un susurro.

—¿Dónde estás metido? Si no ibas a venir a dormir, podrías haber llamado a tu madre. Está que se sube por las paredes, me va a volver loco. ¿Quieres que nos divorciemos otra vez?

—Dile que he pasado la noche con una amiga, eso conseguirá que te deje tranquilo.

—¿Cómo me pides que le diga eso a tu madre? Y yo que creía que habías salido a mí...

—Papá, hazme caso. Llegaré en un rato.

—Sí, porque entre la boda y que tú desapareces, me vais a provocar un infarto.

Cuelgo el teléfono y siento unos brazos rodear mi cintura. Deposita suaves besos en mi espalda y apoya la mejilla en ella.

—Tengo una emergencia de mal de amores en el salón.

—Juraría haber escuchado a Daniel.

—Sí. Se le han complicado las cosas con Carlos. Demasiado ha aguantado el pobre chico.

—¿Va a tardar mucho en irse? —Se separa de mí bruscamente—. Que no lo digo porque sea un insensible, es que sé que no quieres que lo sepa nadie y...

—Daniel está en tanto. Es mi mejor amigo desde que teníamos cinco años.

—Ahora que lo dices, acabo de recordar que me advirtió de que no te hiciera sufrir...

—¿Cómo?

—Te lo cuento en otro momento. Tengo a mi madre que echa humo por las orejas porque anoche no avisé de que no llegaría.

—¿A tu madre? —pregunta, aguantando la risa—. Creo que ya estás bastante mayorcito para rendirle cuentas a tu madre, ¿no?

—A ella no le importa lo que haya hecho, probablemente, ahora me sonsacará cada una de las posturas que hemos hecho esta noche, pero le gusta saber que estamos bien.

—La conocí ayer por la tarde —dice mientras me hace el nudo de la corbata—. Solo crucé unas palabras con ella, iba a ver a Manuela, aunque fueron suficiente para creer lo que acabas de decir.

—Es muy especial... Bueno, me tengo que ir. —La beso una última vez—. Nos vemos en la iglesia.

—Sí. Por cierto, intenta mantener controlada tu erección cuando me veas.

—¡Ay, Diablilla! ¡Qué voy a hacer contigo! Si sigues provocándome con tus palabras, haremos que Daniel se escandalice. —Con una gran carcajada sale de la habitación seguida por mí.

Bajamos las escaleras y encuentro a un derrotado Daniel sentado en el sofá. Me siento tentado a decirle algo, pero paso de largo, no creo que esté de humor para hablar con nadie que no sea Carmela.

Me despido de ella en la puerta de la casa y cruzo el jardín ante su atenta mirada.

«Me empieza a gustar Zahara de los Atunes», pienso mientras espero al taxi que me llevará al hotel.

Un mensaje suena en mi teléfono y mucho me temo que será mi madre. Lo saco del bolsillo interior de la chaqueta y sonrío al ver el nombre de Carmela en la pantalla.

Hay una pregunta que no contesté anoche y te prometí que lo haría esta mañana, pero con la llegada de Daniel no me he podido despedir de ti como pretendía.

Me quedo pensando en todo lo que hablamos anoche y no recuerdo a qué pregunta se refiere. Tampoco es que hayamos hablado mucho más allá de: fóllame, no pares, más fuerte o me corro.

Un segundo mensaje entra.

Sí, me has dejado muy satisfecha.

Sonrío al leerlo y me siento genial. Satisfacer a una mujer tan ardiente como Carmela no es tarea fácil.

Mi respuesta no se hace esperar:

Pretendo hacerlo cada momento que pasemos juntos.

«A Dios pongo por testigo, que ni el mismísimo Lucifer podrá satisfacerla después de mí», me prometo a mí mismo mientras guardo el teléfono en el bolsillo, abro la puerta del taxi y me subo.

Dejo el teléfono en la encimera de la cocina y vuelvo al salón con dos batidos de chocolate y proteína. Los dejo en la mesita baja que tengo delante del sofá y me siento junto a Daniel, que tiene los codos apoyados en sus rodillas y la cabeza hundida entre sus manos.

—Ahora que ya estamos solos, cuéntame: ¿qué ha pasado?

—Se acabó.

—¿Cómo que se acabó?

—Me juró y perjuró que nunca me presionaría, que iríamos a mi ritmo, que no me echaría en cara el no querer hacerlo público... Anoche, por una tontería, por decirle que se llevara el coche a la boda, se puso como un energúmeno y se abrió el cajón de mierda.

—¡Vaya!

—Me dijo que él me importa una mierda, que no le quiero... Incluso que soy un egoísta que solo pienso en sí mismo.

—¿Qué le dijiste?

—Nada. Salí corriendo de su casa.

—Volviste a huir.

—No, Carmela. Tú también, no. Dejad de reprocharme cosas, ¡joder! Mi vida es un puto infierno...

—¿Estás enamorado de Carlos?

—Como nunca lo he estado de nadie.

—Pues yo no creo que sea así. Si de verdad amaras a ese hombre, todo lo que te rodea te importaría una mierda.

—Estás siendo injusta.

—No, no estoy siendo injusta. Carlos tiene razón. Lleva dos años aguantando tener que amarte a escondidas y, si para ti no es fácil, para él tampoco. Sabes cómo es, cómo disfruta la vida, cómo enfrenta sus fantasmas del pasado, y tú has llegado para hacer que todo su mundo se vea oprimido. Sí, Daniel, eres muy egoísta. Y, no, no es un reproche, solo quiero que abras los ojos, que seas feliz y que no dejes pasar lo más bonito que has encontrado en tu camino.

—¡Joder, Carmela!

—Si es cierto que lo amas, da el paso. Enfrentate a tu familia, a tus amistades, al mundo y a tus miedos. Te mereces todo lo bueno que podáis vivir juntos, te mereces ser libre y poder decidir sin pensar en los demás. Que ya tenemos nuestros añitos y no estamos para perder el tiempo.

—Y tienes razón, pero ya es tarde. No es la primera vez que discutimos por esto y me ha dejado claro que ya no hay vuelta atrás. No va a seguir esperando y no sé si estoy dispuesto a hacer lo que debo.

—Mírame. —Sus ojos rojos e hinchados de llorar me rompen el alma—. Tu familia nunca va a estar conforme con nada de lo que hagas, te lo han demostrado desde que naciste. Tus amigos, los de verdad, te queremos por ser quien eres, no por tu orientación sexual, y si hay alguno que no está conforme, será porque no es tu amigo. Mira a tu alrededor y decide si merece la pena tirar por la borda lo único bueno que te ha dado la vida.

—Lo pensaré, pero sabes que estoy resignado a vivir oculto del mundo. Cambiando de tema: ¿te recojo luego para ir a la boda?

—No, me llevo mi coche. Así puedo escaparme cuando me dé la gana. — Le suelto una sonrisa picarona que le hace reír.

—No te aburres con el alemán, ¿no?

—¿Aburrirme? No he follado tanto en mi vida como esta noche.

—Pues me alegro por ti, a ver si así se te va un poquito del mal humor que te gastabas últimamente.

—¿Perdona?

—Sí, sí, lo que oyes.

—Acompáñame arriba. Me tengo que vestir e ir a una joyería, no encuentro los pendientes que pensaba ponerme. ¿Te vienes?

—Pensaba intentar descansar un rato, pero me vendrá bien salir a dar una vuelta contigo.

—Vamos a Chiclana.

—Vale. Todavía es temprano, tenemos tiempo.

Me visto con lo primero que pillo del armario y en menos de quince minutos estamos saliendo de casa.

Conduzco tranquila porque mi cabeza está más en la noche pasada que en la carretera y eso puede ser muy peligroso. Daniel va en silencio, imagino que pensando en todo lo que ha pasado y en lo que hemos hablado hace un rato.

Entiendo a Carlos, dos años son mucho tiempo, pero también a mi amigo, porque su familia no es nada fácil de llevar.

Llegamos a Chiclana y aparcamos con facilidad a pesar de estar en vísperas de Navidad. Caminamos hacia la joyería y Daniel me frena en la puerta.

—¡A la mierda el mundo! ¡Voy a ser feliz!

Sus palabras me dejan totalmente descolocada porque no las espero. Cuando reacciono, entro corriendo tras él en la joyería y vamos directo al

mostrador, donde un señor de unos sesenta años nos sonrío.

—¿Puedo ayudarles?

—Sí. Necesito un anillo de pedida para hombre y unas alianzas de oro, las dos que le vengán bien a mi dedo.

Me quedo con la boca abierta ante lo que acabo de escuchar. No me puedo creer que Daniel haya abierto los ojos por fin y lloro sin poder evitarlo. Se gira para mirarme y me abraza.

—Gracias.

—Te quiero, te quiero muchísimo.

El señor nos mira con una mirada tierna que nos hace sonreír.

—Daniel, haces bien. —Los dos nos miramos extrañados porque no le hemos pronunciado su nombre en ningún momento.

—¿Nos conocemos?

—Solo nos hemos visto una vez, en la consulta de Jose, tu sicólogo, cuando tenías quince años. Desde ese día no he podido olvidar tu mirada triste y me alegra ver que ha desaparecido de tus ojos. No tengas miedo, estoy seguro de que vas a ser muy feliz.

—¡Madre mía! Hace como quince años que no lo veo. ¿Qué sabes de él?

—¿Que qué sé de él? Nos casamos en cuanto legalizaron el matrimonio homosexual.

—¿Cómo? —Daniel se queda pensativo durante unos instantes—. Ahora entiendo todos los consejos que me dio. ¿Puedes decirle de mi parte que soy más feliz que nunca en mi vida?

—Llámallo. Le hará mucha ilusión saber de ti. —El hombre le tiende su teléfono y Daniel no duda en cogerlo. —Bueno, señorita, ¿qué viene buscando usted?

—Unos pendientes de plata.

—Largos, ¿verdad? Tiene un cuello precioso para poder lucirlos.

—Y un escote que casi me llega al ombligo.

—Pues tengo un conjunto de pendientes y gargantilla que te va a venir genial.



Me dejo caer en el sofá aún con la bolsa de la joyería en la mano y el bolso colgado. Miro el reloj y maldigo mil veces haber dejado esto para el final. Ahora tengo el tiempo justo para comer, ducharme, arreglarme el pelo, maquillarme, vestirme y salir corriendo.

Me levanto rápidamente antes de que la pereza se apodere de mí, suelto las cosas y voy a la cocina. Opto por hacerme un batido, ya que esta noche habrá muchos excesos y anoche comí pizza hasta casi reventar.

Saco plátanos de la nevera, cojo la proteína, el batido de chocolate y preparo un delicioso y nutritivo batido mientras caliento agua para el té.

Con los dos vasos en las manos, subo a mi habitación y preparo la ropa mientras me tomo mi almuerzo.

Me lavo el pelo y me doy una ducha rápida. Saco el secador del segundo cajón del mueble que está bajo el lavabo y los tubos gordos. Enrollo en ellos mi melena y me lavo los dientes.

Salgo un momento para mirar la hora y veo que solo me quedan cuarenta minutos para salir por la puerta si no quiero llegar tarde. El aparcamiento en la capilla es complicado y seguro que asistirá mucha gente.

Me seco el pelo durante quince minutos y, antes de soltarlo, me maquillo. Quito los tubos, le doy un poco de forma al peinado y suspiro aliviada al ver que me ha llevado menos tiempo del que esperaba.

«Esta boda va a terminar conmigo», pienso mientras abro el primer cajón de la mesita de noche para coger un anillo. Veo el bote de lubricante y sonrío al pensar el buen uso que le dimos anoche... Lo que me recuerda que tengo que comprar más. Si todas las noches van a ser como la de ayer, voy a necesitar bastante.

Me visto rápidamente y me calzo unas deportivas, no quiero matarme conduciendo con los tacones de doce centímetros.

Bajo al salón, me pongo los pendientes, la gargantilla, compruebo que llevo todo lo necesario en el bolso y salgo corriendo con los zapatos en la mano.

Me subo al coche y conduzco todo lo rápido que la circulación y la estrechez de la falda del traje me permiten. Tengo suerte y aparco bastante cerca de la capilla.

Salgo del coche, lo cierro y arranco a andar, pero me vuelvo corriendo. Pretendo que mi escote sea el centro de las miradas de Sebastián, no las deportivas que llevo en los pies.

Me calzo los tacones y emprendo el camino con tranquilidad, porque tampoco me apetece acabar en el suelo y estropear este precioso vestido que me queda tan bien.

Daniel, sonriente, me espera en la puerta y me ofrece su brazo para que entremos juntos.

¡Hoy va a ser un gran día para dos de mis mejores amigos!

Me siento en el sofá de la casa donde vive mi hermano. Espero que no le quede mucho porque ya vamos con el tiempo justo y tengo la impresión de que Carlos tendrá que dar un par de vueltas más de las necesarias con Manuela en el coche.

Mi madre pasea nerviosa de un lado para otro por toda la casa y el recuerdo de hace unas horas, cuando llegué a la habitación de hotel, llega a mi mente haciéndome sonreír.

Le he contado poca cosa, porque sé que Carmela no quiere que nadie se entere de lo que está pasando entre nosotros, aunque lo cierto es que me gustaría tener a alguien con quien hablar abiertamente, sin miedo a ser descubierto.

El timbre de la casa suena, mi madre corre a abrir y yo me levanto para recibir a la visita.

—¡Por fin te veo, desvergonzado! —Escucho decir a mi madre.

—¿Qué pasa, María? ¿Cómo estás? Si no he venido a verte antes es porque he estado bastante liado con el trabajo.

—Ya lo sé, corazón, pero hacía mucho tiempo que no te veía. Pasa.

Mi madre y la visita llegan al salón. Es Roberto, el mejor amigo de Norbert. Se conocen desde que estudiaron juntos en la universidad y se han vuelto inseparables.

—¡Sebastián! ¡Dichosos los ojos que te ven por tierras españolas!

Roberto me saluda y me da un abrazo palmeando mi espalda hasta el punto

de que creo que me va a partir las costillas.

—¿Cómo vas, Canijo?

—Vamos tirando. El trabajo bien, pero el resto regular.

—Ya me contó mi hermano que te separaste por otra mujer y ha acabado dándote la patada.

El timbre vuelve a sonar y mi madre vuelve a correr a la puerta. Está ansiosa porque llegue mi padre con una sorpresa que tiene para mi hermano y que no han querido desvelar a nadie.

Le escucho dar un grito y me asusto. Salgo corriendo en su auxilio porque temo que le haya pasado algo y me encuentre con la sorpresa que menos esperaba. Norbert va a alucinar, creo que ni él podía imaginarla.

La estampa casi me salta las lágrimas. María, mi hermana pequeña, mi ojito derecho, la que no podía venir a la boda por motivos laborales, está aquí. Llevo sin verla desde que nació Carlota y, aunque hablamos casi a diario, necesito sentirla entre mis brazos.

—¡¡¡Sebastián!!!

Corre hacia mí, la espero con los brazos abiertos y de un salto enrosca sus brazos en mi cuello y sus piernas en mi cintura, como ha hecho desde que empezó a corretear con algo más de un año. Y, ahora, sí, dejo salir las lágrimas que se han agolpado en mis ojos.

—¡Te quiero, Bolita!

—¡Y yo a ti, Espagueti!

Permanecemos abrazados unos segundos más y después la dejo en el suelo. Me hace a un lado y mira a Roberto de arriba abajo. Se acerca a él, le planta dos besos y le dice:

—Roberto, tú eres como el buen vino, mejoras con los años.

Al pobre amigo de mi hermano se le abren los ojos tanto que creo que se le van a salir de las cuencas y su cara se pone roja como nunca la había visto antes.

—Bolita... Córdete un poquito.

—Si no le he dicho nada malo. Yo sé que tú eres un hombre, pero dime que no está bueno. Mamá, ¿llevo razón o no?

—Toda la del mundo, hija.

—¡María! —dice mi padre al escuchar sus palabras.

—Pero como mi Harmut, ninguno.

Estallamos todos a reír, hasta mi padre, que es la persona más seca que he conocido en mi vida.

—¿Dónde está Norbert?

—En su habitación, que a este paso no llega a su propia boda.

—¡Qué exagerado! Si falta una hora todavía. Voy a verlo, a darme una ducha y a cambiarme de ropa. ¿Sacas mis cosas del coche de papá, Espagueti?

—¡Anda, corre! Yo me encargo.

Sigue a mi madre, pero se para a la altura de Roberto y le dice:

—Luego te veo, guapetón. —Le guiña un ojo y sigue el camino suspirando —: ¡Madre mía! ¡Qué lástima que tengo novio!

Roberto me sigue al garaje, creo que el pobre chico necesitará que le dé un poco el aire, y lo entiendo. Mi hermana pequeña es un torbellino.

—Tío, tu hermana es tu madre con muchos años menos.

—Es la que más se parece en todo, hasta en hacer las maletas y huir del yugo de mi padre en su momento.

—¿Dónde vive?

—Estuvo en Estados Unidos, pero ahora vive en Londres.

—¿Tenéis hoteles allí?

—Sí, pero ella trabaja para nuestro mayor competidor.

—¿Cómo?

—Alucinante, ¿verdad? Es un *miniyo* de mi madre.

Roberto me ayuda a bajar del coche la maleta y el portatrajes de mi hermana. También una bolsa con una caja de zapatos que estoy seguro de que le han costado un mínimo de ochocientos euros, son unos Jimmy Choo.

Volvemos a entrar y Roberto se despide de mis padres hasta dentro de un rato, que nos veremos en la boda.

Llevo la ropa a la habitación de invitados de la casa y escucho a mi hermana cantando como una loca, como siempre. Recuerdo que de pequeña le gritábamos: «Bolita, para, que va a llover», y ella no dudaba en salir de la ducha y perseguirnos. Odiaba que la llamáramos así, aunque fue ella la que nos apodó a Norbert y a mí como Fideo y Espagueti porque los dos éramos muy delgados y altos, pero uno mayor que el otro. Así que nosotros decidimos llamarla Bolita, de pequeña estaba más gordita, y ahora tiene un cuerpo espectacular que probablemente traiga a más de uno de cabeza... Lo que me recuerda que tengo que preguntarle por ese novio que ha mencionado antes, no me ha hablado nunca de él.

La puerta de la habitación de Norbert se abre y sale con la chaqueta en la mano y la corbata sin anudar... Y eso me hace recordar a Carmela, cuando esta mañana me hizo el nudo más perfecto que haya visto nunca.

—Ya solo falta que mamá me haga el nudo de la corbata, sigo siendo igual de nulo para esto.

—Pues corre al salón, que en cuanto esté lista María, nos vamos para la iglesia.

—Ha sido una sorpresa increíble. ¿Tú lo sabías?

—No, me he quedado igual que tú... Y Roberto ha sido su mayor diversión... ¡Pobre hombre!

—¿Está aquí Roberto?

—No, creo que se ha ido asustado.

—¿Cómo lo has visto?

—Bien, ¿por qué?

—A la boda también asisten Cayetana y Elías. Espero que no haya ningún percance.

—Estaré pendiente.

Norbert se dirige al salón y lo sigo. Espero que María no tarde demasiado, odio ir siempre con el tiempo justo. Y, sí, lo reconozco, estoy deseando llegar y ver el modelito de mi Diablilla Pelirroja.



Llegamos a la capilla y veo a Carmela entrando del brazo de Daniel. Su pelo es inconfundible, al igual que cada curva de su cuerpo.

Entramos en la iglesia, la busco con la mirada y entiendo por qué me pidió que mantuviera mi erección controlada. Enfundada en un traje rojo largo, con un escote que delata que no lleva sujetador y su melena suelta con algunas hondas, parece recién salida de las entrañas del Averno, dispuesta a hacer pecar a este pobre mortal hasta perder la locura.

Del brazo de su mejor amigo, se acerca a nosotros. Mi padre la mira, estoy seguro de que sabe que la ha visto antes, pero no la reconoce. Mi madre, sin embargo, sí.

—¡Carmela, por Dios, estás espectacular!

—Muchas gracias, María.

—No te había reconocido sin el uniforme —dice mi padre, que le da dos besos y me deja totalmente descolocado. Se ve que la boda ha conseguido relajarlo un poco.

—Cambio bastante, Herr Eisenhower.

—Aquí soy Harmut, por favor.

—De acuerdo, Harmut.

—Hola, Carmela. Estás muy guapa.

Daniel, que sonrío y nada tiene que ver con el hombre destrozado que vi esta mañana, se separa de ella y aparta a mis padres para darnos un poco de privacidad, cosa que le agradezco bastante.

—Te queda muy bien el traje. Estás muy guapo.

—Sabes que estoy deseando que acabe la boda, llegar a tu casa y perderme entre tus piernas, ¿verdad?

—¡Sebastián! ¡Que estamos en una iglesia!

—Pero ¿tú te has mirado al espejo? Te llevaba ahora mismo a la sacristía y...

—¡Calla, blasfemo! —me dice, aguantando la risa.

—Cuando os sentéis, guárdame un sitio a tu lado y...

—¿Y?

—Cuando llegues al hotel, espérame en tu despacho, no puedo aguantar hasta llegar a tu casa esta noche.

—Te estaré esperando completamente desnuda.

—No creo que lleves demasiada ropa debajo de ese traje.

—Te dejo, que acaba de llegar el coche de Manuela.

La veo irse del brazo de Daniel y mi padre sale corriendo a buscar a su nuera. Es increíble lo mucho que la quiere y lo mal que se lo hizo pasar en su día a ella y Norbert, pero ver nacer a su nieta, lo cambió por completo, aunque ya hacía unos meses que se había resignado a que mi hermano acabaría haciendo su vida con una española.

Me dirijo al banco donde están sentados Daniel y Carmela y me siento junto a ella. Me encantaría cogerle la mano en este momento, acariciársela... Ahora entiendo a Carlos, lo mal que lo debe haber pasado estando al lado de un hombre al que no podía demostrar su amor... Y eso que yo no estoy enamorado de ella.

Manuela está espectacular, más bonita y radiante que nunca, y la mirada de mi hermano es la de la felicidad absoluta. Creo que el día que yo me casé, la mía no llegaba a ser una sombra de la suya. Me alegro mucho por ellos, aunque no puedo negar que también siento envidia.

La ceremonia da comienzo con el bautizo de Carlota y prosigue con la boda. Me cuesta mucho estar pendiente teniendo ese escandaloso escote a mi lado, que hace que gire la vista en más de una ocasión.

«¡Qué ganas tengo de llegar al hotel!», pienso mientras me aflojo un poco el nudo de la corbata. Estamos en pleno mes de diciembre, pero yo estoy que ardo por dentro.

La ceremonia ha sido preciosa, sobre todo, cuando Carlos ha subido al púlpito y ha leído unas palabras dedicadas a los novios y al abuelo de Manuela, el único hombre que ha conocido como su padre.

Mi amiga ha llorado de emoción, como casi todos los que estábamos allí, incluso a Sebastián se le han saltado las lágrimas cuando ha hablado de su hermano.

Carlos, a pesar de que se veía que estaba feliz, tenía la mirada triste. Imagino que por lo que pasó anoche con el hombre que ahora mismo se está tomando un café conmigo en el bar que hay junto a la capilla. Es demasiado pronto para irnos al hotel, por lo que estamos haciendo tiempo mientras los novios se hacen las fotos de rigor.

—Hablé con Norbert antes de la boda.

—¿De qué?

—Después del baile, van a pronunciar unas palabras y van a hacer subir a Carlos. Cuando terminen de hablar, me voy a subir al pequeño escenario y le voy a pedir, delante de todos, que se case conmigo.

Las palabras de mi amigo me dejan muda. Esta mañana me alegré muchísimo de que diera el paso de salir del armario, pero nunca imaginé que lo iba a hacer a lo grande, de una forma tan pública a la primera de cambios, y teniendo en cuenta que sus padres estarán allí. Por parte de su progenitor, sé que no va a tener ningún problema, pero su madre es otro cantar y tengo miedo de que se líe una buena bronca entre ellos.

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer?

—No he estado más seguro de nada en mi vida.

—Pues... ¡Adelante!

Nos fundimos en un abrazo e intento transmitirle todo el cariño, respeto y apoyo que tiene por mi parte, aunque eso lo sabe. Siempre nos hemos apoyado el uno en el otro.

—No sé cuántas veces me ha felicitado Norbert cuando hablé con él por teléfono. Si no corto la conversación, llega tarde a su propia boda.

—Norbert te valora muchísimo y lo sabes. No solo porque seas su secretario o el novio del mejor amigo de su mujer, él te ve como un amigo también.

—Lo sé.

Terminamos el café y nos dirigimos a mi coche, no se ha traído el suyo porque, si todo va bien, se volverá a casa en el de Carlos. Le pido que conduzca para no tener que cambiarme los zapatos, y en el camino llamo a mi madre.

—Hola, hija, ¿cómo va la boda?

—Manuela estaba preciosa, mamá. ¿Está por ahí Jesús?

—Sí, te lo paso.

—¿Mamá?

—¡Hola, mi rey! ¿Cómo lo estás pasando con la abuela?

—Muy bien, Lolo se ha venido a jugar y en un rato llegan Cristina y Jorge.

—Entonces, ¡lo vais a pasar genial!

—Sí. Mándale a la abuela fotos de Manuela, que tengo ganas de verla. Y tuyas también, que quiero que mis amigos vean lo guapa que vas.

—¡Ay, que te quiero! En cuanto me baje del coche, le digo a Daniel que me haga una y te la mande, ¿vale?

—Vale. —Escucho el timbre de fondo y silencio—. Mamá, te dejo, que acaba de llegar Cristina.

—Muy bien. Dile a mi nuera que le mando muchos besos.

—No es mi novia, mamá —dice antes de devolverle el teléfono a mi madre.

—Mamá, mañana paso a recogerlo cuando me levante.

—Pero el lunes trabajas por la mañana, ¿no? Déjalo aquí si quieres.

—No, se te olvida que estoy de descanso esta semana.

—Es verdad, hija. ¿Entregaste los papeles de la beca del niño?

—Sí, ya lo están tramitando todo.

—Bueno, pues te dejo... ¿Eso es un pitido? ¿Estás conduciendo y hablando por el móvil?

—No, mamá, te recuerdo que el coche tiene manos libres, pero va conduciendo Daniel.

—Pues dale muchos besitos de mi parte, y a Carlos también.

—De acuerdo. Yo se los doy.

Cuelgo el teléfono y lo vuelvo a guardar en el bolso. Miro a Daniel y emociona la expresión de su rostro. Nunca había visto esa felicidad en él.

Aparcamos en el hotel y miro el reloj del coche. Los novios no deben tardar mucho en llegar, así que, tras llegar al salón donde se va a dar el banquete, saludo a unos y a otros y me quito de en medio, rogando porque nadie se haya dado cuenta.

Entro en mi despacho, dejando la puerta entreabierta, esperando algún sonido que me indique que ya han llegado los novios. Me siento nerviosa, expectante, ante lo que va a pasar en este despacho en un rato.

El alboroto del personal por los pasillos, me indica que ya han llegado. Cierro la puerta con llave para que nadie me vea desnuda. Ha sido una exigencia arriesgada, pero el morbo de poder ser descubiertos ha hecho que me encienda como la pólvora.

Tras una interesante pelea con la cremallera, al fin consigo deshacerme del traje y lo dejo caer en la silla de mi escritorio. Acto seguido, me quito las pezoneras, las medias de liga y el tanga.

Escucho unos pasos acercándose a mi despacho y no necesita llamar a la puerta para saber que es él. Tiene un paso firme y seguro que podría reconocer en cualquier lugar.

Me acerco a la puerta, la abro un poco y me escondo tras ella. Veo su mano agarrar el canto de la puerta y suspiro aliviada.

Entra y cierro con llave mientras me observa. Su mirada rebosa lujuria y su respiración agitada, deseo.

—No tenemos mucho tiempo —me dice mientras me acerco a él y le quito la chaqueta.

—Pues no lo perdamos.

Se desabotona la camisa mientras yo le deshago el nudo de la corbata y enrolló en cada mano sus extremos.

—Me muero de ganas de jugar con esto.

—Lo haremos.

Me besa al mismo tiempo que se desabrocha la correa y el pantalón. Mi mano se cuela dentro de su ropa y comienzo a masturbarlo mientras él hace lo mismo conmigo; y aguantamos los gemidos y jadeos porque no queremos ser descubiertos.

—Súbete a los tacones e inclínate sobre la mesa.

Hago lo que me pide y se arrodilla detrás de mí. Me abre un poco más las piernas, sopla sobre mi sexo y su lengua comienza a darme placer.

Las piernas me tiemblan y sé que estoy a punto de correrme, pero quiero hacerlo con él dentro de mí.

—Sebastián, estoy a punto de correrme. Fóllame.

Sin mediar palabra, se levanta del suelo, me separa un poco de la mesa, cuele su mano y sus dedos buscan el clítoris mientras con la otra dirige su erección hasta la entrada de mi vagina.

Me penetra de una sola estocada. Entra y sale a un ritmo tan infernal como el de su dedo y me corro. Sigue embistiéndome sin descanso hasta que se queda quieto y siento los espasmos de su falo corriéndose dentro de mí.

—Follar contigo es una maravilla —me dice aún jadeante.

—Lo mismo digo.

Estira el brazo y coge un par de pañuelos de papel de la caja que tengo en escritorio. Sale de mí, me limpia sus babas y un resto de semen y hace lo mismo con él.

Me incorporo, me giro, apoyo mi culo en el escritorio y observo cómo se viste. Con la corbata en la mano, hago un gesto para que se acerque y se cuele entre mis piernas. Levanto el cuello de su camisa, le paso la corbata y le hago el nudo.

—¿Nos vemos en tu casa después de la boda?

—La duda ofende.

—Tendremos que ir en coches separados porque mi madre ha empezado a sospechar.

—¿Y eso?

—Dice que te miro con ojos de enamorado... ¡Esta mujer es un caso!

Sus palabras me han dejado desconcertada, espero que no sea cierto que lo que su madre ve en su mirada es amor, porque yo no puedo corresponderle, no estoy enamorada de él, simplemente me atrae y despierta mucha pasión en mí, pero nada más.

Como si estuviera leyendo mi mente, sonrío y dice:

—No estoy enamorado de ti. Ella ve lo que siempre ha deseado desde que me divorcié.

—Me dejas más tranquila. No entra en mis planes romperle el corazón a nadie.

Sonríe, me da un suave beso en los labios y se aparta para que yo pueda vestirme, pero se arrepiente y arrima una silla hasta mí, donde están las medias de liga y el tanga.

—Súbete bien a la mesa. —Sus palabras me extrañan, pero le hago caso.

Coge uno de mis pies, me quita el zapato y comienza a poner la media de liga. Sentir el roce de sus dedos subiéndola por mi pierna me excita, me hace suspirar.

—Vestir a una mujer es tan erótico como desvestirla.

—Cierto. Lástima de que no tengamos tiempo para un segundo asalto.

—Esta noche será. Soy un fetichista al que le encanta follar a las mujeres vestidas con medias, ligeros y zapato de tacón.

—Pues, entonces, vas a disfrutar muchísimo, tengo una buena colección.

Me levanto y termino de vestirme. Hago el intento de subirme la cremallera del traje, pero él me frena. Echa sobre uno de mis hombros el pelo, me besa la espalda, ronroneo ante el contacto de sus labios y la sube.

Miramos que los dos estemos perfectamente vestidos y nos dirigimos a la puerta. Abro y miro a un lado y a otro para comprobar que no haya nadie.

—Sal tú primero. Yo llegaré en unos minutos. Tengo que pasar por el baño porque no quiero que cierto flujo que te pertenece ensucie mi precioso vestido.

Mis palabras le provocan una carcajada que silencia al momento por miedo a ser escuchada. Me da un último beso y se marcha.

Cierro la puerta, me apoyo en ella y sonrío.

«¡Esta está siendo la experiencia más excitante de mi vida!».

Llego al salón de celebraciones y me acerco a mis padres, que están con Roberto y mi hermana hablando animadamente. Espero que María no le diga más nada al pobre hombre y eso me recuerda que tengo que preguntarle por el novio ese.

—Pues ahora mismo no tengo pareja. Me separé de Cayetana cuando Norbert y Manuela empezaban su relación porque ya hacía un tiempo que se había acabado el amor y conocí a otra persona.

—¿Y no sigues con ella? —pregunta mi madre, más interesada en el bienestar de Roberto que en ser cotilla.

—Pues no, María. No es oro todo lo que reluce...

Veó cómo se enciende la mirada de Roberto al mirar a un punto fijo, y mis ojos siguen la misma dirección. Acaba de entrar Cayetana por la puerta del brazo de Elías y tengo la impresión de que él no estaba enterado de que andan juntos.

Intenta avanzar hasta ellos, pero lo detengo y lo saco del salón. Nos sumergimos en el pasillo de personal y lo dirijo hasta el office donde los empleados solemos tomar café. Está encendido de rabia, de ira, y temo que pueda dar un espectáculo que lamentará el resto de su vida.

Veó que Carmela viene en dirección contraria a la nuestra y no puedo evitar sacar una sonrisa. Pretendo seguir el camino, dedicándole tan solo un saludo, mas se para al llegar a nosotros.

—¿Roberto? ¡Madre mía! ¡Cuánto tiempo sin verte!

—Te vi a lo lejos en la iglesia, pero no te reconocí. ¡Estás fabulosa!

—Tú también. Bueno, os dejo, que Daniel me ha escrito, me estaba buscando.

Los dos nos giramos para observar el caminar del cuerpo espectacular de esa mujer que me vuelve loco en la cama. Me alegra ver que la ira ha desaparecido de los ojos de Roberto, aunque no puedo evitar sentir un pellizco en el estómago por la lujuria que detecto en ellos.

Abro la puerta del office, entramos y voy a prepararle un café cuando veo que él solo coge los tarros de Carmela y se prepara un té. «¿Todos los españoles toman las cosas estas?», pienso mientras la cafetera termina de trabajar.

—¿Estás más tranquilo?

—¡Dios! Hasta esta misma mañana estuve tentado de pedirle a Cayetana que volviéramos a intentarlo... Siempre me ha negado que tuvieran algo más que una amistad, pero nada más que hay que verlos juntos para saber que no es así.

—Relájate. Ella, al igual que tú, es libre de hacer y deshacer en su vida. Recuerda que fuiste tú el que no quiso que lo vuestro tuviera una posibilidad, así que no eres nadie para exigirle lo mismo.

—Lo sé, Sebastián, pero no puedo evitar sentir rabia. Creo que esa fue la peor decisión de mi vida.

—Solo te voy a pedir una cosa: no la lées en la boda de mi hermano o te juro que acabas en el calabozo.

—No seré yo quien le arruine la noche a Norbert.

Continuamos tomando nuestras bebidas y, de pronto, como si de una iluminación se tratara, una idea muy loca viene a mi cabeza. A riesgo de que Carmela me mate, lo voy a intentar.

—He visto cómo has mirado a Carmela.

—No tiene nada que ver con la adolescente que me cuidaba cuando tenía diez años.

—¿Te cuidaba?

—Sí, tiene unos cinco años más que yo, y mi madre le pagaba diez mil pesetas al mes por estar conmigo algunas tardes, cuando tenía que trabajar.

—¡Vaya!

—Te recuerdo que esto es un pueblo muy chico, aquí nos conocemos todos.

«Allá voy», pienso antes de hablar.

—¿Te la follarías?

El buche que Roberto le acaba de dar al té sale disparado de su boca en modo aspersor, y me alegra no estar delante de él.

—¿Cómo me preguntas eso con la boca llena?

—Contéstame.

—Claro que me la follaría, pero no hay un dios que le eche el gancho a esa mujer. No le he conocido ningún novio desde que...

—¿Desde qué?

—Eso es algo de su vida privada y no seré yo quien te lo cuente. ¿Por qué me has preguntado eso?

Las palabras de Roberto me dejan impactado. No ha tenido ninguna relación desde no sé hace cuánto tiempo, y el hecho de que esté conmigo... Pero lo nuestro no es una relación, simplemente nos divertimos juntos.

—Nos estamos acostando juntos.

—¿¡Cómo!?

—He visto cómo la miras y...

—La he mirado así porque está muy buena, tienes que reconocerlo, pero no se me ocurriría meterme en medio de vuestra relación. Ya he quedado escarmentado de esas cosas...

—No, a ver, no tenemos una relación, simplemente nos acostamos juntos. Tanto ella como yo daremos por terminado esto en cuanto yo me vaya.

—Ya decía yo que era raro que Carmela hubiera dado el paso de volver a empezar una relación.

—¿Te montarías un trío con nosotros dos?

Una vez más, Roberto vuelve a escupir la bebida. Tengo que vigilar más cuándo le digo determinadas cosas.

—¿Carmela sabe que estás buscando a otro tío para que os montéis un trío?

—Me lo propuso ella.

—En serio, no me puedes estar hablando del alma cándida que nos acabamos de cruzar en el pasillo.

—Te prometo que, en la cama, de alma cándida tiene poco. Es la mujer más exigente que he conocido.

—Me has dejado helado.

—Y no pienso contarte más nada que bastante he dicho ya. Entonces, ¿qué? ¿Te apuntas?

—Pero ¿ella sabía que me lo ibas a proponer a mí?

—No, todavía no. Si dijera que sí, ¿aceptarías?

—Sin dudarlo.

Esa seguridad en sus palabras vuelve a provocarme otro pellizco en el estómago. «¡Déjate de gilipolces, Sebastián!», me recrimino a mí mismo por estar pensando que lo que siento es algo muy parecido a los celos.

Friego los vasos intentando no mancharme y salimos de la estancia para dirigirnos al salón. Llegamos justo cuando mi hermano y mi cuñada están entrando, justo después de hacerse las últimas fotos en la playa.

Todos aplauden y vitorean a la pareja. Ese rubio es la persona más feliz que he visto en mi vida. Aunque no me extraña, porque Manuela es una gran mujer.

En la mesa nupcial, se sientan mis padres y Carlos acompañando a los novios y me alegra ver que han puesto en mesas distintas a Cayetana y Roberto. Cuanto más lejos estén el uno de los otros, más tranquilos estaremos todos.

La comida transcurre entre charlas y risas, y también entre roces de pies con Carmela, que la tengo sentada a mi lado. Junto a ella está Daniel, que es más divertido y simpático que cada día en el trabajo. No sé si es porque se haya reconciliado con Carlos, cosa que dudo porque el pobre tiene muy mala cara, o porque es así en su día a día y yo todavía no me he enterado.

Bolita, que está sentada a mi derecha, tira de mi brazo para decirme algo al oído, y miedo me da lo que me pueda soltar.

—¿Estáis juntos?

—¿Cómo?

—Carmela y tú.

—Nooo —le digo más alto de lo que pretendía—. ¿Ya está mamá llenándote la cabeza de tonterías?

—¡Ay, Sebastián! Si no lo puedes ocultar, tu mirada lo grita. Si no estáis juntos, es porque Carmela no quiere, tú estás coladito por ella.

—Te voy a pedir, por favor, que mamá y tú os dejéis de alcahuetear.

—Está bien, no te digo más nada, pero verás cómo el tiempo me da la razón.

Y, entonces, encuentro la mejor manera de cambiar de tema y tirar la pelota sobre el tejado de ella.

—¿Quién es ese novio del que hablaste antes?

—Yo no he hablado de ningún novio.

—Sí, sí, sí. Cuando estábamos en casa de Norbert. Lo dijiste casi en un susurro, pero tengo buen oído, Bolita.

—¡Cállate! Que no quiero que se entere nadie o papá le dará un infarto.

—¿Quién es?

—Oliver Evans, el hijo del dueño de Evans Resorts.

—¡Joder! —Todos en la mesa me miran y deduzco que he vuelto a elevar el tono—. ¿Un infarto? ¡Lo vas a matar!

—Ya lo sé, no me agobies tú también con eso, que ya con mamá tengo suficiente.

—¿Mamá lo sabe?

—Sí, claro. Sabes que nunca le he ocultado nada. Dice que no pasa nada, que se lo cuente a papá, que al principio le costará, pero que después lo entenderá, que Manuela nos abrió el camino a ti y a mí.

—En eso tiene razón, pero Manuela no es la hija de nuestro mayor competidor.

La conversación que estamos teniendo entre susurros se corta cuando la mayoría de las luces se apagan. La pareja está de pie junto a una gran mesa de la que no me había percatado antes y de una de las puertas de la cocina salen un par de camareros empujando la tarta al ritmo de la banda sonora de

Superman. Estoy seguro de que esto ha sido idea del friki de mi hermano. María y yo nos miramos y decimos al unísono:

—Norbert.

Tras las fotos de rigor, los novios se sientan y los camareros reparten la tarta. A todos menos a Carmela, a la que miro extrañado por ello.

—Soy alérgica a las fresas —me dice al mismo tiempo que un camarero le pone delante un postre diferente.

—Es bueno saberlo.

Ya sé que nada de fantasías eróticas que tengan que ver con las fresas, aunque tampoco es la fruta que más guste. Esta noche tengo que preguntarle si es alérgica a algo más, no quiero que se me ponga mala en uno de nuestros encuentros.

Damos buena cuenta de los postres y el café, y los camareros nos invitan a levantarnos. Va a dar comienzo el baile nupcial y todos debemos arropar a los novios.

Estamos todos expectantes, esperando a que suene la música, y nos quedamos totalmente sorprendidos al escuchar un éxito de hace algunos veranos: *Bailando* de Enrique Iglesias.

Carlos, que está a mi lado, ríe a carcajadas y lo miro buscando una explicación.

—Es la primera canción que bailaron juntos. Manuela se la tradujo al alemán y acabaron en su cama.

—Eso último era más de lo que necesitaba saber.

«Hasta para eso es friki mi hermano», pienso mientras siento la mano de mi hermana tirando de mí a la pista de baile.

Mi hermano ahora baila con mi madre, mi padre con Manuela, y todos los invitados comienzan a emparejarse.

Antes de terminar la canción, Daniel tira de Carlos hasta la pista de baile, lo aprieta junto a él y le planta un beso que nos deja a todos estupefactos. Se separan y entiendo perfectamente el aturdimiento de Carlos, nadie se esperaba lo que iba a suceder y mucho menos él, aunque Carmela sonrío, lo que me hace pensar que ella sí estaba al tanto.

Estoy bailando con Roberto y me quedo paralizada al ver lo que acaba de pasar. Daniel me dijo que sería después de las palabras de los novios, pero se ha adelantado la cosa...

«¡Sus padres!», ese pensamiento se cruza por mi mente y automáticamente giro la cabeza hacia donde sé que están sus progenitores. Su padre sonríe, pero su madre se está encendiendo, y mucho me temo que va a dar un espectáculo.

—Roberto, acompáñame, tengo que impedir que se que líe gorda.

Me acerco a Antonia y tiro de ella hacia afuera. Roberto y Gabriel me siguen de cerca hasta el hall del hotel.

—Suéltame. Seguro que estarás contenta con lo que acaba de pasar. Zorra, que eres muy zorra, ¿ya estás contenta? Has conseguido que mi hijo nos deje en ridículo delante de todos. Seguro que esto es cosa tuya... Eres...

—Señora —Roberto corta la perorata—, cállese la boca y deje de escupir mierdas por la boca. Le recuerdo que esto es un pueblo y todos conocemos los trapos sucios de cada habitante.

—¿De qué hablas? Nosotros somos una familia decente...

—¡Cállate, Antonia!

—Pues no me callo. Yo no tengo nada que esconder.

—¡Ay, por Dios! —digo, soltando una carcajada—. Todo el mundo está al tanto, incluida usted, de que Gabriel es cliente vip del prostíbulo que hay a la salida del pueblo.

—No vuelvas a decir tremenda injuria. Mi Gabriel y yo...

—¡Antonia! ¡Basta! Deja ya de hacerle la vida imposible a todo el mundo. Tú eres la que más callada tiene que estar, y lo sabes.

—¿De qué hablas?

—Sé que Daniel no es mi hijo desde que tenía tres años, así que no sigas hablando.

—Pero...

—Justo cuando supe que mi madre había pasado la rubeola estando embarazada de mí.

Roberto y yo miramos la conversación completamente anonadados. En este momento, ninguno de los dos sabe qué hacer. Si quedarnos o salir corriendo a escondernos en el último agujero del fin del mundo.

Finalmente, los dejamos discutiendo y volvemos al salón. Espero que esa mujer no vuelva a entrar y le arruine la mejor noche de su vida a su hijo, porque la saco del hotel de los pelos.

—¿Daniel lo sabrá?

—Ni idea, así que calladito.

Entramos en el justo momento de subir al escenario los novios. Corro para ponerme en primera fila, saco el móvil y le doy el bolso a quien tengo al lado, que resulta ser Sebastián.

—¿Tú sabías lo que iba a pasar?

—La duda ofende. Claro que lo sabía, pero no esperaba que fuera en ese momento, lo mejor está por llegar, te lo puedo asegurar.

Manuela agradece a todos que hayamos querido formar parte de este momento. Le dedica unas palabras a su abuelo, a su nueva familia, a sus amigos y no puedo evitar que se me salten las lágrimas. Miro a mi derecha y

mi Capullo está conteniendo la emoción.

Pide a Carlos que suba y enciendo la cámara del móvil, poniéndola en modo grabación, estoy segura de que luego, cuando se lo mande a Daniel, me lo agradecerá.

Carlos se abraza a Manuela emocionado, tanto que no ve subir a Daniel y colocarse justo detrás de él.

Al girarse y verlo, da un salto por el susto y le dice:

—Cariño, ¿pretendías que me diera un pasmo? ¡Qué susto! ¿Qué haces aquí arriba?

—Cállate un momento y déjame hablar, que siempre estás igual. —Una carcajada general resuena en el salón, todos sabemos que Carlos siempre ha sido así y lo seguirá siendo.

—Perdonaaa.

—Sé que te tengo un poco descolocado hoy, que te he hecho pasar un infierno durante dos años, que te he ocultado al mundo cuando eres lo más increíble que me ha pasado en la vida y por todo eso te pido perdón. No solo has aguantado la situación como un campeón, sino que me has amado a cada minuto sin importar nada. Siempre has estado a mi lado, me has apoyado, me has animado y me has ayudado a sobrellevar mis miedos. Te amo, Carlos, te amo tanto que solo de imaginar no tenerte a mi lado, me hace enloquecer. — Daniel se lleva al mano al bolsillo y sé que ha llegado el momento.

—¿Qué vas a hacer, cariño?

—Gritarle al mundo que eres lo único que me importa en la vida por todo lo alto. —Daniel le toma la mano y Carlos se lleva la que le queda libre al pecho—. Carlos Jiménez Ruiz, ¿quieres casarte conmigo?

Las lágrimas recorren el rostro de Carlos sin control, hasta el punto de casi no poder articular palabra. Daniel lo abraza y se funden en un tierno beso que provoca los aplausos de todos los presentes.

—No aplaudáis que todavía no he contestado —suelta Carlos con su loca forma de hablar y mira a Daniel—. Sí, mi vida, sí quiero casarme contigo.

Y el aplauso se convierte en un compás por bulerías que arranca lo vítores y olés de gran parte de los presentes.

Le doy el móvil a Sebastián para que siga grabando y no dudo por un momento en subir y acompañar a mi amigo. Manuela y yo nos abrazamos llorando porque al fin nuestros amigos van a poder ser felices.

Volvemos a la fiesta y la música vuelve a sonar. Bailo con Daniel, con Carlos, hasta con Norbert, pero lo que menos me esperaba es que Harmut me saque a bailar.

Me río muchísimo con él, no entiendo por qué sus hijos hablan de él como si fuera un ogro, y es un gran bailarín. La canción termina y comienza a sonar *Deja que te bese* cantado por Alejandro Sanz y Marc Anthony cuando una voz suena tras de mí.

—Si me devuelves a mi marido, te presto a mi hijo mayor.

Sus palabras hacen que me dé un vuelco el corazón. Lo que menos deseo es que la gente nos relacione, sobre todo, sabiendo que su madre se huele algo, pero creo que no puedo negarme.

Harmut se aparta de mí y le cede el sitio. Sebastián está tan incómodo como yo en este momento. Le rehúyo la mirada, escucho la canción y poco a poco me voy sintiendo más desinhibida y hasta le sonrío. Si su padre baila bien, él es todo un maestro.

—Escucha el estribillo, prácticamente es lo que me haces sentir cuando estamos juntos.

—¡Sebastián! ¡Quién diría que eres un romántico!

Ríe a carcajadas con mis palabras y me acerca a él, me pega a su cuerpo, me hace sentir su erección y siento su aliento en la sien derecha.

—Necesito estar dentro de ti, Carmela. Te estás convirtiendo en una

adicción.

—Vámonos ya, por favor.

—No podemos salir a la vez. Mi madre...

—Tu madre no lo intuye, tu madre lo sabe. Te lo dice alguien que tiene un hijo.

—Está bien. Cinco minutos después de que salgas, te veo en la puerta de servicio.

—Voy a despedirme. No tardes.

Este hombre hace que me sienta más caliente que cualquier otro con el que haya estado.

Me despido de todos y salgo por la puerta del salón que da al pasillo del personal. Avanzo lo más rápida que puedo y llegando a la salida escucho gritos y alboroto en el exterior. Abro la puerta y me encuentro con una estampita que no esperaba: Roberto y Elías están peleando y Cayetana no para de gritar que paren llorando.

—¡Parad lo dos ahora mismo! —les grito y lo hacen por un momento, pero vuelven de nuevo a la lucha.

Escucho abrirse la puerta que he cerrado unos segundos antes y sale Rubén, el suplente de Manuela, y tras él Sebastián. Los dos corren a separarlos, pero son corpulentos y fuertes y es complicado hacerlo.

Las luces del coche patrulla de la Policía Nacional aparece por la esquina y sé que se va a liar muy gorda. Los dos agentes se bajan del coche y consiguen separarlos después de recibir un codazo en la mandíbula uno y otro en la nariz. Los reducen contra el suelo, los inmovilizan y les ponen las esposas.

—No vamos a presentar cargos —dice Sebastián, intentando que no se los lleven presos.

—Necesitamos otra patrulla en el complejo. Dos borrachos peleando que van para comisaría.

—De verdad, que no queremos presentar cargos ni nosotros ni ellos. Soy el director del hotel.

—Lo siento, señor, así fuera el Papa de Roma. Han agredido a dos agentes de la autoridad y van a comisaría.

Sebastián se da por vencido y permite que se los lleven. Los agentes tienen razón; uno sangra por la nariz y otro escupe la sangre. Antes de irnos, se acerca a los dos detenidos y le escucho decir:

—Como se os ocurra llamar a Norbert, a ti te retiro la palabra y a ti te echo a la calle. ¿Lo habéis entendido? —Los dos hombres asintieron sin mediar palabra —. Y a vosotros os digo lo mismo, que a nadie se le ocurra joderle la noche a mi hermano. Ya mañana me encargaré yo de hablar con él.

A mí no se me había pasado por la cabeza avisarlo, y estoy segura de que él lo sabe, pero tenía que dejarlo claro a sus empleados y a Cayetana, que ya va camino de su coche para ir a comisaría. Su exmarido y su pareja creo que van a pasar la noche en el calabozo.

Rubén, que había salido con un cigarrillo en la mano, decide que será mejor fumar dentro de un rato y vuelve a entrar por donde había salido.

Sebastián se acerca a mí, me acaricia la cara y el pelo y me dice:

—¿Estás bien?

—Sí, ¿nos vamos?

—Sácame de aquí.

—Tú conduces. Si me quito los tacones, no me los podré volver a poner, y creo que no quieres eso, ¿verdad?

—Si me encanta conducir...

Entre risas nos subimos al coche, y, a riesgo de ser vistos, le devoro la boca, le acaricio por encima de los pantalones y le hago gemir.

—Voy a hacer que olvides este mal rato.

Conduce hasta casa sin que tenga que darle ninguna indicación. Aparcamos en la puerta, saco las llaves del pequeño bolso y abro con urgencia al sentir su erección pegada a mi trasero.

Entramos a toda prisa y vamos directos al dormitorio. Me baja la cremallera del traje, me lo quito, hago lo mismo con las pezoneras y no me quito nada más.

Me acerco a él, le quito la corbata y la pongo en mi cuello, haciéndole ver que la vamos a necesitar. Hace un gesto de pura diversión mezclado con la lujuria que nos acompaña desde que bailamos juntos. Le desabrocho la correa, desabotono su pantalón y le bajo la cremallera. Acaricio sus muslos y noto lo que busco. Una de mis manos se cuela dentro de su ropa y acaricia su erección mientras la otra se cuela en uno de los bolsillos y saco la navaja. Me separo de él, la abro y la miro.

—Vas a necesitar esto para arrancarme el tanga.

Escucho sonar un teléfono a lo lejos y siento movimiento a mi lado en la cama. Abro los ojos y veo que Carmela se sienta en el filo de la cama, completamente desnuda. Sus hombros pecosos piden a gritos ser besados y me incorporo para llegar a ellos.

—¿Sí?... ¿Qué hora es?... ¡¡¡Las tres!!!... Vale, pues llego sobre las seis. Dile que lo tenga todo recogido... Hasta luego.

Cuelga el teléfono y ronronea contra mis labios, que no dejan de atender su esbelto cuello.

—¿Todo bien?

—Me he quedado dormida.

—Normal, salía el sol cuando me permitiste echarme a dormir. —Una sonora carcajada brota de su garganta.

—No veo que te quejes por ello.

—No se me ocurriría.

—Tengo que comprar más lubricante...

—Y yo una corbata nueva.

—Voy al baño.

—Yo también.

Nos levantamos de la cama. Ella se dirige al baño de la habitación y yo

voy al que está en el pasillo. Vuelvo a la habitación antes que ella y comienzo a vestirme, aunque la corbata es irrecuperable. Mi navaja dio buena cuenta de ella. Pero solo por la imagen de ella atada a la cama, recibiendo todo el placer que yo le quisiera dar, que quedará grabada en mi mente de por vida, bien merece la pena que haya terminado así.

Voy a coger la camisa que dejé en la silla y veo una bolsa de papel doblada. Por el logotipo, deduzco que es de una tienda de lencería y no dudo en hacerle una foto, tengo que pasar por allí. Si seguimos deshaciéndonos de ropa interior, va a necesitar reponerla, y nada me gusta más que comprarle ropa interior a una mujer.

—¿Ya te vas? —me dice desde el dintel de la puerta de la habitación.

—Tienes cosas que hacer, ¿no?

—Hasta las seis no recojo a Jesús. Ahora solo tengo que comer y darme una ducha y...

—¿Y?

—No estaría mal no comer sola y darme esa ducha acompañada.

Ante su atenta mirada, me deshago de la ropa quedando solo en ropa interior. Una divertida sonrisa ilumina su rostro, que unida a su cara de recién levantada, conforman la belleza más extraordinaria que haya visto nunca. Definitivamente, esta mujer ha venido del infierno para volverme loco.

—¿Preparamos esa comida, chica sana?

—Ni de coña. Ahora mismo llamo al mexicano y que nos lo traigan. ¿En serio piensas que me voy a meter ahora en la cocina? ¡Ni loca!

Abre el armario, saca un batín, se lo pone y lo anuda en la cintura. Coge el teléfono, busca en la agenda y baja las escaleras con él pegado a la oreja.

Llegamos al salón y me siento en el sofá mientras ella va a la cocina. Miro a mi alrededor y veo un hogar. No tiene nada que ver con mi piso de Köln. No digo que mi piso no me guste, pero, comparado con esto, reconozco que es

frío, que le falta vida.

—¿Quieres poner la tele?

—Vale.

—¿Alguna serie o película en particular?

—No...

—Pues toma el mando. Busca algo que ver en HBO mientras pongo algo de picar.

Enciendo la tele y busco algo, pero no sé los gustos que tiene. Creo que lo mejor es que vea qué ha estado viendo últimamente. La segunda temporada de Lucifer está a la mitad y es una serie que me gustó mucho, así que eso va a ser lo que ponga.

Llega con un cuenco de frutos secos que deja sobre la mesa y coge algunos antes de volver a la cocina.

—¿Qué quieres beber?

—¿Qué tienes?

—Gaseosa, agua, cerveza y vino tinto.

—Un vino estaría bien.

Me sonrío desde la puerta de la cocina y desaparece tras ella. Casi no me da tiempo de pensar en nada cuando aparece con las dos copas. Tengo la impresión de que ya las tenía preparadas.

Se sienta a mi lado, suelta las copas, me quita el mando y lo deja sobre la mesa después de pulsar el botón que hace que la serie empiece.

Está terminando el capítulo cuando suena el telefonillo de la puerta de la calle. Carmela se levanta y yo la detengo. No voy a permitir que hoy también pague ella la comida, hace un par de noches me invitó a las pizzas.

—Hoy pago yo.

—No...

—Sí, por favor.

—Está bien.

Subo a toda velocidad a la habitación y cojo la cartera, porque no sé cuanto será. Bajo a toda prisa, justo antes de que Carmela abra la puerta. Le doy la cartera y vuelvo al sofá. No me apetece que el repartidor me vea en ropa interior, y no me hace ni pizca de gracia que la vea a ella vistiendo solo el batín.

Cierra la puerta y vuelve hasta donde estoy riendo a carcajadas. No sé qué le ha hecho tanta gracia, pero no puede parar y tiene que sentarse y respirar hondo para serenarse.

—¿Qué ha pasado?

—¿Sebastián Jesús Nazareno? ¿En serio? —Ahora lo entiendo, ha visto mi Personalausweis.

—Las cositas de mi madre.

—No lo esperaba, de verdad. —Vuelve a reír con ganas.

—Habló Carmen del Rocío.

—Pero mi nombre es muy bonito. Mi madre es muy devota de la Virgen del Rocío.

—La mía de Jesús Nazareno de Córdoba y como fui el primero...

—Tu madre me cae bien. Es una andaluza de los pies a la cabeza.

—Sí, es una mujer única, que ha sabido darse su lugar, disfrutar de la vida, que nos ha educado en la tolerancia y el respeto.

De pronto, siento curiosidad por saber más cosas de ella. Sé que no tenemos una relación ni mucho menos, pero sí me gustaría conocerla un poco mejor.

—¿Por qué trabajas en el hotel?

—Por necesidad. No es el trabajo de mis sueños, pero tengo un hijo que sacar adelante y, en su momento, fue lo único que encontré. Después, no fui capaz de dejarlo, en ese hotel somos como una familia desde antes de que pasara a vuestras manos.

—Sí, el ambiente que se respira allí es ese.

—Los antiguos dueños se encargaron de ello, y, cuando tu hermano llegó, promovió esa unión aún más.

—Norbert adora Andalucía, es un enamorado de esta tierra.

—¿A ti no te gusta?

—Me gusta para venir de vacaciones, a trabajar un tiempo, pero no para vivir. En eso salí a mi padre, aunque nos dejó a todos de piedra cuando se vino a vivir a España de buenas a primeras.

—Así es el amor.

—Podrías aspirar a más. Tu formación académica no tiene nada que ver con tu trabajo. Que no digo que sea malo o no sea digno, pero...

—Lo sé, pero tendría que desplazarme. Sola, con un niño, sin la ayuda de mi madre, de mi vecina. No es tan fácil coger las maletas y salir corriendo cuando eres madre soltera.

—Pero... Eres bióloga. ¿Especialidad?

—Genética molecular y biotecnología. Estaba estudiando para el doctorado cuando me quedé embarazada y, bueno, todo se fue al garete.

—¿Y no piensas en retomarlo?

—Imposible. Hay clases prácticas que no se pueden hacer a distancia, y se estudia en Sevilla. Además, si no pienso trabajar en eso, ¿para qué?

Sus palabras me dejan impactado. Tiene una mente brillante, y me alegra que trabaje en el hotel porque gracias a eso la he conocido, pero es muy triste que no pueda estar ejerciendo su profesión.

Continuamos hablando de todo un poco durante la comida. Le cuento que soy doctorado en Económicas por la Universidad Complutense de Madrid y le asombra saber que estudié la carrera en España.

Es muy divertida, alegre, vital. Le gusta el fútbol, el baloncesto y practica yoga dos veces en semana. Sale a correr cada mañana un mínimo de diez kilómetros y entiendo al instante la fuerza que tienen sus piernas al cabalgar sobre mí sin descanso.

Recogemos la cocina y nos damos una ducha que nos ha hecho salir directos a la cama. No me canso de follar con esta mujer y sé que eso es bastante peligroso, aunque los dos tenemos muy claro qué no va a pasar nunca entre nosotros.

Con el tiempo justo para recoger a Jesús, nos vestimos y salimos corriendo de su casa.

—Sube, te llevo.

—No quiero retrasarte más.

—No lo haces. Tardo cinco minutos andando del hotel a la casa de mi madre.

—¡Guau!

—Es más, si aparco en la puerta principal, puede verte desde el balcón de su dormitorio.

Arranca el coche y conduce hasta el hotel. Me deja en la puerta de personal y se va a recoger a su hijo. No hemos quedado en nada, pero imagino que no será fácil que nos veamos a partir de ahora. Vienen fechas muy

señaladas y está de vacaciones, así que su hijo estará con ella.

Entro en el hotel y subo directo a la suite. Estoy más que seguro de que me encontraré en el salón a mi madre con Carlota, pero al abrir la puerta, me topo con mi hermana, que está trabajando desde su ordenador.

Me ve, sonrío, deja el ordenador a un lado, corre hacia mí y salta para que la coja en brazos. Me da un número incontable de besos y baja para volver al sofá.

—¿Dónde has estado? —me pregunta con picardía.

—Sabes perfectamente dónde y con quién he estado.

—Entonces, ¡era cierto! ¡Estás con Carmela!

—Algo hay, pero no quiere que se entere nadie. Ella es una trabajadora del hotel y tiene un hijo de diez años.

—¿Está divorciada?

—No, es madre soltera.

—*Pufff*. ¡Qué complicado!

—¿Y los demás?

—Se han trasladado a otra habitación y nos han dejado la suite para nosotros dos, aunque sé de uno que no creo que vaya a pasar aquí mucho tiempo...

—No sé cuándo la voy a volver a ver. Tiene obligaciones, ya te lo he dicho.

—¿Eso significa que vamos a pasar mucho tiempo juntos?

—El que me permita el trabajo y... Siento decirte que no te quiero ver merodear por mi despacho. Eres mi hermana, te amo, te adoro y daría mi vida por ti, pero trabajas para nuestro mayor competidor.

—No esperaba eso.

—Una cosa son los negocios y otra muy diferente la familia.

—Tienes razón, Espagueti.

—No me llames así, Bolita.

—Espagueti. —Una sonrisa de niña mala se dibuja en su rostro y sé que tiene ganas de jugar, aunque después me suplique que pare.

—María... —le digo con voz de advertencia.

—Espagueti, espagueti, espaguetiii. —Y esa última palabra la dice a voz en grito, provocándome aún más.

Intento hacerle cosquillas en el sofá, pero se levanta y sale corriendo. Sigo sus pasos y correamos por el salón de la suite. Siempre fue la más rápida de los tres cuando éramos pequeños, pero ahora yo tengo las piernas más largas que ellas y es más fácil darle alcance.

«¡Cómo echaba de menos estos momentos!», pienso antes de atraparla, tumbarla en su cama y hacerle cosquillas hasta que le entra hipo, como cuando era pequeña.

Esta semana de vacaciones me ha venido genial para descansar, poner orden en asuntos pendientes e incluso disfrutar un poco más de Sebastián.

Lunes y martes estuve de limpieza general en casa. Fueron muchos los mensajes que intercambié con mi Capullo favorito, algunos hicieron que tuviera que darme una ducha urgentemente y él me confesó que se había tenido que masturbar en más de una ocasión.

El miércoles, después de dejar a Jesús en el colegio, cuando estaba entrando en casa, recibí un mensaje de Sebastián, preguntándome si tenía algo que hacer por la mañana. Pensaba ir a la peluquería y se lo hice saber, pero cuando me dijo que pensaba escaparse para no tener que seguir matándome a pajas, no dudé en decirle que estaba tardando demasiado en llegar. Diez minutos después, un flamante Ford Mondeo estaba aparcando en la puerta de mi casa. Ha alquilado un coche para las tres semanas que le quedan aquí.

Pasamos la mañana jugando entre las sábanas y me propuso algo que, en un primer momento, hizo que me escandalizara: quería que nos montáramos un trío con Roberto. Mi negativa fue rotunda, he sido la canguro de ese niño durante mucho tiempo, aunque después caí en la cuenta de que de niño ya tiene poco y que tiene un morbo que de solo imaginarlo dándome placer me hicieron temblar las piernas. Por lo que, finalmente, accedí. Tengo la impresión de que la semana que viene nos lo vamos a pasar muy bien los tres.

El viernes, Jesús se quedó a dormir con mi madre. No tenía planeado que fuera así, pensaba pasar la noche viendo películas y comiendo palomitas, pero insistió y la abuela se puso de su parte. Así que aproveché para verme con Sebastián y todavía hoy tengo agujetas en las piernas.

Hoy es Nochebuena y toca cena familiar en casa de mi madre, como todos

los años. Aquí estoy esperando a que llegue mi primo Jorge con Aitana, los niños y mi tía Paquita, que hace como un mes que no la veo. Mi madre siempre dice que soy la viva imagen de ella cuando tenía su edad, no por el aspecto, que lo heredé de mi padre, sino por mi forma de ser.

Y, ahora que caigo, tengo que preguntarle a Aitana si sabe algo de cómo le van las cosas a Elías, que es su hermano, con Cayetana y Roberto. Solo pensar en el nombre de Roberto hace que sienta un cosquilleo en mi vagina.

—¿En qué piensas, Carmencita?

—En que hace mucho que no veo a la tía Paquita y en... ¡Ay, que no te lo conté! No sabes la que se lio la noche de la boda...

—Nena, que esto es un pueblo, claro que me enteré de que Roberto y Elías pasaron la noche en el calabozo.

Sus palabras hacen que me dé cuenta de cuánto tengo que extremar las precauciones si no quiero que nadie se entere de que ando con Sebastián, y hasta me ha dado coraje ser una incauta, haber permitido que vaya a mi casa como si nadie se fuera a dar cuenta.

El timbre suena y mi madre se apresura a abrir. Escucho a Jesús dar un grito de alegría y eso significa que los niños de mi primo ya están aquí.

Salgo de la cocina y me dirijo al salón. Mi tía Paquita me abraza y me da esos sonoros besos de abuela que en cualquier otra persona me irrita, pero los de ella los recibo con gusto. Fue uno de los pilares más importantes de mi familia cuando mi padre falleció, y eso es algo que hizo que la quisiera aún más de lo que ya la quería.

Mi madre y Aitana se van a la cocina, Jorge juega con los tres niños y mi tía me sonrío de una forma pícaro que conozco muy bien. Tengo la impresión de que sí ha corrido algún rumor por el pueblo y maldigo mi estampa.

—¿Quién es el mozo que te tiene la mirada iluminada?

—Eeeh... ¿Cómo?

—Mira, mi niña, tu madre vive en las nubes y no se da cuenta de estas cosas, pero a esta vieja no la engañas. Tu cuerpo me grita que estás teniendo sexo... y del bueno.

—Pero tía... —le digo entre escandalizada y divertida.

—Ay, Carmencita, que parece que no me conoces, ¿te vas a escandalizar de mí a estas alturas?

—Lo que me escandaliza es que digas que eres vieja.

Las dos arrancamos a reír y nos abrazamos. De ella he aprendido muchas cosas, pero la más importante fue que cuando alguien te abandona, teniendo un hijo de dos años, se puede salir adelante. Yo lo hice por Jesús, sin embargo, ella me guio en el camino y no me soltó la mano en ningún momento.

—Venga, cuéntame ahora que no nos escucha nadie.

—Sí, estoy con alguien, pero es algo pasajero. Pasamos buenos ratos juntos, nada más. Ya sabes que en mi vida solo existe el hombrecillo que está jugueteando con tus nietos.

—Me parece estupendo, corazón. —Su actitud me dice que no está para nada de acuerdo con lo que acaba de decir.

—Suéltalo.

—En eso es en lo único que no debes seguir mis pasos. No te quedes sola, no te prives de ser feliz con un hombre a tu lado, con el paso de los años lo lamentarás. Quizás, el chico con el que estás no es el que te acompañe, pero estoy segura de que habrá alguno que sí lo será. Cuando llegue ese momento, no te niegues a ser una familia de tres.

La llegada de Jesús al sofá corta la conversación que estábamos teniendo y lo agradezco. No me siento cómoda hablando de eso. No me creo capaz de mantener una relación con nadie. Estoy segura de que viviría cada momento pensando que me volverán a dejar tirada, que me volverán a engañar, y eso haría que yo misma la dinamitara y acabara con ella.

—Mamá, mamá... Planeta Tierra llamando a Mamá.

—Dime, hijo, que estaba pensando en otra cosa.

—Que si esta noche me puedo ir a dormir con los primos.

—No, cariño, esta noche dormimos juntitos.

—Por favor, que hacía mucho tiempo que no los veía.

—Además, no sé si sus padres...

—Por nosotros no hay problema, pero le he dicho que tenías que darle permiso tú —escucho decir a Aitana detrás de mí.

—Está bien, pero mañana duermes en casa.

—Sí, mamá. ¡Eres la mejor madre del mundo!

Mi pequeño retoño se tira encima de mí. Me abraza, me besa y me doy cuenta de que nunca podré amar a nadie con la misma intensidad que lo amo a él.

Aprovecho que todos están ayudando a mi madre a sacar la comida y cojo mi teléfono para mandarle un mensaje a Sebastián.

¿Qué haces después de cenar con tu familia?

Sé que tienen cena porque María le dijo que me pasara por el hotel cuando terminara aquí. Ella misma se ha encargado hoy de preparar la comida para su familia y para todos los empleados que están en el turno de noche, y estoy segura de que será deliciosa.

El teléfono vibra en mi mano y sé que me ha contestado. Abro el mensaje en el justo momento en que mi tía pasa por mi lado y me guiña un ojo.

¿Follar contigo?

Con tan solo esas dos palabras ha conseguido que me caliente. Un segundo

mensaje entra

Tengo un regalito muy especial para ti.

No esperaba que me hubiera comprado nada, pero lo cierto es que yo también lo he hecho. Después de que hayan acabado en la basura tres corbatas en la última semana, ayer por la mañana me desplazé a San Fernando y le compré dos que me gustaron con las respectivas camisas a juego.

Mi regalo no sé si será especial, pero práctico sí. Te espero en ropa interior. Ve afilando la navaja.

Dejo el teléfono en mi bolso y me siento a cenar con mi familia. Una cena en la que reímos y soltamos alguna lágrima al recordar a los que ya no están. Tras la tarta de frambuesas de la tía Paquita, abrimos los regalos y compartimos unos chupitos de licor de hierba, pero solo un par de ellos, ya que tengo que conducir para llevar a Jesús a casa de mi primo y volver a la mía.

Son las doce y media y nos estamos subiendo en el coche. Conduzco tras Jorge, que deja a la tía Paquita en su adosado y continuamos hasta el suyo, que está a escasos cincuenta metros.

Bajamos del coche y esperamos a que nos abran la puerta porque ya se ha cerrado la del garaje.

—Jesús, pórtate bien y hazle caso a tus tíos.

—Sí, mamá, te prometo que voy a ser bueno.

—¿Dónde está mi beso de buenas noches?

Me agacho para recibir un beso enorme de mi hijo, pero me regala al menos cinco. Me encanta que sea tan cariñoso y que no tenga miedo a expresarlo delante de nadie. Espero que, cuando crezca, siga siendo así.

Aitana nos abre la puerta y Jesús entra corriendo. Nos quedamos las dos mirándolo y sonreímos.

—Oye, que he estado de vacaciones y no he visto a Elías. ¿Qué tal está?

—Todavía tiene un ojo morado, pero está bien. La noche en el calabozo sirvió para que esos dos neandertales pusieran las cartas sobre la mesa. Elías le dejó claro a Roberto que amaba a Cayetana y que ni él ni nadie iba a conseguir que se apartara de ella. Roberto acabó deseándole que fueran felices y que tuviera mucho cuidado con hacerle daño a ella o a sus hijos.

—Han pasado muchos años juntos y es normal que mire por el bienestar de la persona que le dio lo más importante de su vida: sus hijos.

—Sí. Ya le he dado yo un buen tirón de orejas y le he dicho que tenga cuidadito con lo que hace, que, si les hace daño, no será Roberto quien le dé fuerte.

—Pues me alegra que las cosas se hayan calmado un poco. La situación que vivimos el sábado no fue nada agradable.

—¿Entras a tomarte algo?

—Prefiero irme a descansar. Estoy agotada.

—De acuerdo. ¿Mañana nos vemos en casa de Paquita para comer?

—No me pierdo el guiso de pavo, ¡ni loca!

Nos despedimos entre risas y conduzco hasta mi casa, que está a cuatro calles de la de mi primo. Encuentro un hueco donde aparcar casi en la puerta de casa, justo detrás de un Ford Mondeo que conozco muy bien.

Me bajo del coche, lo cierro, me acerco a la ventanilla del conductor, la golpeo y veo cómo Sebastián da un salto en el asiento. Baja la luna y me dice:

—¿Quieres que me corte un dedo?

—¿A quién se le ocurre jugar con una afilada navaja?

—¿Tú no me ibas a esperar en ropa interior?

—Se me hizo tarde. Voy a dejar la puerta abierta, entra en cinco minutos.

Y no digo nada más. Entro en casa dejando la puerta entreabierta y subo corriendo a mi habitación. Me quito la ropa sin importarme dónde caiga y saco del armario su regalo. Me pongo una de las camisas y dejo caer sobre mi cuello la corbata que va a juego cuando le escucho subir las escaleras.

Entra en la habitación, me mira de arriba abajo, deja una bolsa en la silla que tengo en la entrada, se acerca y mete sus manos por dentro de la camisa para acercarme a él.

—¿Y esto?

—Es tu regalo de Navidad.

—Nunca me había gustado tanto que alguien me regalara una corbata, de hecho, suelo descambiarlas todas, pero esta... te queda tan bien que creo que me va a encantar usarla muy a menudo.

—¡Cállate!

Me lanzo a sus labios y los devoro. No sé qué tiene este hombre, pero me encanta, me seduce con cada palabra.

Nos separamos, nos miramos a los ojos y en ellos veo algo que va más allá de la lujuria y el deseo, algo que me hace estremecer y que hace que mi corazón se salte un latido.

Despierto y la observo dormida. Tiene los labios hinchados y su cara rezuma paz. Es una mujer preciosa y me encantaría poder enamorarme de ella, pero eso no va a pasar ni con ella ni con ninguna otra.

Le acaricio el rostro y me da un manotazo en la mano que me hace dar un grito. Es increíble la fuerza que guarda ese brazo.

—¿¡Qué pasa!?! —Se despierta sobresaltada y me mira.

—¿Eres Thor y yo no me he enterado? ¿Cómo tienes esa fuerza en el brazo?

—¿Qué? —pregunta sin saber qué está pasando.

—Prometo no volver a acariciarte la cara mientras duermo. Me has dado un manotazo que no has roto un dedo por muy poco.

—Creí que era una mosca.

—¿Es que aquí las moscas son de otro planeta y tienen una fuerza superior?

—¡Qué exagerados sois los hombres! Si solo te he hecho así...

—¡Para!

—Dame esa mano. A ver, ¿dónde te duele?

—Aquí. —Le señalo el dedo y lo besa, así que decido jugar un poco. Tiene razón en que he exagerado un poco—. Y aquí. —Le señalo la muñeca y sus labios me vuelven a acariciar—. Aquí también. —Me toco el pecho,

sonríe consciente de mi juego y lame el sitio que he tocado.

—¿Y aquí te duele? —Me toca los labios, asiento y devora mi boca—.
¿Algún sitio más?

—Aquí.

Me toco la erección que empieza a despuntar y su melena pelirroja desaparece bajo las sábanas. Ninguna boca me ha hecho disfrutar como la de ella.

—¡Por Dios Santo, Carmela! Me vas a matar de placer.



Me levanto de la cama y veo toda nuestra ropa desperdigada por el suelo, incluidas mis dos camisas nuevas y mis corbatas... Tengo que reconocer que tiene muy buen gusto, es la primera persona que acierta y me regala alguna que me guste.

Lo que me recuerda que anoche no le di su regalo. Cojo la bolsa de la silla y la espero recostado sobre el cabecero de la cama. La veo salir al baño, sin nada que tape su imperfecto y precioso cuerpo y sonrío al ver que no le importa mostrar sus estrías o la poca celulitis que adorna sus piernas. Es natural, preciosa y, por ello, perfecta.

—Anoche no te di tu regalo de Navidad.

—¿Qué será? —Sonríe, se sienta a mi lado y me quita la bolsa de las manos. Abre el paquete que contiene y se lleva las manos a la boca al abrirlo —: ¡Madre mía! ¡Es precioso! Pero... ¡te debe haber costado un dineral!

Un corsé negro con lazos dorados y ligero descansa sobre sus manos. Mira la etiqueta, ve que es su talla y abre los ojos de par en par.

—¿Cómo sabías mi talla?

—No la sabía. Hace unos días me fijé en una bolsa que había sobre esa

silla. Fui a la tienda y Laura y Mónica supieron al instante quién eras cuando te describí. Me reí mucho con esas chicas, son simpáticas.

—Sí, son muy simpáticas. Allí compré el conjunto rojo del primer tanga que me arrancaste.

—¿Qué vas a hacer hoy?

—Como en casa de mi tía Paquita, después llevo al cine a Jesús y esta noche nos dedicaremos a darnos cariño de madre e hijo.

—¿Cariño de madre e hijo?

—Básicamente es dormir juntos. Lo que me recuerda que tengo que cambiar las sábanas.

—¿Quieres que te ayude?

El timbre de la puerta suena y estoy seguro de que a ella se le ha acelerado el corazón tanto como a mí, me lo dice la expresión de su cara.

—Quédate aquí, no se quién puede ser.

—Tranquila, que aquí me quedo.

Baja con la bata puesta y me quedo en la puerta de la habitación para escuchar. Descuelga el telefonillo de la entrada y oigo cómo dice: te abro.

Una mujer entra en la casa y la oigo hablar animadamente con Carmela. Espero que no tarde mucho en irse, porque yo también tengo que irme al hotel si no quiero que mi madre me mate.

Por suerte, no pasan ni un par de minutos cuando escucho la puerta cerrarse y a Carmela subiendo las escaleras. Entra en la habitación, cierra y arranca a reír.

—Era Loreta, mi vecina, se había quedado sin sal. ¡Qué susto me ha dado, joder!

—Yo todavía tengo el corazón acelerado.

—Vamos a cambiar las sábanas que tengo que irme.

—¡Usted manda!

Divertida, me lanza una almohada que recibo y le quito la funda. Después, me lanza otro y corre el mismo destino. Deshacemos la cama y la volvemos a hacer entre risas.

Me despido de ella con un beso antes de salir por la puerta de su casa y quedamos en vernos mañana en el hotel, que ya vuelve de sus días de descanso. Me temo que, a partir de ahora, va a ser más complicado vernos. Ella vuelve al trabajo y el niño está de vacaciones.

Pensando en mil cosas, aunque todas centradas en mi Diablilla Pelirroja, llego al hotel y aparco en la zona de empleados. Entro y subo directamente a la suite. Abro y me encuentro con toda la familia que no está de luna de miel.

Carlota me ve, sonrío y viene andando hasta mí. La cojo en brazos y le doy tantos besos como me da ella, babeándome toda la cara. Nunca me han gustado los niños, mucho menos si son bebés, pero esta pequeñaja me tiene enamorado desde la primera vez que la vi y me miró con esos ojos tan azules.

—¡Por fin te dignas a aparecer, Espagueti! Has celebrado bien la Navidad, ¿no? —dispara mi hermana sin siquiera saludar.

—Seguro que muchísimo mejor que tú, Bolita.

—¡Cuéntanos, gañán! —espeta mi madre sin miramiento ninguno

—Os espero en Recepción.

—No me dejes solo ante el peligro, papá.

—Tú te lo has buscado, a mí me dejáis tranquilo.

Sale de la suite y me deja solo ante el peligro. Suelto a la niña en el sofá y me encamino a mi habitación, intentando que no me sometan a un

interrogatorio, pero mi madre me sigue, me para y me obliga a sentarme en el sofá.

—Bueno, ¿cuándo lo vais a hacer oficial? —Me exaspera su insistencia.

—Yo ya no sé cómo explicaros las cosas. No tenemos una relación de pareja, no somos una pareja, solo dos personas que quedan para follar. No hay más.

—Espagueti, no te engañes. Esa mujer te gusta demasiado. Ni con Elke ansías tanto vuestros encuentros.

—Porque viaja mucho y no cuadramos horarios...

—¡Y una leche! A ti te ha pasado lo mismo que le pasó a tu padre, que dio con una española caliente como el mismísimo infierno, y te tiene loco.

—Es más información de vuestra vida sexual de la que me gustaría saber, pero sí, me vuelve un poco.

—No te asustes, que tú naciste de uno de esos calentones que le di, pregúntale a tu padre si no me crees. Puedo asegurarte que de eso al amor hay un solo paso, y créeme que es muy pequeño.

—No es nuestro caso. Ella tampoco busca una relación ni nada que la ate, no me quiere, no está enamorada de mí, me lo ha dicho. Su vida gira entorno a su hijo y nada más.

—¿Tiene un hijo? —pregunta mi madre asombrada.

—Sí. Tiene diez años y se llama Jesús.

—¿Lo has conocido? ¿Se parece a ella? —continúa con el interrogatorio.

—Sí, lo conocí antes de... de que empezáramos a vernos. Y no, no se parece a ella. ¿Queréis saber algo más o puedo irme ya a la ducha?

—Vamos a dejarte ir porque vamos tarde a comer, pero ya seguiremos esta charla, Espagueti.

—¡Augh! —me quejo al intentar levantarme.

—¿Te ocurre algo, hijo?

—No es nada, solo tengo agujetas.

—¡Joder, con la pelirroja! —Oigo exclamar a mi hermana mientras camino hasta mi habitación y sonrío maliciosamente. No tengo agujetas, pero sabía que las picaría muchísimo que dijera eso.

Me voy directo a la ducha, mas recuerdo que he dejado la bolsa de las camisas en el salón y vuelvo sobre mis pasos. Hoy me apetece usar una de ellas, espero que no estén sucias porque me encantaría poder vestirla con el aroma de Carmela impregnado en ella.

Saco una con su corbata, miro a mi madre con cara de niño bueno y le pido:

—¿Me la planchas?

—Tiene buen gusto. Que yo ya lo sabía porque solo por fijarse en ti, ya tenía que tener buen gusto la chica, pero la camisa es preciosa y la corbata... La corbata acabarás descambiándola, ¿no?

—No, me encantan las dos que me ha regalado.

—¡Ay, Jesús Nazareno!

—No me recuerdes a Jesús Nazareno que bastantes risas se echó a mi costa.

Las dejo riendo a carcajadas y ahora sí me voy a darme una merecida ducha. Un mensaje suena en mi teléfono y lo miro mientras me quito los zapatos.

Te has dejado aquí la navaja.

Saco todas las cosas de los bolsillos y, efectivamente, la navaja no está entre ellas.

¿Me la traes el martes? Y, de paso, estaré en la 527 porque mis padres y mi hermana se van mañana. Podrías pasar a darme los buenos días.

Sigo quitándome la ropa y vuelve a sonar el teléfono antes de meterme en el baño.

Espérame desnudo y te daré el mejor despertar de toda tu vida.

«¡Oh, Dios mío! ¡Vuelvo a estar empalmado!».

Es viernes y estoy de los nervios. Hoy es el día en que Sebastián y yo demos un paso más en nuestra locura de pasión y lujuria. Estar con dos hombres ha sido una de las muchas las fantasías que siempre han rondado mi cabeza y nunca he puesto en práctica. Aquí la gente no tiene la mente muy abierta, y no quería ser señalada por nadie, pero él se está encargando de que todas y cada una de ellas se hagan realidad.

El timbre suena y me da un vuelco el corazón. Podría decir que hasta me da miedo descolgar el telefonillo y preguntar quién está tras él. Solo pueden ser dos personas y agradecería que la primera en llegar fuera Sebastián.

—¿Sí?

—Soy Roberto.

—Te abro.

«¡Mierda!», pienso mientras pulso el telefonillo. Es justo quien no quería que llegara primero. Tengo la impresión de que la sensación va a ser muy incómoda, sobre todo porque voy con un batín que deja ver el liguero que llevo puesto y no creo que sea eso lo primero que él piense que va a encontrar al llegar. Creía que Sebastián llegaría primero, que echaríamos un polvo de campeonato y haría que este manojito de nervios que se retuerce en mi estómago desapareciera, pero no, no ha sido así.

Abro la puerta y Roberto ya ha cruzado el jardín y está delante de ella. Nos miramos y entra sin decir nada. Se sienta en el sofá y yo voy a coger una cerveza de la nevera para cada uno.

Se la doy, me siento junto a él en el sofá y le damos un buche.

—Roberto, o solucionamos esta incomodidad o va a ser un desastre.

—Es que la situación, cuanto menos, es curiosa.

—No sé en qué demonios estaba pensando Sebastián cuando te lo propuso.

—Si no quieres...

—Claro que quiero. Si no quisiera, se lo hubiera dicho. Hay que ser muy tonta para dejar pasar la oportunidad de disfrutar en la cama con un bombón como tú, pero... ¡Joder! ¡Que era tu niñera!

—Sí. Y debo reconocer que tuve más de una fantasía con «mi niñera».

—¡Roberto! —Sus palabras me han dejado sorprendida, pero también me han hecho gracia y arrancho a reír.

—No te rías, que es cierto. Siempre estuviste muy buena, aunque ahora... Los años te sientan de maravilla.

Me mira de arriba abajo y solo con eso empieza a conseguir que entre en calor. Con picardía, abro un poco el batín y dejo que su visión llegue casi a mi sexo. Se mueve en su sitio y sonrío. «Sí, le pongo».

—A ti también te han sentado bien, nada que ver con el niño larguirucho al que cuidaba. —Se vuelve a mover en su sitio—. ¿Cuántas veces deseaste besarme?

—Cada vez que te ponías brillo en los labios. —Acorto distancias con él.

—Eso era siempre. —Acerco mi cara a la suya.

—Lo sé.

—Bésame —le digo, mirándolo a los ojos.

Sus labios son suaves y tiernos. Me besan con una delicadeza que nunca hubiera esperado de él. Nuestras lenguas juegan lentas, seduciendo la una a la otra.

Abandona mi boca y baja por mi cuello. Retira el batín, continua por el hombro y yo me deshago del lazo, dándole el acceso a mi cuerpo que demanda.

Lame y besa cada centímetro de piel que hay de mi cuello a mis pechos, y el sentido común se apodera de mí al ser consciente de lo que va a ocurrir si seguimos por ese camino.

—Roberto, deberíamos esperar a Sebastián.

—Tienes razón. Espero que llegue pronto.

—Al menos ya hemos eliminado la incomodidad, ¿no?

—Quizá me ha faltado continuar un poco más hacia abajo...

—¡Qué petardo eres!

Nuestra conversación se ve interrumpida por mi teléfono. Miro la pantalla y sonrío al ver que es Sebastián. Descuelgo y me levanto del sofá para ir a la cocina y tener mayor privacidad.

—Hola, ¿dónde estás?

—Se han complicado un poco las cosas en el hotel. Mañana vas a tener que mandar un par de camareras para limpiar la 213. Ha reventado una tubería y acaban de terminar de arreglarla.

—¡Vaya! Bueno, te esperamos aquí.

—Todavía voy a tardar un rato y tengo que pasar a comprar algo de comer. ¿Qué vais a querer cenar?

—Espera. Roberto, ¿qué te apetece cenar?

—Pizza.

—¿Lo has escuchado?

—Sí, lo he escuchado. Nos vemos en un rato.

—No tardes.

Estoy a punto de colgar cuando escucho mi nombre a través del auricular y lo llevo de nuevo a la oreja.

—Dime.

—Empezad vosotros, así, cuando yo llegue, ya estaréis los dos más que dispuestos.

—No. No pienso hacer nada sin ti mientras esté contigo.

—Encargo la comida y en media hora estaré allí.

—¡Perfecto!

Vuelvo al salón con dos copas de vino que he servido al tiempo que hablaba con Sebastián. El alcohol nos relajará un poco más, aunque no creo que ya haga falta.

Me siento a su lado y su expresión me indica que tiene dudas. Le ofrezco la copa y la toma sin mirarme a la cara. Cojo el móvil y escribo:

Voy a tener que empezar a calentar motores o Roberto se echará para atrás.

Veo que está en línea, le doy un sorbo al vino y veo que está escribiendo. Espero que no tarde demasiado.

—Carmela, yo...

—¿Quieres irte?

—No lo sé, es todo tan... Nunca creí verme en esta situación.

Mi teléfono vibra, lo cojo de la mesita y leo el mensaje reflejado en la pantalla sin tener que abrirlo.

¡Adelante, Diablilla!

Sonríó ante sus palabras, suelto la copa de vino, me levanto y me quito el batín ante su atenta mirada. Me subo a horcajadas sobre él y sus manos se quedan quieta. Le doy un suave beso en los labios, pero no responde. Vuelvo a darle otro y sigue sin reaccionar. Quizás es momento de parar y no continuar con esto. Sin embargo, cuando estoy a punto de desistir, sus manos cobran vida. Con una de ellas, acaricia mi espalda, la otra rodea mis caderas. Me atrae hacia él y une sus labios con los míos, haciendo que se me acelere el pulso al sentir su pasión, su calor, sus ganas de hacerme suya y me enciende de una forma brutal que me hace desearlo tanto o más que a Sebastián.

Me separo de él y comienzo a desvestirlo, aunque él me ayuda. Se quita la camisa mientras desabrocho la correa, desabotono el pantalón y bajo la cremallera. Levanto las caderas, dándole espacio para que se deshaga de la ropa.

—Dime que tienes un condón en la cartera.

—Tengo un condón en la cartera.

La cojo de la mesita baja que hay junto al sofá en el que estamos y lo saco, lo rasgo y se lo coloco con urgencia. No sé qué demonios tiene la boca de este hombre, pero siento una necesidad apremiante de tenerlo dentro de mí. Me muevo haciendo que la punta de su verga encuentre la entrada de mi vagina y me dejo caer, haciendo que me penetre.

—¡Joder, Carmela!

Muerdo su labio inferior y tiro de él, para después lamerlo y besarlo. Subo y bajo haciendo que entre y salga de mí. Una de sus manos se cuela entre nuestros cuerpos y el dedo gordo comienza a masturbarme.

Echo la cabeza hacia atrás por el tremendo placer que me ha provocado su contacto y sigo cabalgando sobre él con más brío. Aprovecha la postura para lamer, soplar y hasta mordisquear mis pezones llevándome al límite. Su dedo, su boca y su polla van a conseguir que me corra en tiempo récord.

—Roberto, me corro.

—Arrástrame contigo.

Aumento el ritmo de mis caderas y él hace lo mismo con su dedo. Me corro sin poder ni querer evitarlo, agarra mis caderas, las aprieta contra él, penetrándome tan hondo que casi duele y siento cómo se corre el también.

Toco mi frente con la de él, me abraza y, aún con las respiraciones agitadas, me da el beso más tierno que me hayan dado nunca.

—¿Estás bien?

—Sí. Por lo que veo ya no tienes nada de niño. —Una ronca carcajada brota de su garganta y me sorprende—. ¿Y tu risa de pito?

—Ya no soy un niño. Anda, levanta, no sé si a tu novio le hará gracia que hayamos empezado sin él.

—No es mi novio, y fue él quien me dijo que fuera alentando el ambiente, aunque debo reconocer que me he acabado quemando.

Hago que salga de mí y me levanto del sofá. Se quita el condón, lo anuda y comprueba que no esté picado. Se levanta y se viste. Doy un sorbo al vino y siento que me cuesta tragar. Las últimas palabras que ha dicho Roberto se me han quedado atragantadas en la garganta haciendo que un sentimiento de traición me embargue.

El timbre de la casa suena justo cuando el hombre que tengo delante de mí se está abrochando la correa. Voy hasta el telefonillo y pulso el botón de apertura al escuchar la voz de Sebastián. Abro la puerta y lo veo cruzar el jardín delantero con dos cajas de pizzas en las manos.

Entra en casa, me da un beso en los labios y me mira, intentando analizar la expresión de mi cara, intentando saber por qué le rehúyo la mirada. Suelta las pizzas y coge mi rostro con las dos manos, obligándome a mirarlo.

—¿Estás bien?

—No.

—¿Qué pasa?

—El calentamiento se me ha ido de las manos. —Miro hacia otro lado porque no quiero ver ningún sentimiento de traición en sus ojos.

—¿Habéis follado? —Asiento, incapaz de hablar—. Y... ¿es bueno? — Me besa en los labios y me relajo—. ¿Más que yo? —Me vuelve a besar.

—Vas a tener que aplicarte un poco más...

—Venga, vale, ya voy poniendo yo la mesa, tortolitos.

Cogidos de la mano, volvemos al salón, aunque sigo sin poder mirarlo a los ojos, cosa que espero cambie durante la cena o no voy a poder disfrutar por completo de esta noche.

Terminamos de cenar y Carmela está más callada que de costumbre. Roberto y yo estamos hablando de la dirección de los hoteles en los que estamos trabajando y a ella la noto como en una dimensión paralela.

Nos levantamos de las sillas, le pido a Roberto que nos espere en el salón y sigo a Carmela hasta la cocina con los vasos en la mano. Los dejo en la encimera, junto al fregadero, y la freno cuando hace el intento de salir.

—¿Qué pasa?

—Nada, ¿por qué lo dices?

—Estás rara. No has hablado en la cena y no me has mirado a la cara desde que he llegado.

—Es que... Me siento mal por... Sé que entre nosotros no tenemos una relación ni mucho menos, pero... Me siento mal por lo que ha pasado antes con Roberto, no lo puedo evitar...

—Carmela, fui yo el que te dijo que fuerais empezando.

—Pero no solo empezamos a calentarnos... ¡Me lo he tirado!

—Creo que debí ser más específico cuando hablamos. Sabía que eso iba a pasar, de hecho, era lo que quería. ¿Crees que Roberto se hubiera quedado solo con el calentamiento? Mírame a los ojos y verás que todo está bien. —Lo hace y veo cómo su culpabilidad va desapareciendo hasta que me sonrío.

—Bésame.

Lo hago sin dudar y, poco a poco, sus labios se van convirtiendo en los

que siempre me vuelven loco, los que me gusta devorar siempre que la tengo cerca, los que me llaman a perderme en la lujuria de su cuerpo.

Los abandono, la cojo en brazos y hago que rodee mis caderas con sus piernas. Lamo, soplo y beso su cuello haciendo que suspire.

—Creo que deberíamos volver al salón —le digo entre caricias.

—Sí, deberíamos. Pero antes...

—Dime.

—Hoy tienes que ponerte condón. No quiero que Roberto entre mí sin usar protección y lo justo es que estéis en igualdad de condiciones.

—Pensaba hacerlo.

—Lo nuestro fue una irresponsabilidad, pero...

—¿Pero?

—Ya no concibo hacerlo contigo de otra manera... A excepción de hoy porque es algo diferente.

—Yo tampoco. Eres la primera mujer con la que no uso protección, ni tan siquiera con la que fue mi esposa. Mañana, cuando estemos solos, te contaré una historia.

—No tienes por qué contarme nada.

Me besa y evita que siga hablando. Se baja de mis caderas y sale de la cocina seguida por mí. La tomo por la cintura mientras andamos y le susurro al oído:

—Calienta a Roberto, yo ya lo estoy. —La aprieto contra mí y hago que sienta mi erección.

Se acerca a Roberto, le toma la mano y hace que se levante. Le saca la camisa de los pantalones, la desabotona y se la quita. Lo besa y me acerco a

ella por detrás. Le deshago el nudo del batín y se lo quito para así poder lamer su espalda desnuda.

—¿Subimos? —propongo a mis compañeros de juego.

Sin mediar palabras, subimos las escaleras y nos quitamos las pocas ropas que todavía nos visten mientras Carmela nos observa desde la cama. Nos acercamos a ella, cada uno, por un lado.

Roberto se deleita con su boca y sus pechos, yo me pierdo en su sexo. Y, entre los dos, hacemos que se corra en tiempo récord.

Cuando recupera el aliento, abre el primer cajón de la mesita de noche y saca una caja de preservativos y un bote de lubricante. Aprovecho el momento para dirigirme a su ano y encuentro lo que esperaba. Estaba preparada para este momento. Le retiro el plug que tiene puesto y tiro de ella para subirla a horcajadas sobre mí.

Roberto se sube a la cama y se coloca tras ella, dejando sus piernas sobre las mías y haciendo que el acercamiento sea el que necesitamos para lo que Carmela tanto ansía.

—Dilo, Diablilla. ¿Qué quieres que hagamos contigo?

—Quiero que me penetréis los dos, que me folléis y me hagáis disfrutar tanto como yo haré con vosotros durante toda la noche —lo dice mientras su mirada está clavada en la mía y me estremezco al darme cuenta de todo lo que esta mujer me hace sentir.

Roberto ya tiene el preservativo puesto y ella me lo pone a mí. Levanta las caderas un poco y, como si así lo hubiéramos pactado con anterioridad, tanto Roberto como yo dirigimos nuestras erecciones hasta las entradas, yo de su vagina y él de su ano.

Cuando Carmela siente que nuestros glandes entran en ella, se deja caer haciendo que la penetremos por completo.

Se queda parada unos segundos, porque lo cierto es que la polla de

Roberto es bastante gruesa y, a pesar de la dimensión del plug, le ha tenido que doler un poco.

—¿Estás bien?

—Genial.

Una sonrisa diabólica como nunca le había visto se dibuja en su cara y comienza a botar, haciendo que entremos y salgamos de ella. Roberto dirige una mano a su clítoris y yo me lanzo a jugar con sus pezones. Está haciendo un gran esfuerzo en esta postura y vamos a conseguir que disfrute este momento al máximo.

—Carmela, Sebastián, no voy a tardar mucho en correrme.

—Hazlo —dice Carmela con la lujuria inyectada en sus ojos.

Roberto lo hace y se sale de ella para que podamos terminar nosotros. Se quita el preservativo, lo comprueba, se baja de la cama y va al baño.

—¿Qué te pasa, Sebastián?

—El condón, necesito sentirte.

—Quítatelo. Yo tampoco soy capaz de correrme sin sentirte por completo.

—Pero...

—Él es la visita, tú eres mi ¿pareja?

—Suena bien.

La levanto saliendo de ella por completo y hago que se tumbe. Me deshago del preservativo y la penetro arrancándole un gemido. La embisto con fuerza, necesito que se entregue a mí por completo, que sienta todo el deseo que siento por ella, que se corra conmigo...

—Me corro, Sebastián.

—Hazlo, preciosa, que me corro contigo.

Y así lo hace, y así lo hago, y nos fundimos en un orgasmo que nos deja laxos, sin aliento, con un inmenso placer recorriendo nuestros cuerpos, atravesándolos.

Salgo de ella y me tumbo a su lado. A pesar de que lo estamos pasando muy bien, en este momento desearía que Roberto no volviera del baño, que no estuviera, que estuviéramos compartiendo estos momentos solos, como hemos hecho desde el principio, pero me prometí que haría realidad sus fantasías y lo voy a hacer.



Despierto solo en la cama y veo entrar abundantes rayos de sol por la ventana, lo que me dice que no es temprano, aunque no me importa porque es sábado.

Eran las cinco de la mañana cuando Roberto, completamente agotado, se fue al hotel a descansar. No tenía fuerzas para coger el coche e ir a Chiclana, que es donde vive, y llamé para que le prepararan una habitación. Yo me quedé, necesitaba estar a solas con ella, disfrutarla y tenerla solo para mí.

—Buenas tardes, dormilón.

—Hola, preciosa. ¿Qué hora es?

—Las dos. Estoy terminando de preparar el almuerzo.

—Huele bien. —Se sube en la cama y se acurruca entre mis brazos—. Buena en la cama y buena en la cocina. ¿Cómo es que ningún hombre se ha rendido ante ti?

—Porque yo no los he dejado. No creas, que los he tenido en cola.

—Te creo.

—¿Por qué nunca has estado con una mujer sin usar protección?

—Siempre he sido muy responsable y eso me libró de pillar VIH.

—¿¡Cómo!?! —Se vuelve para tenerme de frente y veo la sorpresa en su rostro.

—A ver, sabes que estoy divorciado, te lo dije, ¿verdad?

—Sí.

—Mi mujer me fue infiel y... contrajo VIH. Lo supe porque empezó a tener fiebres sin motivo aparente, agotamiento extremo, pérdida brusca de peso... Ante esos síntomas, la obligué a ir al médico. ¡Dios! Habíamos pensado en tener hijos cuando cumpliéramos nuestro tercer aniversario, faltaban dos meses. —No puedo evitar que se me forme un nudo en la garganta—. Si no hubiéramos acudido al médico, yo también estaría contagiado.

—¡Madre mía! Eso es... ¿Qué te dijo ella?

—Intentó echarme la culpa, me escupió que yo la había contagiado, que le había sido infiel, y me hice las pruebas. Obviamente, estaba limpio. La amaba demasiado como para ni tan siquiera imaginar estar con otra. Fui un estúpido.

—No fuiste estúpido, estabas enamorado.

—Todos me advirtieron, intentaron abrirme los ojos, pero yo no quería ver que ella nunca me quiso, que lo único que le importaba era nuestro dinero.

—Lo tuyo, al menos, fue por dinero, pero yo caí como una imbécil y hasta permití que me hiciera un hijo. Si tú fuiste estúpido, yo te superé por goleada. Que no me arrepiento, porque mi hijo es mi mundo, sin embargo, mi vida habría sido muy diferente.

—¿Estabas enamorada de él?

—Supongo que sí. Nunca había sentido nada igual por ningún otro hombre. Era guapo, divertido, inteligente y sabía qué decir en cada momento para tenerme comiendo de su mano... Hasta que un día, cuando Jesús tenía dos años, se fue sin decir nada. Aprovechó que habíamos ido unos días a Madrid, al bautizo de hijo de una amiga, e hizo las maletas. Cuando volví, no quedaba

nada de él en la casa, a excepción de una nota encima de la mesa, en la que me decía que se había enamorado de otra y que ya me llamaría para ver al niño.

—Al menos se preocupa por su hijo.

—Nunca llamó ni le pasó pensión ni nada.

—Pero... ¡será hijo de puta! —Sonríe.

—Qué simpática suena esa expresión con tu acento. —Le sonrío y me continúa contando—: Hace algo más de un año me llegó una carta de la Seguridad Social, solicitándome un número de cuenta de Jesús para ingresarle la pensión de orfandad. Había muerto en un accidente de tráfico.

—¡Vaya! ¿Y cómo lo llevó Jesús?

—Bien. No lo recuerda, era muy pequeño, y como nunca supimos más de él, fue como si nunca hubiera existido en su vida.

—Mejor así. —La beso porque sé que contarme todo esto le tiene que haber dolido—. Eres una mujer increíble.

—¿Has sabido algo de tu exmujer después del divorcio?

—Estuve pagándole el tratamiento durante cinco años, hasta que supe que se gastaba el dinero en drogas. Me enfrentó un día en el que la abstinencia la dominaba e intentó contagiarme, pero por suerte para mí, no tenía fuerzas ni para arañarme la piel. Desde entonces no he sabido nada de ella.

—¡Joder! ¡Qué joyita de mujer!

—No creo que le quede mucho tiempo de vida. Si no la mata el SIDA, la matará una sobredosis. Es triste pero real. Bueno, dejemos ya de hablar de estas cosas que todavía duelen. ¿Qué has hecho de comer?

—Alitas de pollo al ajillo.

—Eso suena delicioso. Y... ¿de postre? —Beso su cuello.

—Quédate hasta mañana y te daré todo el postre que quieras.

—¿Y el niño?

—Se queda en casa de mi primo hasta mañana, que cenamos en casa de mi tía Paquita.

—Pues despediremos el año a lo grande.

Capturo sus labios y jugamos con nuestras lenguas. Nos separamos sonriendo al escuchar el rugido de mis tripas. Bajamos al salón y me sorprende ver que la mesa ya está puesta. Ni tan siquiera me di cuenta de que se había levantado y ha preparado hasta la comida.

«Si pudiera volver a confiar en una mujer, creo que me enamoraría perdidamente de ella», pienso mientras la veo caminar hacia la cocina.

Cada vez que pienso que mañana Sebastián se irá, tengo sentimientos encontrados. Por un lado, me da pena porque lo hemos pasado muy bien; por otro, necesito que al fin pongamos tierra de por medio. Tengo que reconocer que me gusta demasiado y eso no es bueno para mi salud emocional.

Cualquiera en mi situación pensaría que está enamorado, pero no es así, simplemente lo pasamos muy bien en la cama, y una relación no se basa en eso, sería un grave error.

Entro en la tienda de lencería de Laura y Mónica, esta noche quiero que sea especial, será la última que pasemos juntos y no sé si algún día nos volveremos a encontrar. Él adora su tierra y dudo mucho que vuelva a dejarse caer por aquí, le molestó bastante tener que sustituir a Norbert durante este tiempo.

La tienda está vacía y cuando las chicas me ven entrar vienen raudas a saludarme y darme dos besos.

—¿Te gustaron los regalitos? —me pregunta Mónica.

—Fueron preciosos. Tanto el corsé como el conjunto que me regaló por reyes.

—Ese hombre tiene buen gusto, nena. Y se nota a leguas que está loquito por ti —me dice Laura.

—Bueno, lo hemos pasado bien juntos, pero mañana se vuelve a su casa.

—¿¡Cómo!?! —exclaman las dos a la vez.

—Sí, solo venía para estar un mes. Tenía que sustituir a su hermano que se

casó y se fue de viaje de novios.

—Pero te irás con él, ¿no? —insiste Laura.

—No, yo me quedo aquí. Nuestra relación se limita a los buenos ratos de cama, chicas. Él continuará con su vida y yo con la mía.

—Pues cualquiera lo diría porque, como bien ha dicho Laura, se ve mucha complicidad entre vosotros dos.

—Bueno, esta noche será la última, así que vamos a ver qué compro para que se vaya con muy buen sabor de boca.

Empiezan a sacarme modelitos de todo tipo, incluso mallas de rejilla de cuerpo entero, pero sé que a él le gusta otro tipo de cosas.

Entro en el probador con dos conjuntos, pero las chicas no paran de traerme uno tras otro y no sé ni el tiempo que llevo aquí. Hasta que finalmente aparecen con uno que me vuelve loca.

Me lo pruebo y me miro al espejo. Un corsé con ligero de color morado, con lunares de diferentes colores en tono beige, unos pequeños volantes en filos de arriba y abajo y unas preciosas florecillas en cada corchete que tiene el cierre. Me queda perfecto, ideal, y representa el espíritu flamenco de Andalucía.

Miro el precio y me echo las manos a la cabeza. No puedo permitírmelo, así que tendré que buscar otra cosa. Finalmente me decanto por uno color verde oliva que también es precioso.

Salgo del probador y me dirijo al mostrador con los tres últimos modelitos que me he probado. Las chicas me miran sonrientes, esperando cuál será el que finalmente me quede.

—Pues me quedo el verde. Este es precioso, pero no me lo puedo permitir, así que...

—¡Ah, no! Pero si no tienes que pagar nada. La última vez que Sebastián estuvo aquí, nos pidió que todo lo que compraras en la tienda lo cargáramos

en su tarjeta —me dice Mónica.

—¿Cómo? —No esperaba lo que me acaban de decir las chicas y no sé si alegrarme o sentirme ofendida.

—Sus palabras exactas fueron: Si Carmela aparece por aquí para comprar algo, lo cargáis a mi cuenta, que soy yo el que lo voy a disfrutar.

—¡Este hombre está loco!

—Loco por ti, nena —replica Laura mientras mete el conjunto en una bolsa y me lo entrega—. Disfruta de esta última noche juntos y ya nos contarás qué le pareció el modelito.

Salgo de la tienda con la bolsa en la mano y aún perpleja. Miro la bolsa que cuesta casi cuatrocientos euros y saco el teléfono para hacerle una foto y mandarle un mensaje a Sebastián.

Te acabo de fundir la tarjeta.

Lo guardo y me dirijo al coche. Miro la hora y casi me da un infarto al ver que faltan veinte minutos para las dos, así que vuelvo a sacar el teléfono y llamo a Loreta.

—Dime, mi niña.

—Loreta, se me ha hecho tarde, ¿puedes recoger a Jesús y llevártelo a casa? Si no puedes, aviso a Aitana.

—Tranquila, reina, que yo lo recojo. ¿Tenéis plan de comida?

—No, pensaba parar a comer algo.

—¡Ay, la comida basura! Le echo un poco más de arroz al puchero y coméis conmigo.

—Si es que eres para ponerte un monumento. Nos vemos en un rato.

Cuelgo y camino con un poco más de tranquilidad. Un mensaje entra y sé

que es de él. Lo estaba esperando.

Estoy seguro de que valdrá la pena. Esta noche no quiero que te vistas con nada más.

Y no lo pienso hacer, vamos a explotar hasta el último céntimo que ha costado el dichoso conjuntito.

Me subo al coche y conduzco hasta casa. Jesús y Loreta llegan al mismo tiempo que yo, por lo que dejo la bolsa en el maletero del coche para que nadie me pregunte qué he comprado.

Entramos en la casa y el olor de la comida inunda mi olfato y hace que salive. Loreta es una gran cocinera, de las antiguas, de las que hace las comidas a fuego lento, y siempre que nos invita a comer, lo disfrutamos como si fuera el mejor de los manjares.



Son las ocho y acabo de dejar a Jesús en casa de Jorge. Cada día que pasa, más afortunada me siento de la familia que tengo, y no tendré vida para agradecerle todo lo que hacen por mí.

Conduzco hasta casa y veo el Ford Mondeo de Sebastián aparcado a unos metros de mi puerta. Ha llegado antes de tiempo y me ha fastidiado la sorpresa de modelito que me compré esta mañana, así que va a tener que esperar en el salón a que esté lista.

Bajo del coche y me dirijo a la puerta. Abro y la dejo entreabierta para que pueda entrar sin llamar, como hago cada vez que veo que ha llegado antes que yo.

Subo rápidamente las escaleras y me encierro en mi habitación. Escucho cómo se cierra la puerta y le grito que espere abajo.

Estoy empezando a ponerme el corsé cuando lo siento subir acelerado. Así que me pongo el batín y abro la puerta.

—¿Qué pasa?

—Daniel te llama con insistencia.

—¿Qué querrá? Además, es una videollamada por WhatsApp.

Miro que no se vea nada que no deba porque no sé con quién estará y descuelgo.

—Hola, primor, ¿qué pasa? —Me preocupa ver que está llorando.

—Voy para el piso de Carlos. He hecho la maleta y me he ido de la casa de mis padres en la que estaba viviendo. Mi madre ha llegado como una energúmena diciendo que, si seguía con las tonterías de unir mi vida a otro hombre, los olvidara para siempre y me fuera de allí.

—¡Joder, con tu madre! Creí que ya estaba conforme.

—Lo estaba por mi padre, pero le ha pedido el divorcio, ya no la aguantaba más...

—Pero...

—Me ha gritado a la cara que Gabriel no es mi padre y que tú lo sabías. ¿Cómo has podido ocultármelo?

—Tranquilízate, por favor. Me enteré en la boda de Norbert y Manuela, pero no me competía a mí decirte algo así. Unos días después hablé con tu padre y me dijo que él te lo contaría pronto... Veo que tu madre se ha adelantado a sus planes.

—Mi vida se ha desmoronado en cinco putos minutos.

—Escúchame, vete a casa de Carlos, relájate y yo iré en cuanto me vista.

—¿Estás loca? No vayas a aparecer por allí. Sebastián se va mañana y tenéis que disfrutar de esta última noche juntos.

—Pero tú eres mi amigo...

—Y mañana lo seguiré siendo, y estaré más calmado. Yo también necesito estar solo con Carlos, que me abrace y me diga que todo va a salir bien. Mañana te tocará hacerlo a ti.

—Está bien. Avísame cuando llegues a su casa para que me quede tranquila, ¿vale?

—Vale.

—Y perdóname por no habértelo dicho.

—Estoy cabreado, pero sé que, si no lo hiciste, fue porque no debías hacerlo.

—Te quiero.

—Y yo a ti.

Suelto el teléfono sobre el escritorio y me llevo las manos a la cara sin poder parar de llorar. Siento los brazos de Sebastián rodeándome, dándome un consuelo que necesito. Me besa el pelo y me mece, como si estuviera consolando a un bebé.

—¿Quieres que vayamos?

—No, Daniel no quiere. Es nuestra última noche juntos.

—Carmela, me da igual si la pasamos en la cama, en casa de Carlos o donde sea, lo único importante es pasarla a tu lado.

Debería salir huyendo de este abrazo, olvidar esas últimas palabras que hacen que mi corazón amenace con salir por mi boca, pero no puedo.

Me abrazo a su cintura, levanto la cara y beso sus labios. Beso que no duda en responder con delicadeza, nada que ver con los apasionados que nos damos cada vez que nos vemos, y soy consciente que esa ternura que me demuestra se está clavando en mi corazón.

—Espérame abajo, tengo que vestirme con lo que le he desfalcado a tu

tarjeta.

—Mmm... Eso suena muy bien —susurra mientras me limpia las lágrimas
—. No tardes, la comida estará en unos minutos y esto pide liberación a gritos.
—Me aprieta contra él y siento su erección.

Me da un suave beso en los labios y sale de la habitación. Me quedo pensando en lo de la comida, imagino que habrá encargado algo de comer mientras estaba abajo.

Abrocho los corchetes del corsé y agradezco que estén en la parte delantera. Me recojo el pelo en el lado izquierdo, haciendo que toda mi melena recaiga por mi hombro derecho y me coloco una flor de flamenca en los mismos colores que luce la ropa interior.

Me miro en el espejo, observo que todo esté como debe, salgo del baño, abro la puerta de la habitación y noto un olor que no conozco, pero que sé que es comida. Estaba tan centrada en terminar de vestirme que no he escuchado el timbre.

Bajo las escaleras y nada me tiene preparada para lo que encuentro.

—¡Joder! —exclamo, haciendo que se gire y me mire mientras bajo.

—¡Joder digo yo!

Termino de preparar el sushi y lo llevo al salón. «¡Quién me iba a decir a mí que le iba a preparar una cena “romántica” a una mujer de la que no estoy enamorado!», pienso a la vez que voy encendiendo las cincuenta velas que he puesto decorando el salón.

Escucho cómo se abre la puerta cuando estoy terminando de prender las de la mesa y un «¡Joder!» me sobresalta, haciendo que me gire para mirar las escaleras, pero nada me tiene preparado para lo que encuentran mis ojos. Mi corazón se acelera al ver a la andaluza de bandera que tengo delante de mí. Ese cuerpo es un pecado y arderé en el infierno por ello, aunque bien feliz que lo haré.

—¡Joder digo yo!

—No esperaba que hubieras decorado así el salón.

—He decorado el salón y he cocinado para ti. —Se abraza a mi cuello y abre mucho los ojos y la boca en señal de sorpresa—. Me he pasado un buen rato en las cocinas del hotel, porque no conozco a nadie que prepare mejor sushi que el mío.

—¡Guau! Eres una caja de sorpresas...

—Y tengo más cualidades por ahí guardadas, pero no te las voy a contar porque terminarás enamorándote de mí —le digo, haciéndome el interesante.

—¡Serás egocéntrico! —Me golpea el pecho con suavidad y tira de mi corbata para besarme.

—Si no paras, tendré que follarte antes de cenar.

—Pero ya, que quiero que cojas fuerzas. Esta noche no la vas a olvidar nunca. —Me guiña un ojo, se separa de mí y se sienta a la mesa.

—Ni esta ni ninguna de las que hemos pasado juntos.

Me muerdo la lengua porque sé que no debería haber dicho eso. Le han incomodado mis palabras y lo entiendo, ha sonado a que la voy a echar de menos como lo hacen dos enamorados.

—¿Cuál es tu itinerario de mañana? —pregunta mientras sirvo el vino.

—Con salir de aquí a las once y media, voy con tiempo suficiente para coger el AVE en Sevilla a las dos menos veinte.

—Pero tendrás que pasar antes por el hotel, ¿no? —Niego con la cabeza en respuesta—. ¿No?

—Pienso disfrutar de ti hasta el último minuto que me quede en este pueblo. Tengo las maletas en el coche.

Sonríe, coge los palillos y se lleva una porción a la boca. La degusta, la saborea y un gemido sale de su boca, haciendo que mi verga se ponga más dura de lo que ya estaba.

Continuamos la cena, disfrutando de la comida y del vino, charlando de todo y de nada, jugando a seducirnos el uno al otro, riendo con cosas absurdas, con chistes y chascarrillos —palabra que me hizo mucha gracia la primera vez que la escuché y que no uso porque mi acento hace que suene muy ridícula— por parte de ella.

Cuando terminamos con todo lo que hay en la mesa, retiro los platos y voy a la cocina para preparar el postre. Coulant de tres chocolates con helado de vainilla. Subidón de azúcar para que no nos falten las energías.

Vuelvo al salón con las dos porciones en las manos, dejo la suya delante de ella y me siento. Mira el postre y me mira un par de veces seguidas.

—¿Esto también lo has hecho tú?

—Lo cierto es que me he pasado toda la tarde en la cocina. Espero que esté bueno.

—Me estoy quedando de piedra contigo.

—Quería que esta noche fuera inolvidable.

—Y lo está siendo. —Se lleva una cucharada a la boca y vuelve a gemir como con el sushi.

—Si vuelves a hacer eso, no te voy a dejar terminar el postre.

—Aguanta las ganas, campeón, que te queda mucha noche por delante.

Dejo el postre a medias, me separo de la mesa, me agacho y me cuelo debajo. Llego hasta ella, le abro las piernas y soplo sobre el tanga. Saco la navaja del bolsillo, le rasgo los laterales, haciendo que caiga, y beso su sexo.

—Sigue comiendo, que yo me voy a deleitar con mi postre favorito.



Son las doce y ya voy por Jerez camino de Sevilla. Las imágenes de esta noche me acompañan durante el camino, porque ha sido mágica.

En todo este mes, Carmela ha sido una mujer divertida, loca, pasional y caliente como nunca había conocido a otra, pero ha sacado un lado cariñoso y tierno que ha hecho que me quede prendado de ella.

Sus caricias, sus besos, su forma de despedirse... Cualquier hombre se habría enamorado de ella sin remedio después del mes que hemos vivido, pero yo no, y eso es algo que lamento.

Esta noche hemos reído, hablado, gozado y unido nuestras lágrimas en un adiós que no olvidaré nunca, porque ha sido el más triste y bonito que he vivido nunca.

Cuando llegue a Madrid tengo que llamarla, la situación de Daniel me ha

dejado preocupado, pero no creo que sea correcto que lo llame directamente a él. No tenemos una relación de amistad suficiente para meterme en sus asuntos, aunque me preocupen. Todos los trabajadores de ese dichoso hotel se han colado en mi vida avasallando y ahora entiendo por qué mi hermano no lo cambiaría por nada en el mundo.

El sonido de una llamada entrante retumba en todo el coche y sonrío al ver en la pantalla del navegador que es mi madre. Dudo en descolgar o no, ya que ya estoy llegando a la estación de Santa Justa, pero si no lo hago, seguirá insistiendo.

—Buenos días, hijo.

—Buenos días, mamá. ¿Cómo estáis?

—Muy bien, ¿y tú?

—Bien, llegando a Santa Justa para coger el AVE.

—¿Cuándo vuelves por España?

—Cuando a mi hermano le dé por casarse otra vez o algo así.

—Entonces, ¿qué pasa con Carmela? ¿Se va contigo para Alemania?

—Mamá, mira que eres pesadita. Que entre Carmela y yo no hay nada, que solo lo hemos pasado bien durante el tiempo que he estado aquí. No hay más.

—¡No digas eso, Sebita! Si se ve a leguas que estáis hechos el uno para el otro, hijo.

—Sabes que odio que me llames así.

—Voy ahora mismo a ponerle una vela a Jesús Nazareno, a ver si obra el milagro de abrirte los ojos. ¿Cómo se ha quedado ella?

—Bien, ¿cómo se iba a quedar? Ella tenía las cosas tan claras como yo. Mi hermana y tú, que sois unas alcahuetas, sois las únicas que han visto cuentos princesas en todo esto. Bueno, mamá, cuelgo ya que estoy aparcando.

Hablamos cuando llegue a Madrid.

—Está bien, yo me voy a poner la vela.

—¡¡¡Adiós!!!

Lo de mi madre supera todos los límites de mi paciencia. La quiero con locura, la adoro, sin embargo, hay veces que me dan ganas de darle un par de gritos cuando se pone pesada con ciertos temas.

Sé que quiere que sea feliz, que encuentre una mujer que me acompañe hasta el fin de mis días, pero eso no es lo que yo busco ni quiero en mi vida. Me niego a que vuelvan a darme una patada como la que me dieron una vez.

Aparco el coche, bajo las maletas y me dirijo a la oficina en la que tengo que entregar las llaves. El chico de recepción las recibe y teclea en el ordenador.

—¿Me permite su tarjeta de crédito y su identificación?

—Claro.

Saco la cartera y de ella la tarjeta, y no puedo evitar pensar en Carmela. En esta tarjeta fue en la que se cargó el importe de la tienda de lencería. Las imágenes de ella bajando las escaleras hacen que se me acelere el corazón.

—Todo listo. Solo necesito que me firme aquí.

Firmo donde el chico me ha indicado y, con la copia en la mano, me dirijo al andén del que sale mi tren. Entre la charla con mi madre y la entrega del coche, voy con el tiempo casi justo.

Una amable auxiliar, tras dejar la maleta en el compartimento destinado para ello, mira mi billete y me indica el sitio donde voy a viajar.

Llego a él, me siento y pienso en volver a levantarme para guardar el papel de la empresa de alquiler, pero por no molestar a los pasajeros que están entrando, decido doblarlo y guardarlo en el bolsillo del pantalón. Así que me pongo en pie y, al introducir la mano, toco la navaja y un escalofrío

recorre mi cuerpo al recordar el uso que le hemos dado durante este mes.

«¡Maldición! No he salido de Andalucía y ya la estoy echando de menos», pienso mientras me vuelvo a sentar.

Dejo caer la cabeza en el asiento y creo que no voy a tardar mucho en quedarme dormido, ya que la noche ha sido larga y agotadora, aunque si no consigo borrar esa melena pelirroja, esos ojos claros y esas pecas que adornan todo su cuerpo, dudo mucho que lo consiga.

Por un momento, las palabras de mi madre retumban en mi cabeza: «Estáis hechos el uno para el otro», pero rápidamente las borro de mi mente.

«No, otra vez no me puede estar pasando esto», y me juro a mí mismo que no volveré a pisar Zahara de los Atunes en mi vida.

Eran las once y cuarto cuando Sebastián salió de mi casa rumbo a Sevilla. Ha pasado una hora que me han parecido siglos, una hora en la que no he podido sacar de mi cabeza sus lágrimas al decirnos adiós, y las mías tampoco.

Me levanto del sofá y comienzo a recoger las velas de la noche anterior, y con cada una de ellas, un recuerdo del último mes golpea mi mente, y lloro. Sin entender por qué, lloro.

Al llegar a la mesa del comedor, veo un pequeño sobre con mi nombre e imagino que lo ha dejado él. Lo abro y leo su nota.

Eres lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo.

Espero que la vida te trate bien y te regale todo lo que quieres de ella.

Gracias,

Sebastián

Acaricio el papel, lo empapo con mis lágrimas y lo beso. Es un buen hombre y yo también espero que él sea feliz.

Con ella en la mano, termino de recoger las velas y subo a mi dormitorio. Abro el cajón donde guardo la ropa interior y la guardo junto con los conjuntos que él me regaló. No creo que vuelva a usarlos con ningún otro hombre.

Cojo el móvil para escribirle a Carlos, necesito saber si están en casa para no dar un viaje en vano y la mezcla de olores a sexo y Sebastián se me cuela por la nariz.

Mando el mensaje, me levanto, quito las sábanas con una rabia que no entiendo y bajo rápidamente para meterlas en la lavadora y poner un programa largo.

«Si llega a quedarse más tiempo, estaría perdida de nuevo», pienso mientras me quedo hipnotizada por las vueltas que las sábanas están dando. Mi teléfono vibra en mi bolsillo y me saca de mi letargo.

Sí, estamos en casa.

Sin pensarlo más, cojo el bolso del salón, las llaves del recibidor y salgo corriendo, como si sintiera que me ahogo dentro de casa. Me subo al coche y conduzco, intentando mantener a raya esta especie de dolor que se me anuda en la garganta.

Aparco a una calle del edificio donde Carlos tiene su piso, camino con pasos pesados y casi temo el recibimiento de Daniel, pero no podía hacer nada, no me correspondía a mí decírselo.

«Que sea lo que tenga que ser», me digo a mí misma mientras subo en el ascensor.

Llamo al timbre y, tras unos segundos, la puerta se abre. Carlos me recibe con una sonrisa triste y veo a Daniel levantarse del sofá, con el dolor y la tristeza inundando sus ojos.

—Hola.

—Pasa, Carmela —me invita Carlos.

—¿Por qué no me lo dijiste? Eres mi amiga, ¡joder!

—Ya te lo dije, Daniel. No me...

—Me da igual, debiste decírmelo, eras casi como mi hermana, ¿quién mejor que tú para...?

—Yo. —Una voz que conozco detrás de mí contesta a la pregunta que me estaba haciendo—. Fui yo el que debió decírtelo el mismo día que lo supo,

hace ya bastante tiempo, pero la sangre que corre por tus venas no significa nada para mí, eres mi hijo y eso no habrá prueba de ADN que me lo arrebatte.

—Creo que Carmela y yo deberíamos ir a tomarnos un café al bar de la esquina. —Miro a Carlos y en silencio se lo agradezco.

Salimos del edificio y las palabras de Daniel no dejan de retumbar en mi cabeza: «eras como mi hermana». Eras, en tiempo pasado, esto más de lo que puedo soportar en un día como hoy.

Nos sentamos en el bar y empiezo a notar que me falta el aire, estoy hiperventilando y Carlos me pide que respire profunda y lentamente, pero no soy capaz de acatar sus órdenes. Por momento que pasa, más mareada me siento, ya casi no escucho su voz, hasta que noto que me pone una bolsa de papel en la boca y me obliga a respirar dentro de ella.

—Carmela, tranquila, por favor. Lo que menos necesitamos es tener que llevarte a urgencias. Daniel está bien y verás...

—La he cagado, Carlos, la he cagado...

—No digas eso...

—Habla de nosotros en pasado... —digo, respirando dentro de la bolsa.

—Se le habrá escapado, él sabe que tú no eras quién para decir nada, lo hemos hablado esta noche, pero está demasiado confundido con todo lo que está pasando. Seguro que, cuando volvamos, después de que haya hablado con Gabriel, todo estará bien.

—Creo que mejor me vuelvo a mi casa, no me apetece volver y... ¡Joder! ¡Quiero que acabe el puto día de hoy y solo ha comenzado!

Me levanto a toda prisa, dejando a Carlos con las dos tilas que ha pedido en la mesa, y corro hasta mi coche para que no pueda detenerme. Me subo llorando y conduzco hasta casa. Solo son diez minutos, pero a mí me parecen una eternidad.

No sé el tiempo que paso llorando en el sofá, en mi mente se repiten una y

otra vez todos los buenos y malos momentos que Daniel ha pasado a mi lado, y me duele saber que no va a volver a ser así.

Voy al baño y encuentro ante mis ojos el porqué de mi día de lágrimas, de verlo todo negro, de sentir que este día se acaba mi mundo. Me ha bajado la regla después de cinco meses sin verla. Es muy poquita cosa, porque desde que me pusieron las barritas en el brazo, casi no la veo, pero mis hormonas están revolucionadas.

Vuelvo al salón y suena mi teléfono. Miro la pantalla y estoy tentada de no descolgar, mas lo hago.

—Hola. ¿Ya estás en Madrid?

—Hola. Sí, hace diez minutos que me he bajado del tren. ¿Sabes algo de Daniel? —Me vengo abajo y arranco a llorar de nuevo—. Carmela, ¿qué pasa? ¿Estás bien?

—No, no estoy bien. Daniel me odia, tú te has ido y a mí me ha bajado la regla que no veo desde hace cinco meses. ¡Estoy como una puta mierda!

—Tranquilízate, por favor. Daniel estará enfadado por todo lo que ha pasado, pero no creo que te odie. La regla se irá en unos días. Y yo... Los dos sabíamos que iba a pasar.

—Sí, sé que los dos sabíamos que iba a pasar, pero hemos compartido un mes maravilloso, yo creo que es normal que me dé un poco de pena que te hayas ido, ¿no?

—Te entiendo más de lo que crees.

El timbre suena cortando nuestra conversación. Me acerco al telefonillo y la voz de Daniel suena tras ella.

—Tengo que dejarte, Daniel está aquí.

—Cuando llegue a Alemania, te hago una videollamada por WhatsApp, ¿vale?

—Hasta luego.

Cuelgo el teléfono y abro la puerta de casa. Daniel llega y lo invito a pasar. Me giro para seguirlo hasta el salón, pero está parado delante de mí y yo no me atrevo a mirarlo a los ojos.

Se acerca a mí, me abraza y estamos así durante un par de minutos. Los dos lloramos y dejamos salir con nuestras lágrimas todo el dolor que invade nuestro corazón. Nos separamos y de la mano nos sentamos en el sofá.

—Perdóname, no debí hablarte como lo hice, pero está siendo todo tan rato que...

—Siento no habértelo contado.

—Ya me ha explicado mi padre cómo pasaron las cosas. Que habló contigo y te pidió que fuera él quien me lo contara porque tú estabas dispuesta a hacerlo... Y lo que le has dicho a Carlos... Usé mal el tiempo verbal, ya sabes que yo soy más de números que de letras. —Sus palabras me hacen sonreír porque sé que es verdad, muchas fueron las veces que nos tuvimos que quedar estudiando Lengua hasta altas horas de la noche porque no había forma de que entendiera las cosas—. Eres mi hermana, Carmela, siempre lo has sido y siempre lo serás. Es más, como de mi madre ya he decidido que no quiero volver a saber nada en la vida, y tras hablarlo con Carlos, quiero que seas la madrina de nuestra boda.

Me llevo las manos a la boca, vuelvo a llorar una vez más y me abrazo a mi amigo. No sé si será por la emoción del momento, y todo lo que ha pasado en la mañana de hoy, pero me siento mareada y noto una fuerte presión en el vientre.

—Daniel, me encuentro mal.

—Estoy mareada y ¡augh! Dueleee.

—Túmbate y levanta las... ¡Carmela! ¡Tienes una hemorragia!

Veo cómo rápidamente saca el teléfono del bolsillo, busca algo y se lo

lleva a la oreja:

—Carlos, te abro. Entra rápido.

Carlos entra en casa como alma que lleva el diablo y se lleva las manos a la cabeza al verme. Me toma las constantes y lo veo todo borroso.



Los ojos me pesan y me cuesta muchísimo trabajo abrirlos. Escucho gente cuchicheando a mi alrededor, pero no consigo saber quiénes son. Tengo un gotero puesto y no sé por qué.

—¿Qué ha pasado? —pregunto a la vez que consigo abrir los ojos.

—Tranquila, estás bien.

—¿Dónde estoy?

—Te hemos traído al hospital de Cádiz. ¿No recuerdas nada?

—Solo que estaba todo borroso.

—Carmela —Carlos se acerca y me toma la mano—, has tenido un aborto. Estabas embarazada de una falta.

—¿Un aborto? Eso es imposible. Tengo implantadas las barritas en el brazo.

—Lo sé, he visto tu historial, pero sabes que los métodos anticonceptivos no son fiables cuando ha pasado su tiempo de eficacia. Hace seis meses que tenías que haberte cambiado las barritas.

—¡Joder!

Tiene razón. Lo sé, me lo advirtieron cuando me los pusieron y puse una cita en mi móvil en su momento, pero al ser una cita a cuatro años, me olvidé de ella y no la anoté cuando cambié el móvil.

Lloro ante la atenta mirada de mis amigos. Estaba embarazada de Sebastián y haber perdido a la criatura que estaba creciendo dentro de mí me alivia y apena a partes iguales.

—¿Debo decírselo o no?

—Eso lo tienes que decidir tú —me dice Daniel tomándome la mano.

Una videollamada entra en mi teléfono y la rechazo. No puedo hablar con él en este momento. No sé si quiero volver a saber de él.

Miro el teléfono y no sé si volver a llamarla. Sabía que la iba a llamar cuando llegara a Alemania, pero si no lo ha cogido, probablemente, es porque estará con Jesús o alguien que no sepa lo que ha habido entre nosotros.

Sí, seguro que es eso, aunque no sé por qué siento que algo no va bien. A riesgo de que me tachen de loco, voy a llamar a Daniel, y como se le haya ocurrido hacerle daño a Carmela..., pero lo haré cuando llegue a casa que, por esta zona, se suele perder la cobertura, y al taxista no le importa lo que hable con él.

Miro el correo electrónico, pero no hay nada importante. Una llamada de mi madre entra, aunque tampoco le respondo, tendría el mismo problema que con Daniel.

Llegamos al edificio donde vivo, le pago al taxista y subo a mi piso. Entro y siento cómo el mundo se me echa encima. Está frío, oscuro, sin vida, y recuerdo el salón de Carmela, los juguetes de Jesús en cada esquina, los cuadernos en la mesa, los mandos de la televisión por el sofá... Estar allí era como estar en casa de mis padres, era volver a mi niñez, cuando vivíamos en una pequeña casita a las afueras de Köln.

Dejo la maleta a un lado y subo las persianas, sin embargo, aquí el sol no nos visita muy a menudo y ya es casi de noche. Jamás pensé que diría esto, pero echo de menos el sol de ese maldito pueblo.

Me siento en el sofá y decido probar suerte de nuevo con Carmela, aunque al segundo me arrepiento y llamo a Daniel.

—¿Sebastián?

—Hola, Daniel. ¿Estás en un hospital?

—Esto... Sí.

—¿Te ha pasado algo?

—No, bueno...

La imagen comienza a perderse y solo veo que el teléfono pasa de mano en mano. No sé si se le está cayendo o alguien se lo está quitando, pero espero que termine pronto porque me está mareando tanta imagen dando vueltas.

—Hola, Sebastián.

—Hola, Carlos.

—¿Qué ha pasado?

—Una amiga ha tenido un ataque de ansiedad.

—¿Una amiga? ¿Qué le ha pasado a Carmela?

—¿Carmela? No he dicho que sea ella.

—Carlos, no me mientas. ¿Qué le ha pasado a Carmela?

—Tranquilo. Carmela está bien y en un rato nos la llevamos a casa. Todo el lío de lo que le ha pasado a Daniel le ha afectado mucho y empezó a hiperventilar, perdió el conocimiento, se nos desmayó en el salón de casa, no dio un susto de mil demonios... Vamos, un numerito. Pero te repito que está bien. Solo que ahora no le apetece hablar con nadie, ya sabes cómo somos las féminas.

—No me voy a quedar tranquilo hasta que hable con ella. Además, a estas horas debería estar recogiendo a Jesús, quedó con su primo en que...

—Eso ya está solucionado, Jesús está con tu hermano. Esta noche se va a quedar con él y Daniel con Carmela. Imagino que, cuando llegemos, te llamará. Dale tiempo, el día ha sido duro para ella.

—Está bien, pero, por favor, decíle que la he llamado. ¿Me puedes pasar con Daniel?

—Sí, claro —me dice mientras le pasa el teléfono, esta vez, sin tanto jaleo.

—Dime, Sebastián.

—¿Cómo estás?

—Todavía con un lío mental horrible.

—¿Qué tal te fue con tu padre? Carmela me comentó que te habías quedado hablando con él.

—Todo bien. No va a dejar de ser mi padre porque no llevemos la misma sangre. Él me crio, estuvo para todo, incluso cuando mi homosexualidad se destapó. Intentó por todos los medios que mi madre lo aceptara, que me aceptara de una vez por todas quién soy... Al parecer, no lo ha conseguido y ya ha estallado después de muchos años aguantando un matrimonio que hacía que estuviera amargado. Estoy seguro de ahora será muy feliz.

—¿Has sabido algo más de tu madre?

—Nada, absolutamente nada, ni quiero saber. Es mi madre, sé que debería perdonarla y adorarla, pero me ha hecho la vida imposible. Ahora solo quiero vivir tranquilo, siendo quien soy, sin tener que ocultarme, con el hombre que amo.

—Pues tienes razón. Estoy seguro de que vas a ser muy feliz.

—Gracias.

—Bueno, te dejo. Voy a deshacer la maleta. Sé que Carmela no se siente con ganas de hablar con nadie, pero ¿me podrías avisar de cómo habéis llegado a casa y de cómo se va encontrando?

—Claro que sí. Te mantendré informado.

Cuelgo el teléfono, tiro el teléfono en el salón y, por un impulso que no puedo controlar, enciendo el portátil y comienzo a buscar vuelos. Necesito verla, saber que está bien...

«¡Qué cojones estoy haciendo!», pienso cuando estoy a punto de clicar en el botón de pago. Cierro el portátil, me levanto y comienzo a dar vueltas por el salón.

Me vuelvo a sentar y miro el portátil, después el móvil, hasta me muerdo las uñas. No entiendo por qué me preocupo tanto, solo ha sido un ataque de ansiedad, aunque dentro de mí algo me grita que no es solo eso. Ya sé, llamaré a Norbert, él no está al tanto de lo que ha pasado entre Carmela y yo y no será tan reacio a hablar.

—¡Hola, Espagueti! ¿Ya echas de menos España?

—Sí, claro, muchísimo, no ves cómo lloro.

—Por lo que veo, ya estás en tu casa.

—Sí, llegué hace media hora. —Escucho a Jesús hablando con Manuela a lo lejos y tengo la excusa perfecta para preguntar—: ¿Has adoptado a un niño? Escucho su voz de fondo.

—No, ¡cómo se te ocurre! Ya me encargaré de hacerle alguno más a mi mujercita, pero por ahora vamos a esperar un poco. Es el hijo de Carmela, la gobernanta del hotel, que está en el hospital. El lunes vuelvo al hotel y tengo una baja importante.

—¿Sí? ¿Qué le ha pasado?

—Una movida increíble.

—Me estás asustando.

—Ella está bien, pero... —Si Norbert no habla ya, soy capaz de volver a España solo para matarlo—. Ella no lo sabía, pero, al parecer, estaba embarazada de una falta. Por lo visto tuvo un lío con alguien y...

—¿Cómo? —Siento que el mundo se abre a mis pies.

—Pues sí. Por lo que Carlos le ha contado a Manuela, ella tenía unas barritas implantadas en el brazo, que son anticonceptivas y muy fiables, pero cambió de teléfono hace cosa de un año y olvidó pasar esa cita a la agenda, así que hace seis meses que debió cambiárselas.

—¡Hostias! —Siento cómo se me descompone el semblante.

—Ni que fuera tuyo.

—No, ¿cómo crees? Simplemente, me has dejado alucinado. Bueno, te tengo que dejar, que voy a deshacer la maleta.

Cuelgo sin esperar la despedida de mi hermano y me dejo caer en el sofá intentando serenarme. Carmela estaba embarazada de una falta, estaba embarazada de mí, si no lo hubiera perdido...

No sé si estoy más aterrado ante la idea de que podría haber sido padre o más triste porque no lo voy a ser.

Por eso no me quiso coger el teléfono, por eso estaban tan raros Daniel y Carlos, por eso han tenido que ir al hospital por un simple ataque de ansiedad que bien podría haber solucionado Carlos.

Ahora sí tengo que coger ese vuelo de vuelta a España, tengo que estar junto a ella. Sé que ninguno de los dos sabía nada sobre ese embarazo, aunque estoy seguro de que tiene que estar pasándolo mal.

Vuelvo a abrir el portátil y, justo cuando voy a comprar los billetes, una videollamada de ella entra en mi teléfono.

—Hola, ¿cómo estás?

—Hola. Acabo de llegar a casa. ¡Qué ganas tengo de que acabe el día de hoy! —Me siento tentado a decirle que sé lo que ha pasado, pero prefiero que sea ella quien me lo diga, si es que me lo quiere decir.

—Ya queda poco. Además, te habrán puesto algo fuerte para que los

nervios te dejen descansar.

—Sebastián, tengo que pedirte perdón.

—¿Perdón? ¿Por qué?

—Porque he sido una estúpida irresponsable.

—¿Qué pasa, Carmela?

—Pues que hace seis meses que debí cambiarme las barritas que tengo implantadas en el brazo.

—Tampoco tienes que martirizarte por eso.

—No he tenido un ataque de ansiedad, he tenido un aborto. Estaba embarazada de ti. Lo siento, de verdad. Entiendo que no quieras volver a saber más nada de mí, sé que pude meterte en un lío bastante gordo... ¡Dios! ¿Cómo se me pudo pasar?

—Tranquila, Carmela. No quiero que te pongas peor de lo que estás, para de llorar.

—Pero he estado a punto de joderte la vida.

—Escúchame, tener un hijo nunca sería joderme la vida. No quiero que estés mal por mí, no te voy a echar nada en cara, todos somos humanos y tenemos derecho a equivocarnos.

—¿No estás enfadado conmigo?

—Si fueras una mala mujer, te odiaría. Pero eres una persona increíble, y, si ese embarazo hubiera seguido adelante, no conozco madre mejor que tú para criar a un hijo mío. Carmela, de corazón te lo digo, no te martirices por lo que ha pasado.

—No me digas esas cosas que lloro más.

—No llores. Eso sí, si tantas ganas tenías de tener un hijo mío, ya me lo

podrías haber dicho antes, hubiera puesto más empeño —le digo en tono de broma para quitarle hierro al asunto.

—¡Serás creído!

—Si quieres, me vuelvo y te hago otro. Práctica hemos cogido este mes, ¿no crees?

—¡Eres tremendo! Gracias por ser así, por sacarme una sonrisa, por entenderme. Tenía miedo de contarlo, dudé en si debía hacerlo o no, pero sé que he tomado la decisión correcta.

—Diablilla, que no esté enamorado de ti, no significa que no me importes. En mí siempre tendrás a un amigo.

—Y tú en mí, Capullo.

—Se me quedó el nombrecito, ¿no?

—Hasta el día que te mueras. Bueno, te voy a dejar ya porque estoy agotada. Solo quiero cenar algo y acostarme.

—Yo todavía no he deshecho la maleta. Descansa, preciosa, mañana hablamos.

Carmela corta la llamada y yo me quedo mirando el teléfono. Mi cuerpo está aquí, pero mi mente está muy lejos, perdida en no sé dónde. Después de hablar con ella, de haber escuchado sus miedos, de haber sentido su culpabilidad, de ser consciente de la gran mujer que es, no me cabe la menor duda de que, si el embarazo hubiera salido adelante, habría sido la mejor madre que podría haber tenido un hijo mío.

Me voy a la cocina, saco hielo del congelador y me sirvo un trago largo de Jack Daniels. Hoy voy a necesitar mucho del amigo Jack para poder dormir esta noche, sin pensar en todo lo que he vivido en poco más de un mes, en cómo ha afectado a mi vida para siempre.

Han pasado dos meses desde que Sebastián se fue y tuve el aborto. Aunque en un primer momento pensé en no decirle nada, ya que tampoco es que lo hubiéramos buscado, ni que tuviéramos constancia de ello, finalmente, me decidí a hacerlo. Él era parte de lo que estaba pasando y tenía derecho a saberlo.

Hoy es viernes y voy camino del sitio donde solemos cenar antes de salir de fiesta. Después de mucho tiempo, toca disfrutar de la compañía de mis amigos, toca bailar, beber y pasarlo en grande.

Entro en el local y agradezco no ser la última, porque el último que llega siempre paga. El camarero, que conozco desde que empezó a trabajar aquí, me lanza miraditas lujuriosas, para no variar. Miraditas de las que paso porque no es para nada mi tipo.

Me siento junto a Daniel, que por fin ha recuperado la sonrisa. No ha vuelto a saber nada de su madre, su padre, sin embargo, ahora mismo está sentado delante de mí, disfrutando con la que ahora es su nueva familia. Sí, ha empezado a trabajar como personal de mantenimiento en el hotel, después de que su esposa consiguiera que lo echaran de su trabajo.

La cena da comienzo porque ya estamos todos, aunque veo que a mi lado queda un sitio libre e imagino que alguien habrá fallado de última hora, pero no. Por la puerta acaba de entrar la persona que falta y no me puedo creer que se vaya a sentar a mi lado, hace algo más de dos meses que no lo veo y esa noche estuvo más veces dentro de mi cuerpo que fuera.

—¡Al fin llegas! —dice Norbert muy entusiasmado.

—Lo siento, me surgió un imprevisto en el hotel.

—Hola, Carmela. Imagino que este es mi sitio.

—Hola, Roberto. Imaginas bien.

Se sienta a mi lado y le sirvo una copa de vino tinto. Me mira, nos sonreímos y sé que los dos nos sentimos igual de incómodos ante la situación.

Comenzamos a cenar sin hablar entre nosotros, pero sí con los demás, hasta que parece que el vino empieza a hacer efecto y nos relajamos.

El camarero me sigue mirando cada vez que pasa, y me hace gracia que Roberto se pegue a mí más de la cuenta cuando sucede, provocando que le dé un codazo por andar haciendo el tonto.

Salimos del local y nos repartimos en los coches. El mío está en el taller porque tenían que hacerle revisión y hasta mañana no lo recojo, y dos compañeros más también vienen andando porque viven cerca del sitio al que vamos ahora, y en el cual es bastante complicado aparcar.

Me subo al coche de Daniel y Carlos y sus risitas me indican que se han dado cuenta de que entre Roberto y yo hay una complicidad muy diferente a la que había antes de que estuviéramos juntos.

—¿Qué te traes con Roberto? —me espeta Carlos sin filtros.

—¿Con Roberto? Nada.

—¿Nada? Pero si parece que os conocéis «demasiado» bien.

—Era su canguro, normal que lo conozca bastante bien.

—No me refiero a esa forma de conocerse...

—Carlos, déjala ya, mira que eres alcahuete.

La conversación se corta y agradezco que mi amigo haya intervenido. Que no es malo que me haya tirado a Roberto, eso sería algo natural dentro de lo que cabe, lo que no sé es cómo verían que fuéramos tres en la cama.

Llegamos al local y subimos directos a la zona vip, que es donde siempre estamos por ser trabajadores del hotel, así nos compensar por dar buena publicidad a los clientes. Enseñamos la tarjetita que nos hicieron y somos los reyes de la sala.

Bailamos, bebemos, reímos, volvemos a bailar, volvemos a beber, volvemos a reír... Así llevamos tres horas y mi vejiga amenaza con reventar de un momento a otro.

Me dirijo al baño y doy gracias a todos los ángeles del cielo porque solo hay una chica delante de mí, por lo que tendré que esperar poco tiempo. Entramos las dos casi a la vez y casi tengo un orgasmo cuando me deshago de tanto líquido. Con el asco que me dan los aseos de estos sitios, un día reviento.

Salgo al pasillo y el recuerdo del primer beso que me dio Sebastián en este mismo sitio me golpea. Me toco la mano derecha y acaricio la palma. Creo que todavía soy capaz de sentir el picor tras la cachetada que le di.

«¡Cómo cambiaron las cosas después de eso!», pienso mientras vuelvo sonriente con mis compañeros.

Empieza a sonar *Súbeme la radio* de Enrique Iglesias, una canción que nos encanta bailar a todas las mujeres que vamos en el grupo y gritamos como locas.

Bailamos como locas, se nos unen los chicos, Daniel y yo *perreamos* y, sin saber muy bien cómo, ahora es Roberto quien me tiene completamente pegada a él, con su pierna entre las mías, y estoy segura de que eso que noto no es el móvil.

Me dejo llevar, su barba me hace cosquillas en el cuello y ronroneo al sentir sus labios subiendo y bajando por él. La canción termina y nos separamos con una sonrisa en la cara. Los dos sabemos lo que provocamos el uno en el otro, y no estoy segura de querer que suceda lo que realmente deseamos.

No nos volvemos a unir en ninguna canción, ni tan siquiera para ir a pedir

a la barra, solo disfrutamos de la noche en la mejor de las compañías.

El tiempo pasa sin darme cuenta, hasta que miro el teléfono y veo que son las cuatro de la mañana. Ya es hora de volver a casa, que mañana no voy a ser persona y me queda un largo fin de semana de cumpleaños con Jesús.

Me acerco a Daniel para despedirme y tiene una borrachera que no se tiene casi en pie. Carlos casi está igual. Norbert y Manuela ya se fueron. Rubén está bien entretenido con una chica que no sé quién es. Creo que Roberto es el único que está sobrio porque tiene que volver a Chiclana, aunque también ha bebido.

—Chicos, me voy.

—¿Te llevamos? —me pregunta Daniel.

—A ti debería quitarte las llaves del coche. Me voy en un taxi.

—Está bien, mañana hablamos.

Los dejo bailando y me voy hacia la puerta. En este pueblo no suele haber muchos taxis, pero los fines de semana, en esta zona, siempre suele haber alguno.

Salgo y miro de un lado a otro. No veo ninguno y siento una mano en mi cintura. Me sobresalto, me giro y sonrío.

—Te llevo a casa. No sé cuánto tardará en volver el único taxi que debe andar circulando.

—No quiero molestarte, tienes que ir hasta Chiclana.

—Sabes que tu casa me coge de camino.

—Tienes razón.

Me da su brazo para que me agarre con una sonrisa payasa que me hipnotiza. Me abre la puerta del coche como si fuera un caballero de los antiguos y subo ante su atenta mirada.

En silencio, solo con unas miradas furtivas que no están cargadas de simpatía precisamente, llegamos a mi casa y para en la puerta, había un par de huecos libres y ni ha tenido que maniobrar. Me quito el cinturón y nos miramos.

—Bueno, pues ya estás en casa.

—Sí. Gracias.

—Me voy para Chiclana.

Me mira, lo miro, me acerco a él para darle un beso en la mejilla, pero me arrepiento. Agarro su camisa, tiro de ella para acercarlo a mí y, antes de besarlo, le pregunto:

—¿No prefieres entrar?

Nuestras bocas se devoran como si fuéramos dos leones hambrientos. Nos separamos con la respiración entrecortada y volvemos a besarnos, parecemos dos adolescentes despidiéndose en la puerta de la casa de ella.

—¿Estás segura de que quieres que me quede?

—Sí, muy segura.

Bajamos del coche y entramos a toda prisa. Cruzamos el jardín y casi no tenemos tiempo de cerrar la puerta cuando ya nos estamos desnudando.

—¿Tienes un condón en la cartera? —pregunto, totalmente poseída por la lujuria.

—Sí. Siempre llevo uno.

—Pues sácalo porque arriba no llegamos.

Saca la cartera de la chaqueta, que había caído sobre el mueble del recibidor, y de ella el condón. Se lo quito de la mano, le bajo los pantalones, los calzoncillos y, mientras se deshace de la ropa que se arremolina en sus pies, se lo coloco. Me agarra por las caderas y me sube a horcajadas sobre las

suyas. Me apoya contra la puerta que acabamos de cerrar y me penetra.

Un gemido de placer nace casi desde mi diafragma y me embiste con fuerza, nada que ver con el Roberto casi dulce que pasó por mi cama hace unos meses. No sé si en aquel momento estaba un poco cohibido por Sebastián y la situación no le permitía estar al cien por cien, pero la fuerza con la que me está follando hoy me está volviendo loca, completamente loca, y no voy a durar un suspiro.

—No pares, por Dios.

Sin salir de mí, nos movemos hasta la mesa del salón. Me besa, me acaricia, hace que su polla abandone mi sexo y me deja sobre ella.

—Tumbate —su voz de mando me hace temblar de anticipación.

Apoya mis piernas sobre sus hombros, entra en mí y sus dedos y su verga se dedican por entero a darme placer.

El orgasmo me alcanza, explota en mí, y hace que levante las caderas, que arquee la espalda. Y lo arrastro conmigo, siento los espasmos de su falo al correrse.

Se retira, comprueba el condón y me ayuda a incorporarme aún con la respiración entrecortada. Me besa, acaricia mi cara, me mira a los ojos y apoya su frente contra la mía.

—¿Subimos? —le pregunto, rozando su nariz con la mía.

—¿Lo dudas?

Tomo su mano y tiro de él. Creo que me espera una noche de lo más divertida.

Miro en los paneles y busco la puerta de embarque de mi vuelo. Hace casi ocho meses que no piso España, pero aquí estoy, camino de Málaga.

Ha pasado muchas cosas en este tiempo y, cada día, cualquier pequeño detalle me recuerda aquel maldito pueblo... Bueno, tengo que reconocer que me gustó mucho y lo pasé muy bien allí, sobre todo, con Carmela.

«¡Ay, Carmela!».

A pesar de haber pasado tanto tiempo, siempre que algo me recuerda a ella, no puedo evitar que cierta parte de mi anatomía cobre un poco de vida.

Mi vida continuó como siempre había sido aquí. El hotel, convenciones e incluso una escapada a Suiza con Elke, donde fumamos de todo hasta decir basta y follamos todo lo que pudimos. Eso sí, no he vuelto a hacerlo sin protección. Me niego a que me salga otro hijo por ahí descarriado, y muchas veces tengo la sensación —aunque ella nunca ha referido el tema— de que Elke quiere que pasemos de acostarnos cada cierto tiempo a formalizar algo que nunca habrá entre nosotros. Es muy buena persona y le tengo mucho cariño, pero no estoy enamorado de ella.

El loco de mi hermano me va a hacer tío de nuevo, esta vez esperan un niño, al que le pondrán el nombre de mi padre. En otro momento de la vida, me habría parecido la cosa más sorprendente del mundo, pero el viejo cascarrabias que tengo por padre, desde que Manuela entró en mi familia, se ha vuelto un corderito. Vive por y para todos nosotros, pero, en especial, para su nieta Carlota y para mi madre.

Mi madre sigue tan alcahueta como siempre. Ahora le ha tocado a María, a la que quiere buscar un andaluz que la arrastre de vuelta a casa, aunque sus

esfuerzos son en vano, ya que Bolita sigue con el hijo de nuestro mayor competidor, cosa que mi progenitora no sabe todavía.

Con Daniel hablo casi a diario. A lo largo de estos meses hemos forjado una amistad bastante grande y es el culpable de que esté viajando hoy. Se le ocurrió la feliz idea de casarse en octubre, pero por agenda no puedo ir, así que me ha obligado a ir a su despedida de soltero, que la va a hacer en la feria de Málaga. Sé que me lo voy a pasar genial, aunque espero encontrar alguna malagueña que le dé un poquito más de alegría al viaje.

Y, bueno, con Carmela las cosas han cambiado mucho. Al principio hablábamos todos los días, después de un par de veces por semana y cada vez fuimos haciéndolo menos. Que sé que parte de culpa es mía, pero no quería que lo que hubo entre nosotros pudiera dar pie a que su vida fuera diferente.

Por lo que un día se le escapó a Daniel supe que andaba teniendo sus escarceos con Roberto. Ese día sentí rabia, no lo voy a negar, y fue entonces cuando empecé a distanciarme de ella. No sé, si hubiera sido cualquier otro hombre, creo que no me hubiera afectado tanto como lo hizo. Ahí me di cuenta de que había sentido por ella algo más que pasión y lujuria, y eso era algo que no me pensaba permitir.

En la megafonía están anunciando que ya podemos embarcar, así que no voy a seguir pensando en todo lo que ha pasado en estos meses. El viajar a España ha hecho que mi cabeza haga balance de todo lo vivido desde que estuve allí por última vez.

En unas horas estaré aterrizando en Málaga y allí me recogerá Daniel para llevarme al hotel que ha reservado. Cosa que le ha costado bastante trabajo porque estaba casi todo completo. Es lo que tiene decidir que voy a última hora.

Me acomodo en mi asiento de primera clase y cierro los ojos, creo que, a menos que tengamos un accidente aéreo, voy a dormir durante las tres horas y media de vuelo.



Creo que nunca había deseado tanto pisar suelo español. El viaje a sido un infierno de turbulencias hasta que pasamos la frontera de España. Así que he dormido bien poco, es más llegué a pensar que acabaríamos estrellándonos.

Hasta me alegra no haber facturado el equipaje de mano, porque podré salir más rápido del aeropuerto. Ahora solo me queda pensar en disfrutar de los cinco días que voy a pasar aquí, sin preocuparme de trabajo ni de nada más que pasarlo bien.

Cruzo la puerta de salida de pasajeros y me encuentro con un sonriente Daniel que se acerca raudo y me da un abrazo. No es ni una sombra del hombre que conocí cuando estuve en Zahara. Se le ve feliz, alegre y liberado.

—¡Qué bien te veo, amigo!

—Estoy a dos semanas de casarme, claro que me ves bien. Venga, vamos rápidos que nos está esperando Carlos con el coche en la zona de subida y bajada de pasajeros.

—¿No había sitio en el parking?

—Sí, pero nos ha pillado un atasco de mil demonios y hemos parado ahí para que no te encontraras solo al salir.

Salimos del aeropuerto y no necesito buscar el coche. Carlos nos hace señas para que lo veamos y sale corriendo hacia nosotros.

Al llegar, me da un abrazo que casi me tira al suelo y provoca que ría carcajadas.

—¡Pero qué guapo estás, *pollita*!

—No digas esas cosas que tu futuro marido se va a poner celoso.

—Pues vaya tontería, sabe perfectamente que ojos tengo para todos, pero esta solo es para él —dice, tocándose el paquete y provocando que me dé un ataque de risa.

—Carlos, cariño, córtate un poquito.

—No creo que Sebastián se vaya a asustar a estas alturas.

Y ahí van los dos, protestando porque yo me vaya a escandalizar por la espontaneidad de Carlos. Los observo y un ápice de nostalgia me invade, son el auténtico reflejo del amor en estado puro elevado a la enésima potencia.

Subimos al coche y durante el trayecto al hotel nos ponemos un poco al día de lo que ha ido sucediendo en nuestras vidas. Que más o menos estoy al tanto de todo, pero siempre hay algunas cosas que se nos olvida comentar a Daniel y a mí en nuestras charlas diarias. Como, por ejemplo, que él escogió a Carmela de madrina y Carlos a un sicólogo de la adolescencia de mi amigo, que al parecer es alguien bastante importante en su vida.

—Aquí tienes la tarjeta de la habitación, es la 325 y ya está hecho el check in, así que no tienes que pasar ni por recepción.

—¿Cómo?

—Tengo todos tus datos —me responde, guiñándome un ojo.

—Pues te lo agradezco, necesito tumbarme un rato y, cuanto antes, mejor. ¿A qué hora vamos a quedar?

—Cuando hayas descansado, me avisas y te digo por dónde andamos.

—Perfecto. Ya que estoy en España, voy a hacer uso de la costumbre de la siesta. Un par de horitas de sueño me vendrán genial para darlo todo después.

Llegamos a la puerta del hotel, bajo la maleta del coche y, tras pasar la puerta giratoria, voy directo al ascensor, que está abriéndose en ese momento.

Las tres personas que me acompañan se bajan en la segunda planta y yo continúo hasta mi destino. Camino por el pasillo mirando las puertas de las habitaciones hasta encontrar la mía. Entro, dejo la maleta a un lado y me quito la ropa quedándome solo con los boxes negros de Calvin Klein. La ropa interior más cómoda que he usado en mi vida.

Voy directo a la cama y caigo en plancha sobre ella bocabajo. Ni tan siquiera me molesto en destaparla, ya que, con el calor que hace en esta tierra en pleno mes de agosto, no voy a necesitar abrigo alguno para dormir a gusto.

Unas manos aceitosas tocan mi espalda, provocando que dé un brinco y sienta que el corazón se me va a salir por la boca del susto. Nada me tenía preparado para algo así e imagino que será cosa de Daniel para darme la bienvenida, pero no puedo evitar intentar girarme, aunque no lo consigo, ya que alguien se sube encima de mí, inmovilizándome. Y, entonces, reconozco sus caricias, las manos que tantas veces han recorrido mi cuerpo y el olor a mujer y lujuria que hace que mi polla reaccione sin remedio.

—No esperaba encontrarte aquí, Diablilla.

—¡Sorpresa!

—Pensaba que estarías en Zahara —digo casi jadeante, disfrutando de sus caricias, sabiendo que estoy perdido sin remedio.

—¿Y perderme la despedida de soltero de mi mejor amigo? No sabes cuánto me alegró saber que volveríamos a vernos.

—¿Sí? Creo que no te he hecho mucha falta en este tiempo —escupo con cierto amargor en mis palabras.

—Date la vuelta —exige, levantando las caderas para que pueda hacerlo—. Follar contigo, jamás será comparable a hacerlo con ningún otro.

La miro de arriba abajo, lleva puesto el conjunto que disfrutamos la última vez que estuvimos y ya no me importa si está con Roberto o no. Mis ojos van directos a su sexo y compruebo que no tiene tanga, cosa que agradezco porque, al viajar con equipaje de mano, no he podido traer la navaja.

Me deshago de mis boxes lo suficiente para liberar mi erección deseosa de ella y, sin más palabras, hace que entre en ella sin encontrar resistencia.

Su boca se acerca a la mía, me besa, lame y muerde mi labio mientras sus caderas se mueven en círculo, haciendo que enloquezca.

Se incorpora, comienza a cabalgar sobre mí y mi dedo pulgar busca su clítoris para devolverle el placer que me está provocando. Siento que voy a estallar en breve y aumento el ritmo de mis caricias, haciendo que sus jadeos sean una constante y sus movimientos rápidos y profundos. Hasta que noto que su respiración se corta tras un último gemido y los músculos de su vagina aprisionan mi verga que estalla al sentir su orgasmo, derramándome dentro de ella una vez más.

Hago que salga de mí y me tumbo a su lado. Echaba de menos estos momentos con él. Con Roberto lo paso bien cuando nos vemos, pero con Sebastián todo es más intenso.

—Dime que estamos protegidos.

—Estamos protegidos, me pusieron las barritas nuevas hace seis meses.

—¡Estoy loco! No puedo evitar que me arrastres.

—Si quieres no lo vuelvo a hacer.

—Hazlo siempre que quieras, me encanta esta locura. —Se incorpora, quedando de medio lado y me mira antes de hablar—: ¿Cómo estás? Hace mucho tiempo que no hablamos.

—Tenía la impresión de que no te interesaba hacerlo. Es más, pensaba que ibas a decir que no a lo que ha pasado.

—Jamás podría decirte que no.

—¿Por qué dejaste de llamarme?

—Porque estás con Roberto.

Sus palabras me duelen. Estoy indignada, dolida. No sé cómo puede pensar que estaría revolcándome en la cama con él teniendo una relación seria con otro hombre. No tolero la infidelidad, sé lo que es pasar por eso, y él también.

Necesito salir de aquí, así que empiezo a desabrocharme el corsé para

poder vestirme y veo cómo algunas lágrimas caen al suelo.

Siento que se levanta de la cama, avanza hasta mí y apoya sus manos en mi cintura, pero me deshago de su contacto, es lo que menos necesito en este momento.

—Carmela...

Y reviento.

—No soy una zorra. Jamás me acostaría con ningún hombre si tuviera una pareja.

—Yo no...

—Yo no... ¡Y una mierda! Creí que me conocías un poco mejor.

Me siento en la cama y comienzo a ponerme los pantalones vaqueros ante su atenta mirada. Se sienta a mi lado y vuelvo a levantarme. Parecemos el ratón y gato.

—¡Para ya, por favor! Vamos a hablar.

—No tengo nada que hablar contigo. Pero para que te quede claro y no vuelvas a juzgarme: entre Roberto y yo hay exactamente lo mismo que entre nosotros. Cuando nos apetece, follamos. No hay ninguna relación, no estamos enamorados. Simplemente somos amigos y el día que se tercia, echamos un polvo. Punto.

—Lo siento. —La sinceridad de esas dos palabras es abrumadora—. El día que a Daniel se le escapó, parecía tan ilusionado que... Sentí que lo que había entre vosotros era algo más.

—Y en vez de decírmelo, dejas de hablarme, pero un tiempo después, te olvidas de todo y acabamos echando un polvo de campeonato. Yo sé lo que duele una traición, tú también lo sabes. Y deberías sentirte peor por ti que por mí, porque yo sí sé que lo que tengo con Roberto no es nada, pero tú no lo sabías, tú pensabas que era algo serio y, aun así, has consentido la traición.

Se levanta de la cama y puedo ver la ira en su mirada. Jamás había visto tal expresión en su rostro y me da un poco de miedo. Así que me dirijo a la puerta, por si tengo que salir corriendo.

—Pero ¿es que no lo entiendes?

—¿Qué tengo que entender?

—¡Que no me puedo resistir a ti!

Esas últimas palabras me asustan más que la bronca o la expresión de su cara. Me da miedo la respuesta a la pregunta que voy a hacer, pero debo saber si tengo que salir huyendo.

—¿Estás enamorado de mí?

—¡No, joder! —Se sienta en la cama y me acerco a él—. Es que el sexo contigo está a otro nivel, y no lo puedo evitar. Así estuvieras casada, no podría resistirme. —Y siento que le pesa que eso sea así.

—¿Quieres que desaparezca de tu vida para siempre?

—Ni se te ocurra. Y menos ahora, que sé que entre Roberto y tú no hay nada, que podemos follar tranquilos sin traicionar a nadie.

—*Ufff*. ¡Qué alivio! Porque no hay un Dios que encuentre otra habitación libre en estas fechas.

—¿Compartimos habitación? —Asiento con una sonrisa traviesa en mis labios—. Pero... se van a enterar todos de lo que nos traemos.

—Somos los últimos que han confirmado, no hay nadie más en este hotel. Tu hermano está en la otra punta de la ciudad.

—¡Oh, Dios! ¡Qué bien lo vamos a pasar! Mañana tenemos que ir de compras. Y, no sé, lo mismo me tengo que meter en el probador contigo para dar el visto bueno, ¿no crees?

—Tienes razón. ¡Estás loco!

Me tumba en la cama, se coloca encima de mí, me dedica una sonrisa canalla y me besa. Yo tampoco me puedo resistir a él.



Salimos del hotel y le decimos al taxista que nos lleve al recinto, pero que pare un poco antes de llegar. No debemos llegar los dos juntos, aunque sería lo lógico si estamos los dos en el mismo hotel. Lo que no sabe nadie es que estamos en la misma habitación. Bueno, Daniel y Carlos, sí, pero ellos no cuentan.

Hacemos la parada solicitada y Sebastián se baja del taxi, pero yo continúo hasta nuestro destino. Pago la carrera, me bajo y saco el móvil del bolso. Conecto el navegador y me dirijo a la caseta donde Daniel me ha dicho que se encuentran.

Después de unos cinco minutos andando, entro y entiendo el por qué de ir allí. Cinco hombres que están para quitar el hipo bailan sobre la barra, jaleados por todos los presentes. Es increíble cómo mueven las caderas, no puedo evitar quedarme embobada e imaginar cómo serán sus movimientos en la cama.

«¡Soy una enferma!», pienso mientras aparto la vista y busco a mis amigos, que no podrían estar más lejos. Hay tanta gente, que tardo casi lo mismo en llegar hasta ellos que en llegar a la caseta.

Norbert me saluda con un abrazo que casi me rompe las costillas, y me acerco a su oído para preguntarle por Manuela. Me grita que está bien y continúo la ronda de saludos a todos los demás.

A Manuela le habría encantado este sitio, lástima que la pobre esté teniendo un embarazo en el que los vómitos no la dejan vivir. Espero que el día de la boda se encuentre mejor, aunque estoy segura de que no se la perdería por nada del mundo, así pasará más tiempo en el baño que en la fiesta. Carlos es para ella lo mismo que Daniel es para mí, hermanos.

Sin darme cuenta, un *gin-tonic* aparece en mi mano. Daniel me sonrío, me

guiña un ojo y mira detrás de mí. No necesito que me diga nada, aún habiendo tanta gente, puedo notar el olor de su perfume.

Norbert, que no lo ve desde que volvió del viaje de novios, lo saluda con un abrazo, y se nota el cariño de hermanos que se profesan. Saluda a todos los demás, incluyéndome en el lote, como si no nos hubiéramos saludado bastante bien hace un rato.

Bailamos como locos, unos más que otros, y me sorprende, al igual que todos los presentes, al ver que Sebastián se marca una salsa con Carlos, que ahora mismo debe estar en el séptimo cielo... porque yo también lo estaría. ¡Y Norbert saca a bailar a Daniel! Que, por cierto, deja a todos alucinados, ya que nadie sabe que estuvimos cinco años en clases de baile.

«¡Esta feria no la voy a olvidar en la vida!», pienso mientras camino hacia la barra para pedir otra copa, pero no llego a hacerlo. Alguien me agarra por detrás, me giro, sonrío y me guiña un ojo antes de acercarme a él y comenzar a mover las caderas.

—Capullo, nos van a descubrir.

—Están todos demasiado bebidos para darse cuenta de nada.

Bailamos y nos olvidamos del mundo, hasta que Norbert aparece a nuestro lado, parando nuestro ritmo de seducción.

—Espagueti, creo que solo somos cuatro heteros en el grupo y mujer solo hay una, así que haz el favor de compartir.

Me aparta de Sebastián y tengo que aguantar la risa. ¡Le ha llamado Espagueti! Y no puedo evitar repetir esa palabra en un tono más alto de lo que pretendía.

—¿Espagueti?

—Sí, fue el apodo que le puso mi hermana.

—¿Y el tuyo?

—Fideo, porque soy más pequeño que él. —Un ataque de risa se apodera de mí y casi tengo que parar de bailar—. Pero en venganza, nosotros estuvimos días pensando en alguna pasta que nos pudiera venir bien de apodo para ella, hasta que mi madre dijo una noche: «Venga, a cenar, que ya está hecha la sopa de bolitas». Y se le quedó Bolita para toda la vida. Es que, aunque ahora tiene un cuerpo de infarto, de pequeña estaba más llenita.

—¡Qué crueles!

—Pero ella nos llamaba Fideo y Espaguetti porque tampoco tenemos los cuerpos de ahora, éramos dos enclenques. Así que estábamos en igualdad de condiciones.

—En eso llevas razón.

—¡Ay, *conio*! Que me han dado un codazo.

—¿*Conio*?

—No te rías tú también que con que lo haga mi mujer ya tengo bastante. Eso sí, si te quieres reír hasta decir basta, dile al Espaguetti que pronuncie: chascarrillo. Te vas a tirar al suelo.

Entre risas continuamos bailando. Sé por Manuela que Norbert es muy divertido, pero, con unas copas de más, es el alemán más gracioso que he conocido en mi vida.

Finalmente, ante miradas furtivas de Sebastián, bailo con Rubén, el único hetero con el que no había bailado todavía. Es un chico muy lindo y un gran compañero, además de competente y por ello la mano derecha de Manuela en Recepción.

Termina la canción y me escabullo al baño. Si la de los pubs me dan un asquito que me muero, las de las ferias me superan, pero estoy a punto de reventar.

Espero la cola, hasta que veo que el de hombres se queda libre y nadie espera, y no me lo pienso, entro y si viene alguien, que espere.

Por suerte, nadie llama a la puerta de la casetilla esta que llaman baño y salgo lo más rápido que puedo. Al abrir la puerta, no me extraña nada encontrarme con Sebastián, que me mira con ese brillo lujurioso que tanto me gusta, aunque aquí está complicado que me empotre sin que nos denuncien por escándalo público.

Aun así, cuando paso por su lado, me para y devora mi boca. Sabe a *whisky*, la mía a gin tonic, y la mezcla de sabores delata el estado de embriaguez en el que nos encontramos.

Nos separamos y rozando su nariz con la mía me ruega:

—Ve con los demás o no respondo de mí.

Le doy un último beso rápido en los labios y vuelvo con los demás. Tengo la impresión de que no tardaremos mucho en volver al hotel.

La cabeza amenaza con reventar de un momento a otro. La noche ha sido la peor de toda mi vida. Al final aguantamos más de lo que pensábamos.

Eran las tres de la madrugada cuando estábamos entrando en el hotel completamente borrachos. Subimos a la habitación el uno apoyado en el otro porque casi no nos teníamos en pie y hemos pasado la noche turnándonos para vomitar como posesos.

Intentamos echar un polvo, pero el alcohol nos jugó dos malas pasadas: una, que al ponernos en posición horizontal todo daba vueltas y teníamos que vomitar; dos, que me hizo demasiado efecto y palabras textuales de Carmela: «No hay quien arme el Cetme».

Intento abrir lo ojos, pero me cuesta la vida. Siento que Carmela se mueve y se queja. Debe estar igual que yo.

—¿Puedes abrir los ojos? —me pregunta.

—No, ¿y tú?

—Me va a reventar la cabeza.

—Ya somos dos. ¿Tienes algo para el dolor?

—Sí, en mi bolso.

—Venga, voy a por él en cuanto pueda moverme.

—Tranquilo, que ya voy yo, y de paso pido algo al servicio de habitaciones.

—Mucho zumo de tomate, por favor.

Es algo que me aconsejaron hace mucho tiempo y que me viene muy bien cuando tengo resaca.

Consigo incorporarme y la veo trastabillar desnuda por la habitación. Hasta esto es más fácil de llevar con ella cerca, aunque la luz que entra por esa ventana me está matando.

Me levanto de la cama y me acerco a correr las cortinas antes de ir al baño. Cuando salgo, la veo sentada en la cama, con las pastillas en la mano y una botella de agua del minibar.

—He llamado para pedir el desayuno y me han preguntado si no preferimos mejor el almuerzo, que son las tres de la tarde. —Se ríe a carcajadas y se aguanta la cabeza.

—¡Joder! Y yo que pensaba salir contigo en ropa interior.

—Están todos igual, nadie ha dado señales de vida, así que estarán durmiendo. He pedido comida para dos.

—No sé si me entrará algo en el estómago.

—Algo tienes que comer. Además, he pedido consomé y eso te va a caer genial en el estómago. A ver si levantamos al soldadito —me suelta con sorna y la miro con los ojos muy abiertos.

—Lo de anoche fue por culpa del alcohol...

—No sé, tendrás que convencerme.

—Deja que me lave los dientes, que ni comer me va a hacer falta. —Tomo su mano y la llevo a mi entrepierna.

—¡Vaya! ¡Qué bien te sientan las resacas!

Me levanto de la cama y me vuelvo al baño. Me miro al espejo mientras me lavo los dientes y tengo unas ojeras que me llegan casi a la mitad de la

cara. Bueno, vale, soy un poco exagerado, pero tengo unas ojeras considerables.

Escucho la puerta y maldigo. La comida ya está aquí y no voy a poder demostrarle que fue el alcohol, yo nunca he fallado en la cama y no creo que la primera vez sea con una mujer como Carmela. No fue normal lo que bebimos ayer, lo que nos reímos, lo que bailamos...

—¡Oh, my God! ¡Le di un beso en la boca a Carlos!

—Sí, yo estaba delante. Y, gracias a eso y a que también besaste a Daniel, pasó desapercibido que también me comieras los morros a mí.

—No recuerdo eso.

—Hay fotos. Mira.

Me enseña el móvil y me quedo perplejo al ver la foto de los dos besándonos. Voy corriendo a mirar el mío y también lo tengo, Daniel nos la ha mandado a los dos y jura no mandarla a nadie más. Tengo que reconocer que la foto es bonita.

Comemos en la cama y ha acertado al pedir la comida. Este consomé me está sentando muy bien después de haber vomitado unas cuantas veces esta noche.

Terminamos con todo lo que ha pedido y decido que es hora de demostrarle a la Diablilla Pelirroja que tengo al soldadito bien animado, que lo de anoche fue producto del alcohol y que va a desear no haberme desafiado.

—¿Una ducha? —le propongo.

—¿Caliente?

—Muy caliente.



Tras la ducha, que sí fue muy caliente, y un segundo asalto en la cama, decidimos salir de compras.

Hablé con Daniel para saber cómo estaban y estábamos todos en la misma situación. De hecho, mi hermano todavía no me ha contestado al teléfono, y estoy empezando a preocuparme.

Escudados en que nadie nos conoce aquí, nos permitimos caminar cogidos de la mano, y todas las personas con las que nos cruzamos pensarán que somos una pareja normal y corriente, pero no es así, no es eso lo que hay entre nosotros.

Cumplo mi amenaza y me meto en el probador de una exclusiva boutique cuando se está probando la ropa interior que me ha dejado elegir, y le queda muy bien, aunque la que ha escogido ella también está para disfrutarla hasta que acabe hecha girones.

Tras visitar un par de tiendas más, en las que yo también aprovecho para comprar algo de ropa, salimos del centro comercial con unas cuantas bolsas en las manos, abrazados, besándonos, sin prestar atención a todo lo que hay a nuestro alrededor, solo disfrutando de nuestra compañía. Y relajarse siempre es un gran error, porque permites que ciertas cosas se apoderen de ti.

El calor es asfixiante, un viento caliente al que llaman terral provoca que lo sea aún más y, al pasar por una heladería, tiro de ella y entramos. La idea le encanta y pide la tarrina más grande que tienen. Yo lo considero exagerado, pero también pido una...

Nos sentamos en la terraza y deseo que un agujero se abra bajo mis pies. Norbert viene directo hacia nosotros. «¡Qué demonios hace aquí!».

—¡Hala! ¿Qué hacéis vosotros aquí?

—Comer un helado. —La serenidad de Carmela sí que me deja helado a mí.

—Ya lo veo, pero ¿qué hacéis los dos aquí?

—Yo tenía que comprar ropa interior y tu hermano también. Solo a él se le ocurre dejársela en Alemania.

—Ya te vale, hermano.

—¿Y tú? ¿Qué haces aquí? —consigo decir al fin.

—Ese es nuestro hotel. —Señala el edificio que hay frente a nosotros—. Ayer le eché el ojo a la heladería, y lo único que quiere mi estómago es algo fresquito. ¿Puedo sentarme?

—Pues claro —le dice con total naturalidad.

Mi hermano entra a pedir y aprovecho para decirle a Carmela que nos vayamos, pero ella dice que no, que, si lo hacemos, sí que resultará sospechoso.

Espero pacientemente a que se siente con nosotros, nos comemos el helado y, tras mirar la hora, la excusa perfecta se ilumina en mi cabeza.

—Yo me tengo que ir. Hemos quedado en un par de horas y todavía me tengo que duchar y ponerme ropa interior limpia.

—Pues me voy contigo y compartimos el taxi.

—Venga, luego nos vemos —dice Norbert tras dar un sorbo al granizado de limón.

Nos levantamos y abordamos el taxi más cercano en la parada del hotel. Nos subimos y arrancamos a reír ante la situación que acabamos de vivir. Hemos estado muy cerca de ser descubiertos por mi hermano, ahora que ya mi madre no sospecha nada y me ha dejado tranquilo. La situación podría haberse complicado, pero por suerte no ha sido así.

Hacemos el trayecto cogidos de la mano, con su cabeza apoyada en mi hombro, sintiéndonos cómplices en el anonimato que nos confiere esta ciudad, y una idea loca ronda mi cabeza, aunque no sé si será posible llevarla a cabo.

Subimos a la habitación y dudo en si debo proponérselo o no. No tengo

nada que perder y puedo ganar un tiempo maravilloso con ella, pero no me deja hablar. Su boca sella la mía y me tumba sobre la cama. El fuego de sus ojos hace que vuelva a olvidarme de todo lo demás, que solo exista ella.

—Quería proponerte algo, pero veo que no me vas a dejar.

—Habla, tienes hasta que me abra de piernas y necesite tu lengua.

—Me gustaría que pasaras unos días conmigo en Alemania más adelante. Podríamos disfrutar de momentos así más a menudo.

—Sería genial, si no fuera porque tengo pánico a los aviones.

—No importa, ¿Madrid?

—Eso me gusta más.

Y ya no hay más palabras. Me pierdo en sus labios, en su pelo, en su cuerpo. Sabemos que vamos a llegar tarde, pero no nos importa. Se puede hundir el mundo que para nosotros solo existe en este momento la habitación de este hotel, su cuerpo, el mío, la lujuria y... y la pasión. No puede ser otra cosa más que eso lo que nos arrastra una y otra vez, lo que nos alienta a disfrutar juntos cuando estamos cerca el uno del otro, lo que nos hace arder queriendo siempre un poco más.

La dejo hacer lo que quiera con mi cuerpo y acato cada orden que me da. Sé que esto no nos lleva a ninguna parte, que tarde o temprano llegará alguien a la vida de uno de los dos y todo terminará, pero ¡qué bien lo pasamos!

Por todos en mi familia es sabido que no me gusta venir a España, aunque por ratitos así...

Estos días en Málaga han sido agotadores. Entre la borrachera que cogí el primer día, la feria y el buen sexo que he disfrutado, no soy persona, aunque estoy relajada como hace mucho no lo estaba.

Llego a casa de mi madre para recoger a Jesús. Mañana lunes se va de campamento a Chiclana con los Scouts y, aunque lo dejé todo prácticamente listo, todavía tengo que meter las cosas en la mochila. Me da un poco de pánico que se vaya, es la primera vez que se separa de mí tanto tiempo, pero sé que es bueno para él y se lo prometí si me traía buenas notas. Me parece increíble que el mes que viene empiece ya la secundaria.

Mi madre abre la puerta y no tengo tiempo de entrar. Jesús se tira a mis brazos y casi caemos al suelo. Es tan grande ya que en breve me alcanzará en altura.

—¿Cómo lo habéis pasado, hija?

—Muy bien. Daniel y Carlos se han quedado allí un par de días más, así que me he traído de vuelta a Rubén y Norbert, que iban con ellos en el coche.

—¿Cómo sigue Manuela?

—Con sus vómitos y una barriga bastante grande. He tomado un café en su casa antes de venir. Carlota está para comérsela.

—Esa niña es preciosa. Tan morenita y con esos ojazos claros...

—Oye, mamá, ¿tú por qué no tienes una niña?

—Jesús, hijo, ¿cómo dices esas cosas?

—Nene, si no hay un papá es imposible tener una hermana —le dice mi madre al ver mi cara de descomposición.

—Mamá no necesita un papá para eso. Mira, a mí me ha criado sin uno, y entre los tres podemos hacerlo. Así, cuando yo me vaya a la universidad, no os quedaréis solas.

—Anda, coge ya tus cosas y vamos para casa.

Jesús se va protestando y mi madre y yo nos quedamos en silencio. Ella, porque sabe que eso nunca va a pasar, aunque sé que no le disgustaría; yo, porque viene a mi mente lo que pasó hace ocho meses. Si no lo hubiera perdido, ahora estaría a punto de dar a luz.

—No le hagas caso, son cosas de críos.

—Si tengo claro que caso no le voy a hacer, no se me ocurriría a mí tener otro niño y mucho menos otro padre dando por culo.

—Bueno, si encuentras a un hombre que te quiera de verdad y tú te enamoras, no sería descabellado. Pero no en las condiciones que tu hijo quiere. Ayer...

—¿Qué?

—Ayer Cristina llegó llorando. Su madre me ha dicho que se separan, y tu hijo la vio tan mal, que por la noche me dijo que no quería que volvieras a enamorarte, que no quería sufrir como lo estaba haciendo su amiga. Por eso creo que ha dicho que no necesitas un padre para darle una hermanita.

—Bueno, por esa parte puede estar tranquilo. No pienso enamorarme de nadie, y si así fuera, mi hijo está por encima de todo.

—Pero eso no es justo, Carmen. Además, por experiencia sabes que esas cosas no se pueden controlar.

—Mamá...

—No te estoy echando nada en cara, mi niña. Nunca lo he hecho y nunca lo

haré, pero no quiero que te niegues a que suceda si llega el momento. Tu hijo crecerá y verá las cosas de forma diferente, y estoy segura de que, si te ve feliz, él también lo será.

—Por ahora soy feliz con la vida que tengo.

Jesús llega hasta nosotras con la mochila del colegio y una pequeña maleta con ropa. Nuestra conversación se corta y lo agradezco, las relaciones son un tema del que no me gusta hablar y que me deja con mal cuerpo durante horas.

Subimos al coche tras despedirnos de mi madre y hacemos el camino en silencio. No me encuentro con fuerzas de hablar de nada, solo quiero que llegue la noche para descansar y olvidarme de lo que acabamos de hablar.

Entramos en casa con nuestras maletas y vamos directos a nuestras habitaciones. Estoy guardando el neceser de maquillajes en el baño cuando Jesús entra.

—Mamá, ¿estás enfadada conmigo?

—¿Enfadada? No, cariño, ¿por qué iba a estar enfadada contigo?

—Por lo que te he dicho en casa de la abuela.

—Claro que no, corazón. Ven siéntate conmigo en la cama. La abuela me ha contado lo de Cristina, ¿cómo está ella?

—Muy triste, aunque dice que es algo bueno. Mamá, ¿todos los papás se acaban separando?

—No, hijo. Mira a Manuela y a Norbert o al tío Jorge y a Aitana, y de tus amigos solo se van a separar los de Cristina.

—Tienes razón. ¿Y por qué se separan?

—Pues porque han dejado de quererse, porque ya no están enamorados, porque se han dado cuenta de que no es amor lo que sentían... Puede haber muchos motivos que separen a una pareja.

—¿Cuál fue el motivo por el que papá nos abandonó?

—¡Qué mas da!

—Quiero saberlo, yo no quiero ser como él cuando sea mayor. —Las lágrimas que empiezan a brotar de sus ojos me rompen el alma.

—Se enamoró de otra mujer. Esas cosas pasan.

—¿Y por eso se olvidó de mí?

—No, se olvidó de ti porque no era la buena persona que todos creímos que era. Pero no le des más vueltas, tú nunca serás como él porque esta mami que tanto te quiere, no lo va a permitir.

—Te quiero, mamá.

Entre lágrimas me abraza y no quiero que siga llorando. Así que no dudo en hacerle cosquillas y acabamos los dos muertos de risa sobre la cama.

Tras unos minutos más de juego, vuelve a salir de la habitación y me tumbo tapándome los ojos. Este regreso, después de cuatro increíbles días, no lo esperaba para nada.

Me levanto rápidamente para no seguir dándole vueltas a la cabeza y bajo a dejar la ropa sucia de color en la lavadora y el resto en el bombo. Jesús hace lo mismo y, tras ponerla en marcha, lo dejo en el salón jugando con la Play Station y yo subo a prepararle la mochila.

Pierdo la noción del tiempo y paro de hacer cosas cuando escucho que mi teléfono está sonando. Corro a mi habitación, veo que es una videollamada de Sebastián y cierro la puerta para que Jesús no me escuche desde abajo.

—Hola. ¿Ya has llegado?

—Hola. Sí, acabo de entrar por la puerta de mi casa.

—¿Mejor vuelo que el del jueves?

—Sí, esta vez sí he podido dormir. ¿Ya vais a cenar?

—¿Qué hora es? He estado preparando la mochila de Jesús, poniendo lavadoras, organizando un poco la casa... Y ni tiempo he tenido de mirar el reloj.

—Las nueve.

—Pues sí, ya voy a prepararnos unos batidos y tempranito a dormir, que mañana tenemos que madrugar.

—Has quemado muchas calorías este fin de semana, podrías invitar al peque a una pizza.

—Pues no es mala idea. Además, así lo consiento un poquito, que voy a estar una semana sin verlo. ¡Una semana! No lo estoy llevando nada bien.

—Piensa en lo bien que lo va a pasar.

La puerta de la habitación se abre sin previo aviso y doy un salto por el susto. Estoy cansada de decirle que tiene que llamar antes de entrar.

—¿Con quién hablas, mamá?

—Hola, Jesús. —La voz de Sebastián sale del teléfono y siento que me va a dar un infarto.

—¡Uy! ¿Es Norbert? —Corre hasta la cama para ver la imagen que muestra el teléfono.

—No, soy Sebastián.

—Hola, Sebastián.

—¡Madre mía! ¡Qué mayor estás desde la última vez que te vi!

—Sí, he pasado por dos fiebres en estos meses y toda la ropa se me quedó pequeña.

—Me ha dicho tu madre que te vas de campamento. ¿Estás contento?

—Sí y no. —Jesús me quita el teléfono de la mano y me excluye de la conversación que están teniendo.

—¿Y eso?

—Estoy contento porque sé que me lo voy a pasar muy bien, pero también un poco triste porque mamá se va a quedar sola.

—Bueno, pero solo es una semana.

—Claro. Oye, una cosa, a ver si tú opinas lo mismo que yo. Le he dicho a mamá que tenga una hermanita. Porque ahora es una semana, pero cuando me vaya a la universidad dentro de unos años, se va a quedar muy sola. ¿A que es una buena idea?

—¡Jesús, por favor! ¿Cómo hablas de esas cosas con alguien que no conoces de nada? Dame el teléfono, baja al salón y ve pensando de qué vas a querer la pizza.

—Me echan, Sebastián. Adiós.

Veo cómo sale de la habitación y cierra la puerta. Miro el teléfono y veo a Sebastián muerto de la risa.

—No te rías, que ese ha sido el recibimiento nada más llegar a casa de mi madre. Casi me da un pasmo cuando me lo soltó.

—¿Por qué? La idea en sí es bastante buena, él mira por ti.

—Si supiera que...

—¡Ey! No lo pienses.

—Bueno, te dejo que tengo que pedir la pizza. Aprovecha para descansar todo lo que no has descansado este fin de semana.

—Igualmente, preciosa. Mañana te llamo.

Damos la videollamada por finalizada y me quedo mirando el teléfono. Ahora solo espero que a mi hijo no le dé por interrogarme para saber por qué me ha llamado Sebastián.

Bajo al salón y lo veo esperándome con el teléfono de casa en la mano. Deseoso de que pida la pizza que más le gusta.

—Bacon, pepperoni y pollo.

—¿Nunca vas a probar otra?

—Algún día, mamá, algún día.

Sus palabras me arrancan una sonrisa. Siempre dice lo mismo cuando se lo pregunto y, aquí entre nos, también es mi preferida.

Cada vez que me tengo que subir al avión para ir a España, maldigo el momento en que mi hermano le aconsejó a mi padre invertir allí. Aunque a quién quiero engañar, cada vez que piso tierra española vuelvo feliz para unos cuantos meses.

Una vez más voy a pasar la Navidad en Andalucía. A mi querida cuñada se le ha ocurrido ponerse de parto en estas fechas, que en realidad me viene bien porque mato dos pájaros de un tiro. Conozco a mi sobrino y paso las fiestas con mi familia. Bueno, menos con María, que vuelve a vivir en Miami y ahora sí es más complicado que venga.

No veo a Carmela desde que estuvimos en Málaga, y tengo claro que voy a pasar por su casa antes de ir al hotel. Tenemos que aprovechar que Jesús pasa el fin de semana en casa de sus primos para darnos una bienvenida como Dios manda.

Ese niño me cae genial. A sus doce años es bastante maduro y tiene una pasión por su madre desmedida. Desde el día que hablé con él por primera vez a través de videollamada, no hay semana que no me haga una. No sabemos todavía cómo, pero consiguió mi número de teléfono. Ni él lo ha dicho ni nadie se ha pronunciado al respecto. La cuestión es que me ha cogido cariño.

Carmela le reñía al principio, porque soy un hombre ocupado y no quería que me molestara, pero le dije que no había problema. Podía perder cinco minutos a la semana y a él le hacía ilusión.

Ayer me dijo que le alegraba que su madre tuviera un amigo guiri tan simpático, que Roberto no le caía tan bien como yo, y tengo que reconocer que hasta me hizo ilusión escuchar eso.

Ella ha seguido viéndose con Roberto, yo con Elke, sin embargo, estamos locos por volver a encontrarnos. Eso sí, me he negado a que nadie nos acompañe en estos días, ni por su parte ni por la mía. Ya que nos vemos tan poco, quiero disfrutar de ella sin nadie más. Ella ha aceptado sin cuestionarlo.

La verdad es que no entiendo por qué, pero cada día me cae peor Roberto. Es algo que no puedo evitar. Y mira que el chico es buena gente, sin embargo, le estoy cogiendo pelusilla...

—Pelusilla..., ¿cómo puedo tener en mis pensamientos un termino tan andaluz?

Pues está claro, porque estoy rodeado de andaluces. Mi madre, mi cuñada, Daniel, Carlos, Carmela, Jesús... Por día que pasa, más conectado estoy a esta tierra.

Son las dos de la tarde, llevo conduciendo desde las seis de la mañana, estoy agotado, pero ya estoy aparcando en la puerta de su casa.

Me bajo del coche con la bolsa del regalo que le he comprado en el aeropuerto de Barajas. Nunca he sido de comprar joyas a las mujeres porque es algo que no me gusta, sin embargo, pasé por el escaparate y el colgante llamó mi atención. Un árbol de la vida de plata, y creo que no hay nada que la defina mejor. Carmela es pura vida.

Llamo al telefonillo y espero. Vuelvo a llamar y sigue sin contestar. Empiezo a pensar que no está en casa, pero su coche está aparcado en la calle. Saco el móvil para llamarla y escucho su voz.

—¿Hola?

—Soy Sebastián.

—Te abro, que me has cogido saliendo de la ducha.

La puerta se abre, cierro tras de mí y camino por el jardín hasta llegar a la de la casa, que se abre y me muestra a Carmela con el pelo mojado y vestida con el albornoz.

Entro con semblante serio, cierra tras de mí y me giro para encararla.

—¿Cómo se te ocurre recibirme en albornoz?

—Acabo de salir de la ducha...

—Me parece genial, pero te sobra. Ven aquí, Diablilla.

La beso con tanto delirio que roza la locura. Había echado de menos sus labios, su sonrisa, su cuerpo y su entrega. Se separa de mí y sus ojos me cuentan cuánto anhelaba tenerme junto a ella.

—A ti te sobra más ropa que a mí, pero me basta con que te bajes los pantalones y los calzoncillos. Mi boca se muere de ganas por darle la bienvenida a quien tú y yo sabemos.

—¡Joder, Carmela!

Se arrodilla ante mí mientras hago lo que me pide. Su lengua lame mi verga y juega con el glande volviéndome loco. Se la mete entera en la boca, hasta siento su arcada a tocar su garganta, pero no para y me empiezan a temblar las piernas.

—Como sigas haciendo eso, me caigo. Levanta.

Lo hace y se quita el albornoz. La cojo en brazos haciendo que enrosque las piernas en mis cadera. La aprisiono contra una pared, intentando no caer en el camino, ya que tengo los pantalones en los pies y la penetro. Una fotografía cae al suelo, y no nos preocupamos por ello, luego la recogeremos.

La embisto con ansia, con ganas. Quiero que sienta que ningún otro podrá follarla nunca como yo lo hago. Algo dentro de mí quiere dejarle claro que nunca, nadie, podrá hacerla sentir lo mismo que yo. Esta necesidad de que lo sienta, de que lo sepa, me abrumba y me llena a partes iguales, y me da pánico, pero no lo puedo parar.

—¡Joder, Sebastián! No sé qué cojones te habrán dado en el avión, pero no pares, por Dios.

—No me han dado nada, son las ganas que tenía de ti.

Gime, jadea, blasfema y se corre arrastrándome a un orgasmo que casi me hace tocar las estrellas. Beso sus hombros y su cuello mientras ella acaricia mi pelo.

Salgo de ella, sin poder parar de besar sus labios, la bajo y me deshago de los zapatos y la ropa que se arremolina a mis pies.

—¿Tienes hambre?

—Sí, mucha.

—Pues vamos a poner la mesa, que la tortilla ya está hecha.

—¿Tortilla de patatas?

—Sí.

—¿Con cebollita pochada?

—Sí.

—Al final me enamoro de ti. Tú sigue jugando de esta forma con mi estómago que me tendrás comiendo de tu mano —le digo, arrancándole una carcajada.

Ponemos la mesa entre los dos, comemos desnudos, charlamos de lo poco que no hemos hablado esta semana, nos reímos y nos dedicamos muchas caricias. No he sido consciente de lo mucho que la he echado de menos hasta que la he tenido delante de mí.

Su teléfono suena mientras va a por el postre y me entran ganas de estamparlo contra una pared. El nombre de Roberto aparece en la pantalla, y siento una rabia que me quema por dentro.

Llega corriendo hasta la mesa y lo coge.

—Dime, Roberto... Sí, ya está aquí... —Me mira y me guiña un ojo—.

Dice que te manda un saludo.

—Otro para él —correspondo por cortesía.

—No, de chocolate, no. Quiero un F1 grande de Vainilla, un F1 de fresa y dos Pro20... Vale, avísame cuando te llegue... Sí, lo voy a pasar muy bien con Sebastián. Un beso, guapo.

Deja el teléfono sobre la mesa y me mata la sonrisa que tiene. Me mira extrañada, me observa con detenimiento.

—¿Qué te pasa?

—Nada. ¿Qué le pasaba a Roberto?

—Que iba a hacer un pedido a Herbalife y he aprovechado para pedir unas cositas que me hacían falta.

—Vale. —Me mira con cara de sorpresa, divertida.

—¿Estás celoso?

—¿Yo?

—¡Estás celoso!

—No estoy celoso, es solo que ha cortado nuestro tiempo juntos y me ha sentado mal. En un par de horas debo irme al hotel y no quiero que nadie nos moleste.

—No sé yo... —Se sienta a horcajadas sobre mí y me da un suave beso en los labios—. ¡Qué tonto eres, Capullo! Ya sé que no estás celoso, para celar a alguien, primero hay que estar enamorado, y no es tu caso.

—Ni el tuyo, ¿verdad?

—Ni el mío, te lo puedo jurar por lo más sagrado.

Su expresión me hace sonreír. Tiene una boca tan perfecta, unos ojos tan

expresivos y el color naranja oscuro de su pelo mojado...

—¿Qué me miras con tanta dedicación? ¿Tengo algo en los dientes?

—No. Solo... Eres preciosa.

—¿A ti te ha pasado algo? Estás muy raro, como muy tierno.

—Me irá a bajar la regla.

—¡Guau!

—No esperabas que soltara un *chascaguillo*, ¿no?

—¿*Chascaguillo*? ¡Ay, que me meo!

No sigue hablando. Le da tal ataque de risa que se tiene que ir al baño para no mearse encima. ¿Quién me mandaría a mí a decir la maldita palabra? Si sé perfectamente cómo suena con mi acento y esa erre que no termino de pronunciar como debo.

Vuelve al salón más serena, pero me mira y arranca de nuevo. Y así llevamos media hora, que hasta le duele el estómago. Creo que poco vamos a disfrutar ya hoy de cama, pero solo por ver cómo su risa lo ilumina todo, bien merece la pena.

—Para, Carmela, te va a dar algo.

—Lo siento, de verdad. Norbert me lo advirtió, pero no creí que fuera tan divertido escucharte decir esa palabra.

—Por cierto, tengo un regalito para ti.

—¿No deberías haberme comprado nada?

—Es un detallito que vi en el aeropuerto. Toma.

Coge la bolsa, saca la cajita de la joyería, la abre, se lleva una mano a la boca y se le anegan los ojos. Me da un beso, saca el colgante de la caja y me

pide que se lo ponga.

—Ven, quiero enseñarte algo.

La sigo por las escaleras hasta la habitación de Jesús. Abre uno de los armarios, en él el primer cajón de una cajonera y saca un pequeño estuche como el que hemos dejado abajo. Lo abre, me lo enseña y me quedo perplejo. Es un colgante igual al que le he regalado, pero más pequeño.

—Este colgante... —Se limpia las lágrimas—. Cuando Jesús nació, mi padre ya estaba muy enfermo, sabía que le quedaba muy poco tiempo. El día de su bautizo, me lo entregó y me dijo que mi niño sería ese árbol que le daría sentido a mi vida.

—No tenía ni idea.

—Unos días después, murió. El cáncer ganó la batalla.

—Lo siento, no quería hacerte llorar.

—¡No seas tonto! Es solo que no lo esperaba. Muchas gracias.

Me besa, me abraza y siento la calidez y el cariño que transmite su cuerpo. Nos separamos, nos miramos en los ojos y los dos sabemos lo que se dicen sin necesidad de hablar. Por mucho que no queramos verbalizarlo, es evidente que muchas cosas han cambiado entre nosotros.

—Necesito ir al baño —me dice, desviando la mirada.

—Yo también...

Nos separamos en el pasillo, entro en el aseo, apoyo la espalda en la puerta tras cerrarla y me llevo las manos a la cara.

—Déjate de tonterías, Sebastián, no puedes estar enamorándote de ella. ¡Mierda!

Acaricio el colgante que Sebastián me regaló ayer y recuerdo el momento que compartimos en la habitación de Jesús.

Tengo miedo, mucho miedo. No sé si fue la vorágine de sentimientos, el recordar a mi padre, más bien la soledad de mi madre, el cariño que me mostró en ese abrazo... Sentí que entre nosotros había algo más, y eso me da pánico.

Mi teléfono suena, sacándome de mis pensamientos. Es mi madre y se me acelera el corazón, espero que no le haya pasado nada a Jesús o a ella, porque hablamos hace poco más de media hora.

—¿Sí? ¿Qué pasa?

—Hola, mamá. No pasa nada. Es solo que necesito que me traigas dinero de mi hucha.

—¿Dinero de tu hucha?

—Sí, cuando vengas te cuento.

—Vale. ¿Cuánto necesitas?

—Veinte euros.

—¿Veinte euros? ¿Qué vas a comprar?

—Cuando vengas te lo cuento, mamá. Date prisa, por favor.

Me cuelga el teléfono sin despedirse y me deja con la palabra en la boca. No sé qué querrá comprar, pero es su dinero y puede hacer con él lo que

quiera.

Subo a su habitación, cojo el dinero, me pongo unos vaqueros, una camisa, un jersey y bajo rápidamente.

Me miro en el espejo de la entrada antes de salir y me echo por encima el abrigo.

Conduzco hasta casa de mi madre y aparco cerca. Llamo al timbre y un sonriente Jesús me abre la puerta, se tira a mis brazos y comienza a besarme y decirme que me quiere... «Me está dando coba porque necesita permiso para algo», pienso mientras vamos de la mano hasta el salón.

—Venga, cuéntame.

—¿Sabes que Sebastián está aquí?

—Sí, claro, se aloja en el hotel.

—Pues he hablado con él hace un rato y... ¿Me dejas ir al cine con él?

—Pero... —Sus palabras me han dejado totalmente fuera de juego.

—Él es adulto, no me va a pasar nada.

—Ya...

—Y ya viene de camino.

—Creo que no me dejas opción a decir que no.

El timbre suena y mi madre acude rauda a abrir. Ni tan siquiera pregunta quién es e imagino que estaba muy al tanto de los planes de mi hijo.

Sebastián entra y mi madre lo sigue, mirándome y dedicándome un silencioso: «¡Madre del amor hermoso!». Sí, eso es lo que provoca él en las mujeres, sin importar la edad que tengan. Si mi tía Paquita estuviera aquí ahora mismo, este alemán saldría con el ego bien subido.

—¿Estás listo, amigo?

—¿Estoy listo, mamá? —me pregunta con cara de «dime que sí, por favor».

—Está bien, puedes ir, pero prométeme que te portarás bien.

—Sí, mamá.

—Y que no tomarás mucho refresco, que después los gases los sufrimos la abuela y yo.

—De acuerdo, mamá.

—Y que...

—¡Para ya, mamá! Que me avergüenzas delante de mi amigo.

—¡Ay, Dios mío! ¡Qué pavo me espera contigo! Anda, largaos ya, yo me quedo aquí con la abuela hasta que volváis.

—Espera un momento, que tengo que hablar una cosita con Sebastián.

Jesús se levanta, le dice a Sebastián que lo siga hasta la cocina y nos deja a mi madre y a mí con cara de no entender nada, aunque su expresión cambia y sé que me espera un buen interrogatorio en cuanto salgan por la puerta.

No ha pasado ni medio minuto cuando ya están de vuelta.

—Mamá, ¿te vienes al cine con nosotros?

—¿No es un plan de amigos?

—A mí no me importa —dice Sebastián y sus ojos me gritan que lo haga.

—Ve con ellos, hija, que hace mucho tiempo que no vas con Jesús al cine.

—Di que sí, mamá.

—Sois tres contra una. ¿Qué vamos a ver?

Salimos de la casa y nos subimos al Opel Vectra que ha alquilado Sebastián para los días que va a estar aquí, que serán un par de semanas.

Conduce hasta Bahía Sur y por el camino van decidiendo qué película veremos, aunque yo no me entero de nada. Estoy demasiado concentrada en cómo debo manejar la situación que estoy viviendo en este momento. Mi amante y mi hijo son amigos, y vamos los tres juntos al cine.

—¿Te parece bien la película que hemos elegido? —me pregunta Jesús.

—La que tú elijas, buena es.

Tras aparcar, entramos en el centro comercial y vamos directos a la taquilla. Pedimos la entradas y Sebastián no nos permite pagar, así que mando rápido a Jesús para que compre las palomitas y los refrescos antes de que decida pagarlos él también.

—¿Qué te pasa?

—¿Tú qué crees? La situación es bastante extraña.

—No pude negarme. Tenía muchas ganas de verme.

—Lo sé, lleva toda la semana recordándome que pronto ibas a venir.

—Lo siento. Debí hablarlo contigo antes de...

—No te preocupes. Vamos a disfrutar de la película y...

—¿Y?

—El niño entre los dos, que quiero que tengas las manitas quietas.

Mis palabras le arrancan una carcajada. Recogemos a Jesús, que ya ha pagado antes de que lleguemos y nos dirigimos a la sala. Casi me da algo cuando veo el cartel de la película que vamos a ver. Debí estar más atenta cuando estaban decidiendo cuál veríamos.



No vuelvo a permitir que elijan ellos la película. Odio las películas de terror, Jesús lo sabe, aunque él no tiene la culpa, fui yo la que dio el visto bueno.

No sé cuántos gritos he podido pegar en la sala, pero me duele hasta la garganta y estoy segura de que esta noche voy a tener sueños terribles.

Son las nueve de la noche y nuestros estómagos piden comida, a pesar de la alarmante cantidad de palomitas que hemos ingerido. Bueno, yo no he comido tantas por el susto de la puñetera película, pero ellos dos sí.

—Mamá, ¿cenamos en McDonalds?

—Cariño, no sé si Sebastián tendrá cosas que hacer hoy. Recuerda que ha venido para estar con su familia.

—No tengo planes —interviene Sebastián, poniéndomelo aún más difícil, cuando de lo único que tengo ganas es de pasar un rato con él. Ese pensamiento me hace sentir mala madre.

—La abuela...

—Ya sé. Llama a la abuela, dile que no haga nada de cenar, compramos la comida y cenamos los cuatro juntos. Anda, mamá, di que sí.

—Yo creo que es una buena idea —secunda Sebastián la propuesta.

—En serio, contra vosotros no se puede luchar, siempre acabáis ganando.

—Gracias, mamá. Entiende que ya no sé cuándo veré a Sebastián otra vez... —Una expresión de apuro se muestra en su rostro.

—¿Qué te pasa?

—Me hago pipí.

—Yo también. Carmela, ¿vas pidiendo tú la comida?

—No, que va a llegar fría a Zahara. Id al baño mientras llamo a mi madre y la encargo allí para recoger.

Sebastián le pone una mano sobre los hombros a Jesús y los veo caminar juntos. No puedo evitar pensar en lo bonito que hubiera sido que esa imagen se hubiera dado entre su padre y él, pero ya nunca será así... Ni siquiera si estuviera vivo, para él dejamos de existir.

Saco el teléfono del bolso y llamo a mi madre, que se muestra más que encantada de que cenemos los cuatro juntos. Miedo me da el día de mañana, cuando me haga todas las preguntas que sé que me va a hacer. Solo espero que no se lo haya contado a la tía Paquita o dejarán en pañales a los del FBI con el interrogatorio.

Encargo la pizza y le pido a Candela que la tenga lista para dentro de media hora, que es más o menos el tiempo que tardaremos en llegar.

Los veo llegar riendo y una sensación de bienestar me embarga. No es la primera vez que veo a mi hijo así de contento, le pasa también con Norbert, pero entre Sebastián y él hay una complicidad diferente.

—¿Qué has pedido? —pregunta Jesús impaciente.

—Pizza de anchoas.

—¡Nooo! —exclaman los dos a la vez y no puedo aguantar más la broma, así que estallo en carcajadas y escucho cómo me maldicen de camino al coche.

A ninguno nos gusta ese ingrediente, lo sé perfectamente, pero solo por escucharlos, ha valido la pena que los dos caminen indignados delante de mí, sin dirigirme la palabra.

Tras media hora de carretera, en la que Jesús se ha quedado dormido y Sebastián me ha dedicado caricias furtivas, aparcamos el coche en casa de mi madre.

Jesús entra y Sebastián y yo vamos andando a recoger la cena, ya que la

pizzería solo está a un par de calles. Giramos la esquina, me acorrala contra una pared, tras comprobar que no hay nadie cerca, y me besa.

—Gracias.

—Pasar la tarde con tu hijo ya me pareció una idea estupenda, pero pasarla los tres juntos ha sido maravilloso.

—Sebastián, esto se nos está yendo de las manos, esto no...

—No digas nada.

Me vuelve a besar y me pierdo en su beso. Sé que esto no va a traer nada bueno, que acabaremos haciéndonos mucho daño, que al menos uno acabará sufriendo, pero es tan bonito...

Andalucía me va a volver loco. Desde que me divorcié me he convencido a mí mismo una y otra vez que no volvería a enamorarme, que no volvería a pasar por lo mismo, que no permitiría que ninguna mujer tuviera la oportunidad de darme otra patada y dejarme con el corazón destrozado...

Y aquí estoy en un pueblo del sur de España, enfrentándome a sentimientos que creí que nunca volvería a sentir, llamando a la puerta de una mujer que me está volviendo loco, que está dándole la vuelta a mi vida.

En cinco días, tengo que volver a casa, y creo que deberíamos hablar sobre lo que está pasando entre nosotros. Necesito decirle lo que siento, saber si ella realmente siente lo mismo, si podemos conseguir que esto evolucione a algo más. Necesito poner un poco de orden en todo esto que ni dormir me deja.

El problema es que no sé si debo hacerlo, Carmela tiene demasiado claro lo que quiere de mí, y no es una relación estable precisamente.

Llamo al timbre y no tarda en abrir. Me sonrío desde la puerta de la casa y eso hace que me olvide de todo, o por lo menos hace que se quede un poquito de lado.

Me recibe un beso que me roba el aliento, se separa de mí y me mira extrañada, como intentando ver dentro de mí.

—¿Qué te pasa?

—Nada. ¿Por qué?

—No sé, estás... ¿raro?

—Estoy bien. Un poco cansado, pero bien.

Mi teléfono empieza a vibrar y lo agradezco. Necesito recomponerme y que no note que hay algo que me afecta.

Miro la pantalla y no reconozco el número. Es de Alemania, de Köln para ser exactos, pero no lo tengo en la agenda. Lo cogeré para salir de dudas.

—*Ja. Ich bin Herr Eisenhower...* —Me llevo una mano a la frente y camino hacia el sofá—. *Ja... Auf Wiedersehen.*

—¿Qué ocurre? Has palidecido, se te ha descompuesto la cara.

—Kathrin se ha suicidado.

—¿Khatrin?

—Mi exmujer.

Veo su cara de asombro y lo entiendo. Creo que a mí se me ha puesto la misma cuando me lo ha dicho la policía por teléfono.

—Voy a tener que regresar a Alemania antes de tiempo. Kathrin me tenía de contacto de emergencia, de hecho, no tenía a nadie más. Tengo que hacerme cargo del funeral, el entierro... Ya sabes.

—Lo entiendo. ¿Cómo estás?

—No lo sé. Pensaba que estaba preparado para este momento, pero siento que se ha roto algo dentro de mí.

—Te entiendo mejor de lo que crees. Yo pasé por lo mismo que tú estás pasando ahora. Sientes alivio y dolor a partes iguales porque fue y siempre será alguien importante de tu vida.

Me abre los brazos y no dudo en aceptar su invitación. Me pierdo en su abrazo y dejo de aguantar las lágrimas que pujan por salir desde que he hablado con el policía.

Me acaricia el pelo, lo besa y consigue que poco a poco me tranquilice. Aunque no quiero separarme de ella, tengo que hacerlo.

—Tengo que cambiar el vuelo para mañana. ¿Me dejas tu ordenador?

—Sí, claro. Está en la habitación de Jesús. Sube mientras te preparo una infusión.

Le hago caso y me dirijo a la habitación del niño. Entro en ella, veo el ordenador y no puedo evitar fijarme en la foto que hay junto a la pantalla. Es un selfie de los tres el día que fuimos al cine. Si no fuera porque sé que no es así, bien podría decirse que somos una familia disfrutando de una tarde cualquiera.

«¡Mierda, mierda y mil veces mierda!», me torturo mientras enciendo el ordenador. Tengo que salir huyendo de aquí, no volver nunca más a este maldito pueblo, olvidarme de Carmela y de todo lo que me hace sentir.

La pantalla se enciende y una foto de Carmela y Jesús haciendo carantoñas hace que dude de lo que he pensado hace tan solo unos instantes. En el fondo, deseo que fuera real, que ellos fueran mi familia, que él fuera mi hijo y ella la mujer que me acompañe en la vida.

Entro en la web de la de la compañía aérea cuando Carmela entra por la puerta con la taza en la mano y me la ofrece. Le doy un pequeño sorbo y agradezco que no esté demasiado caliente, así podré tomarla rápido. Me urge volver al hotel y prepararlo todo. En un rato debería partir para Madrid y las ocho horas de carretera, yendo solo, se hacen muy pesadas.

—¿A qué hora te vas mañana?

—A primera hora de la tarde, antes no hay nada.

—Vale. Entra en la página de Renfe y mira el Alvia de Madrid a San Fernando.

—¿Para qué?

—No pretenderás conducir de noche solo hasta Madrid, ¿no?

—Pero...

—Ya he hablado con mi madre. Venga, entra ya. Toma, aquí tienes mi tarjeta.

Que haga estas cosas, no consiguen que la quiera apartar de mí, sino todo lo contrario. Me levanto de la silla, la beso y decido que más tarde habrá tiempo de sacar su billete... Y, por supuesto, de lamentarse, porque sé que me voy a lamentar, ¡y a lo grande!



En poco más de tres horas, estaré de nuevo en casa. El viaje hasta Madrid ha sido agotador, pero hacerlo junto a Carmela, ha hecho que pudiera sobrellevarlo mejor. Creo que nos hemos conocido más en estas horas que en el año que hace que nos conocemos. Hemos hablado de nuestras infancias, de nuestras anécdotas de adolescentes, de nuestros momentos de universidad, de sus estudios y de cómo tuvo que dejarlo todo de lado por su hijo, de su padre, al que adorará toda su vida, de la valentía de la tal Paquita, de la turbulenta vida amorosa de mis padres, del comienzo de la relación entre Norbert y Manuela, del beso en el hall del hotel... Y del dolor que sentimos cuando nos abandonaron, que para ella fue mucho más duro, se vio sola en el mundo con un hijo de dos años que sacar adelante.

Es una mujer fuerte, buena madre, guapa, divertida, ingeniosa, inteligente... Todo lo que siempre he querido en una mujer, y la quiero, no puedo seguir negándome a ver que la quiero más de lo que desearía.

Y recordando todo lo que ha pasado en el viaje, escucho cómo nos piden que abrochemos nuestros cinturones porque en unos minutos vamos a tomar tierra.

No veo el momento de terminar con esta pesadilla, de enterrar para siempre el recuerdo de Kathrin, de pasar definitivamente esa página de mi vida.

Un empleado del hotel me espera en las salidas. Subo a la parte trasera del

coche, hoy no me apetece hablar con nadie, solo quiero pasar el duro trámite que tengo por delante antes de la incineración e ir a casa. Esto es todo demasiado duro y solo quiero descansar.

Entro por la puerta de la morgue y pregunto en la recepción por el señor que me llamó. No tarda mucho en aparecer el típico forense de la serie CSI: mayor, pelo canoso y pobre, gafas en la punta de la nariz...

Me pide que le acompañe y lo hago en silencio. Entramos en una sala fría donde hay varias neveras que ocupan de pared a pared. En el centro, sobre una mesa, un cuerpo tapado. Nos acercamos a él, me mira y pregunta:

—¿Está preparado?

—Sí. —Lo destapa y mil sentimientos diferentes se agolpan en mi corazón.

Miro el cuerpo sin vida de la que en su día fue la mujer que amé, pero no queda rastro de ella. Tengo ganas de llorar, de maldecir, de gritar, pero no lo hago.

El forense me deja unos minutos a solas con ella. Empiezo a pasear por la sala, no quiero volver a ver su cara, aunque no puedo evitar volver a hacerlo.

Nadie, absolutamente nadie mejor que yo sé cuánto la amé. Tanto que no vi los signos evidentes de que no era amor lo que sentía por mí, que era puro interés, por mucho que todos me lo advirtieran una y otra vez.

Vuelvo a tapar el cadáver, abandono la sala y me dirijo a la entrada. Pido a la chica de recepción que me avisen cuando todo haya terminado. No tengo fuerzas ni ganas de pensar en otra cosa que no sea un baño de agua caliente.

Subo al taxi, le doy la dirección al conductor y miro por la ventanilla, aunque en realidad no estoy viendo nada, mi mente vaga por mi pasado.

El camino se me hace eterno y, al llegar a casa, hago lo que tanto me pedía el cuerpo. Me sumerjo en el agua e intento dejar la mente en blanco, pero no puedo. La imagen de Kathrin muerta, la de Carmela llena de vida...

—No puedo avanzar con ella. Si me duele haber perdido a alguien que ya

no significaba nada en mi vida, el día que ella me deje, cuando me haya enamorado sin remedio, me destrozará. No, no estoy dispuesto a pasar por eso.

Alguien dijo una vez que los fines de semana son para descansar, aunque imagino que tendría a alguien que le limpiara la casa. Aquí estoy, un sábado por la mañana, poniendo lavadoras y limpiando... Y sola, porque mi hijo es muy listo y no ha tardado en quitarse de en medio.

Hace un par de semanas que Sebastián volvió a Alemania. Intenta que no me dé cuenta, pero las cosas han cambiado entre nosotros. Lo noto más frío, más distante. Muchas teorías al respecto han pasado por mi cabeza en este tiempo y espero que la cierta sea que la muerte de Kathrin le ha afectado más de lo que dice. Sigue manteniendo el contacto a diario con Jesús, sin embargo, nosotros hablamos cada dos o tres días.

En parte, agradezco el distanciamiento, porque las cosas entre nosotros ya se estaban poniendo demasiado intensas y, no sé, creo que podría llegar a enamorarme de él. Cosa que rehúyo como si fuera el mayor de los pecados.

Hoy voy a ir a conocer a Harmut Junior —que vaya nombrecito le han puesto al pobre niño—, pero será después de comer, ahora estoy esperando a que llegue Roberto con los batidos que le encargué.

Termino de limpiar el suelo de la cocina y subo a darme una ducha rápida. No quiero que suene el timbre cuando me esté duchando y tenga que salir corriendo, aunque la idea de darle ese recibimiento a Roberto, no me resulta tan mala.

—Aparta esos pensamientos calenturientos de tu cabeza, Carmela —me recrimino en voz alta.

El timbre suena cuando estoy terminando de ponerme la camiseta y bajo descalza lo más rápido que puedo sin matarme en el intento.

—¿Sí?

—Soy Roberto.

Pulso el botón y abro la puerta. Un sonriente Roberto cruza el jardín, enseñándome la bolsa con el encargo. Llego hasta mí y no puedo evitar darle la bienvenida con un suave beso en los labios.

—Entra. Voy a ponerme los zapatos antes de que pille un buen catarro.

—Si vas saliendo, me voy ya.

—No, es que acabo de salir de la ducha.

—¿Y Jesús?

—¿Jesús? En cuanto ha visto que tocaba limpieza, se ha ido a casa de mi madre.

—¡Chico listo!

—¿Quieres un té?

—Yo preferiría otra cosa.

Sus palabras y su mirada lujuriosa me dicen lo que quiere, y un calor asfixiante sube de mi estómago a mi garganta, haciendo que mi corazón se acelere y mi vagina palpite.

Sí, a mí también me apetece otra cosa, y no me lo pienso. Me acerco a él, rodeo su cuello con mis brazos y le pregunto:

—¿Qué quieres?

—A ti.

Deja caer la bolsa sobre el sofá, abraza mi cintura y me besa. Sus labios son suaves y tiernos, al igual que su forma de besar.

Nos separamos y tiro de él hasta mi habitación. Su jersey, su camisa, mi camiseta y mi sujetador vuelan por la estancia. Hago que se siente en el filo de la cama y abre las piernas para que me cuele entre ellas. Su boca se deleita con mis pezones mientras sus manos comienzan a bajarme los pantalones y el tanga. Reparte un reguero de besos por mi abdomen hasta llegar a mi sexo, y entonces lo separo de mí y lo empujo para que se tumbe.

Ante su atenta mirada, me deshago de la poca ropa que me queda y él hace lo mismo. Sus ojos recorren mi cuerpo desnudo y se acomoda en la cama, dispuesto a recibirme entre sus brazos.

Antes de entregarme al placer que sé que Roberto me va a proporcionar, saco un preservativo del primer cajón de la mesita de noche y se lo lanzo. Lo coge en el aire y lo deja a un lado.

Me subo sobre la cama, me tumba y me besa. Abandona mis labios y dedica la misma atención a mi cuerpo. Su lengua se cuela entre los pliegues de mi sexo y atacan mi clítoris. Un gemido se escaba de mi boca al sentir el contacto, y le siguen muchos más hasta que siento que estoy a punto de correrme.

Cojo el condón, rasgo el envoltorio, levanto su cabeza con él en mis manos y le exijo:

—Te quiero dentro de mí, ¡ya!

Sin dudarle, se lo coloca y me penetra de un solo envite.

—¡Joder, Carmela!

Sus embestidas son lentas, pausadas, sabe que la tiene bastante grande como para provocar daño si empieza a un ritmo superior, pero yo necesito más, y se lo hago saber empujando mis caderas contra él.

Me penetra sin descanso y pierdo la razón. Sus golpes son certeros, profundos, pero a la vez delicados, mostrándome en cada uno de ellos lo que le hago sentir.

Me agarro a los barrotes de la cama y disfruto del momento, hasta que un último gemido sale de mi garganta antes de quedarme sin respiración y me corro. Solo necesita un par de embestidas más para correrse él también y siento los espasmos de su polla al bombear el semen.

—Te echaba de menos —dice mientras acerca su boca a la mía.

Lo beso porque no puedo corresponder esas palabras, porque yo no lo he echado de menos, porque el único que provoca eso en mí está a muchos kilómetros de distancia.



Vamos camino de casa de mi madre para recoger a Jesús e irnos a casa de Manuela. Roberto ha insistido en que vayamos en su coche, y lo cierto es que me tiemblan las piernas después de los tres polvos que hemos echado, así que no me he negado.

Mi madre y el niño nos están esperando en la puerta para que no tenga que entrar. Veo la cara de sorpresa de mi progenitora al verme aparecer con él, pero se le quita cuando le enseño por la ventanilla la bolsa que le traigo.

No pensaba bajarme del coche, pero Roberto lo hace y no me queda más remedio.

Mi madre lo achucha como cuando era un niño y comienza con una ristra de piropos hacia su persona. Le pregunta por sus hijos, por cómo le va la vida, le da las gracias por el pedido... Vamos, que le ha faltado meterlo en casa y ponerle un café con bollos por delante.

Consigo despegarlos y emprendemos el camino. Jesús está muy callado y conozco esa cara de mi hijo. Se muere de ganas por preguntarme algo y mucho me temo que tiene que ver con quien va conduciendo.

Nos bajamos al coche al llegar a nuestro destino y mi hijo me aparta de Roberto antes de entrar.

—¿Estáis saliendo? —me pregunta, dejándome totalmente descolocada.

—¿De dónde sacas eso, Jesús?

—Te mira igual que yo miro a Cristina.

—¿Y yo lo miro igual que Cristina te mira a ti?

—No.

—Un momento... Creo que hay algo que no me has contado.

—Esto...

—¿Cristina y tú...?

—A ver, que no estamos hablando de mí.

—Pero vamos a hablar largo y tendido cuando estemos en casa.

—Me voy a quedar en casa de la abuela.

—De eso ni hablar, muchachito. Hoy duermes en casa, tienes muchas cosas que contarme. ¿Novia a los doce?

—¿Entramos? —pregunta Roberto, aguantando a la risa porque imagino que se habrá enterado de la conversación, y veo la cara de alivio de mi hijo al escuchar lo que ha dicho.

La puerta se abre y Jesús entra corriendo. Le da un abrazo a Norbert, otro a Manuela y coge en brazos a Carlota antes de dedicarle unas carantoñas al nuevo miembro de la familia.

Manuela me entrega al pequeño, lo tomo en mis brazos, lo acuno y apaciguo su protesta por haberse separado de su madre. Es precioso, tan rubio como su padre, aunque tiene los ojos de Sebastián, y eso hace que se forme un nudo en mi garganta, que el recuerdo de aquel día en que perdí el hijo que no sabíamos que venía me golpea con fuerza y tengo que aguantar las lágrimas. No puedo evitar pensar en si se habría parecido a él y en cuán diferente hubiera sido mi vida ahora.

Manuela y yo nos sentamos en el sofá y los demás se van a la habitación de juegos que tienen. Al parecer, Norbert ha comprado una videoconsola nueva y van a investigar un poco.

—Es precioso, Manuela.

—¿Estás bien?

—Sí. Es solo que... hace mucho tiempo que no tengo una cosa tan pequeña en brazos —miento.

—Pues nunca es tarde.

—¡Qué cosas dices! Yo no quiero más niños.

—Oye, que no te ha ido nada mal siendo madre soltera.

—Pero es duro.

—Siempre puedes darte una oportunidad con alguien que tengo la impresión de que no le importaría nada...

—¿Cómo?

—¡Ay, Carmela! Que se nota a leguas que le gustas a Roberto, y tengo la impresión de que tú no le haces ascos.

—Pero ¿cómo dices eso, loca? —Esta situación empieza a no gustarme en absoluto.

—Pues es muy buena persona. Ciertamente que ha cometido errores, pero es un buen hombre y ha cambiado mucho. Ya no es tan loco, está más centrado, y adora a sus hijos... Incluso queda de vez en cuando con Elías para jugar al pádel.

—¿Sabes que yo era su niñera cuando tenía diez años? —intento desviar el tema.

—Sí, claro. Te recuerdo que vivimos en un pueblo, que aquí estamos al

tanto de todo lo que ocurre.

—Y tus suegros, ¿cómo están?

—Muy bien. Mañana vienen a pasar unos días con nosotros.

—Pero... ¿no se fueron hace una semana?

—Efectivamente, pero el viejo cascarrabias no puede vivir sin sus nietos. Yo creo que terminarán por comprar una casa Zahara y no volver a Córdoba.

—¡Quién lo diría! Todavía recuerdo cuando Norbert y tú...

—Ya te lo he dicho antes. Hay gente que comete errores, que quizá nunca se perdonen, pero cambian cuando son conscientes de ellos.

El pequeño empieza a llorar y Manuela lo coge. Le toca comer y yo aprovecho para ir a buscar a los demás. Los observo desde la puerta de la habitación. Jesús sigue con Carlota en brazos, haciéndole cosquillas. Seguro que sería muy feliz si tuviera otro hijo, pero ni me lo planteo, no me siento capaz de volver a pasar por todo eso... Y, mucho menos, sola.

Hoy hace tres semanas que Kathrin murió y voy camino de la notaría. Al parecer, dejó unas últimas voluntades y el notario me ha citado porque tienen que ver conmigo. No creo que en los tres años que llevábamos sin vernos, hubiera amasado una gran fortuna... Entre otras cosas porque la causa de la muerte fue sobredosis.

Entro en la sala donde me espera el notario y encuentro junto a él a una mujer que no conozco de nada y a un niño de unos dos años. Hago el intento de salir porque imagino que me he equivocado de sitio, pero el hombre me frena.

—¿Herr Eisenhauer?

—Sí.

—Siéntese, lo estábamos esperando.

Hago lo que me pide sin entender nada de lo que está pasando. Empieza a leer los formalismos de rigor y me entrega una carta, pidiéndome que la lea antes de continuar.

Hola, Sebastián.

Sé que te extrañará todo lo que está pasando, y espero que algún día puedas perdonarme.

En todo este tiempo que hemos pasado sin vernos, te he odiado, no lo puedo negar, aunque más me he odiado a mí misma por no haber sabido amarte como te merecías.

Son muchos los errores que he cometido en mi vida, el último lo tienes delante de ti, aunque también el más bonito. El que me ayudó a salir del

pozo durante un tiempo, hasta que supe que el SIDA ya estaba a punto de acabar con mi existencia. Ese día, decidí que lo mejor era no seguir existiendo, que no era justo que mi hijo atesorara recuerdos de su madre moribunda. Sí, ese pequeño que tienes delante es el único legado que queda de mí.

El día que supe que crecía dentro de mí, quise llamarte, pedirte ayuda, pero no era justo. Ya habías hecho demasiado por una mujer que nunca te amó y destrozó tu corazón, aunque cometí una locura más que sé que me perdonarás.

Cuando el niño nació, yo estaba sola, ni tan siquiera sabía quién era el padre; fueron muchos los hombres que pasaron por mi cama.

Tiré de contactos, moví algunos hilos, y los registré como hijo tuyo. Te conozco, sé que no le darás la espalda y que serás el padre que necesita.

Si estás leyendo esto, es porque he tenido el valor suficiente, porque me he metido la última dosis y he acabado con todo.

Solo me queda decirte adiós, lo siento y gracias.

Espero que algún día encuentres a la mujer que te merezca y te haga feliz.

Te quiero,

Kathrin.

Con la carta aún en las manos y llorando como nunca lo había hecho, miro al pequeño que tengo delante de mí. Empiezo a hiperventilar y tengo que aflojar el nudo de la corbata.

La señora que está junto al niño se acerca a mí y me abanica con una carpeta. Seguro que ella está al tanto de lo que dice la carta y el notario también porque acude rápido con un vaso de agua.

El pequeño baja de su silla y se acerca a nosotros. Me toca el brazo, lo miro y veo los ojos de su madre, cosa que no ayuda a que me sienta mejor.

—*Weinen Sie nicht.*

«No llores», me pide que no lllore y se le ve asustado. Por él aguanto las lágrimas y recobro un poco la compostura, aunque por dentro me siento hecho añicos.

Cada cual vuelve a su silla y el notario me muestra el acta de registro del niño. Entonces conozco su nombre y sé que no voy a poder darle la espalda: Sebastián.

El notario continúa hablando, pero no lo escucho, estoy demasiado impactado con todo lo que acaba de pasar. Todo esto es más de lo que hubiera podido imaginar cuando crucé la puerta de la notaría, ni en toda mi vida.

—Pues eso es todo —dice el notario, sacándome de la vorágine de sentimientos que me tienen absorto—. Como acabo de decirle, ahora tendrá que acordar con ella el día que le entregará al niño.

Nos deja a los tres solos en la sala y la mujer, de la que todavía no conozco el nombre, se acerca a mí.

—¿Se encuentra bien?

—No.

—Es normal. Se lo advertí muchas veces a Kathrin, incluso me dijo que ya lo había hablado con usted, pero veo que no fue así.

—Puede tener claro que es la primera vez que tengo conocimiento de todo lo que se ha hablado aquí. ¿Cómo se llama usted? ¿Qué relación tiene con el niño?

—Me llamo Ivonne y era amiga de Kathrin. Fui yo la que la ayudó a salir de...

—Era seropositiva, el niño...

—El niño no se contagió. Está completamente sano.

—¿Y qué hago yo ahora con un niño de dos años?

—Si no quiere hacerse cargo de él, lo entiendo. Mi marido y yo estamos dispuestos a adoptarlo, aunque no es lo que Kathrin hubiera querido.

—Necesito pensar...

—Tómame unos días, Sebastián va a estar bien con nosotros. Apunta mi número de teléfono y llámanos cuando hayas decidido qué hacer.

Salgo de la notaría, me subo al coche y apoyo la frente contra el volante. Mi vida ha dado un giro que no esperaba y en mí está que ese giro sea completo o no. Estoy confundido y necesito gritar la rabia que tengo en este momento. Creo que Kathrin estaba equivocada, porque veo muy difícil que algún día pueda perdonarle esto.

Respiro hondo y conduzco hasta el hotel. Alguien intenta pararme para decirme algo, pero yo solo quiero llegar a mi despacho, encerrarme y llamar a la persona que mejor me comprenderá en este momento. En estas tres semanas e intentado poner un poco de distancia entre nosotros, aunque en este momento la necesito más que nunca.

Mi secretaria intenta hablarme, la ignoro y le pido que nadie me moleste hasta nueva orden. Entro, cierro, me siento en mi escritorio y cojo el móvil.

—Hola, ¿pasa algo? —El rostro de Carmela se refleja en la pantalla y siento una tranquilidad instantánea.

—Hola... —No puedo decirle nada más, las lágrimas no me lo permiten.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué lloras? Sebastián, para, por favor, me estás asustando.

—Perdona... Estoy bien, no me pasa nada.

—Entonces, ¿por qué estás así?

—Acabo de llegar de la notaría. Kathrin había dejado unas últimas voluntades y requería que yo estuviera presente...

—¿Y?

—Tengo un hijo, así, de buenas a primeras...

—¿¡Cómo!?

—¡Y no es mío!

—O te explicas mejor o no lo entiendo.

—Al parecer, se quedó embarazada de alguien que ni ella misma sabía quién era. Cuando el niño nació, hizo constar en el registro que el niño era mío... ¡Joder, Carmela, tiene mi apellido!

—¡Hostias!

—¿Cómo voy a hacerme cargo de un niño de dos años? ¡Esto es de locos!

—Pero...

—Lo hizo porque sabía que yo no le iba a dar la espalda, pero esto es una locura.

—¿Con quién está el niño ahora? ¿Lo tiene asuntos sociales?

—No, está con una amiga de ella, la que la ayudó a salir de la droga. No fue una simple sobredosis, se suicidó.

—¡Madre mía!

—No sé qué hacer, estoy confundido. Esta chica me ha dicho que, si no me quiero hacer cargo, su marido y ella están dispuestos a adoptarlo, y...

—Mírame. Los dos sabemos que tú ya has tomado la decisión. No te voy a decir que esto va a ser un camino de rosas, porque no lo será, lo sé de buena tinta, pero si yo pude, tú también.

—Tiene sus mismos ojos, me va a recordar cada día a su madre.

—No busques más excusas, Sebastián. Te conozco más de lo que crees, ese corazón que tienes en el pecho no va a darle la espalda a ese niño, y sé que lo querrás como si fuera tuyo. Además, no estás solo. Tienes a tu familia y me tienes a mí, que te voy a apoyar y aconsejar en cada paso.

—Lo sé...

—Si me lo pides, ahora mismo cojo un avión... *Ufff...* Sí, cojo un avión y mañana me tienes allí. —La decisión con la que ha pronunciado esas últimas palabras me abruma, sé que le tiene un pánico terrible a volar.

—¡No, por Dios! Que ya lo que me faltaba es que te diera un infarto en pleno vuelo. —Se ríe con mis palabras, pero al instante se pone seria.

—Por ti, lo haría.

Hablamos durante diez minutos más, hasta que la puerta de su despacho se abre y entra Carlos con su habitual locura. Nos despedimos y quedamos en llamarnos esta noche.

Esta mujer tiene el superpoder de tranquilizarme y siento que he hecho bien en llamarla. Tiene razón, la decisión estaba tomada antes de salir de la notaría y ella me ha hecho ver que no era algo descabellado.

Durante unos minutos más, miro al techo, intentando no pensar en nada, pero las tres únicas palabras que he cruzado con el pequeño y su mirada triste no me lo permiten, e incluso consiguen que se dibuje una sonrisa en mi cara.

Vuelvo a la realidad y decido llamar a mis padres. No sé cómo les va a sentar que haya aparecido un nieto de la nada, aunque no me importa, la decisión está más que tomada: desde hace unas horas, soy padre.

—Hola, cariño, ¿cómo es que nos llamas a estas horas?

—Ha pasado algo que no sé si os va a gustar o no.

—Mientras no me digas que has quebrado la compañía... —dice mi padre de fondo.

—No sé si será peor.

—No me asustes, Sebita.

—Mamá... —Me exaspera ese diminutivo—. A ver, ¿estáis sentados?

—Sí.

—Acabo de saber que soy padre.

Llevo casi un año ansiando este momento, un año sin sentir físicamente a Sebastián, aunque hablamos a diario.

Desde que el destino le golpeó entregándole un hijo, su vida ha cambiado por completo, y ya no tiene la libertad de movimiento que tenía antes. Sin ir más lejos, este verano planeamos una escapada a Madrid, pero el pequeño se enfermó y tuvimos que cancelarla. Después llegó la vuelta al cole y se vio atado de pies y manos.

Hoy, cinco días después de que Manuela y Norbert se hayan ido a pasar la Navidad a Nueva York, regresa a este pueblo que se supone que odia, aunque los dos sabemos que le encanta.

Sus padres llevan aquí una semana, y son varios los cafés que he compartido con María. Esa mujer es una gran persona y no hay día que no me repita lo agradecida que está por estar ayudando a su hijo a sobrellevar la situación, por aconsejarle y no soltarle la mano. Después de dos años, hemos conseguido convencerla de que solo somos amigos, mas no cesa en su empeño de que seamos algo más.

Al principio, me incomodaba bastante cada vez que sacaba el tema, pero ya me he acostumbrado a escucharlo de su boca, tanto que hay días en los que me planteo que no sería una locura, pero después vuelvo a poner los pies en la tierra. Sebastián no está enamorado de mí, y yo tampoco lo estoy de él. Que tenemos una relación muy estrecha, sí, que pasamos ratos increíbles cada vez que nos vemos, también, sin embargo, no creo que eso sea amar a una persona, y no quiero volver a equivocarme.

La mañana se me está haciendo eterna. Las horas no pasan y yo estoy deseando que den las tres para irme a casa y tumbarme en el sofá, aunque esta

tarde tengo que ir a comprar los regalos de Navidad y Reyes de Jesús... Los de él y los de Cristina. No me puedo creer que con trece años recién cumplidos ya tenga un noviazgo tan formal.

Doy un salto de la silla al abrirse de golpe la puerta de mi despacho. María entra como un huracán y la felicidad de su rostro me arranca una sonrisa.

—Carmela, ya están aquí Sebastián y mi nieto.

—¿Ya han llegado?

—Corre, ven a conocerlo. Ha crecido muchísimo desde que lo vi hace un par de meses. Tú solo lo has visto por teléfono, ¿verdad?

—Sí, lo veo casi a diario.

—Pues si no tienes nada que hacer, venga, vamos.

Me levanto de la silla a toda velocidad y la sigo por los pasillos del hotel hasta llegar al hall. Freno en seco cuando estoy delante de Sebastián y siento cómo mi corazón amenaza con salirse de mi cuerpo.

Ya está aquí, ya voy a poder abrazarlo, besarlo y perderme en un mar de lujuria en cuanto estemos solos. Me pierdo en su mirada cuando es consciente de que he llegado y parece que el mundo no existe a nuestro alrededor. Se acerca a mí, se para a solo un par de pasos y ya nos da igual quién esté pendiente de nosotros, dejamos que nuestros cuerpos sientan el contacto que tanto ansían, nos fundimos en un abrazo que casi consigue que se me salten las lágrimas, que no tardan mucho en ganar la batalla cuando soy consciente de que las tuyas ya bañan su rostro.

No sé si han sido segundos o minutos los que hemos pasado abrazados. Nos separamos, me sonrío, toma mi mano y tira de mí.

—Ven, quiero que conozcas a mi hijo.

El pequeño está en brazos de su abuelo, que le hace cosquillas consiguiendo que ría a carcajadas. Me acerco a él y no duda en tirarse a los

míos.

—*Hallo, Sebastián. Wie geth's?*

—Carmela, guapa. ¿Y Jesús?

—¿Hablas español?

—Si no lo hablara, sé de cierta abuela que me mataría —responde Sebastián a mi pregunta y se lleva una colleja de su madre—. En casa le hablo en español y también está recibiendo clases. Todavía no lo domina bien, es lógico, solo tiene tres años, pero aprende muy rápido. —Me llena de alegría ver el orgullo que siente por el niño en su rostro.

—Bueno, vuelvo al despacho que tengo que hacer algunas cosas antes de que termine la mañana.

—Mamá, ¿te quedas con Sebas? Yo tengo que ver a Daniel antes de ir a Cádiz, que tengo que comprar unas cositas.

—Claro que sí, cariño. Carmela, vamos a ir a comer a la venta que está a la salida del pueblo y me encantaría que vinieras con Jesús.

—Bueno, no sé...

—Seguro que al niño le va a hacer mucha ilusión conocer al pequeño.

—Ya, pero no sé si mi madre ya habrá preparado la comida.

—Pues que la deje para mañana y se venga ella también —dice Harmut, dejándome totalmente descolocada—. Así nos echáis una manita con los tres niños, que Carlota es una *polvoguilla*. —Intento aguantar la risa al escuchar la palabra.

—Vale. Luego nos vemos.

Me despido de ellos y salgo corriendo hacia la puerta que hay detrás de la recepción, que da a los pasillos de personal. Una vez la cruzo, y ante la atenta mirada de Sebastián, arranco a reír a carcajadas.

—Carmela, que te va a dar algo —me dice mientras avanzamos.

—Ya sé de quién has sacado tu problema con las erres españolas.

—¡Eres mala, Diablilla!

Entro en mi despacho seguida por él, me apoyo en la silla que hay delante de mi escritorio y recobro la compostura. Lo observo apoyado en la puerta y me acerco.

—Bésame ya, Capullo.

—Si lo hago, no podré parar hasta correrme dentro de ti.

—Echa el pestillo.

Me hace caso y entre besos avanzamos hasta la mesa. Le desabrocho la correa y el pantalón mientras él baja la cremallera de mi uniforme, que va desde el escote hasta el filo de la falda. Lo abre, me observa de arriba abajo y sé que le gusta lo que ve.

—¿Cómo puedes venir a trabajar tan sexi?

—Sabía que esto iba a pasar, me lo he puesto para ti.

—Espero que tengas otro tanga en el bolso —dice mientras saca la navaja del bolsillo de su pantalón.

—¿Lo dudas?

—¡Oh, Dios! No voy a durar un suspiro. ¡Siete meses sin echar un polvo!

—¿Y Elke?

—Luego te cuento. Ahora no me entretengas más que tengo que ir a comprarte un corsé nuevo para esta noche.

Rasga los laterales del tanga y lo deja caer al suelo al tiempo que él se arrodilla. Su lengua se cuela entre los pliegues de mi sexo y lame mi clítoris

arrancándome un gemido que tengo que expresar en silencio. Introduce dos dedos en mi vagina y marca un ritmo infernal que me lleva al orgasmo en muy poco tiempo.

Se levanta, se cuela entre mis piernas, haciendo que lo rodee con ellas y me penetra de una sola estocada. Me embiste buscando su propio orgasmo y otro mío con su dedo pulgar, y lo dejo hacer, porque el sexo con Sebastián es diferente, y no creo que ningún hombre pueda nunca hacerme sentir igual.

Lo consigue, hace que vuelva a correrme y lo arrastro conmigo, sintiendo cómo me llena una vez más, haciéndome ver cuánto he echado de menos este momento entre nosotros.

Sale de mí y me ayuda a incorporarme. Me abraza, acaricia mi pelo y me besa. Un beso cargado de una ternura y un cariño que nunca había sentido de una forma tan intensa por parte de él, que me llena el corazón y me aterra a partes iguales, pero que me encanta.

—No te puedes hacer una idea de cuánto te necesitaba.

—Y yo a ti.

Nos fundimos en un nuevo beso hasta que el teléfono de mi escritorio suena. Contesto mientras él sube la cremallera de mi uniforme y besa mi cuello.

—Ahora subo y aviso a mantenimiento.

Cuelgo y lo observo mientras se termina de colocar bien la ropa. Me mira esperando a que le cuente que ocurre, por qué nos han interrumpido.

—Un grifo roto.

—¡Vaya! Y usted follando con el suplente del director...

—No me hagas reír que cierto fluido va a salir disparado y me voy a poner perdida. Me voy al baño, cierra la puerta al salir.

Paso por su lado, me para y me da un último beso.

—Te veo luego.

Salgo del despacho con el tanga en el bolsillo, voy al baño rápidamente y llamo a mi madre camino de la habitación.

—Hola, Carmencita.

—Mamá... Escúchame, ¿has preparado ya la comida?

—No, hoy tenemos filete de ternera y ensalada.

—Pues guarda la carne para mañana. Los padres de Sebastián nos han invitado a los tres a comer.

—¿Ya han llegado Sebastián y el niño?

—Sí, mamá, es precioso.

—¡Qué ganas tengo de conocerlo!

—Os recojo en tu casa cuando salga de trabajar.

—Está bien, cariño. Jesús se va a volver loco.

—Te dejo que tengo un grifo roto.

Tras despedirnos, colgamos y le doy el aviso a Gabriel para que suban a arreglar el grifo. Parece mentira que el padre de Daniel ya lleve trabajando más de un año en el hotel, y con un contrato indefinido. Nadie como Norbert para cuidar a los trabajadores.

Guardo los teléfonos y me dispongo a entrar en la habitación. Espero que esto no nos lleve mucho tiempo o llegaré tarde para comer...

«¡Qué locura! Comida con la familia de un hombre que solo es mi amante...», pienso mientras entro a ver el estropicio que tenemos por delante.

Entro en la tienda de lencería donde siempre compro a Carmela algún regalo. Mónica y Laura me sonrían y vienen raudas a saludarme. Son tan simpáticas que me alegran el día solo con verlas.

—¡Sebastián! —exclaman las dos a la vez.

—¿Cómo estáis, chicas?

—Muy bien, ¿y tú? ¿Para cuánto tiempo vienes, nene? —Me encanta cuando Laura me dice Nene, me hace sentir más joven.

—Pues para un par de semanas porque después mi hijo tiene que volver al colegio. El día después de Reyes nos vamos.

—¿Tienes un hijo? —pregunta con sorpresa Mónica.

—Sí. Bueno..., es complicado. Pero, sí, tengo un hijo de tres años. A ver, qué tenéis por ahí para regalarle a Carmela.

—Han llegado unos conjuntos... Son preciosos. Voy a ir sacando...

—Mónica, recuerda que Carmela ha bajado media talla —le grita Laura.

No me había fijado en eso hace un rato, pero tiene razón, está más delgada. Ahora recuerdo que hace unos meses me dijo que había empezado a correr de nuevo.

Mónica sale del almacén con varias cajas que deja sobre el mostrador. Empieza a abrirlas, pero le pido que pare porque ya he encontrado el perfecto para Carmela.

Un corsé negro, con las varillas rojas, unos pequeños volantitos de encaje en el mismo color, tres lazos y la parte del pecho de tela, perfecto para acceder a ellos y hacerla disfrutar cuando mi lengua y mis dientes jueguen con sus pezones.

—Me llevo este. Quiero medias a juego y más de un tanga —les guiño un ojo y ellas sonríen con picardía.

Salgo de la tienda con la bolsa en la mano y una sonrisa en la cara. Esta noche pienso disfrutar de ella de todas las maneras posibles, no sé cuándo nos volveremos a ver, y, aunque me cueste reconocerlo, se está convirtiendo el algo más que un rollo esporádico para mí. Y no sé si eso me alegra o me cabrea. Mi actual situación es bastante complicada como para que se vuelva más loca por culpa del amor.

«Loco estoy yo por tan siquiera plantearme tener algo más, como no se ha complicado suficiente mi vida...», aparto ese pensamiento y pago el parking.

Miro la hora y veo que voy bien de tiempo. Menos mal, porque cada vez hay más radares por San Fernando.

En la radio suena la canción que bailé con Carmela en la boda de Norbert hace dos años... Dos años que han dado mucho de sí y que han girado entorno a ella.

Llego a la venta cuando el reloj marca casi las dos y media, en el mismo instante en que Carmela también lo hace con Jesús y su madre.

Me bajo y mi amigo corre hacia mí. Nos fundimos en un abrazo que dura hasta que la abuela llega para saludarme.

—Jesús, no sigas creciendo que me vas a alcanzar, y eso que yo soy alto. ¿No ha venido Cristina?

—No, este fin de semana le toca con su padre y la ha recogido en el instituto. ¿Y Sebas?

—Pues... —Echo una ojeada antes de seguir hablando—: Tienen que estar

dentro porque ahí está el coche de mi padre. —Sale disparado y Lola y yo nos quedamos mirándolo.

—¿Cómo estás, corazón?

—Muy bien, Lola. ¿Cómo está usted?

—¿Después de tanto tiempo me sigues hablando de usted?

—Perdona, no lo puedo evitar.

—Yo estoy bien. Con algunos achaques, pero bien. Me voy a buscar a mi nieto y a tus padres, que yo también tengo ganas de conocer al pequeño.

—Señora Gobernanta, ha salido usted antes de su hora.

—Sí. Es que tengo enchufe y el dueño de la cadena me dio permiso para salir antes —me dice guiñándome un ojo.

—¿Tiene que volver esta tarde al hotel?

—No. Después de comer me voy a casa y esperaré a que esta noche venga a una reunión muy importante el director suplente.

—Cierto... Y en el maletero tiene un nuevo uniforme que está seguro de que le quedará muy bien.

—Interesante...

Miro a nuestro alrededor, veo que no hay nadie que nos pueda descubrir, la abrazo y le robo un beso.

—¿Tienes lubricante en casa o paro a comprar antes de ir?

—No me preguntes esas cosas que soy capaz de encerrarte en el baño del restaurante.

—¡Joder, Carmela! Haz el favor de entrar, que yo ahora mismo no puedo.

—Vale —contesta, aguantando la risa—. Y, sí, tengo dos botes de lubricante.

La veo marchar y recoloco mis pantalones. No me apetece que mi madre me suelte cualquier cosa, delante de todos, si se da cuenta de la erección que llevo.

Entro en el restaurante y mi padre me hace señas para que sepa dónde están, aunque no es necesario porque es la única mesa grande que hay.

Me acerco y veo la encerrona, que tiene que ser cosa de mi madre. El único hueco libre que queda está entre Carmela y ella, y mucho me temo que la comida va a ser de todo menos tranquila.

—Papá, pipí —me dice Sebas antes de sentarme.

Veo alejarse cogidos de la mano a Sebas y a Jesús. Vuelvo la cara hacia Carmela y ella también los observa con cierta nostalgia en sus ojos. Estoy seguro de que, si su vida hubiera sido diferente, Jesús no sería hijo único.

—Han hecho buenas migas —me dice mi madre en voz baja—. Igual que tú y Carmela, aunque creo que las migas vuestras son muy diferentes.

—Mamá...

—Fui a buscarte a tu despacho justo después de irte del hall del hotel y no estabas...

—Estaba en el servicio.

—Me fui a los quince minutos y no habías llegado.

—Me entretuve hablando con Gabriel, se había roto un grifo.

—¡Ah, vale! Por un momento pensé que estabas en el despacho de Carmela «hablando».

—Mamá, por favor. Para ya, que te pueden escuchar.

La conversación se da por zanjada y agradezco que se hubiera averiado un grifo en una de las habitaciones, me ha servido para salir indemne del interrogatorio de mi madre.

Los niños vuelven y empezamos a comer. Finalmente, todo ha sido más tranquilo de lo que esperaba. Nos están sirviendo el café cuando mi padre pide nuestra atención.

—Bueno, mis hijos Norbert y María ya lo saben, pero ni mi mujer ni Sebastián están al tanto.

—¿Qué has hecho, papá?

—He comprado un terreno en Chiclana, en el Novo Sancti Petri, y vamos a construir un nuevo Resort.

—¿¡Cómo!?! —Si llego a haber estado dando un sorbo al café, habría salido despedido de mi boca.

—¡Harmut! —dice mi madre igual de sorprendida que yo.

—Sí. María ya ha entregado el proyecto al área de Urbanismo del ayuntamiento de Chiclana y estamos esperando la licencia de obra. Por lo que ha podido averiguar Roberto, en unos días nos la entregarán.

—¿María? Pero ¡si la niña está en Miami!

—Sí, María, pero llega mañana y se quedará hasta que el hotel esté terminado.

—¡Ay, mi niña! ¡Que viene mi niña!

Mi madre se levanta llorando y abraza a mi padre. Desde luego, la sorpresa ha sido brutal y la felicidad de mi madre le va a dar muchas alegrías a mi progenitor.

—Y hay algo más que solo sabe mi mujer. —Le acaricia la cara y siento envidia del amor que se profesan—. Díselo, María.

—Nos mudamos a Zahara. Hemos comprado una casita cerca de la casa de Lola.

—¿Sois vosotros los que habéis comprado la casa de Pepita?

Eso era algo de lo que estaba seguro de que pasaría tarde o temprano, y más si mi hermana viene para pasar una temporada en Cádiz.

Mi madre ya estará soñando con que mi hermana se quede a vivir en España, pero si ya es complicado que yo lo hiciera, mucho más que lo haga ella. Salió huyendo de Alemania cuando mi padre todavía era un hombre más bien tirano... Nada que ver con el que hoy está abrazando a mi progenitora y a mi hijo. Manuela fue la que consiguió que cambiara, y se lo agradeceremos eternamente.

—¿Queda alguna sorpresa más? Porque me da miedo darle el primer sorbo al café, puedo bañaros a todos.

—Por nuestra parte ya no queda nada —dice mi madre.

—Pues yo, sintiéndolo mucho, os tengo que dejar. El deber me llama.

—Está bien, hijo. No te preocupes por Sebas, que nosotros nos hacemos cargo...

—Sebastián —me llama Jesús—, ¿puede venirse Sebas a casa de la abuela?

—Eso deberías preguntárselo a ella.

—¿Abuela?

—¡Claro que sí! ¿Con quién va a estar mejor que con nosotros? Además, tus padres ya tienen bastante con Carlota y Junior.

Sonrío y asiento con la cabeza antes de dirigirme a Carmela.

—Acompáñame, voy a darte la silla del coche.

Carmela me sigue en silencio y puedo ver que la situación no le gusta mucho. Entiendo que las cosas se están dando de una forma que ninguno de los dos esperábamos, que nuestras familias están más unidas de lo que deberían, pero es algo que debimos parar hace tiempo y que ya no tiene freno posible.

—Si no quieres que Sebas vaya a casa de tu madre, puedo inventar cualquier excusa.

—No es eso... No sé, tendré el día tonto.

—Es todo demasiado intenso, ¿verdad?

—Sí, pero mi hijo dice que eres su mejor amigo, y ninguna madre puede luchar contra un mejor amigo.

—Para mí también es muy especial, aunque creo que la madre lo es bastante más.

—¿Cuánto más? —pregunta, acercándose a mí y acariciando mi entrepierna.

—Esta noche te lo demostraré.

—No trabajes demasiado, te quiero al cien por cien.

—¿Te cuento un secreto? —Asiente en señal de respuesta—. Desde que soy padre, no he vuelto a dormir una siesta...

—¡Serás mentiroso!

—Un poquito.

—¿Y por qué no la duermes en mi casa?

—Porque no dormiría, y lo sabes.

—Tienes razón... Duerme, porque esta noche no vas a pegar ojo.

—Creo que voy a tener que darme una ducha antes de acostarme. Coge la

silla ya y vuelve con los demás o seré yo quien te encierre en el baño del restaurante.

Entre risas colocamos el asiento en su coche y la veo entrar en el restaurante. Me subo al mío y parto hacia el hotel. No, no voy a dormir la siesta en su casa porque necesite descansar, sino porque necesito digerir todo lo que han contado mis padres en la comida y poner un poco de orden en mi cabeza. Por un momento, he llegado a pensar en que yo podría dirigir ese hotel, en que podría vivir aquí para siempre, junto a esa mujer que me calienta como nadie y que me hace sentir cosas que no sé si quiero volver a sentir.

El timbre de la puerta de la calle suena y no necesito preguntar quién es. Su forma de llamar me lo dice. Pulso el botón y abro la puerta de la casa.

Llega hasta mí sonriente y me mira de arriba abajo con esa mirada que tanto me calienta. Entra y casi no tengo tiempo de cerrar cuando me abraza por detrás y besa mi cuello, haciendo que ronronee sobre sus labios.

—¿Has dormido bien?

—Muy bien. La siesta es el mejor invento de los españoles. Llevas mucha ropa, ¿no crees?

—Solo tengo puesto el batín. —Me gira, haciendo que estemos uno frente al otro.

—Quítatelo, quiero vestirme —me susurra, enseñándome la bolsa de la tienda lencería.

Me muerdo el labio y sonrío. Me encanta que lo haga, sentir sus manos vistiendo mi cuerpo, los nudillos de sus dedos acariciando mis piernas cuando me sube las medias, sus besos...

Deshago el nudo del batín, lo dejo resbalar por mis brazos hasta que cae al suelo. Tomo su mano y tiro de él hasta mi habitación. Entramos, me tumbo en la cama y él se desnuda, quedando vestido solo con los boxes negros.

«Adoro ese cuerpo, pero más a lo que se esconde debajo de ese trozo de tela», mi mente está demasiado expectante y no puedo pensar en otra cosa que no sea eso.

Se arrodilla en la cama y deja la bolsa a un lado tras sacar las medias

rojas. Suspiro porque sabe que con ese color me siento poderosa.

Coge uno de mis pies, lo besa y continúa el camino con sus labios hasta llegar al sitio donde probablemente caiga la liga de la media y vuelve sobre sus pasos. Toma una de ellas, la arruga hasta llegar a la punta y comienza a deslizarla suavemente por la pierna, dejándola perfectamente puesta. La otra pierna corre la misma suerte y no puede evitar sentirme muy excitada.

Una vez colocada la segunda, sus labios se posan sobre mi depilado Monte de Venus. Un tierno beso, sentir cómo lo olfatea, su lengua lamiéndolo... Y no puedo parar un jadeo que hace que su mirada se vuelva más oscura de lo que por sí es.

Mete mis pies en el diminuto tanga y lo sube hasta donde la postura le permite. Me mira, me sonrío.

—Levanta ese culito.

No dudo ni por un instante en hacerle caso y hago lo que me pide. Alzo las caderas, dándole el acceso que necesita.

—Levántate de la cama. Lo siguiente no hay forma de colocarlo tumbada.

Se baja él primero y me tiende una mano para ayudarme. Lo hago y me regala un beso que hace que me tiemblen hasta las pestañas. Este hombre es puro fuego y no me importaría arder con él en el infierno.

—Cierra los ojos.

—Me das miedo —le respondo divertida.

—No mientas, no es eso lo que provoca esta situación en ti. Levanta los brazos.

Hago ambas cosas y lo dejo hacer. Siento la tela entrar por ellos y el sumo cuidado que pone en no hacerme daño en los pechos con las varillas del corsé.

—Ya puedes bajarlos, pero no abras los ojos todavía.

No puedo negar que la situación, el no poder visualizar el momento, hace que todo sea mucho más intenso.

Mete mis manos por lo que deduzco que serán unos tirantes y mis sospechas se confirman cuando siento la tela que cubre mis senos. Hace que me gire y noto cómo empieza a apretar el lazo que cierra el corsé por detrás.

—¿Demasiado apretado?

—No, está perfecto.

Hace el lazo, toma mi mano, me mueve por la habitación y sé adónde me lleva. Quiere que me vea en el enorme espejo que hay en una de las puertas de mi ropero.

—Abre los ojos, quiero presentarte a la mujer más bonita que he conocido nunca.

—¡Oh, Dios mío! ¡Es precioso!

Lo miro y lo remiro, me giro un poco para poder ver la espalda, el lazo que lo cierra y me encanta, me chifla, y me siento como si fuera mi segunda piel.

Me abrazo a su cuello y él rodea mi cintura. Acaricio su cara, me pierdo en la oscuridad de sus ojos y siento la terrible necesidad de dejarme llevar por todo lo que mi corazón empieza a sentir. Y digo dos palabras que jamás pensé que saldrían de mi boca.

—Te quiero.

Y lo beso, porque no estoy segura de querer escuchar una respuesta que me pueda hacer mucho daño. Abrazados, llegamos a la cama y se tumba encima de mí.

Separa sus labios de los míos y me mira a los ojos.

—Yo también te quiero, como nunca he querido a nadie, pero...

—Tshhh. Hagamos que sea real, aunque solo sea esta noche.

—Tus deseos son órdenes.

—Saca la navaja, creo que la vamos a necesitar.

Y no hay más palabras. Nos besamos, nos devoramos, nos entregamos el uno al otro como nunca lo habíamos hecho y nos queremos, aunque los dos sepamos que esto solo va a hacernos mucho daño.



Sé que suena cliché, pero esta ha sido la mejor noche de toda mi vida. Los dos sabemos que es real lo que hay entre nosotros, que nos queremos, pero sigue habiendo algo que no termina de hacer que conectemos. Los dos tenemos reservas, miedo, desconfianza y dos personas que dependen de nosotros a las que no queremos hacer daño.

Han dado mucho de sí las diez horas que hemos pasado entre las sábanas: hemos hecho el amor, reído, discutido, llorado, el amor unas cuantas veces más, rajado tangas, sábanas, corbata... Vamos, que no ha tenido desperdicio, aunque ha habido una cosa que me dejó muy mal sabor de boca y me dio muchísima pena.

Elke ha pasado de ser la chica con la que follaba Sebastián, a ser la cabrona del siglo. La muy perra, en cuanto vio que para él era más importante su hijo que cualquier otra cosa, le dijo que no quería volver a saber más de él. Aunque sé que le alivió bastante que pasara porque se estaba poniendo bastante intensa, me dieron ganas de coger un avión, plantarme en Köln y arrastrarla de los pelos. Creo que por eso no me lo contó por teléfono y ha esperado a vernos en persona.

La discusión surgió cuando apareció el nombre de Roberto en una conversación. Celoso es poco para cómo estaba, jamás creí que se pondría así, y eso hizo que saliera mi carácter endiablado. Se atrevió a decirme que no volviera a acostarme con él, como si él tuviera el poder de decisión en eso. Yo nunca le prohibí que se acostara con Elke ni con ninguna otra, porque entre

nosotros sigue sin haber nada. Sí, hemos pasado una noche maravillosa, pero ninguno de los dos está decidido a tener algo más. Así que le dije que se fuera, que no iba a soportar esa actitud, que no me importaba que se follara a quien le diera la puta gana y acabamos echando un polvo de campeonato.

—Ni discutir sabemos. Con lo importante que es eso en una pareja...

—¿Qué pasa? —pregunta todavía con los ojos cerrados.

—Sigue durmiendo.

—¿Qué hora es?

—Las diez.

—No puedo seguir durmiendo, le he prometido a Sebas que iríamos a la pista de hielo que ponen en Jerez.

—Apenas has dormido un par de horas, no puedes conducir así, y la pista seguirá ahí mañana.

—Tengo hambre.

—¿Quieres una tostada?

—Quiero *chugos*.

—¿*Chugos*? ¿Quieres *chugos*? ¡Ay, que me da!

Un ataque de risa brutal se apodera de mí y, de verdad, creo que esto no puede ser bueno tan temprano y habiendo dormido tan poco.

Veo cómo Sebastián se tapa la cabeza con la almohada y lo escucho maldecir. Estaba todavía tan dormido que no se ha dado cuenta de la palabra que ha pronunciado, si hubiera sido consciente de lo que iba a soltar, habría cedido a las tostadas.

—Ya me gustaría a mí escucharte hablando alemán.

—Lo hablo perfectamente, pero eso será algo que nunca escucharás. Mi acento es... bastante andaluz, pero mi gramática y mi vocabulario son impecables.

—Háblame en alemán.

—No, ni loca.

—Me lo debes.

—Que no, que no.

—Pues prepárate a reír porque te voy a estar haciendo cosquillas hasta que lo consiga.

—No, Sebastián... Ni se te ocurra...

Veo que se incorpora en la cama y me bajo rápidamente de ella. Si dejo que lo haga, puedo terminar por hacerme pipí encima, y sería un espectáculo demasiado bochornoso.

Sigue mis pasos y no dudo en correr por la habitación, evitando que me acorrale, incluso saltando por el colchón de un lado a otro. No me está haciendo cosquillas, pero me estoy riendo de igual manera y nos lo estamos pasando muy bien. Parecemos dos niños jugando.

Sobre la cama, me acabo rindiendo porque ya me falta el aire y él se pone encima de mí, para que no vuelva a escaparme. Lo que no sabe es que no tengo la intención de hacerlo, que lo de jugar está bien, pero me gusta más tenerlo así, mirándome con esos ojos llenos de perversión y lujuria.

—Dime algo en alemán.

—Me gusta más cuando te escucho a ti.

—*Ich liebe dich* —me dice, acercando sus labios a los míos.

—*Ich liebe dich auch.*

Y nos volvemos a encontrar en un beso que nos hace perder la razón. Y los dos volvemos a ser conscientes de que esto es una locura, y de lo mal que lo vamos a pasar cuando la tengamos que parar. Porque, sí, los dos sabemos que esto, algún día, terminará.

El tiempo en este maldito pueblo pasa demasiado rápido. Mañana volvemos a Alemania porque el lunes tiene que volver al colegio Sebas.

Esta última visita a Zahara me ha quitado la venda de los ojos y estoy aterrado. Amo a Carmela, no puedo seguir negándome a verlo, y me enfrento a dos problemas.

Uno, estoy seguro de que ella no siente lo mismo por mí, siempre me lo ha dejado bastante claro.

Dos, si ella sintiera lo mismo... No sé si sería capaz de embarcarme en una relación. Ahora no puedo pensar solo en mí, tengo que pensar en mi pequeño. Más que nunca entiendo su postura a no tener a otra persona en su vida.

Velo el sueño de Sebas y pienso en su madre. El día de la lectura de sus últimas voluntades, creí que nunca le perdonaría lo que había hecho. Hoy, le doy gracias porque este ha sido el mejor regalo que pudo hacerme en su vida.

Alguien toca suavemente en la puerta y sé que es mi hermana. Llegó hace unos días, y, no sé, la veo más triste que nunca. No hemos hablado del tema, pero estoy seguro de que está relacionado con Oliver. Dudo mucho que hubiera venido a España si no hubieran terminado.

Todavía recuerdo el día que mis padres se enteraron de que tenían una relación. Muy lejos de lo que imaginaba, mi padre se lo tomó genial, sin embargo, mi madre montó en cólera.

—¿Se puede?

—Pasa —digo en voz baja.

—¿Todavía duerme mi sobrino?

—Sí, será mejor que vayamos al salón, así no lo molestaremos.

María desaparece de la puerta y yo me levanto de la cama. La encuentro sentada en el sofá, con su semblante serio, ese que no me gusta nada ver en ella porque es pura vitalidad.

—¿A qué hora os vais...?

—¿Me vas a contar qué te pasa?

—Siéntate.

—Has terminado con Oliver, ¿verdad?

—Sí...

—Por cómo te veo, no me equivoco al decir que estabas muy enamorada de él.

—Por desgracia, sí.

—¿Qué te ha hecho?

—Lo descubrí en mi despacho intentando boicotear el proyecto del hotel de Chiclana.

—¿¡Cómo!?

—Solo estaba conmigo para tener acceso a papá. Él... nunca me quiso, Sebastián. Jugó conmigo durante dos años, esperando el momento perfecto para llevarnos a la quiebra.

—Imagino que lo habrás denunciado...

—No, he hecho algo peor.

—Me estás asustando, María. ¿Qué has hecho?

—Devolverle la moneda. Evans Resorts acaba de anunciar que están en bancarrota.

—Pero...

—No soy el alma cándida que todos creéis, tengo amigos muy influyentes, más de los que podríais llegar a imaginar. Pedí a una amiga que les hicieran una auditoría fiscal y... Han tenido que pagar una deuda de mil millones de libras.

—¡Joder!

—¿Qué he hecho, Sebastián? He dejado sin trabajo a cientos de familias... ¡Soy un monstruo!

—No, no, no. No te equivoques. Han sido ellos los que han defraudado todo ese dinero. Sabían perfectamente lo que estaban haciendo tanto ellos como todos los que trabajamos en este sector. ¿O crees que papá y yo no estábamos al tanto de eso? Tú solo has dado el paso que nadie se ha atrevido a dar.

—Pero... ¿qué va a hacer ahora toda esa gente?

—Evans contaba con muy buenos trabajadores, no tendrán problema para encontrar trabajo en cualquier sitio.

—Eso no libera esta culpa con la que cargo y... tengo miedo, mucho miedo. Estoy segura de que Oliver no va a parar hasta hacernos daño.

—¿Sabe que has sido tú?

—No, pero no creo que tarden mucho en descubrirlo.

—Tranquila. No vamos a permitir que te pase nada. Nadie va a hacernos daño.

La abrazo mientras llora, la acuno e intento transmitirle una seguridad que

realmente no siento. Sé de qué son capaces, a cuánta gente han mandado a la quiebra, pero no puedo permitir que esto destruya a mi hermana ni a mi familia. Por suerte, nosotros no tenemos el mismo problema que ellos, no tenemos cuentas pendientes con ningún gobierno.

Consigo que se calme y deje de llorar. Me dirijo a la cocina y le preparo una tila. Si no se relaja, terminará teniendo un ataque de ansiedad, y la entiendo, la situación es bastante complicada.

El agua se está calentando en el microondas cuando escucho mi teléfono sonar en la habitación donde duermo en casa de mi hermano. Por el tono sé que es Carmela, pero ahora va a tener que esperar.

—Tómatela, te vendrá bien.

—Gracias. Tu móvil estaba sonando.

—No te preocupes.

—Pero si insisten, pueden despertar al niño.

—Tienes razón.

Corro a la habitación, compruebo que Sebas sigue durmiendo y vuelvo con el teléfono en la mano al salón. Tecleo un mensaje a Carmela, diciéndole que la llamaré en un rato y me responde con un *Ok* y un guiño.

—¿Y esa sonrisita?

—Eehh...

—¿Cuándo lo vais a formalizar de una vez?

—¿Formalizar? —Su pregunta me ha sorprendido.

—¡Ay, Sebastián! Lleváis juntos dos años, ya va siendo hora de avanzar un poco, ¿no?

—Nosotros no... ¡Qué demonios! Estoy enamorado de esa mujer, pero es

todo demasiado complicado. Nuestras situaciones no son fáciles.

—Vuestras situaciones son las mismas. Los dos sois padres solteros, los dos habéis sido abandonados y los dos estáis enamorados. El único problema es que sois gilipollas y os estáis negando una felicidad que os merecéis.

—No es tan fácil, de verdad. No solo tenemos que mirar por nosotros dos, también tenemos que hacerlo por nuestros hijos. Tanto Sebas como Jesús ya han perdido una madre y un padre. Si lo nuestro terminara...

—Déjate de tonterías. Lo vuestro nunca va a terminar. ¿Es que no os dais cuenta de que estáis hechos el uno para el otro?

Mi teléfono empieza a sonar y suspiro aliviado. Daniel ha conseguido cortar la conversación en el momento más oportuno y se lo agradeceré eternamente, ya no me quedaban más excusas para quitarle la razón a María.

—Dime, Daniel... No te preocupes, llego en treinta minutos... —Miro a María pidiéndole algo así como permiso por dejarla sola y porque tendrá que ser la canguro de Sebas; ella asiente sonriendo—. No tardo.

—El deber te llama, Espagueti. No te preocupes por el niño... ¿Qué le doy para desayunar?

—Quiero churros.

—Anda, pero si pronuncia mejor las erres que tú —me dice mi hermana, aguantando la risa.

—¿Y mi beso de buenos días? —le pido, tras lo que corre sonriente hasta mí.

Sebas y yo nos vestimos rápidamente. Daniel y yo tenemos un asunto importante que tratar antes de irme... Bueno, más bien es un favor que lleva haciéndome desde hace un par de años.

Me despido en la puerta del niño y de mi hermana y acudo raudo al hotel.

Entro por la puerta de empleados y me cruzo con mi Diabilla, que sale del

almacén de los carritos de limpieza con un juego de toallas y unos paños para limpiar. Sin importarme que haya alguien cerca, la invito a entrar de donde ha salido. Le arranco un beso y me muero de ganas por subirla a horcajadas sobre mí y empotrarla contra una pared, pero sé que no es ni el momento ni el lugar. Así que recobro la compostura y continúo mi camino.

Daniel me recibe con esa sonrisa que no le abandona desde la boda de mi hermano. Con un gesto de cabeza, le pido que me siga y lo hace inmediatamente con unos papeles en las manos.

—Dame los papeles.

Me los entrega y van directos a la trituradora de papel. Los dos miramos cómo la máquina traga y nos sentimos un poquito mafiosos en este momento.

—Recuérdale a Carmela que tiene que entregarte los papeles siempre a ti, que esto es algo que solo se hace en los hoteles alemanes y que Norbert no puede estar al tanto. Y que lo haga en septiembre, no en enero, para darle una formalidad al asunto.

—¿En los hoteles alemanes? Más bien en tu bolsillo... ¿Cuándo le vas a decir que esa beca no existe?

—Nunca, y tú me vas a guardar ese secreto.

—Que tú con tu dinero puedes hacer lo que quieras, pero cuando Carmela se entere... ¡Pobre de ti!

—Dile que suba. Voy a echarle la bronca por entregarlo ahora y no cuando debía.

Daniel sale del despacho y me quedo mirando a la puerta, con los pensamientos perdidos en a saber dónde. No sé cuánto tiempo paso así, hasta que la puerta se abre, aparece una sonriente Carmela y yo pongo mi gesto más serio.

—¿Estás bien? —me pregunta, borrando la sonrisa de su rostro.

—Yo sí, pero si sigues entregando los papeles a destiempo, no podré

seguir tramitándote la beca. Sabes que es algo que solo hacemos en Alemania.

—Lo siento. Te prometo que este año los entrego en septiembre.

—Está bien, pero este retraso te va a costar caro. —Mi cara seria se transforma en una pícara y ella sonrío con la misma picardía.

—¿Y cuál es el precio? —Se acerca a mí, gira mi silla y se sienta sobre mis piernas.

—Vas a tener que salir temprano, conducir hasta Cádiz y fundirte mi tarjeta de crédito.

—No. Vas a ir tú, elegirás lo que más te guste y, esta noche, volverás a vestirme.

—Pues también me gusta ese plan. Levanta o acabaré sacando la navaja y arrancándote el tanga.

—Eso estaría genial, pero vas a tener que esperar hasta que anochezca.

Se lanza a mis labios y yo respondo el beso. Ya no somos tan cuidadosos como lo éramos al principio, y esta desinhibición por parte de ella hace que un sentimiento de esperanza me invada.

Quiero creer que la poca importancia que le da a que seamos pillados es porque ella también necesita algo más de nosotros.

Me quito el abrigo, lo dejo caer de cualquier manera en una silla y me tumbo en el sofá. El día de trabajo ha sido horrible, aunque, por suerte, el lunes todo estará más tranquilo.

Es lo que tiene que sean los Carnavales de Cádiz, que todo el que vive allí, y quiere huir del caos que allí se monta, tiende a irse el fin de semana a Zahara, Conil, Barbate... Pero por fin es sábado y no vuelvo al hotel hasta pasado mañana.

Esta tarde tenía pensado ir a comprar un regalo para Manuela... Bueno, dos, porque cuando llegaron de Nueva York nos dieron la feliz noticia de que iban a ser padres de nuevo, y ayer supimos que vienen mellizos.

El timbre de casa suena y me dan ganas de ignorar la visita. No tengo ni idea de quién puede ser, aunque probablemente sea Loreta que viene a traerme la batidora que le presté ayer. Si no abro, insistirá y hasta se preocupará, porque mi coche está en la puerta, lo que significa que ya he llegado del hotel.

Con mucho esfuerzo, me levanto del sofá, me dirijo al telefonillo y me sorprendo al saber que es Roberto. No suele aparecer por aquí sin llamar, es más, quedamos en que esta tarde, cuando fuera a San Fernando, pasaría por su casa para recoger lo que le encargué, así que imagino que algo le habrá pasado para que esté aquí.

—Hola, guapetón. ¿Cómo tú por aquí? —Me da un beso en la mejilla y entra.

—Me levanté hace un rato y he venido a traértelo. —Me muestra la bolsa con los batidos que le encargué y la deja sobre la mesa del salón.

—Si ya te dije que pasaba yo esta tarde por tu casa.

—Pero no sé si estaré. Voy a Cádiz con unos amigos.

—¡Qué bien vives!

—Ayer también fui y... —Me sonrío con picardía y eso solo puede significar que anoche no durmió solo.

—¿Y?

—Me acosté a las ocho, después de dejar a una chica vestida y maquillada de zombie en una habitación de mi hotel.

—¡Hala! ¿Y la vas a ver luego?

—Pues no lo sé, aunque lo dudo. Lo único que sé de ella es que llama Nicole y que es alemana.

—¿No le pediste su número de teléfono?

—No me lo quiso dar.

—Vaya rollo, ¿no?

—¿No te importa que haya estado con otra mujer? —me pregunta, cambiando su semblante picarón a uno mucho más serio.

—¿Por qué me iba a importar?

—Porque a mí me llevan los demonios cuando sé que Sebastián está aquí.

—¿Cómo?

—A ver cómo te explico esto... —Se pasa las manos por el pelo antes de continuar hablando—: No le voy a dar más vueltas: estoy enamorado de ti.

—¡Roberto!

—Ya sé que tú no lo estás y no pretendo que nuestra amistad cambie por esto, pero...

—¿Pero?

—Que no podemos seguir acostándonos. Me duele demasiado saber que lo nuestro no llegará a ningún sitio y creo que debo empezar a sacarte de mi corazón.

Sus palabras me dejan completamente anonadada. En ningún momento había percibido que él pudiera estar sintiendo algo más, no sé cómo no lo vi y entiendo perfectamente cómo se siente. Aunque nunca lo haya querido reconocer, cada vez que Sebastián estaba con Elke, a mí me llevaban los demonios y, cuando me dijo que lo que había entre ellos había terminado, me sentí aliviada... Y, ahora que lo pienso...

—¿No me dices nada?

—Que te entiendo mejor de lo que imaginas y que siento mucho no haberme dado cuenta antes.

—Yo sé por qué no te has dado cuenta antes.

—¿Por qué?

—¿Cuánto tiempo hace que no nos acostamos? ¿Tres meses?

—Sí, más o menos.

—¿Cuánto tiempo hace que Sebastián te dijo que ya no tenía nada con Elke?

—Hace algo más de un mes.

—En otro momento, dos semanas después de haberse ido, habríamos estado follando en tu cama.

—¿Qué tiene eso que ver?

—Carmela, estás enamorada de ese hombre. Y una persona enamorada no se fija en si alguien más a su alrededor siente lo mismo por ella. En el momento en que supiste que Sebastián solo estaba contigo, tu subconsciente decidió que tú debías hacer lo mismo.

—Pero yo no...

—No te niegues a verlo. Amas a Sebastián, estás loquita por él, y eso es algo contra lo que yo no puedo luchar, tengo esta guerra perdida, y como bien dice el refrán: una retirada a tiempo es una victoria. Así que me retiro.

—No sé qué decir...

—Dime que vamos a seguir siendo amigos y que vas a ser feliz. No dejes pasar el tren, ¿vale?

—¿Puedo darte un abrazo?

—Claro que sí, tonta.

Tras un abrazo que dura varios minutos, Roberto sale de mi casa y sé que, aunque él diga lo contrario, las cosas entre nosotros nunca volverán a ser iguales, o quizá sí, pero ahora mismo lo veo todo demasiado difícil.

Vuelvo a tumbarme en el sofá y las lágrimas empiezan a brotar sin control. No, no me duele lo que acaba de pasar, no es porque Roberto haya acabado con lo que había entre nosotros. Llora porque sé que tiene razón, que amo a Sebastián, que me he enamorado de él sin ser consciente y sin poder evitarlo.

El teléfono suena haciendo que me sobresalte. Miro la pantalla y lo vuelvo a dejar sobre la mesa. En este momento no puedo hablar con Sebastián, necesito poner orden en todo lo que vuela por mi mente y decidir si debo hacer lo mismo que Roberto acaba de hacer conmigo. Sé que él me quiere, me lo ha dicho, pero no creo que esté enamorado de mí, que pretenda que entre nosotros haya algo más de lo que hay.

Paso más de veinte minutos mirando el televisor apagado. No sé qué hacer, no tengo fuerzas para moverme, solo puedo llorar de una manera tan

desesperada que noto que estoy empezando a hiperventilar.

El teléfono vuelve a sonar y, en vez de rechazar la videollamada, pulso el botón equivocado y descuelgo. La imagen de Sebastián aparece en la pantalla y su gesto sonriente cambia al verme.

—¿Qué te ocurre? ¿Por qué estás llorando? —me pregunta con auténtica preocupación en sus palabras.

—No es nada...

—¿Cómo no va a ser nada? Si hasta te cuesta trabajo respirar.

—Roberto se acaba de ir y...

—¿Te ha hecho algo? Porque como te haya hecho... —Noto que su mirada se enciende y corto su frase.

—No me ha hecho nada. Solo ha venido para decirme que lo que había entre nosotros se acabó.

—¿Tanto te ha dolido? —Veo cómo la tristeza ensombrece su rostro.

—Ese es el problema, que no me ha dolido, que no he sentido nada.

—Entonces no lo entiendo.

—Tenemos que terminar. No podemos seguir con esto, Sebastián.

—¿Por qué dices eso?

—Porque sí.

—Esa respuesta no me vale.

—¡Mierda! Bueno, en cuanto te diga esto, serás tú quien le ponga fin a todo. Roberto me ha abierto los ojos. No me ha dolido porque estoy enamorada de ti.

—Estás enamorada de mí... —repite mis palabras.

—Lo siento. Te juro que nunca lo pretendí, que hace tiempo que sé que estaba sintiendo cosas más allá de la atracción, pero no lo supe ver. Te prometo que no voy a exigirte nada, que no quiero que te sientas presionado, que...

—¡Para de hablar, mujer! Perdona si no he reaccionado como debería hace un momento, pero no esperaba escucharte decir eso. Cuando mi vuelo despegó de España esta última vez, me juré que terminaría con lo nuestro, que no podía continuar...

—¿Tú también te diste cuenta de que estaba enamorada de ti? Porque creo que yo he sido la única que no ha sido consciente de ello.

—¡Cállate! Quería terminar con lo nuestro porque...

—No sigas hablando, por favor, ya he escuchado suficiente. No necesito que me digas que tú no sientes lo mismo, con saber que querías terminar con lo nuestro, ya he tenido bastante. Lo único que te voy a pedir es que no le hagas daño a mi hijo, que ceses la relación con él poco a poco. No quiero que sufra ni sienta lo que yo estoy sintiendo ahora mismo. Adiós, Sebastián.

—Carmela...

Finalizo la videollamada y bloqueo su número en el teléfono. No puedo permitirme volver a pasar por lo mismo, ni mi hijo ni yo nos lo merecemos, y las palabras que dijo Roberto hace un rato me vienen como anillo al dedo: «Una retirada a tiempo es una victoria».

El móvil empieza a sonar y sé que es él. Nadie más puede llamarme desde Alemania en este momento. Cesó el volumen y lo dejo encima de la mesa sin dejar de mirarlo. Me siento tentada a responder, pero no lo hago y me voy directa a la ducha, aunque cambio de opinión en el camino.

Entro en mi habitación, saco el bañador y me lo pongo mientras pienso que estoy loca. Hace un frío brutal, estamos en febrero, sin embargo, estoy segura de que el mar hará que mi pena sea menos y me relajará.

Salgo de casa sin llevar el teléfono. No espero que me llame nadie y a quien me llama no le pienso contestar. Conduzco hasta el hotel, dejo el coche en el parking y bajo hasta la Cala de los Alemanes.

No hay nadie, estoy sola, la mar está en calma. Me quito la ropa y me sumerjo en el agua. Fuera hace un frío glacial, pero dentro la temperatura es casi primaveral. Estas son las cosas increíbles que ocurren en este océano que está tan cerca del Mar Mediterráneo.

Nado durante un rato, floto en el agua, observo el azul del cielo y, por primera vez desde hace mucho tiempo, consigo dejar mi mente en blanco, sin ningún pensamiento que la ronde. El aroma a sal me invade y consigo que me sienta bien, en paz.

Cuando noto que tengo los dedos arrugados, salgo. Miro que no haya nadie a la vista, me quito el bikini, me seco y me pongo la ropa. Es hora de volver a casa y enfrentarme a la realidad de que, una vez más, me he vuelto a equivocar.

Ahora mismo me dan unas ganas terribles de matarla. Es más, si no fuera porque la amo como nunca he amado a nadie, creo que lo haría.

No solo me cuelga el teléfono sin más, es que me ha bloqueado y no me lo coge cuando la llamo desde el número fijo de casa.

Siente por mí lo mismo que yo siento por ella. Este debería ser el momento más maravilloso de nuestras vidas y, lejos de serlo, ella debe estar llorando y sufriendo y yo estoy que siento que me va a dar un infarto.

Tengo que conseguir que me escuche. He llamado a mi hermano y a Daniel, pero ninguno de los dos ha conseguido localizarla. Ni tan siquiera está su coche en la puerta de su casa, ni en la de su madre. Nadie sabe dónde puede estar.

He estado tentado de llamar a Roberto, pero me he frenado en el intento. Sé que ese hombre estaba enamorado de ella y no creo que sea justo que le pida que vaya a buscarla.

Tengo que solucionar esto rápido, no nos merecemos estar así cuando podemos ser muy felices juntos.

Enciendo el portátil, que no sé si es por la angustia, pero creo que hoy va más lento que nunca. Busco un billete para el próximo vuelo que salga para España, aunque antes de comprarlo, tengo que hablar con Ivonne. Si puede quedarse con Sebas, no perderá días de clase. Si no puede, me lo llevaré conmigo.

—Hola, Sebastián.

—Hola, Ivonne. Necesito pedirte un favor.

—¿Vas a salir esta noche? ¿Quieres que me quede con el niño?

—No exactamente. Tengo que coger un vuelo a España en dos horas. ¿Podrías quedártelo unos días?

—¿Ha pasado algo? ¿Tus padres están bien?

—Sí, todos están bien. Es Carmela...

—¿Le ha pasado algo a ella?

—Me quiere, está enamorada de mí.

—Pero ¡eso es magnífico!

—El problema es que no me ha dejado decirle que yo también lo estoy de ella. Me ha bloqueado y nadie da con ella. Necesito verla, decirle que siento lo mismo y que quiero ser feliz a su lado.

—Ve preparando las maletas que en media hora estoy en tu casa.

—Gracias, Ivonne. Te juro que te compensaré por todo lo que haces por mí.

—La mejor compensación será veros felices a ti y al niño.

Cuelgo el teléfono, corro por la casa y agradezco que Sebas esté durmiendo. Preparo su maleta con ropa para tres días, aunque le dejaré la llave de mi apartamento a Ivonne, por si necesita cualquier cosa. Abro la mía y echo lo indispensable. Saco la navaja del bolsillo y la dejo en un cajón de la mesita de noche, me la quitarían en el aeropuerto porque llevo equipaje de mano.

El telefonillo suena, miro el reloj y me sorprendo al ver lo rápido que ha pasado el tiempo. Abro la puerta del edificio y también la del piso. Mientras sube Ivonne, tengo que aprovechar para despedirme del pequeño y coger todo lo que necesito.

Entro en la habitación de Sebas y le doy un beso en la frente. Se mueve un poco y me retiro sigilosamente. Es mejor que me vaya mientras duerme, así no tendrá que pasar el mal rato de verme partir.

—¿Se puede?

—Sí, claro. Sebastián está dormido, aunque no creo que tarde mucho en despertar.

—No te preocupes, no tengo prisa.

—Aquí tienes la maleta y las llaves. Si necesitas cualquier cosa, no dudes en entrar y cogerla.

—Está bien. Vete tranquilo.

—Gracias —le digo a Ivonne mientras la abrazo.

—Corre a buscar vuestra felicidad.

Salgo del apartamento corriendo, llamo a un taxi en el ascensor y en menos de dos minutos me está recogiendo en la puerta del edificio.

«No vuelvo a Alemania sin novia», pienso mientras subo la maleta al coche.



El viaje hasta Mallorca fue un auténtico caos. Salió con retraso, tuvimos muchas turbulencias y, para colmo, casi pierdo la maleta porque era igual que la del pasajero que iba sentado a mi lado. Menos mal que el hombre se dio cuenta, porque con los nervios que yo tenía, no hubiera sabido que era la mía hasta llegar al hotel donde hice noche.

El vuelo hasta Sevilla fue más tranquilo, y eran algo más de las nueve y media cuando estaba saliendo del aeropuerto en el coche de alquiler.

Ahora son las doce y estoy aparcando en la puerta de su casa. Veo salir a

Daniel, pero el coche de ella no está. Paro a su altura y bajo la ventanilla, arrancándole una expresión de asombro.

—¿Qué haces aquí?

—¿Dónde está?

—¿Carmela?

—Claro.

—Está en la playa. Deja el coche en el hotel, baja por el sendero y allí la encontrarás. ¿Sabe que venías? No me ha dicho nada.

—No lo sabe porque no he conseguido hablar con ella. Mi padre tiene razón cuando dice que las españolas son cabezotas.

—¡No sabes cuánto! —exclama Daniel con una carcajada—. Corre a buscarla.

Conduzco hasta el hotel, aparco y sigo el camino que me ha indicado mi amigo. La preciosa Cala de los Alemanes se muestra ante mí, solitaria como nunca la había visto, tan solo hay lo que parece una mochila y alguien nadando a lo lejos. El reflejo de sol sobre su pelo anaranjado me dice que es ella.

De camino al bulto que hay en la arena, voy deshaciéndome de la ropa, y agradezco que no se dé cuenta de que soy yo quien va a perturbar su tranquilidad. Eso me ayuda para cogerla por sorpresa y evitar que salga huyendo.

Cuando llego a la mochila, me deshago de los pantalones, calcetines y zapatos y tengo aún más ganas de matarla. Si fuera del agua hace frío, no quiero imaginar cuánto hará dentro, pero me da igual.

Entro en el mar y me sorprendo al notar que el agua, aunque no está caliente, tiene una temperatura bastante agradable. Nado hasta unos metros antes de toparme con ella y espero que llegue hasta mí.

—¿Adónde vas, Diablilla?

—¡Hostias! —dice tras hundirse en el agua y salir de nuevo a flote—. ¿Quieres matarme de un susto? ¿Qué haces aquí?

—Creo que es la única opción que me has dejado. No he encontrado otra forma de poder hablar contigo.

—No tenemos nada de qué hablar. —Hace el intento de nadar en dirección a la orilla, pero poso mis manos en su cintura y la freno—. ¡Suéltame!

—Sabes que mis manos no te están reteniendo.

Se gira sobre sí misma, me mira directamente a los ojos y me enfrenta:

—¿Qué tienes que decir?

—Te amo.

—Mira, Sebastián, no estoy para tonterías.

—¿Crees que si no fuera cierto estaría aquí ahora?

—Y por eso me dijiste que cuando volviste de España tenías pensado terminar con lo nuestro, ¿verdad? No le veo la lógica al asunto.

—¿Podrías dejarme hablar por una vez?

—Habla.

—Tenía miedo...

—¡Ja! Miedo...

Odio que me corte cuando estoy hablando y sé cual es la mejor forma de que mantenga la boca cerrada. La beso. La beso con delirio, con pasión, con ternura y con todo el amor que soy capaz de expresar en este gesto. Necesito que lo sepa, que lo entienda, decirle sin palabras todo lo que me hace sentir.

Al principio intenta cortarlo, pero después se rinde, se deja llevar y lo responde con la misma intensidad que yo estoy poniendo.

—Sabía que estaba enamorado de ti, y tenía miedo de que tú no sintieras lo mismo.

—¿Y por qué no me lo has dicho antes? ¡Vaya noche me has hecho pasar, capullo!

—No me puedo creer que hayas dicho eso... ¡Si me bloqueaste y no ha habido forma de poder hablar contigo!

—Quité el bloqueo a las dos horas... Lo siento. Sé que me porté como una adolescente en pleno *boom* hormonal.

—No lo sientas. Creo que es más bonito de esta forma que por teléfono, aunque me esté muriendo de frío.

—Vamos a casa, que no quiero que te pongas malo.

—No. Aquí, ahora, quiero que me digas si estás dispuesta a que lo nuestro funcione, quiero saber si vuelvo a tener novia y quiero que prometas que nada ni nadie nos va a separar.

—Pero esto podemos hablarlo en casa...

—No. Aquí y ahora.

—¡Mira que eres terco! —Se abraza a mi cuello y sus piernas se enroscan en mis caderas—. Sí, te prometo que quiero todo contigo.

Una felicidad que no había sentido nunca se apodera de mí. Carmela me besa y no dudo en responder este beso como merece. Amo a esta mujer, creo que desde el día que me pilló vistiendo tan solo una toalla anudada a mis caderas. Hemos desperdiciado dos maravillosos años, pero ni un día más.

Salimos del agua porque poco más podemos hacer. Por muchas ganas que tenga de perderme dentro de ella, este frío hace que no paremos de temblar y que mi falo no termine de estar en todo su esplendor.

—Vamos a tu casa, hay alguien ahí abajo que necesita un poco de calor para hacer lo que los dos estamos deseando.

Mis palabras le arrancan una carcajada y yo me pierdo en ella. Es preciosa siempre que ríe, pero, sobre todo, cuando lo hace conmigo.

—Vale. De mi boca corre que entre en calor.

—Me encanta cuando me dices estas cosas.

Salimos rápidamente y nos secamos con la toalla que traía ella. Meto mis boxes en la bolsa con su bikini, nos vestimos y, cogidos de la mano, nos dirigimos al hotel entre besos y abrazos.

Lo que menos esperábamos cuando caminábamos por la arena es que en el aparcamiento nos estuvieran esperando mi hermano y Daniel, que, al ver nuestras manos unidas, sonrían y se acercan a nosotros.

—¡Ay, Espagueti! Mamá se va a volver loca cuando lo sepa.

—¡La que me espera!

—Carmela, *conio*, no puedes engañar así a tu jefe... Pues nada, voy a tener que darte un par de días de asuntos propios, a ver si así se me pasa la indignación.

Las palabras de Norbert, unidas a ese *conio* que nadie consigue que diga bien, hacen que nos riamos a carcajadas, aunque no duran mucho las risas. Tanto Carmela como yo estamos deseando llegar a su casa para terminar lo que no hemos podido en el agua y para empezar a sentar las bases de nuestro futuro juntos.

Aparcamos los coches y entramos corriendo en casa. Parecemos dos quinceañeros cometiendo una travesura, queriendo por primera vez, aunque ya lo hayamos hecho antes, o, al menos, eso creía yo. Lo que siento por Sebastián no tiene nada que ver con lo que sentía por Jorge.

Entre besos y caricias subimos las escaleras y entramos en mi habitación. Nos deshacemos de la ropa, nos perdemos entre caricias, nuestras bocas saborean nuestros cuerpos, nuestro deseo, nuestra lujuria y nuestro amor.

Nos entregamos sin reserva, sin miedo. Nos unimos en un solo cuerpo, en una sola alma, en un solo corazón. Le entrego mi vida, mi todo, mi ser y lo tengo más claro que nunca: amo a Sebastián y dudo mucho que pueda amar a nadie igual.

—Te amo, Diablilla.

—Y yo a ti, Capullo.

Me penetra mientras pronunciamos esas palabras, lentamente, sin prisa, disfrutando la sensación de sentirnos, de la complicidad que esta forma de hacerlo nos ha dado desde el primer día.

Hacemos el amor como nunca lo hemos hecho. Me lleva al orgasmo más dulce de mi vida, con su nombre en mis labios y el mío en los suyos.

Se tumba a mi lado, me abraza y acaricia mi pelo. No hablamos, y es el silencio más natural y cómodo que nunca he tenido.

—¿En qué piensas? —le pregunto.

—Me estoy haciendo a la idea de que, después de muchos años, vuelvo a

tener novia... Suena bien.

—¡Qué tonto eres! Pero sí, suena muy bien.

—Ya no nos tenemos que seguir escondiendo, ¿verdad?

Mi hijo viene a mi mente y siento un poco de pavor por la reacción que pueda tener. Todavía recuerdo lo que le dijo a mi madre el día que se separaron los padres de Cristina, y eso me inquieta mucho.

—No. Solo que...

—¿Qué pasa?

—No sé cómo se lo va a tomar Jesús.

—Espero que bien. Tengo la impresión de que él también sabía qué estaba pasando, creo que los únicos que no nos dábamos cuenta éramos nosotros.

—Más bien creo que no lo queríamos ver.

—Puede ser.

—¿Se lo contamos en la cena?

—Por mí vale, aunque me iré rápido al hotel. Esta noche apenas he dormido. Entre el viaje, el retraso del avión, una Diablilla endemoniada que no dejaba de rondar por mi cabeza...

—*Ainsss*. Lo siento, de verdad. Dijiste que habías querido terminar con lo nuestro y me cegué. —Me incorporo rápidamente y lo miro antes de preguntar —: ¿Y Sebas?

—Se ha quedado en Alemania con Ivonne. Solo voy a estar unos días y mañana tiene colegio. Además, yo venía a buscar novia, no de viaje familiar.

No sé cómo lo consigue, pero siempre me arranca una sonrisa. A pesar de que el día que lo conocí pensé que era el tipo más imbécil sobre la faz de la tierra, ha resultado ser de lo más divertido y gracioso... O será que yo lo veo

con ojos de enamorada.

—Pues has tenido mucha suerte. La has encontrado muy rápido... —le replico la broma.

—No tanto. He tardado dos años, y eso que la tenía delante de mis narices.

—Entonces no estábamos preparados, ni tan siquiera lo podíamos imaginar. —Me vuelvo a acomodar entre sus brazos y pregunto—: ¿Y ahora qué?

—Ahora toca ser feliz. Aquí o allí, me da igual.

—No quisiera llevarme a Jesús ahora. Todavía no ha terminado la secundaria y le quedan un par de cursos.

—¿Has pensado en venirme a Köln? —Su cara expresa auténtico asombro y me alegra saber que después de dos años se sigue sorprendiendo con mis acciones.

—No es una mala opción, aunque a mi madre le puede dar un infarto.

—Yo había pensado en pedirle a mi padre que me diera la dirección del hotel que van a construir en Chiclana. En un par de años estaría aquí definitivamente. —Él también tiene la habilidad de seguir sorprendiéndome.

—¿En serio? Pero ¡si odias España! —digo, riéndome un poco de él.

—Quizá no había descubierto toda la belleza que encerraba. —Su mirada me dice cuán enamorado está de mí, y eso hace que suspire.

—A tu madre la harías la mujer más feliz del mundo. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí. ¿Y a ti?

—Más que a tu madre, no lo dudes nunca.

—Imagino que mi hermano ya se lo habrá contado... —Se lleva una mano a los ojos y se los tapa.

—Se me ha ocurrido una idea loca. ¿Cenamos todos juntos esta noche? Así no tendré que enfrentarme a solas a mi madre y a Jesús, ni tú a tu familia.

—Pues la idea no tiene nada de loca. Me parece estupenda, mi madre me da un poco de miedo.

No puedo evitar reírme porque es muy exagerado, aunque en el fondo sé que tiene razón. María tiene una mentalidad muy abierta y puede asustar un poco su falta de tabúes.

—¿Tienes sueño?

—Sí, se me cierran los ojos.

—Date una ducha mientras preparo la comida y después te acuestas un rato.

—Prefiero darme la ducha contigo, hacer el almuerzo contigo y dormir la siesta contigo. Yo tengo mucho sueño, pero hay alguien ahí abajo a quien le hace mucha ilusión ese baño juntos.



Y aquí estamos, llegando a la venta donde comimos la última vez. Le pregunté a mi madre si quería que los recogiera para venir, pero me dijo que no, que se iban con María y Harmut.

Entramos en el salón y solo falta por llegar Norbert. Como era de esperar, y como ocurrió la última vez, solo dejan libres los dos huecos para nosotros.

Jesús está en la silla que hay a mi lado con Carlota en brazos. Me acerco a él, lo abrazo, le doy un beso y me siento.

Estoy nerviosa, impaciente, y parece que mi hijo se da cuenta porque me coge la mano y me sonrío. No es porque sea su madre, pero se va a convertir en un hombre muy bueno y guapo el día de mañana.

Norbert entra, al fin, después de aparcar el monovolumen de siete plazas

que se acababan de comprar. Si cuando supieron que estaban esperando un nuevo hijo, pensaron que les vendría bien un coche más grande, cuando hace unos días de que venían dos, fueron conscientes de que la decisión fue la más acertada que pudieron tener.

—Bueno, ¿y a qué se debe esta reunión familiar? —pregunta María.

—Verás, mamá... —Me alucina el pánico que le da contárselo a su madre—. He venido así de improviso porque... Esto...

Y ya no aguanto más, no me parece justo que esté pasando solo este mal trago, esto es algo que nos incumbe a los dos.

—Nos queremos, estamos enamorados y hemos decidido empezar una relación más allá de la amistad. *Ufff*. ¡Qué tranquila me he quedado!

Y mi valentía se esfuma al recordar que mi hijo está a mi lado. Todos se han quedado en silencio y ahora soy yo la que tiene miedo de mirar a Jesús. Temo su reacción, debería haberlo hablado antes con él...

—¡Ya era hora, mamá! Sí que habéis tardado en dar el paso... ¡Madre mía!

Escuchar esas palabras de su boca, hace que suelte el aire que estaba conteniendo en los pulmones. Creí que todo iba a ser más complicado, pero mi hijo me ha dejado sorprendida, anonadada, descolocada, totalmente fuera de juego.

Ya no es una cena sin más, se convierte en una celebración en toda regla y todavía no puedo creer que esto esté pasando.

—Papá, ¿cuándo está previsto que esté terminado el hotel de Chiclana?

—Entre año y medio y dos años, ¿por qué?

—Porque tengo ese tiempo para encontrar un nuevo director para el hotel que dirijo. —Me mira, me sonrío y continúa hablando—: Me vengo a vivir a España y quiero dirigir ese hotel.

—¡Ay, Jesús Nazareno, gracias por escuchar mis plegarias! Te debo por lo

menos siete novenas... ¡Ay, mi niño! ¡Ay, que te como las entrañas!

María besa a su hijo y lo acuna. Sabíamos que esto le haría muchísima ilusión. Y llorando emocionada me abraza y me agradece que su hijo vaya a venir a vivir a España.

La cena da comienzo y transcurre entre risas. Manuela se ausenta en más de una ocasión y tienen que cambiarle la comida que habíamos pedido, las nauseas no la dejan vivir. No está llevando nada bien el embarazo, igual que le pasó con el pequeño Harmut Junior. Todavía recuerdo que no pudo venir a la despedida de soltero de Carlos y Daniel... En aquella ocasión Norbert estuvo a punto de pillarnos, pero mi picardía gaditana salió a flote y conseguí solventar la situación.

Tras terminar los postres, decidimos que ya es hora de ir a dormir. Norbert y Manuela tienen que trabajar mañana y, a mí, mi jefe me dio dos días de asuntos propios esta mañana, pero de todas formas tengo que levantarme temprano para que Jesús no se quede dormido y llegue tarde al instituto.

Sebastián nos lleva a casa y para en la puerta para que bajemos. Me estoy quitando el cinturón de seguridad cuando mi hijo dice:

—¿No aparcas?

—No, estoy cansado.

—¿Vas a casa de tus padres? —le interroga.

—No.

—¿A casa de Norbert? —insiste.

—No, voy al hotel.

—¿Al hotel? No, no puedes irte al hotel. Ahora nuestra casa es tu casa, ¿verdad, mamá?

—Sí, claro... —respondo, aún atónita por su reacción.

Sebastián aparca el coche detrás del mío, nos bajamos y, abrazada por él y de la mano de mi hijo, llegamos a la puerta. Abro la de fuera, pasan delante de mí para poder echar la llave, los veo caminar por el jardín y siento que todo va a salir bien.

Jesús se despide de nosotros en el salón y sube ya medio dormido a su habitación, despidiéndose así hasta el día siguiente. Nosotros nos quedamos abrazados en el sofá hasta que vemos que desaparece de nuestra vista.

Nos miramos y unimos nuestros labios. Llevo queriendo hacerlo desde que salimos hacia la venta, pensé que no podríamos darnos un beso de esta forma tan intensa porque Jesús venía con nosotros, y aquí estoy, sentada en salón de mi casa, acompañada del hombre que quiero y que espero que nunca desaparezca de mi vida.

Acabamos de llegar al aeropuerto y todavía quedan casi dos horas para que nuestro vuelo salga. Mi padre es la persona más previsor que he conocido nunca, y su puntualidad raya la obsesión.

Llegó hace cinco días para tramitar algunos papeles y ayer tuvimos que buscar un vuelo para hoy a toda velocidad, ya que Manuela se ha puesto de parto antes de lo previsto y, aunque están intentando que las mellizas no nazcan todavía, mucho nos tememos que no tardarán en llegar al mundo.

No tenía planeado viajar a España hasta dentro de dos semanas, pero no me importa que sea ya. Me muero de ganas por ver a Carmela y a toda mi familia.

Paseamos por la terminal y veo en el escaparate de una joyería un colgante como el que le regalé a Carmela. Me freno en seco y me quedo mirando la preciosa sortija que hay junto a él. Mi padre se para a mi lado y también observa las joyas, seguro que acabará comprándole alguna a mi madre.

—¿Vas a atreverte a dar el paso? —me pregunta, sacándome de mis pensamientos.

—¿El paso?

—Sí, no le quitas ojo a ese anillo.

—Todavía es un poco pronto, ¿no crees?

—¿Me dices eso a mí? Te recuerdo que un año después de conocer a tu madre nos estábamos casando y tú venías en camino. Además, ya lleváis juntos el mismo tiempo que casado lleva tu hermano.

—Pero es formal desde hace unos meses.

—¿Y? La conoces bien, la quieres tal cual es, ¿a qué vas a esperar? Yo quiero mucho a Sebas y a Jesús, pero quiero más nietos.

—Lo de los nietos ya se verá, aunque tienes razón. Voy a comprar ese anillo.

—¡Así me gusta!

Entramos en la joyería y el dependiente nos saca un muestrario de anillos, todos son preciosos, maravilloso, pero yo tengo muy claro cuál quiero.

Me trae el del escaparate y me da un poco de vértigo el precio. Dos mil euros no son cualquier cosa, aunque sé que ese es el perfecto, es más, creo que hasta le quedará bien.

Lo tomo en mis manos, lo miro, lo acaricio. Mi padre lo coge y hace lo mismo con él.

—Paga ya, ¿no? Que al final vamos a perder el vuelo.

—Si todavía queda una hora para que podamos embarcar...

—No lo dilates más, si sabes que te lo vas a llevar.

Como siempre, mi padre tiene razón, así que saco la cartera del bolsillo interior de la chaqueta y de ella la tarjeta de crédito. El dependiente guarda el anillo mientras se realiza la transacción y me lo entrega en una pequeña bolsa de papel cuando recibe la confirmación.

Salimos de la joyería y tengo la sensación de que ya no hay vuelta atrás, después de esto solo nos queda disfrutar de la vida juntos, y espero que Carmela acepte este anillo y todo lo que conlleva.



Por primera vez desde que viajo con tanta asiduidad a España, los vuelos

han sido tranquilos.

Eran algo más de las cinco cuando estábamos saliendo de Sevilla camino de Cádiz, que es donde está ingresada Manuela. Ahora, estoy entrando en la tienda de lencería de Laura y Mónica. Hoy va a ser uno de los días más importantes de toda mi vida y me importa muy poco el dinero que me gaste, para eso lo gano, para disfrutarlo.

—¡Sebastián! —exclaman las dos al unísono arrancándome una sonrisa.

—Hola, chicas, ¿cómo estáis?

—Muy bien —contesta Laura—. La próxima vez que tengas que comprar algo para Carmela, nos vas a tener más cerca. Le hemos comprado la tienda a la dueña y... ¡vamos a abrir otra tienda en Chiclana!

—Me alegro mucho por vosotras, chicas. Por cierto, en un par de años estará construido nuestro nuevo Resort, que tendrá varias tiendas. Si estáis interesadas, os dejaremos el alquiler a precio de amigo.

—Si es que Carmela contigo se ha sacado la lotería. ¡Muchas gracias! —me dice Mónica mientras me da un abrazo.

—Bueno, hoy voy a pedirle a mi novia que se case conmigo. Quiero algo muy especial.

—¡Ay, qué ilusión! Estáis hechos el uno para el otro, bomboncete —suelta casi con las lágrimas saltadas Laura.

Tras las felicitaciones pertinentes, me sacan todo un muestrario de ropa interior y salgo de la tienda con dos bolsas. En una de ellas llevo un precioso corsé color púrpura, en la otra un bikini que espero verle puesto en este viaje. Ya sí es tiempo de darse un buen baño en la playa.

Dejo la compra en el coche y entro en el hospital con el tiempo justo para ver que Manuela está bien, que todavía no soy tío, y poco más, ya que a las nueve quiero estar en Zahara y todavía me queda una hora de viaje.

—¡Sebastián! —me frena mi hermano al salir de la habitación—. Te

acompañó y me tomo un café.

—Vamos, que tengo prisa.

—Deseando ver a Carmela, ¿eh?

—Hoy más que nunca. Si todo va como espero que vaya, mañana os daré una sorpresa.

—¿Le vas a pedir matrimonio?

—Contigo no hay quien tenga un secreto, Fideo.

—Por cierto, creo que nuestra hermana se trae algo con alguien. La veo muy misteriosa últimamente, y mamá creo que está al tanto, pero no suelta prenda.

—Pues espero que no vuelva a estamparse como le pasó con Oliver, que bastante mal lo pasó.

—Oliver ya es historia.

—No me gusta nada que no sepamos nada de ellos después de lo que pasó.

—Mejor así. Puede que no hayan descubierto que fue María quien les mandó a los inspectores.

—Eso espero. Sabes que no son trigo limpio. Bueno, hermano, me voy a buscar a mi futura esposa.

—Venga, que tengo ganas de boda.

Tras dejarlo en la cafetería, voy directo al parking y salgo de Cádiz como si me estuvieran persiguiendo.

En la radio no paran de sonar canciones de amor e imagino que tiene que ser una señal, o eso espero. Hay una que describe perfectamente mi historia con Carmela. la voz de David Bisbal cantando *Quién me iba a decir* consigue que la piel de todo mi cuerpo se erice. Porque, sí, quién me iba a decir que

ella sería mi todo.

Y entre canciones, el camino se me hace más corto. Giro en la calle de Carmela y estoy aparcando cuando veo algo que hace que mi corazón se salte un latido, que mi respiración se corte y siento cómo el mundo se derrumba a mis pies: Roberto está saliendo entre risas de su casa.

No me puedo creer que esto me esté pasando de nuevo, que otra mujer me esté traicionando de esta manera tan vil. Quiero salir corriendo, pero mi orgullo herido lo impide y hace que me baje del coche.

—¡Sebastián! ¡Qué rápido has llegado! —Carmela se tira a mis brazos, pero no respondo el gesto—. ¿Estás bien?

La separo de mí, me acerco a Roberto y le doy un puñetazo tras gritarle:

—¡Hijo de puta!

Roberto trastabilla y casi cae al suelo. Le propino otro y siento a Carmela intentando pararme. Estoy completamente fuera de mí, no soy capaz de controlarme.

—¿Qué haces, Sebastián? ¡Estás loco! —grita Roberto, escudándose detrás de un coche y taponándose la nariz, que no para de sangrarle.

—¡Que estoy loco! Sí, loco estaba al pensar...

—Cuida tus palabras, loco del demonio. Puedes arrepentirte después de pronunciarlas.

—¡Qué fuerte!

Rodeo el coche intentando alcanzarlo, pero Carmela se interpone. No soy capaz de controlar la inercia de mi cuerpo y la empujo, haciendo que caiga al suelo.

—¡Serás imbécil!

Roberto corre a socorrerla y yo me quedo paralizado. Nunca he hecho

daño una mujer y siento que ahora mismo mi alma se rompe a pedazos al verla el suelo agarrándose el brazo por el dolor.

—Lo siento...

—¡Te juro que no eres más imbécil porque no has estudiado para serlo! —me increpa Roberto—. No sé qué cojones has pensado que estaba pasando... Esta mujer te ama, solo tiene ojos para ti, y si crees que estaba pasando algo más allá de venir a traerle unos batidos, estás muy equivocado.

—Carmela, yo...

—¡Vete de aquí! —me grita desde el suelo—. Es más, vete de aquí y de mi vida.

—Carmela, perdóname, yo...

—Carmen, yo me voy flechado al centro de salud... o a un hospital, porque creo que este cabrón me ha roto la nariz.

—No, entra, deja que te limpie un poco.

—Da igual. Vosotros debéis hablar.

—No tengo nada que hablar con él.

—Sí. No te precipites, ¿vale?

Roberto se levanta del suelo, pasa por mi lado, me mira a los ojos y lo siguiente que veo es su puño en mi nariz. Cosa que hace que me doble de dolor.

—Estamos en paz. Ahora, a ver cómo solucionas esto. Si vuelves a hacerle daño, no solo será tu nariz la que sufra.

Carmela se levanta del suelo y se dirige a su casa. La sigo a toda velocidad, no quiero que cierre la puerta y no me escuche. Le debo una disculpa, necesito que me perdone por lo que acaba de pasar, esto no puede quedar así, este no puede ser el final.

Forcejea conmigo para cerrar la puerta, pero no lo consigue. Gano la batalla y no lucha por hacer lo mismo con la de la casa.

Entro en el salón y veo una caja de Herbalife en la mesa del salón. No sé cómo pude ser tan estúpido de pensar que podría haber pasado algo más entre Roberto y ella. Los celos me cegaron.

—Soy imbécil.

—¿Imbécil? Eso se queda corto.

—Perdóname, por favor.

—Si con eso consigo que salgas de mi vida, te perdono.

—Carmela, no, no quiero salir de tu vida. Te amo, mi vida.

—Si me amaras tanto como dices, no habrías pensado que soy una zorra capaz de pegártela con otro. No, Sebastián, tú no me quieres.

—Dime qué puedo hacer para que sepas que es verdad, que te amo sobre cualquier cosa en este mundo.

—No quiero que hagas nada. No tolero comportamientos como el que acabas de tener. Los celos solo hacen daño, los he vivido muy de cerca y no quiero volver a vivirlos.

—Carmela...

—Me dio una paliza porque me vio bailando una bachata con Daniel, después todo fueron rosas y amor, pero nadie borró esos golpes de mi vida. Me aparté de todos mis amigos durante el tiempo que estuvimos juntos, por temor a que viera cosas que no eran y volviera a hacerlo. No, Sebastián, no estoy dispuesta a pasar por eso otra vez.

—Ha sido un accidente y lo sabes. Nunca, jamás, se me ocurriría hacerte daño. ¿Cómo puedes pensar eso de mí?

—Igual que tú lo has hecho al ver a Roberto en la puerta de mi casa. ¡Vete!

No te quiero cerca, no quiero que me llames, no quiero que me busques, quiero que te olvides de que existo y que te alejes de mi hijo.

Va hacia la puerta, la abre y hago lo que me pide. Avanzo pesaroso hasta la salida. No tengo nada que hacer, sé que lo que ha pasado es solo culpa mía y que todo se ha ido a la mierda.

Me subo al coche y me dirijo al hotel, sabiendo que acabo de destrozar nuestras vidas.

Han pasado tres interminables semanas desde que todo terminara y estoy deseando coger mañana mis vacaciones. Jesús se va a quedar con mi madre unos días y yo me voy a ir a Puerto Real con María José y su familia, una chica que conocí hace algunos años en Facebook gracias a nuestra pasión por la lectura.

Me acerco al despacho de dirección porque necesito hablar con Norbert. Tras los últimos acontecimientos sucedidos con Sebastián, no sé en qué punto queda el tema de la beca de mi hijo. Sé que solo era para los hoteles de Alemania. Imagino que no la seguiré recibiendo, aun así, tengo que intentarlo.

Daniel no está en su mesa, por lo que llamo directamente a su puerta. Automáticamente da permiso para entrar.

—¿Estás ocupado?

—No. Pasa, Carmela, ¿cómo estás? —Se levanta de su silla y me da un abrazo.

—Bien, gracias.

—¿Qué necesitas?

—Quería hablar contigo sobre la beca de estudios de Jesús.

—¿Le han dado una beca? —Su pregunta me sorprende.

—Sí, la que recibo de la empresa desde que te casaste. Sebastián me dijo que solo se daba en Alemania, pero...

—¿Qué beca? Nosotros no tenemos ninguna beca de estudios. Ni aquí ni en

Alemania.

—¿¡Cómo!? Entonces...

—Espera, voy a llamar a mi hermano porque no estoy entendiendo nada.

—¿Me voy?

—No, quédate.

Norbert pone el teléfono en altavoz y Sebastián descuelga al tercer tono. Me sorprende escuchar la tristeza de su voz.

—¿Qué pasa, Fideo?

—Oye, ¿qué me cuentas de una supuesta beca de estudios que concedemos?

—¡Mierda! Carmela ha hablado contigo, ¿verdad?

—Sí, de hecho...

—¿Está contigo ahí? —Niego rápidamente con la cabeza porque no quiero que sepa que lo estoy escuchando.

—No. Solo me ha dejado unos papeles y los he mirado sin enterarme de nada, por eso te llamo.

—Mételos en la trituradora de papel.

—¿Por qué?

—Sabes que no tenemos ninguna beca. Solo era un formalismo inútil para que no se negara a recibirla. Ese dinero sale de mi bolsillo y lo va a seguir recibiendo. —Me llevo las manos a la boca y mis lágrimas salen disparadas.

—¡Vaya! Pero ya lo vuestro...

—Eso es cosa mía. Lo hemos hablado, sabes que no volveré a amar a

ninguna mujer como la amo a ella. Deshazte de esos papeles cada vez que te los lleve y avísame. Yo me encargo del resto.

—Tú mismo. Bueno, te dejo que tengo que comentar una cosa con Daniel...

Siguen hablando de los niños, pero yo ya no estoy pendiente de nada. No puedo creer que durante estos años haya estado pagando ese dinero para la educación de mi hijo, y, lo que es más increíble, que esté dispuesto a seguir haciéndolo a pesar de lo que ha pasado entre nosotros.

—¿De verdad dudas de que mi hermano te ama? Se equivocó, hasta ahí estoy de acuerdo contigo, pero creo que deberías sopesar todo lo bueno que habéis vivido, no solo pensar en ese error.

—Puedo irme ya a casa. Necesito...

—Sí, solo queda una hora para que termine tu turno. Disfruta de tus vacaciones y piensa en lo que te he dicho, ¿vale?

Salgo del despacho, del hotel y me dirijo a mi casa. Jesús estará allí ahora, tenía que cambiarse de ropa para ir a la playa con Cristina y su madre. Tengo que tranquilizarme porque no quiero que me vea llorando. Esto está siendo igual de duro para él que para mí, aunque sé que sigue en contacto con Sebastián, no pierde la esperanza de que todo se solucione.

Aparco el coche, entro y escucho a Bon Jovi cantando a todo volumen. A pesar de los tiempos que corren, ese grupo le encanta.

—¡Jesús, ya estoy en casa! —grito inútilmente.

Subo a su cuarto y lo veo conectado en el ordenador. Ni se percata de que he entrado en su cuarto porque está de espaldas a mí. Lo curioso es que música suena desde el baño, no desde su habitación, hasta que lo escucho hablar con Sebastián.

—Sí, me voy a la playa con Cristina en una hora.

—Pues pásalo bien. Yo voy ya para casa, que Ivonne va a llevarme a

Sebas.

—Adoro a ese niño. Dale un superabrazo de mi parte.

—Cuenta con ello... —Sebastián se queda mudo al darse cuenta de que estoy detrás de Jesús—. Bueno, te dejo y suerte.

—¿Suerte? —Le hace un gesto con la cabeza para que mire detrás de él, mi hijo se gira y da un salto de la silla al verme.

—¡Joder, mamá, me vas a matar de un susto!

La pantalla del ordenador se cierra y veo el pánico en la cara de Jesús. Le había prohibido que siguiera hablando con él, pero no me ha hecho caso y ahora teme la represalia.

—Lo siento, mamá... Es mi amigo, entiéndelo.

Y lo entiendo, he intentado hacer con él justo lo que su padre hizo conmigo, y no es justo. En el camino conseguí tranquilizarme, pero ahora no puedo evitar llorar.

—No llores, mamá. Te prometo que dejaré de hablar con él. Te lo prometo de verdad. Lo siento, yo no... —Me siento en la cama y él lo hace a mi lado.

—No, cariño, no lo sientas. Sois amigos, lo entiendo. Soy yo la que tiene que pedirte perdón por intentar separarte de él.

—Mamá, ¿por qué no solucionas las cosas con Sebastián?

—Eso no es posible...

—La abuela me lo contó. Sebastián no es como mi padre. Él no te va a pegar, no te va a hacer daño. Sí, se equivocó, pero ¿qué hubieras pensado tú si lo ves salir sonriente de su casa con Elke?

—No es lo mismo...

—Sí es lo mismo. ¿Sabes que ese día iba a pedirte que te casaras con él?

—¿Cómo?

—Te había comprado un anillo de... Menos mal que estás sentada, porque si no te caes de culo. ¡De dos mil euros!

—¿Te lo ha dicho él?

—No, me lo ha dicho Harmut. También hablo con él muy a menudo... —
Hace un gesto mordiéndose la lengua y sonrío.

—No sé, es todo tan...

—¿Tú le quieres?

—Jesús esas cosas no suelo hablarlas contigo...

—Contéstame.

—Sí, le quiero.

—¿Entonces?

—¿¡Cómo me lías así!? Está bien, esta tarde hablaré con él, pero no te prometo nada. Ahora voy a darme una ducha y tú date prisa o llegará Cristina y no estarás listo.

Lo dejo apagando el ordenador, entro en mi dormitorio y voy directa al baño. El agua caliente cae sobre mi cabeza y las imágenes de todo lo que he vivido junto a Sebastián pasan por mi mente como si fueran las escenas de una película.

Es cierto lo que me ha dicho mi hijo, Sebastián no es igual que su padre, y siento que sí me quiere de verdad.

—¿Cómo he podido ser tan cabezota! ¡Cómo he podido compararlo con Jorge!

Él me hubiera dado otra paliza ante la situación, el empujón de Sebastián solo fue un accidente, pude ver cómo se rompía por dentro cuando me vio en

el suelo.

No sé cuánto tiempo pasa hasta que escucho a Jesús llamándome con prisa e imagino que ya estará Cristina en la puerta para ir a la playa.

Salgo con el albornoz y lo encuentro de pie junto a mi cama, con una maleta abierta sobre ella. Lo miro extrañada porque no entiendo nada y con un gesto, abriendo mis manos y señalándola, le pido que me explique qué está pasando.

—No voy a la playa. Acabo de hablar con Cristina y he cancelado los planes.

—¿Por qué?

—Haz la maleta. He hablado con Harmut y acaba de comprar cuatro billetes para viajar mañana a Colonia.

—¿¡Cómo!? ¿Estáis locos? Yo no voy a subirme a un avión, lo sabes.

—Él no dudó en hacerlo y venir a buscarte. Se lo debes.

—¡Ay, Dios mío! ¡Esto es una locura! Esta tarde tenemos que ir a la farmacia de Manolo, voy a necesitar un tranquilizante como para dormir caballos para poder subir a ese avión.

Mi hijo sonríe, me abraza y sale corriendo. Él también tiene una maleta que preparar.

Cojo mi móvil del bolso y me siento tentada a llamarlo, pero creo que esto va a ser una sorpresa, que nadie le ha dicho nada, y espero que sea para bien.

Ya que lo tengo en la mano, aprovecho para llamar a María José, nuestros planes para pasar unos días juntas van a tener que esperar un poco.



No estoy nerviosa, no. Solo me he tomado dos pastillas y no me han hecho

absolutamente nada. Por suerte, tengo a María a un lado, agarrándome la mano, y a Jesús en el otro, haciendo lo mismo. Solo espero que no me dé un ataque de ansiedad en pleno vuelo, porque encima tenemos que hacer trasbordo en Mallorca.

Aunque me da igual todo, solo quiero llegar y volver a besar sus labios, decirle que lo amo y que no concibo mi vida sin él. Espero que esté dispuesto a que lo volvamos a intentar, porque solo me bastaba estar haciendo esto para nada.

María se ha pasado toda la mañana diciéndome que todo va a salir bien, que su hijo y yo estamos destinados, que le ha puesto no sé cuántas velas a Jesús Nazareno, y ahora entiendo por qué Sebastián tiene esos dos nombres de más.

Y, aquí estoy, haciendo algo que juré que no volvería a hacer. Si me lo hubieran dicho hace unos meses, me hubiera reído como si no hubiera un mañana, pero hoy me encuentro subida en este avión, a la caza y captura de mi felicidad; nunca mejor dicho: despegando por amor.

Solo Dios sabe las ganas que tengo de acostarme. Estoy agotado y llevar tres semanas sin poder dormir bien tampoco ayuda a estar mejor.

—Venga, Sebas, vamos al baño, que ya es hora de cenar e irse a dormir.

—Es muy temprano, papi.

—No protestes, vamos.

Unas llaves abren la puerta y me asusto. No estoy esperando a nadie e Ivonne suele llamar antes de entrar. Mi sorpresa es mayúscula cuando veo entrar a mi padre seguido por mi madre.

Sebas suelta mi mano y sale corriendo para abalanzarse sobre su abuelo. Sigo sin entender cómo sus nietos lo adoran de esta manera, a sus hijos siempre nos pareció un poco ogro.

—¿Qué hacéis aquí?

—¡Ay, mi niño! Que necesitaba verte, sé que lo estás pasando mal, cariño.

—Pero si hablamos todos los días, mamá.

—No es lo mismo.

—Sentaos, iba a duchar a Sebas, pero creo que voy a tener que esperar un poco. No va a ser fácil quitárselo de encima a papá.

—Bueno, cuéntame, ¿qué tal estos días?

—Bien, muy bien —miento, aunque sé que no va a servir de nada.

—Sí, se ve que estás que das saltos de alegría.

—Pues no, no estoy bien. No sé para qué te miento, si siempre me pillas.

—¿Has vuelto a hablar con ella?

—No, ¿para qué? No me lo va a coger, me dejó bastante claro que me quería muy lejos de ella. Ayer... ayer pilló a Jesús hablando conmigo y no he podido hablar con él de nuevo, su teléfono siempre está apagado o me ha tenido que bloquear.

—No sabes cuánto siento todo esto, Sebastián. Carmela me gustaba mucho para ti y este diablillo la adoraba —dice mi padre mientras se come a besos al niño.

—Sí, la adora tanto como yo a Jesús.

—¿Qué hiciste con el anillo?

—¿¡Anillo!?! —pregunta sorprendida mi madre.

—Aquí, tu hijo, iba a pedirle matrimonio a Carmela el día que se lio a puñetazos con Roberto.

—Está guardado en mi mesita de noche, todavía no he sido capaz de deshacerme de él.

—Pues te costó un dinero curioso...

—Mira, hijo, no escuches a tu padre. Haz con ese anillo lo que tengas que hacer, pero es hora de que vayas pensando en pasar página.

—Decirlo es fácil...

—Sí, yo no seguí nunca mi propio consejo...

—¡Y yo que me alegro, morena! —exclama mi padre con cierta picardía.

—Bueno, tengo que bañar al niño.

—De eso me encargo yo. Sebas, ¿quieres que te duche el abuelito?

—Sííí.

Mi padre se va con el niño y mi madre y yo nos quedamos en el salón. Sé que va a seguir preguntándome cómo estoy, que me va a dar mil consejos, pero yo solo quiero que me abrace como cuando era un niño.

Me acerco un poco más a ella en el sofá y abre sus brazos. Siempre ha sabido lo que necesitamos cada uno de sus hijos en cada momento. Dejo caer mi cabeza en su hombro y lloro, necesito sacar estas lágrimas que llevo controlando desde que llegué a Alemania.

No hay palabras, no las necesito, su calor tiene la calma que necesito, la que siempre ha curado nuestras penas, aunque van a ser muchos los abrazos que voy a necesitar para curar esta.

—Mira, vamos a hacer una cosa. No sé tú, pero yo estoy muerta de hambre. ¿Qué te parece si salimos a cenar los cuatro?

—No me apetece, mamá.

—Dime que sí, anda. Hay un sitio nuevo, donde hay ludoteca para el niño, tienen juegos, karaoke, animadores...

—No sé, no tenía planeado hacer nada.

—Piensa en lo bien que se lo va a pasar Sebas y lo feliz que te va a hacer eso.

—Está bien, pelear contigo es un imposible. Eres la española más terca que conozco.

—No soy terca, solo me gusta conseguir lo que quiero.

—Este niño travieso ya está duchado y yo estoy chorreando. Vístelo tú, hijo.

—Se me olvidó decirte que odia lavarse la cabeza...

Cojo al niño en brazos y lo llevo a su habitación. No tengo ganas de salir, pero mi madre tiene razón, Sebas se lo va a pasar muy bien y eso me va a sentar genial a mí.



Entramos en el restaurante y me sorprende lo que veo. Es un sitio creado por y para los niños, aunque también para los padres.

Un chico que rondará los veinte años nos acompaña al salón donde vamos a cenar y se lleva a Sebas. Intento que no lo haga, pero mi madre me frena y me dice que con ellos va a estar bien, que disfrutemos de la comida.

Nos sientan en una mesa para cinco, cosa que me extraña porque solo somos tres; imagino que no tendrían otra. No, no hay tanta gente en el local. No pregunto, simplemente me siento.

Tienen música en directo y es algo que me gusta muchísimo. El camarero nos toma nota de las bebidas y seguimos escuchando al grupo.

La canción termina y anuncian que tienen una actuación especial para alguien que hay en el local, pero no dan el nombre de la persona.

Estoy mirando un correo que me acaba de entrar en la aplicación del teléfono cuando noto que alguien se sienta a mi lado. Levanto la mirada y no puedo creer quién es.

—¿Jesús?

—En carne y hueso.

—¿Qué haces aquí?

—Sorprendido, ¿eh?

—Eeeh...

—Pues agárrate que vienen curvas.

Me da la espalda, mira al escenario y sigo con mis ojos su mirada. No lo puedo creer, es Carmela la que está ahí arriba, la que va a cantar, y miro a mi madre porque no entiendo nada. Ella me sonríe, sabe todo lo que est a pasando.

En un perfecto alemán con acento andaluz se dirige a los presentes:

—Esta canción se la voy a dedicar al hombre que quiero. Hace unas semanas tuvimos un problemita de pareja y lo mand e de vuelta a su casa, pero ayer me di cuenta de que era imposible que dejara de amarlo, que cometí un grave error al alejarlo de mí, porque es el hombre de mi vida..., y el que ha conseguido que me suba a un avión. —Estas últimas palabras arrancan una sonrisa a todos—. La canción se llama *Disparo al corazón* y es de Ricky Martin.

Tengo ganas de levantarme, de correr hasta ella, de besarla, de decirle que yo también la amo, que es la mujer de mi vida y que no quiero volver a separarme de ella, pero Jesús me frena y me pide que espere.

Jamás pens  que tuviera una voz tan bonita, que cantara tan bien. Esta letra dice tantas cosas...

Conocerte fue un disparo al corazón.

Me atacaste con beso a sangre fría y yo sabía

que era tan letal la herida que causó

que esta loca aventurera se mor a,

y ese día comenzó

tanto amor como un disparo al corazón.

Todavía puedo recordar el primer beso que le di y hasta puedo sentir que me arde la mejilla por la cachetada que me dio.

S , muchas fueron las noches de pasión que compartimos y varios los errores que cometimos, el mayor de todos no darnos cuenta de que somos uno.

Yo tampoco entiendo cómo pasó y sus balas también dieron de lleno en mi alma.

No aguanto más. Me levanto, me acerco al escenario y ella baja de él. Toma mi mano, la besa y veo en sus ojos todo el amor que siente por mí.

La música cesa, no sabemos qué hacer y hacemos algo que siempre se nos ha dado bien. Unimos nuestros labios en un beso tierno y desesperado a partes iguales mientras escuchamos los aplausos de los comensales y los vítores de mis padres y Jesús.

—Te amo, Carmela, te amo, te amo, te amo...

—Y yo a ti, mi vida. Perdóname, no debí cegarme de esa manera, no debí juzgarte ni compararte con Jorge.

—Te lo puse fácil para que pudieras comparar.

—¿Quieres ser mi novio, otra vez? —pregunta, haciendo que pase del llanto a la risa.

—Eso no hay que preguntarlo, Diablilla. Si ahora mismo te pegara un poquito más a mi cuerpo, tendrías una respuesta directa por ahí abajo.

—¡Qué manera de cargarse el romanticismo, Capullo!

Nos abrazamos y siento las manos de Jesús rodeándonos a los dos. Estamos así unos minutos más hasta que la voz de mi padre hace que nos separemos.

—¿Se lo vas a pedir?

—¿Qué?

—¿Qué va a ser, hijo?

—No creo que sea el momento y no traigo...

—¡Anda, quita! —exclama, apartándome de ella.

Se mete la mano en el bolsillo y saca la cajita que contiene el anillo que compré en el aeropuerto. Ahora entiendo por qué tenía tanto interés por saber qué había hecho con él.

—Carmela, ya que mi hijo es un poco lento, ¿quieres ser mi nuera?

Sin soltar el agarre de la mano de mi padre, me mira y suelta una carcajada. Es la petición de matrimonio más rara que he visto en mi vida, pero así es ahora mi padre, un loco impulsivo contagiado de mi madre.

—Harmut, será un honor ser tu nuera.

Las palabras de Carmela me dejan con la boca abierta, pero reacciono a tiempo para quitarle a mi padre la caja, sacar el anillo y tomar su lugar.

—¿Estás segura?

—Nunca había estado tan segura de algo. Lo quiero todo contigo: quiero un amigo, un confidente, un amante, un marido y...

—¿Y?

—¿Algún hijo? —pregunta con incertidumbre.

—Todos los que quieras.

—Tranquilito, que yo no soy Manuela.

—¡No, por Dios, que ya tenemos dos!

—Te amo, Capullo.

—Te amo, Diablilla.

Coloco el anillo en su dedo, la beso y despegamos hacia la felicidad más absoluta.

Epílogo

Pues no está tan mal esto de vivir y trabajar a pie de playa. Creí que me costaría más trabajo adaptarme a la vida en España, pero no ha sido así.

Hace tres años que nos casamos, en la misma ermita en la que lo hizo Norbert con Manuela. Desde entonces, nuestras vidas han cambiado mucho.

Después de la luna de miel, Carmela se quitó las barritas anticonceptivas que le regulaban la regla, y al mes siguiente supimos que estábamos embarazados.

Ahora veo corretear por la playa a nuestros cuatro hijos y soy feliz.

Jesús, el año que viene, terminará bachillerato y comenzará la carrera de Medicina. Estoy seguro de que conseguirá todo lo que se proponga en la vida.

Sebas se adaptó sin problema a su nuevo colegio, y habla muchísimo mejor el español que el alemán.

Lucía y Daniela son el terror de la guardería... Sí, también tuvimos mellizas, igual que Norbert y Manuela.

Mis padres viven felices de la vida en Zahara de los Atunes y siempre andan rodeados de nietos.

María... Estuvo yendo y viniendo a Miami durante un año aproximadamente, aunque después se vino a vivir definitivamente a España. Tuvo que pasar por mucho, lo pasó muy mal, pero ahora es feliz al lado de alguien que nadie esperaba que fuera su todo. Eso sí, no os puedo contar mucho más porque es ella quien quiere hacerlo.

Norbert y Manuela siguen viviendo en su mundo de felicidad, con sus

locuras, un quinto hijo —tras lo que Manuela se hizo la ligadura de trompas— y dos perros. Familia numerosa donde las haya.

Daniel y Carlos siguen juntos y se aman con locura.

Bueno, bueno, bueno, ahora viene la bomba de todas las bombas: ¡Mi suegra y Gabriel, el padre de Daniel, viven juntos! Vamos, una auténtica locura.

—¿Qué haces, Capullo?

—Aquí, contándole a los lectores de Noni lo que ha pasado en nuestras vidas en los últimos tres años.

—Me parece muy bien... ¿Me dejas el portátil? Yo también quiero decirles una cosita, pero tú no puedes mirar.

—Está bien, me voy al agua con los niños.

—Hola, soy Carmela. Sebastián todavía no lo sabe, así que me tenéis que jurar que no vais a decir nada, que esto será un secreto entre nosotros. ¡Vamos a ser papás otra vez!

FIN